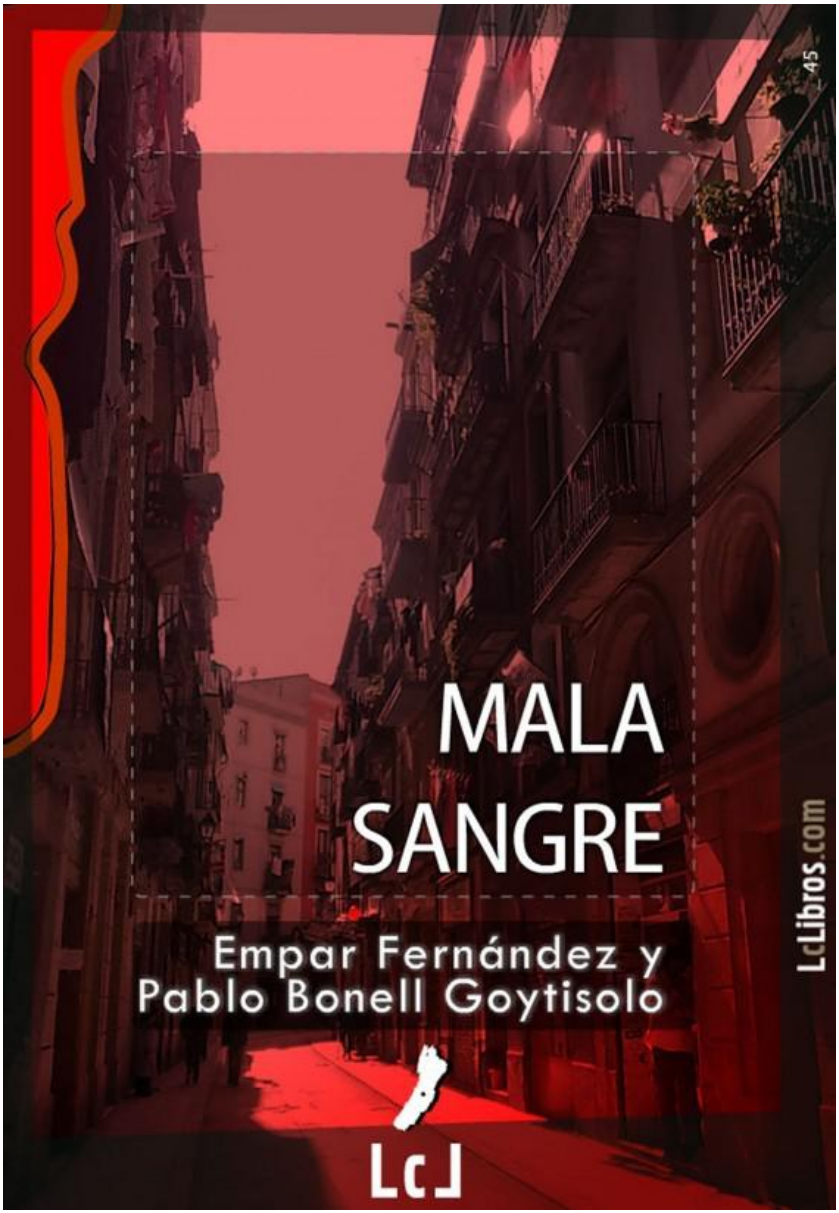
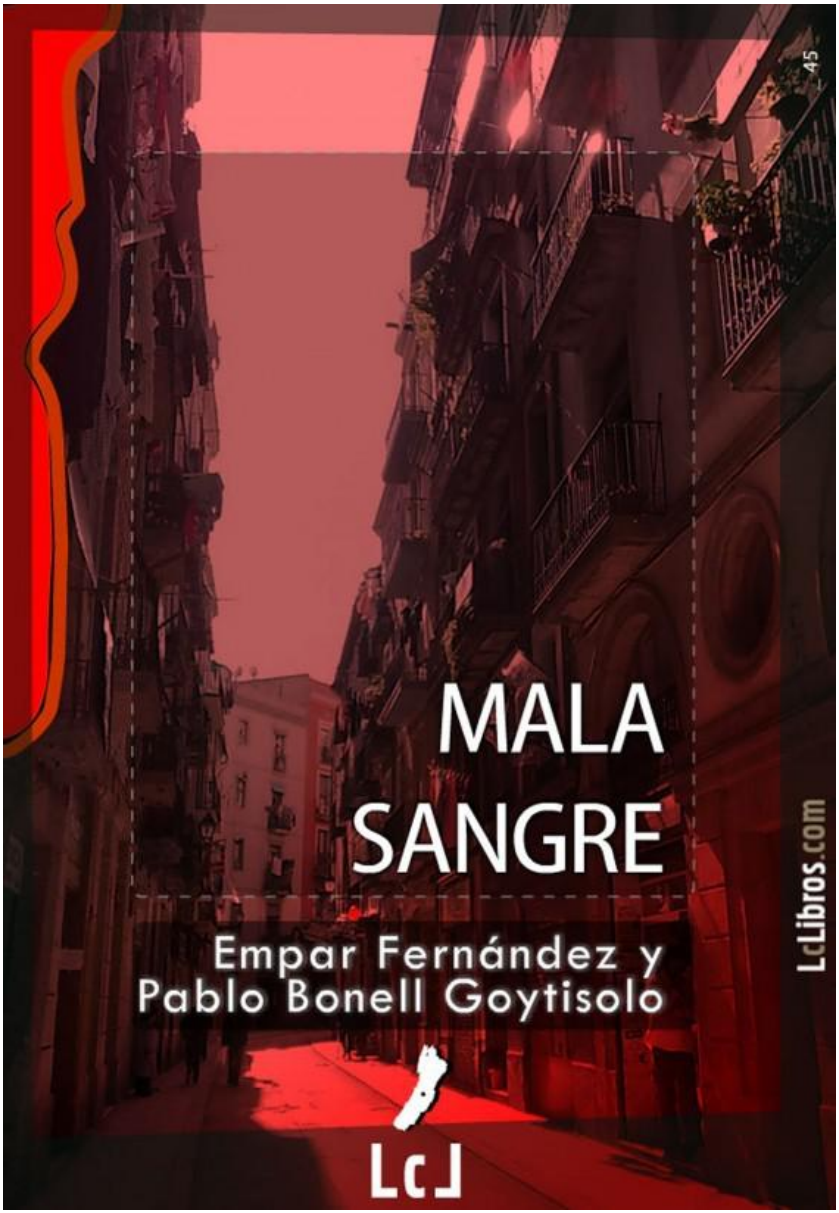

45
MALA SANGRE
Empar Fernández y Pablo Bonell Goytisolo
LcLibros.com
LcL


45
MALA SANGRE
Empar Fernández y Pablo Bonell Goytisolo
LcLibros.com
LcL

Mala sangre

Empar Fernández y Pablo Bonell Goytisolo

1ª Edición Digital

Febrero 2012

Smashwords Edition

© 2007 Empar Fernández, Pablo Bonell Goytisolo

© de esta edición:

Literaturas Com Libros

Erres Proyectos Digitales, S.L.U.

Avenida de Menéndez Pelayo 85.

28007 Madrid

http://lclibros.com

ISBN: 978-84-15414-24-7

Diseño de la cubierta: Benjamín Escalonilla

Smashwords Edition, License Notes

This ebook is licensed for your personal enjoyment only. This ebook may not be re-sold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each person. If you're reading this book and did

not purchase it, or it was not purchased for your use only, then please return to Smashwords.com and purchase your own copy. Thank you for respecting the hard work of this author.

Índice

Copyright

Mala sangre

Sobre los autores

Capítulo uno

Lunes, 3 de octubre

Al otro lado del hilo la voz de Dalmau suena intempestiva, como siempre. Poco importa que sean las ocho de la mañana y nada tiene que ver que el teléfono haya despedazado su primer sueño pasada la medianoche. Tampoco es relevante que unas horas antes haya sido reclamada de inmediato su presencia con la única explicación de que acababa de ser encontrado el cadáver de una mujer a los pies –quizás cabría decir a las patas– del ventrudo gato metálico de Botero. No resulta significativo que se haya visto obligado a llamar a un taxi para plantarse pocos minutos después, con la cabeza todavía turbia y el gesto roto, en la Rambla del Raval. Dalmau, el forense encargado de la autopsia de la víctima, tiene un carácter agrio sea cual sea el momento, sea cual sea el lugar. Por si lo dicho fuera poco, el inspector Escalona sabe, porque así se lo ha oído declarar muchas veces, que el forense detesta el calor y que aborrece este verano sostenido que parece que no vaya a acabar nunca.

—Este maldito calor no conviene ni a los vivos ni a los muertos. Y a mí me sienta como una patada en los huevos —le oyó sentenciar junto al cadáver mientras se retiraba el sudor con ayuda de una de las mangas de su americana.

Escalona no ignora que a estas alturas el forense debe de andar del peor humor imaginable, por eso sabe que pedirle un favor va a ser un mal trago.

—Inspector, ¿sabe qué hora es? No me diga que ahora duerme en comisaría. ¿O es que sigue usted de guardia?

—Disculpe, ya sé que es demasiado pronto, pero…

—¿Pronto? No han pasado ni diez horas desde el levantamiento del cadáver. ¿No le parece algo precipitado pedir el resultado de una autopsia? —aúlla Dalmau con la voz destemplada.

Escalona se carga de paciencia y busca entre las palabras de cortesía que reserva para estas ocasiones, aquellas que buenamente pueda dedicarle al malhumorado forense.

—Usted perdone, Dalmau, no pretendía que me diera usted un informe. Solo saber si tiene ya las primeras impresiones… Para empezar a establecer los hechos, ya sabe. De momento no hay por dónde coger este asunto. Nadie sabe nada, no hay testigos, solo el cuerpo. Y el cuerpo lo tiene usted.

—Si lo quiere… —replica el forense entre dientes—. Es todo suyo.

—Por eso pensé que quizás usted podría decirme algo —prosigue el inspector mientras reprime a duras penas un suspiro de impaciencia.

—Pues no piense usted tanto, no se vaya usted a cansar, que para lo que deben de pagar… Como a mí, para lo que cobramos…

Escalona no responde al envite, ha aprendido a ignorar las puyas de Dalmau. Puro fogueo. Aprieta los labios, tuerce el gesto y calla. Puede imaginar al forense tomando el pulso a las instalaciones recién inauguradas en las estribaciones de Collserola mientras rebusca en sus bolsillos en busca de quién sabe qué. Un cigarro, un caramelo, la libreta en la que toma sus notas, un escalpelo, el carné del Barça… Han dotado al departamento de nuevas cámaras frigoríficas, de nuevas camillas para las autopsias y de los aparatos más sofisticados para, en palabras de Dalmau, hacer cantar a los muertos.

—No he empezado con él. Mucho edificio, mucha tecnología, mucho analizador de espectros, pero cada vez tocamos a más… Si tiene usted tanto interés puedo echarle un vistazo. Yo no tengo inconveniente, pero no me venga ahora con que lo de ayer no fue penalti y con que les robamos el partido, que esa canción ya me la sé. Ustedes los del Zaragoza no saben hacer otra cosa, siempre salen con lo mismo. Porque jugar, lo que se dice jugar…

Escalona lo oye resoplar, es una de sus formas de manifestar su disconformidad. Puede imaginarlo acercándose al cadáver con el gesto contrariado.

—A ver… Un momento, que me lo miro. Escalona, ¿sigue usted ahí?

—Desde luego.

—No espere usted grandes revelaciones.

—Descuide.

Quizás al tiempo que sujeta el auricular contra el hombro palpe el cuerpo o levante un miembro para comprobar el rígor mortis. El inspector cree poder oír fluir el agua mientras Dalmau retira la sangre que entorpece su labor con ayuda de una manguera metálica que el forense maneja como si fuera un tercer brazo. Siempre en movimiento, como los ciclistas, que si no pedalean se caen.

—Mire, por lo que estoy viendo, las heridas son cuatro, todas ellas en el tórax y a poca distancia. Hubo una hemorragia masiva, pero eso ya lo vio usted. Si tiene en cuenta que la muerta era de baja estatura, es probable que su agresor fuera alguien mucho más alto, casi un palmo. O más. El arma… Es pronto para decirlo, pero probablemente corta, una navaja, un cuchillo pequeño, algo así… Pero todo esto no es oficial hasta que no pueda medir los cortes, la profundidad… ¿Me oye, Escalona? Lo dicho queda entre usted y yo, que luego todo se sabe. Todavía no sé qué órganos han resultado dañados ni si las incisiones afectaron alguna artería principal… ¿Qué más quiere que le diga? ¿Si pasó el sarampión? ¿Cuándo tuvo su último orgasmo?

Si algo ha aprendido el inspector a lo largo de sus muchos años de oficio es a no decir nunca, o casi nunca, lo primero que le sube hasta los labios. Mejor pensarlo dos, tres veces, las que haga falta. Por eso se esfuerza por recordar que los informes de Dalmau son certeros, que no los hay más fiables y que valen su peso en oro, que el forense trabaja rápido y bien y que, a Dios gracias, gasta toda su pólvora en salvas.

—Sería útil poder precisar la hora del crimen —apunta el inspector en el tono que emplearía para disculparse por una falta leve.

—La hora del crimen, la hora del crimen… —rezonga Dalmau mientras parece mascar alguna cosa—. ¿No saben ustedes decir otra

cosa?

Recuerda el inspector que no solo las manos del desabrido patólogo rebuscan continuamente en sus bolsillos, se encabritan o se acarician torpemente la una a la otra; tampoco sus mandíbulas conocen reposo. Cuando no muerden, escupen o chupan, mascullan como si el forense hablara para sí mismo. Si uno cae en la cuenta, habituarse a hablar para sí mismo es lo mejor que puede hacer un forense en ejercicio.

—Ustedes los polis… Usted perdone, Escalona: ustedes, los mossos d'esquadra, siempre con la hora del crimen —corrige con sorna—. Por lo que me han dicho, usted es de los que cambian de cuerpo.

El inspector calla.

—Olvidaba que no es usted muy hablador. Bien, a lo que iba, a juzgar por el rígor mortis a esta la mataron poco antes de la medianoche, no mucho. Lo que no entiendo es por qué van y la dejan a los pies de ese animal. Eso sí que es ensañamiento. Y alevosía.

—¿Podría decirme la edad aproximada, si tiene alguna marca…? Lo que haya podido ver a primera vista, algo a lo que agarrarnos —sugiere el inspector, que ya no espera mucho de la ingrata conversación.

Dalmau permanece en silencio durante unos instantes. A través del auricular el inspector sigue oyendo el rumor de un grifo abierto.

—Yo le echaría unos treinta y cinco años, quizás alguno más. Y así, a ojo, una 110.

—Perdone, Dalmau. ¿Una 110 qué?

—La delantera, inspector, la delantera. Las… Una 110, inspector. Un notable alto.

—Ya, me hago una idea —responde Escalona ligeramente incómodo.

—Respecto a lo de las marcas, sí puedo decirle algo. Y no se lo va

usted a creer.

El silencio se hace al otro lado de la línea. Cuando el forense reanuda la conversación, lo hace con un silbido que obliga a Escalona a alejar el auricular durante un instante mientras un escalofrío de sorpresa le recorre el espinazo.

—Atento inspector, esto le va a interesar, acabo de verlo al retirar la sangre. Alguien ha dibujado sobre el pecho derecho, a un palmo de las puñaladas recibidas en vientre y abdomen, el signo del dólar. No lo había visto hasta ahora. La verdad es que a primera vista me pareció sangre.

—¿Dibujado?

—Sí, eso he dicho, trazado, dibujado, estampado… La «s» mayúscula atravesada de arriba abajo por dos barras. El dólar, hombre, el dólar. El de las películas. Cómo se nota que ha visto usted muy pocos… —añade el forense, que no se priva de emitir comentarios desagradables si se presenta la oportunidad—. Han dibujado un dólar con lápiz de labios. Un rojo intenso, como el de las butacas de los teatros. En el teatro sí habrá estado usted… —añade por amor al arte del agravio.

Escalona no responde. En eso consiste el juego; si quiere información ese es el precio a pagar, aguantar las afrentas de Dalmau. Por lo menos dice lo que piensa, que no es poca cosa.

—O mucho me equivoco o es uno de esos lápices fijos que lo manchan todo y que parecen un barniz sintético para puertas.

El forense se ha interrumpido durante unos instantes. Escalona, por su parte, intenta procesar la información recibida.

—Tampoco era tan difícil si se tiene en cuenta la poca ropa que llevaba encima la difunta… —añade con saña.

Escalona recuerda el cuerpo ensangrentado y sin vida medio encajado entre las patas de la colosal figura. Extraño lugar para morir, había pensado a su llegada mientras se acercaba a la enorme mole negra de patas cortas y enorme tripa junto a la que había

deambulado aquella misma tarde. Le costó hacerse una idea de lo ocurrido. Quizás ocurriera a medianoche, cuando ya todos los gatos son pardos, todos menos aquel, una gran mole redondeada y negra, como un fenomenal gato aerostático. Una presencia más, una presencia terriblemente grávida, demoledora, sobre el cuerpo de la mujer muerta. Quizás se tratara de los focos apuntando al cuerpo o de los numerosos curiosos que rodeaban la escena. Quizás, sencillamente, es que cada vez le impresionan más las infinitas maneras de morir. Las innumerables formas de matar.

La espalda de la mujer asesinada permanecía apoyada en una de las extremidades traseras, quizás fue apuñalada contra la estatua y, al escapársele la vida, había resbalado hasta el suelo. El cuerpo algo retorcido, el tronco en una dirección, las piernas en otra; como si la postura del cadáver hubiera sido forzada. La rubia cabeza vencida sobre el pecho, las piernas casi en la sombra, bajo el vientre del animal. Quizás el asesino las había colocado allí, a resguardo del gato, para ocultarlas. Para ganar tiempo.

Sangre por todas partes, sangre sobre la acera, sobre los dedos apenas apuntados del deforme felino, sobre las manos caídas de la mujer, sangre confundiéndose con sus uñas rojas. Escuetamente vestida y rodeada de curiosos, la mujer yacía junto a un par de latas vacías de cerveza, un preservativo y multitud de colillas esparcidas sobre la acera. Los tirantes de un top negro caían desmayadamente sobre sus codos y una falda corta del mismo color dejaba al descubierto buena parte de sus muslos, que parecían todavía más pálidos en la noche cerrada. El cabello de la fallecida, rubio y largo, se había manchado con la sangre que se le escapó a través de las heridas recibidas. Las sandalias de tacón alto se habían desprendido de sus pies y estaban siendo fotografiadas por una agente como si fueran a formar parte de un catálogo. Los de la Científica las habían señalado con las pirámides blancas y numeradas con las que acotan los elementos en la escena del crimen.

Los mirones, por su parte, estrechaban cada vez más el círculo y de nada servían las indicaciones de los agentes ni el perímetro que habían delimitado con ayuda de cinta plástica y de un par de vallas de las que señalan los socavones o las obras en curso. Un joven con cara de sueño silueteaba sobre la acera la figura de la muerta

mientras otro arrugaba la nariz al advertir que dejaba huellas de sangre al caminar. En una esquina, Guerao interrogaba al hombre que había sido encontrado junto al cuerpo por una pareja mixta de mossos que patrullaba la zona. Un hombre viejo, casi un anciano, al que le faltaba algún diente y le sobraba ropa a cuestas. El hombre, encorvado, se apoyaba en un muro, como si no bastaran sus propias fuerzas para sostenerlo en pie. La mandíbula le temblaba ostensiblemente, tanto cuando respondía a las preguntas de Guerao como cuando se limitaba a escucharle con la cabeza fija en sus gruesas zapatillas de cuadros. Dada su avanzada edad y su frágil apariencia, difícilmente podía ser el autor material del crimen. Quizás en aquellos momentos se maldecía a sí mismo por no haber pasado de largo.

Dalmau llegó poco después, lívido, con cara de perro contrariado y tratando a los mossos a cajas destempladas. La juventud de algunos de ellos y su falta de pericia le incitan a mostrarse todavía más desagradable. No era la primera vez y, por descontado, no sería la última. Sin demasiados trámites se aproximó al cadáver, se arrodilló junto a él, tomó entre las suyas la mano de la mujer, comprobó la ausencia de pulso, levantó sus párpados, iluminó sus retinas con una linterna diminuta y, sin mayores trámites, certificó su muerte. Minutos más tarde, tras haber hablado con el juez y haber lanzado en dirección al tendido un agrio comentario que Escalona no recordaba, desapareció sin un mal adiós.

—Escalona, ¿sigue usted ahí? Escuche, todavía hay algo más. La muerta tiene un pequeño tatuaje en un tobillo en forma de cadena, con broche y todo, como una pulsera de esas que a veces las mujeres se ponen en los pies, pero falsa, completamente falsa. Tinta y buen pulso. El otro día, no se lo va usted a creer, trajeron a uno que se había hecho tatuar en las muñecas una línea de puntos. Sí, hombre, como las de un envase. Faltaba aquello de «cortar por aquí».

—Gracias, Dalmau. Ha sido usted muy amable.

—No joda, Escalona. Yo no he sido amable en toda mi puñetera vida. Y no tengo la menor intención. No me pagan por ser amable.

—Si usted lo dice… Perdone, otra cosa, Dalmau. ¿Usted diría que

ese lápiz de labios podría ser el mismo que usaba la fallecida?

—Yo diría que no. El tono que usaba parece más rosado, sí, mucho más rosado, casi fucsia, un color espantoso, si he de decirle la verdad. Y, a juzgar por lo que estoy viendo, igualmente indeleble, resistente a casi todo. No va a hacer falta ni maquillar el cadáver. Con lo puesto…

Escalona prefiere no escuchar más apreciaciones escabrosas y da la conversación por acabada.

—¡Ah, inspector! De lo que acabo de decirle no hay nada oficial. Hasta que no tenga en sus manos mi informe, no dé nada por sentado. Usted me ha pedido las primeras impresiones. Y eso es todo lo que tiene, mis impresiones.

Le vienen al inspector a la memoria las palabras que su abuela utilizaba para referirse a sujetos como Dalmau, ariscos, intratables, de los que necesitan un planeta entero para habitarlo a solas. Decía de ellos que el diablo los cagó en ayunas. Y, a juzgar por el graznido indescifrable que el forense le ha dedicado a manera de despedida, algo de eso debe de haber.

Al comisario Perelló, que a finales de mes se incorpora a la comisaría del Cuerpo Nacional de Policía de la Via Laietana, le está costando encontrar su lugar en este mundo. Acostumbrado como estaba a imponer su autoridad en rellanos y corredores, a fajarse ante la adversidad y a crecerse en mala leche ante la inoperancia, Perelló se ha quedado algo mustio ante la perspectiva de abandonar su comisaría. Anda algo cabizbajo y trasiega sus cuitas en un silencio poco usual. El intendente de los mossos que se responsabilizará a partir del uno de noviembre del funcionamiento de las dependencias de Nou de la Rambla lo persigue a todas horas con objeto de avanzar en el traspaso de funciones. Perelló lleva días esquivando sus llamadas y pretextando múltiples e increíbles ocupaciones para no recibirlo en su despacho hasta que no quede otra salida. Con la varita transparente destrozada entre los dientes y el vaso de plástico vacío en su mano derecha, Perelló, el verbo a duras penas contenido, abre la puerta del despacho de Escalona y

asoma la cabeza.

—¿Cómo va eso, Escalona? ¿Alguna novedad?

El gesto sombrío de Escalona no invita a más indagaciones.

—Manténgame informado. ¿Se sabe qué juez asume el caso?

—Vázquez Llorca —responde el inspector—, estaba de guardia.

El comisario apenas encuentra qué decir. Su semblante es grave y su aspecto parece el de un hombre al que le han caído a traición un par de décadas encima. Sabe que se ha acabado lo de plantarse en mitad de un pasillo, las piernas abiertas, los brazos en jarras, e impartir desde allí las cuatro cosas esenciales, los rudimentos del oficio. En la Via Laietana tampoco podrá abroncar a sus hombres como tenía por costumbre. De hecho, y si se detiene a pensar, sus hombres, los de toda la vida, han empezado a desperdigarse. Los hay que han marchado ya con rumbo a otras comisarías o lo harán en los próximos días. Otros, como el mismo Escalona, han solicitado ser asimilados al cuerpo de Mossos d'Esquadra. A Perelló todavía no le entra en la cabeza que a partir de noviembre corresponderá a los mossos investigar cuanto de malo ocurre en el Raval.

—Ha tenido usted suerte —concluye antes de arrugar entre los dedos el vaso vacío y de comprobar con una mueca de desagrado y un «joder» que siempre, siempre, siempre, por mucho que apure el café de máquina, queda alguna gota en su interior—. Ese juez los tiene bien puestos y no pone pegas a la hora de ordenar un registro.

Al comisario le pesa perder de vista a Escalona, aunque no lo reconocería ni bajo tortura. Comprende los motivos del inspector, sabe que ama profundamente las calles en las que lleva trabajando media vida. Reconoce que el terrorismo internacional, las redes de narcotráfico y la expedición de pasaportes, que son las competencias asignadas a la policía, no son plato de gusto. Sabe que Escalona prefiere los delitos con los que se ha acostumbrado a bregar, también el comisario los prefiere. Del robo al homicidio pasando por el maltrato o los abusos deshonestos, cualquier cosa antes que pasarse la vida estampando su firma en los malditos pasaportes. Por eso ha dejado de insistir, aunque de tarde en tarde

todavía le dirija alguna puya.

Mientras se retira pasillo adelante en dirección a un despacho al que no piensa llegar, continúa Perelló renegando en voz baja. La retahíla de blasfemias resulta inaudible, pero tan familiar al oído como el rumor de las olas o el ruido en las calles. Otro que habla solo, piensa Escalona mientras le da vueltas y más vueltas al signo del dólar encontrado sobre el pecho de la mujer. Con un rotulador rojo lo dibuja varias veces sobre una hoja de papel en la que ha tomado cuatro notas que, por el momento, no tienen el menor sentido. Un símbolo rojo, de un rojo intenso, como la púrpura. Otros, mucho tiempo atrás, señalaban con una letra escarlata a las mujeres adúlteras. Quizás, no le sorprendería, el asesino quisiera marcar así a la mujer muerta. La que prefiere el dinero, la que cobra, la prostituta. A juzgar por su vestimenta quizás lo fuera, quizás ofreciera su cuerpo a cambio de un puñado de euros, quizás…

—Inspector, ya estoy aquí.

—Eso es evidente, Guerao.

—Tengo su nombre, su dirección y su oficio —se jacta el agente—. Han encontrado el bolso en una papelera en la misma Rambla del Raval algo más arriba. Lo de siempre. Vieron el bolso y lo afanaron. Se llevaron el dinero, pero dejaron todo lo demás, monedero, maquillaje, papeles… Lo he dejado a los del laboratorio para que intenten levantar alguna huella con cianocrilato. Nunca se sabe.

El agente se interrumpe durante unos instantes. Habla tan deprisa que se ve obligado a detenerse para recuperar el aliento.

—Pero es ella, jefe. Se llamaba Margarita Román Osorio, vivía muy cerca de aquí, en la calle Hospital, y por lo que cuentan era una prostituta.

—¿Cuentan, Guerao? ¿Quién cuenta? Vamos por partes.

—Una colega, la Riojana. Ya sabe usted, jefe. Unos cincuenta años y unos noventa kilos. Lleva años en las calles y últimamente ha estado aquí un par de veces… Cosas de poca monta.

Escalona la recuerda, una de tantas. La Riojana, una rubia platino con denominación de origen y una mala leche bíblica.

—La Riojana asegura que Margarita Román era una prostituta, inspector.

Margarita, ese era también el nombre de la esposa de Escalona. Marga, así la llamó siempre. Todavía ahora, en sueños, la llama Marga. Por eso el nombre de la mujer se le queda como anclado entre las cejas y el pensamiento se congela en su cabeza durante unos instantes.

—Por favor, vuelve a empezar, me he despistado.

—La fallecida es Margarita Román Osorio —repite Guerao con cierta impaciencia—. Vivía, según el DNI, en la calle Hospital y los que la conocen dicen que se dedicaba a la prostitución. En el monedero hemos encontrado una tarjeta de una productora y una cita, probablemente debió de acudir ayer sobre las seis. Del teléfono móvil, si lo tenía, no hemos encontrado ni rastro. Pondría la mano en el fuego que, si no lo tiene el asesino, se lo llevaron en menos que canta un gallo. El dinero y el móvil, lo que buscan todos.

Escalona también lo cree, el móvil desaparece siempre. Con un gesto el inspector le invita a proseguir.

—Además me consta que recibió una llamada durante la cena —añade Guerao.

—Vamos por partes. ¿Qué hay del hombre que la encontró?

—De Joan Carceller no he podido sacar nada. Y no porque no quiera hablar, sino porque solo quiere hablar con el responsable de la investigación. Se niega a decirme nada. Quiere hablar con el comisario. ¡Con el comisario! ¡Suerte que no pide ver al ministro de Interior! Y no lo sacas de ahí. ¿Y sabe qué, jefe?

—Si no me das más pistas…

—Cuando le dije que no se moviera de casa, que volveríamos a llamarlo para que firmase la declaración, me dejó helado. Me preguntó si no podría pasar la noche en comisaría. Me dijo que se le

había quedado mal cuerpo y que prefería no volver a su casa. Casi me suplicó, dijo que no le quedaban cristales y que tenía miedo de pasar frío. Está en la sala de espera de esta planta. Antes de irme le saqué un café con leche de la máquina y allí lo dejé. Sé que le pidió una manta al agente de guardia, que se estiró sobre un par de asientos y que allí sigue. Acabo de verlo, le he dado los buenos días, le he sacado otro café con leche, y allí está. Tan campante. Como aquel que lleva años en un aeropuerto.

Durante unos instantes, los que tarda el agente en recuperar el resuello, ni Guerao prosigue su explicación ni a Escalona se le ocurren más preguntas.

—Pero lo mejor viene ahora.

—Tú dirás —invita el inspector.

—Sé dónde cenó la mujer, en la pizzería Ideal, en la Rambla, esquina con Nou de la Rambla, a diez minutos de donde se encontró el cuerpo. La ha visto usted mil veces.

Escalona recuerda el restaurante-pizzería Ideal, incluso cree haber cenado allí alguna vez antes de patearse media ciudad en dirección a su casa, por eso se limita a asentir.

—Estuvo cenando allí a eso de las diez, sola. Según me dijo el camarero, tiene por costumbre pasar por allí dos o tres noches por semana, casi siempre sola. ¿Quiere usted saber lo que cenó? —pregunta Guerao mientras se saca una libretita del bolsillo.

Guerao ha abandonado la agenda electrónica tras haber extraviado un par de palitos con los que presionar sobre la pantalla y ha regresado a formas más tradicionales de tomar notas. Escalona niega con un movimiento de su cabeza mientras escucha y continúa dibujando el signo del dólar sobre una hoja de papel. El asesinato de una prostituta siempre es mal asunto, todos callan y cuesta lo que no está escrito sacar algo en claro.

—Sigue, Guerao, pero no corras. No vendrá de un minuto.

—El camarero no advirtió nada extraño en el comportamiento de la

mujer. Vestía como era habitual, de negro y enseñando carne, y se comportaba como siempre. En la pizzería todos sabían a qué se dedicaba, ella no lo escondía. Dice el camarero que más de una vez había levantado allí mismo algún cliente. Por lo que recuerda, se diría que estaba contenta. Mientras cenaba recibió una llamada al móvil y habló durante unos instantes. No se la veía alterada, ni asustada, ni molesta. Por el contrario, parecía que las cosas le iban bien, le dijo algo de una película que iba a rodar, pero no recuerda de qué iba. Y no me extraña, la terraza del Ideal sigue abierta y el hombre se pasa la noche cruzando la Rambla con la bandeja a cuestas y sirviendo cervezas y sangría a los guiris. No hace más que rezar para que llueva o para que apriete el frío de una vez y se ahorre tanto paseo. Y dicen que nuestro oficio es arriesgado… El caso es que…

—Respira, Guerao, respira —le indica Escalona mientras continúa tomando notas y salpicándolas de símbolos rojos.

—El camarero, que se pasó la noche yendo y viniendo de la terraza a la barra y de la barra a la terraza, la vio salir y acercarse a la otra esquina. Allí, delante de la tienda de bolsos, se encontró con un hombre. Quizás la estuviera esperando, quizás simplemente la vio salir y se acercó a ella. A veces quedaba allí con algún cliente. Era un buen lugar y ella lo sabía, la competencia es mayor un poco más abajo, cerca de Colón. El camarero no será de gran ayuda, no puede identificarlo, casi no llegó a verlo, no recuerda nada, solo que vestía de oscuro y que su estatura era normal y corriente. No le llamó la atención y tampoco recuerda haberlo visto antes, pero eso, si quiere que le diga la verdad, no quiere decir nada. Cuando uno cruza la Rambla cien veces en una noche mientras retira los vasos y las jarras e intenta recordar un pedido para doce, no le quedan muchas neuronas libres para fijarse en los detalles.

Escalona sabe que Franky, así le llaman en comisaría, tiene razón. Los ha visto miles de veces atravesar la calle con una bandeja repleta y en equilibrio mientras sortean motos y coches o aguantan los insultos de algún conductor escaso de escrúpulos.

—Me dijo algo que puede servirnos. Cree recordar que atravesaron la calle y que estuvieron un momento en el paseo central. Dice que el hombre hablaba con ella a gritos, que pegaba voces y que incluso

se dirigió a los que circulaban Rambla arriba, como si les increpara. Quizás estuviera borracho, ya sabe que a veces, a la menor oportunidad, pegan cuatro voces, un par de traspiés y lían la de Dios es Cristo. El caso es que, si a usted le parece bien, iré a ver si alguien puede decirme algo más. Quizás si el del quiosco no había cerrado todavía…, pero ese callará, no es la primera vez, nunca sabe nada. El pelanas de las caricaturas se pone más abajo, no creo yo que llegara a ver nada, pero por intentarlo... Por lo demás, a los guiris no habrá quien los encuentre y en la Rambla, a esas horas, gente de paso. No creo que saquemos mucha cosa

—Dile a Evaristo que eche una primera ojeada al piso de la mujer, que apunte todo lo que vea, pero que no toque nada. Yo llamaré al juez para los trámites. Y tú, vete a la Rambla. Insiste, Guerao, por el momento tampoco hay más pistas. Me acercaré otra vez hasta el lugar en el que la mataron. ¡Ah! Y pregunta cómo anda lo de las huellas.

—Del gato no han sacado nada, aquello lo toca todo el mundo. No hay forma de saber. De la gente no espere usted mucho, inspector. Ayer pregunté a todo bicho viviente. Ni las putas que andaban por allí, que las hay a patadas. Ni los que venden cervezas a un euro, ni los de los bocatas, nadie. Ni el de los collares de cuentas, que vendería a su madre por algo de costo. ¿Qué le voy a contar? Ya sabe cómo son estas cosas, inspector. En este barrio, si no interesa hablar, no se habla. Todos saben, pero…

Demasiado bien lo sabe Escalona. Conoce como nadie esa ley no escrita que impide urbi et orbe abrir el pico para hacer declaración. Todo menos ayudar a los maderos. Algunos se dejarían cortar un brazo antes que facilitar información. Y si el camarero ha largado, probablemente ha sido porque es demasiado joven y no ha podido resistir la tentación de probar en qué consiste erigirse en protagonista por un rato. Aunque él todavía no lo sepa, un testigo no pasa de ser un artista menor, uno de esos que antes se llamaban artistas invitados y que normalmente ni tan siquiera cobran por el cameo.

—Guerao, antes de irte, dile al señor Carceller que venga. Le haré cuatro preguntas más y enviaré a alguien para que le acompañe a casa.

Arrastrando los pies pasillo adelante, el hombre se aproxima poco después hasta la puerta y se detiene antes de traspasar el umbral. Camina sin dificultad aparente, pero lo hace tan despacio que Escalona, impaciente por naturaleza y por enfermedad profesional, se apresura a pedirle que pase.

—Siéntese, por favor.

Tras concluir una maniobra que parece durar horas, Joan Carceller toma asiento con la espalda muy erguida, cruza una pierna sobre la otra y eleva la vista. Antes de que Escalona pueda formular la primera pregunta, el viejo se adelanta.

—Yo no fui, señor. Usted lo sabe, ¿verdad?

—Yo por el momento sé muy poca cosa, señor Carceller. Dígame su nombre completo, su dirección, su fecha de nacimiento…

—Me llamo Joan Carceller Medina, soy jubilado. Más que jubilado, menesteroso. Vamos, que no me alcanza, que donde no llega la pensión, llega la caridad, o la mala conciencia, que de todo hay. Tengo setenta y seis años y vivo en el número 1 del Pasaje de San Bernardino. Ya sabrá usted dónde cae, a dos pasos de aquí.

El inspector recuerda la callejuela a la que el hombre se refiere. Estrecha, sucia y del mal transitar. Peor, imposible. El que ha podido se ha ido y algunos de los que quedan malviven en la indigencia. Joan Carceller carece de ingresos suficientes, pero conserva una mente perspicaz y un discurso lúcido y bien organizado. También su compostura es la de un hombre que no ha extraviado la dignidad a pesar de los años y de las circunstancias.

—Sí, señor. Mire, verá, cuando no tengo cena me acerco al 101. En esta misma calle, casi en el Paral·lel. No es que yo lo pueda pagar, no, no es eso. Los domingos por la noche hay poca gente y si les ha sobrado algo… Y no es que yo lo pida, pero me conocen desde hace mucho, antes era un cliente habitual, pagaba al día, no tenía deudas...

—Entiendo, siga. Pero háble me de lo que sucedió anoche. Todo lo que recuerde.

—Había comido un trozo de tortilla y unas cucharadas de sopa, había visto el fútbol. Si no tienen clientela, me permiten sentarme en un rincón. Estuve echando el rato con Isidro, otro que anda como yo, peor si cabe. Por eso volvía a casa. Era tarde, pero por allí siempre hay gente y está bien iluminado. Además, miedo no paso, qué me van a quitar a mí. No se me acercan ni las putas que andan a lo que caiga. Yo caminaba por la acera que da a Montjuïc, en el Tibidabo todavía había luz, lo recuerdo porque me gusta ver la montaña iluminada. Además por eso, por mirar, todavía no cobran. Como le decía, iba yo hacia mi casa y me acerqué a los contenedores. La gente lo tira todo. Uno no se fija cuando tiene la cartera llena, pero no es mi caso. A veces, señor, lo que a uno le sobra a otro le puede hacer servicio. El gato, no sé si lo recuerda, está casi enfrente.

El hombre refiere su historia con fluidez y, aunque le tiembla ligeramente la barbilla, parece mucho más sereno que la noche anterior.

—Yo, personalmente, lo encuentro espantoso, pero hay quien se hace fotografías con él. Ya me iba, en el contenedor no quedaba nada, acababa de pasar el camión de la basura. Fue entonces cuando la vi allí tirada. Al principio no pensé que estuviera muerta. Le vi las piernas, señor comisario, unas piernas muy blancas que llamaban la atención.

—Inspector, señor Carceller, solo soy inspector —sale al paso Escalona, al que no le gustan los malentendidos. Muy pronto, piensa, con la llegada de los mossos y la diferencia en el escalafón, dejará de ser inspector para pasar a ser subinspector. Corregir a sus interlocutores será todavía más penoso y exactamente igual de inútil.

—Usted perdone, inspector. ¿Pero lleva usted este caso? Eso es lo que acaban de decirme.

Escalona asiente.

—Verá, no me pareció que estuviera bien, estaba tan quieta… No parecía borracha, no se quejaba, no se movía... Aunque en este barrio de cosas raras hemos visto tantas que anda uno curado de

espantos. Me acerqué, le pregunté si se encontraba mal, si podía ayudarla, pero no me respondió. Fue entonces cuando vi toda aquella sangre, la sangre no engaña. Aquello era espantoso, había sangre por todas partes, tenía sangre en el pelo, en los hombros, sobre la falda… Espantoso. Me manché las manos al agacharme, y me asusté, señor inspector. Me asusté mucho. Y, para acabarlo de arreglar, cuando me puse en pie me di un golpe con el maldito gato.

—¿Usted la tocó? ¿La cambió de sitio?

—No, apenas. Bueno, creo que le toqué el brazo. Solo para saber si…

—Ya, no se preocupe, siga. ¿Le rebuscó el bolso?

—No había bolso, señor.

—Se fijó usted.

—No me mire así, inspector. Cómo no me iba a fijar. Con cuatrocientos treinta euros al mes ya me dirá qué hago. La mitad se la lleva el alquiler. Yo, inspector, me fijo en todo y si veo algún céntimo en la acera, me agacho y lo recojo. Si me encuentro un bolso… Hay meses, señor, que no me alcanza para el agua, o para la luz. Ya no tengo teléfono y la estufa, ahora que llegará el frío, un par de horas cada noche y pare de contar. Y yo, a mi edad, siempre tengo frío, en todas partes, hasta en verano. Ya no le explico para comprar comida o ropa. Casi cada día voy al comedor social. Qué remedio. No crea que me gusta tratar con mendigos y con borrachos. No soy ni una cosa ni otra. Aquí donde me ve, tiempo atrás tuve una posición, un negocio… Yo era de traje y corbata. Y ahora… Si me encuentro un bolso, lo primero que hago es mirar. No crea, me avergüenza buscar en los contenedores y en las papeleras. ¿Cree que me gusta dejar que me acerquen un plato por compasión? Pero, ¿qué haría usted? ¿Dejarse morir? ¿Eso es lo que esperan de nosotros? Otros deberían sonrojarse. No yo. El alcalde, el president… Todos. Se les llena la boca cuando llega la hora de pedirte el voto, pero luego... Pero esta vez sí que no, a mí no me engañan más. Si no fuera porque a veces se encuentra uno con gente…

—¿No había nadie por allí? —le interrumpe el inspector, que demasiado bien imagina la miseria en la que transcurren los días del anciano y no necesita más detalles.

—Sí, claro que había gente, pero no sabría decir quién. No los conozco.

—¿No se acercó nadie?

—No, solo los policías. Pasaron por allí mientras todavía me dolía la cabeza del golpe. Me había apoyado en el gato y pensaron que me encontraba mal. Muy bien no estaba, puede usted imaginar... Pararon el coche, fueron muy amables. Se acercaron a mí, me preguntaron, y yo señalé a la mujer. ¿Qué iba a hacer? A partir de ahí…

—Bueno, si eso es todo…

—No hay nada más, inspector. No tengo nada más que decir, pero debe usted que saber que yo no fui. No la conocía. No sé quién era ni lo que hacía. A decir verdad, ni me importaba. Si la había visto alguna vez no lo tengo presente. No creerá usted que a mis años…

—En ese caso volverá usted a la sala, leerá lo que ha escrito el agente y, si está conforme, fírmelo. Un agente le acompañará a su casa y, si necesita algo, pídaselo, le ayudará. Y tranquilícese, hombre. Si ha dicho la verdad no tiene nada que temer.

—Desde luego, comisario. Es la verdad —añade Joan Carceller, que inicia trabajosamente su retirada.

Antes de salir y entre el aposentamiento de un pie y el avance del siguiente, Carceller gira la cabeza en dirección a la mesa del inspector.

—Usted, señor, que debe de conocer a mucha gente, ¿no podría hablar con alguien? Para que nos subieran la pensión, quiero decir. A veces moviendo algunos hilos… Es que con lo que nos dan…

—Yo no visto nada. No oído nada. Yo, dentro —contesta el

responsable del alquiler de películas veinticuatro horas, filmes directamente llegados desde Bollywood hasta la Rambla del Raval. Mientras responde a los requerimientos de Escalona, el hombre señala más allá del mostrador y, al retirar una cortina con la mano, descubre un pasillo ocupado casi en su totalidad por un catre—. Yo, dentro. Yo, dormido. Yo, papeles.

Escalona sabe que está mintiendo. Recuerda haberlo visto apoyado en una valla mientras el forense acababa de examinar el cadáver y el juez ordenaba su levantamiento. Retuvo su mechón más claro en la sien, sus dientes grandes y blanquísimos, sus cejas oscuras y sus ojos inquietos. Y aunque pueda parecer mentira, Escalona recuerda las blancas lunas de sus uñas. Pero no insiste, no serviría de nada. Ha interrogado ya a cuantos, por la proximidad, pudieron haber sido testigos del asesinato. Todo en vano. Nadie más vio nada, nadie más oyó nada. Ni los de la carnicería halal, ni los del donner kebab, ni los ecuatorianos del locutorio, ni los chinos del bazar que no se pierden una y andan por todas partes. A dos pasos de los contenedores, a cuatro del gato negro de Botero, y nadie vio nada, nadie escuchó nada. Eso es lo que dicen. Se limitan a encogerse de hombros, a negar con la cabeza y a sonreír, especialmente los chinos. Sonríen y callan. Tampoco entre los vecinos de toda la vida ha encontrado mayor colaboración.

En la ciudad se habla ya de ravalear, aplicado el vocablo de reciente cuño a pasear por el barrio, a tomar unas copas en un local especial, a comprar ropa de segunda mano, a encontrar el objeto que no se halla en ninguna otra parte del mundo, a admirar unas calles en las que hay de todo y para todos los gustos y, si se tercia, a aliviarse en plena vía pública. Hasta se estampan camisetas, gorras y mecheros y se pintan muros con el infinitivo de moda. Escalona, de pie sobre la acera, acuña una nueva acepción para el término: callar, sonreír y cargar a cuestas la propia cruz. Eso al menos es lo que sucede al sur del Raval, el sur del sur en una ciudad admirada y admirable. Todas las lenguas, todos los colores, más procedencias de las que uno sabría determinar sobre un mapa. El mundo entero a escala, hacinado en un puñado de calles no siempre tristes que cambian a la velocidad de la luz de sus neones. Pasar estrecheces, llegar a comprender a tu vecino que apenas acierta a saludarte con un gesto, tener los ojos bien abiertos y la boca bien cerrada. También eso es

ravalear, pero quizás no sirva para vender nada.

Por eso ha decidido que regresará temprano a casa, que llamará a Teresa. Necesita oír su voz, comprobar que todo anda como debiera. Le gustaría poder consolarla, decirle que las cosas se arreglarán, que pronto remitirá el alzhéimer avanzado que carcome inexorable la mente de su madre, que todo volverá a ser como antes. Pero Escalona sabe que para esos menesteres es un perfecto inútil, que no sabe mentir, que nunca ha sabido encontrar las palabras, que le aterroriza el llanto y que las emociones al descubierto le asustan tanto o más que las armas.

—¿Puedo hablar con Teresa?

—Puedes, si quieres —la voz de Teresa es tensa y Escalona reconoce el reproche en sus palabras. Han pasado tres días desde que hablaran por última vez. Tres días es mucho tiempo. Demasiado.

—Claro que quiero. Si no, no llamaría. ¿Cómo estás?

—Mal, cómo voy a estar. Ya ni me reconoce. Cuesta creerlo, pero es así. Si la vieras… Cuando no me confunde con mi hermana, me llama Rosario, como a nuestra vecina de toda la vida. Se ha olvidado de mi nombre y de mi cara. Hay momentos en que no sabe ni dónde está, ni si ha comido o si se acaba de levantar. ¿Cómo estarías tú?

No hay respuesta, por eso el silencio se apodera de la línea y la incomodidad de su ánimo. Probablemente Escalona andaría peor que mal. Cada vez le afecta más el dolor ajeno y no se atreve, de puro miedo, ni a pensar en el propio; por eso calla y pasados unos instantes se agarra como a clavo ardiendo a uno de sus lugares comunes, los homicidios. Le habla de la prostituta, del gato, de Carceller, de Perelló que no levanta cabeza… Y aunque no le guste explicar los casos que le tocan en suerte, sabe que ella necesita oírle hablar para salvar la distancia. Sabe que espera noticias como otros esperan el agua en mayo, por eso el inspector hace lo posible.

—Me gusta que me expliques todo eso, Santiago. Lo necesitaba. Le

he hablado de ti a mi madre, de ti y de mí, de lo nuestro. Pero no te asustes, no hablará, no recuerda nada. No le va a ir a nadie con el chisme. No recuerda nada en absoluto. Si hablo es por mí misma, para convencerme de que existes, de que estás ahí, de que si no llamas es por… No te preocupes. No sabe ni quién soy. Si supieras cómo echo a faltar la comisaría...

—Por eso lo hago. Por eso y para que no te olvides de mí.

Es lo más tierno que el inspector sabe decirle, las palabras más íntimas que saldrán de sus labios, el deseo cierto de que no le olvide. Solo muy de tarde en tarde Santiago le susurra a Teresa que la necesita. Eso es todo. En comisaría nadie sabe nada. Solo un buen observador repararía en ciertos detalles, en las palabras al vuelo, en la complicidad de las sonrisas… El inspector lo prefiere así.

—La que tiene alzhéimer es mi madre. ¿Has ido al dentista, Santiago?

Como no hay respuesta, porque Escalona ha olvidado por completo su cita con el dentista, Teresa insiste.

—Tenías hora esta tarde. ¿No lo has visto? Yo misma lo anoté en tu agenda. Y te lo recordé el viernes, cuando me llamaste —en su voz hay un cansancio infinito—. ¿En qué piensas, Santiago?

Parece desmoralizada, cansada de bregar con un hombre indeciso y de pocas, poquísimas palabras, y con una madre que se demencia a la vertiginosa velocidad del olvido.

—Tampoco habrás descongelado la nevera, ¿verdad?

El silencio de Escalona es tan elocuente que Teresa se da por vencida.

—Cuando no puedas cerrar la puerta, la tiras.

—Lo haré, te lo prometo.

Ahora es Teresa la que calla, parece pensar lo que va a decir, como si le costara encontrar las palabras. O el valor para creer en ellas.

—Voy a quedarme una semana más. O dos, o… Tenemos que decidir qué hacemos y, la verdad, no sé… No sé qué debo hacer. Mi hermana tiene una hija, un marido, trabaja… Yo… Quizás lo mejor sería que pidiera un traslado, que volviera aquí un tiempo. Con ella... No puede quedarse sola. Alguien ha de estar aquí…

El inspector hubiera querido decirle cuánto la echa de menos, hasta qué punto la necesita a su lado, cómo cada vez que, al llegar a comisaría y recordar que ella no va a estar allí, el día parece proyectarse hasta el infinito. Quizás debiera rogarle que regrese pronto, que lo piense bien; decirle que no puede desaparecer, que hay otras soluciones, que ella no puede marcharse, que él no podrá soportarlo… En los Estados Unidos emplean la fórmula Miranda para informar al detenido de que puede guardar silencio y de que cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra. El inspector no tendrá esa suerte, la vida no acostumbra a depararnos esa gracia, la de guardar silencio. Sabe que, al contrario de lo que le sucede al reo, él no puede permanecer en silencio, sabe que no debe hacerlo, pero no encuentra el coraje. ¡Es tanto el temor a equivocarse, a ser malinterpretado, a no saber encontrar las palabras justas, a que cualquier cosa que diga se vuelva, a la corta o a la larga, contra él! No sería la primera vez, por eso es tanta la prevención y tan intenso el miedo. Por eso, antes de que Teresa le diga adiós, siente ya ese dolor antiguo en el estómago para el que no sirven los antiácidos.

—Llámame cuando puedas —le susurra Teresa al auricular.

Hay llanto en las palabras rotas de la agente. Llanto y soledad. Y miedo. Como si en unos días se le hubiera caído el mundo entero encima. Escalona la imagina llorando junto al teléfono. Desconsolada y sola. Llorando a escondidas para que la madre no la vea, para que no pregunte. Aunque tanto da.

A escondidas, como cuando era una adolescente y todo lo verdaderamente importante siempre sucedía a escondidas.

Capítulo dos

Martes, 4 de octubre

Guerao aparca el coche frente a una nave de Montigalà, allí donde Barcelona pierde su nombre y a punto está Badalona de rendir el suyo. Aunque el trayecto ha sido corto, Escalona no ve el momento de apearse. Guerao parece haber aprendido a conducir en un Grand Prix y han venido largando trapo por la Ronda Litoral, vía rápida que por no tener no tiene ni arcén. En las calles que atraviesan el polígono apenas se ve a nadie, pese a ser ya media mañana.

El inspector se dirige a una puerta metálica de grandes proporciones custodiada por dos hombres, uno joven y fornido, el otro mucho mayor, se diría que jubilado, y de muy escasa envergadura, como un jockey entrado en carnes y en arrugas. Mala estampa para un segurata, piensa Escalona nada más ponerle la vista encima. Al ver el coche policial y a dos personas que se acercan, los vigilantes ensayan la posición de trabajo, dejando el bocadillo uno y apagando el cigarro el otro. Se ponen en pie al unísono y lo hacen uno a cada lado de la puerta, con las piernas ligeramente abiertas y la vista al frente, como en una imaginaria. Uno de ellos, el más joven, se lleva la mano a la porra en lo que parece un acto reflejo. El otro se limita a entornar los ojos para enfocar mejor a los visitantes.

—¿El señor Julio Moreno? —pregunta el inspector indagando con la mirada para averiguar cuál de los dos lleva la voz cantante.

—Sí, ha llegado hace un rato, pero no se le puede molestar, están rodando —responde el viejo, demostrando así que la antigüedad es un grado en todas partes, también junto a una puerta metálica.

—Somos policías y queremos hacerle unas preguntas. ¿Podemos esperar dentro?

—Sí, claro, seguro que sí. Yo mismo les acompaño y aviso al señor Moreno. Hay una máquina de café por si quieren ustedes… —se apresura el hombre cuyos reflejos, a pesar de la edad, parecen mucho mejores que los de su compañero—. Hijo, tú quédate aquí que yo acompaño a estos señores. Y no te muevas.

El vigilante que permanece junto a la puerta acata las indicaciones con un gruñido acompañado a destiempo de un movimiento de cabeza, mientras alarga la mano en busca del bocadillo que ha dejado a medias. Apoyarse en la pared de la nave, encarar el bocadillo y olvidarse de ellos, es todo uno.

Escalona y Guerao, siempre precedidos por el hombre, se adentran en el recinto. Junto a la entrada, en una placa diminuta, el inspector lee:

Clima.X

Producciones Audiovisuales

Observan que la enorme y desangelada nave industrial se halla divida por medio de numerosos tabiques móviles, biombos muy grandes pintados o empapelados de diferentes colores y con motivos igualmente diversos: flores, bambúes, panteras, farolillos rojos… Del techo cuelgan numerosos focos y a un lado se apilan en un orden dudoso muchas sillas, tres mesas, un par de sofás, varias lámparas, dos camas de gran tamaño y numerosos cojines entre los que predominan el raso y el terciopelo. El hombre les indica que le sigan, pero que lo hagan en silencio y que tengan cuidado con la ristra de cables que cruza el suelo. Mientras sortean a un par de técnicos, que aparecen de pronto desde detrás de un panel y que acarrean entre maldiciones ahogadas un enorme reflector, oyen la palabra mágica.

—Acción.

Tras superar otro panel, el viejo se lleva un dedo hasta los labios y

sisea. No deben hablar, mejor si se mueven despacio y sin ruido, les indica. No debe interrumpirse el rodaje. Antes de detenerse definitivamente, casi se dan de bruces con un nutrido grupo de técnicos diversos y de ayudantes de lo más variado que se entienden por gestos. A Escalona y a Guerao se les aparece, como brotado de la nada, un plató profusamente iluminado en el que tiene lugar el rodaje. En el centro, a pocos metros, bajo una decena de focos despiadados, un hombre vestido con un albornoz azul está sentado en el borde de una gran cama redonda. Parece ensimismado, como si pensara o, mejor aún, como si soñara con los ojos abiertos. Instantes después se aproximan dos mujeres jóvenes; por la cara del hombre se diría que son la saludable encarnación de su sueño. Cuando Guerao, desprevenido, resopla, un técnico se acerca y llevándose imperiosamente el índice a los labios le indica que debe permanecer en silencio.

Una de las mujeres se planta junto a la cama en escueta ropa interior; la otra, a pelo. La del tanga propina al hombre un empujón considerable y este queda tendido en la cama con el albornoz abierto y el miembro tomando altura y apuntando curiosamente a un reflector. Situación que aprovecha de inmediato su compañera, y a juzgar por la compenetración buena amiga, para engullir el citado miembro mientras es acariciada pródigamente por la del tanga. Las variaciones sucesivas son todas las posibles, como en un problema de combinatoria. Guerao, la boca abierta, por no hacer ruido casi ni pestañea. Escalona no puede dejar de admirar la resistencia del protagonista, que jadea como si participase en una maratón, ni la magnitud de su miembro.

Los diálogos, todo hay que decirlo, se le antojan algo pobres y faltos de imaginación.

—Sí, sí, sí… Mmmm… Más, más…

—Sigue, sigue… Así, así… Ya, ahora, ya, ya…

O el guionista anda escaso de ideas, o el elenco se limita a improvisar las cuatro cosas de rigor.

El inspector indica a Guerao que pueden retroceder y esperar junto a la puerta pero el agente, o bien no advierte el gesto o

decididamente se resiste a marcharse. El acoso de las mujeres parece no tener fin, tampoco la capacidad neumática del hombre que, aunque manifiesta un apasionamiento escaso, colabora voluntariosamente en el ejercicio colectivo de contorsionismo. También el viejo se ha quedado allí, junto al panel que demarca el plató. Sonríe recordando quizás prodigios pasados y le señala al inspector la figura del hombre con el que desean hablar.

—¡Corten! ¡Buena! —grita el director tras lo que a Escalona, pasada la primera impresión, se le ha antojado un lapso interminable—. Muy bien, Lucho, has estado enorme. Todo tú, ¡enorme! ¡Magnífico! Vosotras dos, Dafne y Soraya, muy bien, fantásticas, dos verdaderas leonas. ¡Unas diosas, chicas! ¡Unas diosas!

Las dos mujeres se separan al instante del hombre que permanece tendido en la cama. No se despiden de él ni tan siquiera con una mueca de reconocimiento. Han desaparecido los gemidos, los vagidos y los suspiros profundos y han sido sustituidos por las voces, las órdenes y las imprecaciones.

—¡Joder! —exclama una de ellas mientras se agacha y recupera el tanga.

Hay prisa por continuar rodando. Los técnicos recogen cables, apagan focos y manipulan reflectores. Un par de ayudantes se acercan al plató cargando con un sofá. El director se aproxima a los policías mientras un operador de cámara palmea el culo de la más joven, a la que se le agria el gesto. Si no ruge es porque no está de humor.

—Podéis ir a ducharos —les indica en un alarde de autoridad.

Ninguna de ellas se digna mirarlo.

Uno de los ayudantes se aproxima a las mujeres con dos albornoces rojos en los que se enfundan de inmediato. Hay pudor en sus gestos y en la rapidez con la que hurtan sus cuerpos a la vista. Ninguna de ellas dedica ni tan siquiera un vistazo rápido a los presentes. Es evidente que no sienten por ellos el menor interés.

—¡Jefe, jefe, esto es porno! —observa Guerao, visiblemente

turbado.

—¿Estás seguro? No lo hubiera dicho nunca —replica el inspector, no menos azorado.

—No es mal curro esto de hacer porno. Si algún día dejo la poli… Búsqueme aquí, jefe. ¡Te las tiras y encima te pagan!

—No sé yo si tú… —esboza Escalona insinuando un vistazo socarrón a la comprometida entrepierna del agente.

—¿Qué sabrá usted, jefe? Cuando me pongo… soy imparable.

A Escalona le vienen a la cabeza un grupo de poetas que han dado en llamarse a sí mismos «los imparables». Aunque las razones, presume, deben de ser otras.

—A lo que vamos —espeta Escalona mientras se aproxima al director del tinglado, un individuo maduro al que le penden del cráneo cuatro hilachas de pelo, como a los cocos. Perfectamente podría estar despachando tuercas, haciendo el taxi o instalando carpintería metálica. Una sola arruga le cruza la frente, como un costurón.

—¿Señor Moreno? Soy Santiago Escalona, inspector de policía.

—Sí, ya me habían advertido. ¿De qué se trata?

Julio Moreno les alarga la mano, primero al inspector, después al agente. Tiene los ojos azules, de un azul desvaído, y la mano fría.

—Queremos hablar con usted de Margarita Román.

—¿De quién? —su gesto parece espontáneo. Se diría que es la primera vez que oye el nombre de la fallecida.

—De Margarita Román.

—Lo siento, inspector. No sé a quién se refiere. Creo que no puedo ayudarle. Está usted confundido.

—No puede ser. Ella tenía una tarjeta con esta dirección, su nombre

y su teléfono, y una fecha, la de anteayer. Si no nos equivocamos, estaba citada con usted a las cinco. Aquí. Aunque en domingo es algo raro, ¿no?

—¿Margarita Román? Le juro que… Recibí a una actriz, es verdad, quería un papel, pero no se llama así. La que vino a hablar conmigo fue Rita, la había citado a las cinco, entre un rodaje y el siguiente. Aquí las fiestas no se guardan. Si hay trabajo, no hay domingos. Rita estuvo aquí, esperó un rato porque íbamos retrasados, hablamos un momento, y luego se largó. Hablamos aquí mismo, a pie de obra, donde están ustedes. Los demás, los de siempre.

—¿Rita? ¿Rita qué más? —inquiere el inspector, desconcertado.

—Rita Romanos.

En la cara de Escalona puede leerse la extrañeza. No mueve un dedo y, aunque se diría que piensa, no es así. Tiene la mente en blanco.

—Unos treinta y cinco, piel muy blanca, rubia de tinte, buen culo y mejores… —apunta el meritorio director llevándose los dedos arqueados a la altura del pecho.

El inspector, desconcertado, permanece en silencio unos instantes. Rubia, piel muy blanca, buenas… Poco después, sin haber abierto todavía la boca, reacciona como si acabase de sufrir una revelación y se da una palmada en la frente. Guerao le mira como si llevase un embudo en la cabeza y estuviese a punto de arrancarse por bulerías.

—¡Rita Romanos! —casi grita.

Guerao, que no entiende nada, pone cara de susto, Escalona no es propenso a los desmanes.

—¡Margarita Román Osorio es Rita Romanos! ¡Es un juego con su propio nombre, Guerao! ¡Rita Romanos es Margarita Román Osorio! —añade propinándole un manotazo al agente.

Marga, como su ex mujer, recuerda durante un instante muy breve, un soplo. El inspector no puede evitarlo.

Se diría que acaba de descubrir la ley de la gravedad. O la gravedad

de la ley, dado su oficio y puestos a ahondar en los juegos de palabras.

—¡Rita Romanos! ¡Era su nombre artístico, el nombre de guerra!

Durante unos instantes, los que tarda en comprender, Guerao parece no respirar. ¡Rita Romanos! Guerao recuerda el nombre, quizás incluso haya visto alguna de las películas que rodó años atrás.

Un coro de siseos que parecen provenir de todas partes les indica que deben guardar silencio.

—¡Rita Romanos! —repite Franky Guerao en voz baja cuando cae en la cuenta de la reagrupación de sílabas que permitían a la fallecida cambiar de nombre sin traicionar el propio. Un juego con su propio nombre.

—Algunas lo hacen, se cambian el nombre. Normalmente se ponen nombres exóticos, sugerentes. Yo qué sé. Daisy, Ópalo, Sussanne… Por eso se hacía llamar Rita. Y se comprende. A mí no me parece extraño. Yo también lo haría —comenta el director—. ¿Y por qué quiere saber algo de ella?

—Verá, murió la noche del domingo. La mataron.

—¿A Rita? No es posible. Si estuvo aquí mismo… donde están ustedes —insiste señalando los pies del inspector.

—Estamos intentando reconstruir lo que hizo ayer. En su bolso hemos encontrado una tarjeta, por eso estamos aquí.

—Sí, yo mismo se la di. Me había llamado varias veces y hace unos días nos encontramos por casualidad. Ella insistió, quería hablar conmigo, por eso le di la tarjeta y le dije que viniera. Me vi atrapado, no podía decirle que no me interesaba. Quería un papel… Rita hace años que no actuaba… Había trabajado para mí, y era buena, le ponía ganas. No tenía reparos. Era creíble, mejor que las que acaba usted de ver, aunque estas tienen un cuerpo… ¿Qué voy a decirle? Después empezó a pincharse y las cosas se le complicaron. Los actores se negaban a trabajar con ella, no querían

ni verla y… Bueno, ya no servía… Eso es lo que pasó con Rita.

—Siga.

—No sé qué más decir —añade apuntando con las palmas de las manos en dirección a los focos—. Estuvo aquí, le dije lo de siempre, que la llamaría cuando me fallara alguien, que me acordaría de ella. Lo de siempre. Ella me juró que estaba limpia, que podía demostrarlo, que hacía meses que no se pinchaba ni se metía nada. Yo también lo había oído decir. Había pasado por una clínica de las caras. No sé de dónde había sacado el dinero, pero juraba que estaba limpia. Y por su aspecto creo que no mentía. Había engordado, se cuidaba…Si he de decir la verdad, y para eso habrán venido ustedes, tengo otro rodaje dentro de unos días y una de las actrices tiene una hernia discal. Pensé que Rita podría servir, me juró que no se pinchaba. Y me lo creí. No estaba mal. Y para el papel necesito una mujer madura. Además, este trabajo es muy puta, ¿saben? Solo dura unos años, después a la cuneta. Ya no queda nadie por aquí de los que conocieron a Rita en los malos tiempos. Eso es todo. Pensé que podía servir. Por eso le dije que la llamaría.

—¿Recuerda cómo iba vestida?

—Sí, me fijo en esas cosas. Será porque estoy acostumbrado a las mujeres desnudas… Me fijé, se había vestido para impresionar. Llevaba un top negro y una falda corta del mismo color. Sugerente. Quizás demasiado, pero para lo que yo necesitaba ver…

—¿Se fijó si llevaba móvil? ¿Recuerda si hizo o si recibió alguna llamada?

—Sí, ahora que lo dice, sí. La llamaron, lo recuerdo porque sonó la melodía de la pantera rosa.

—¿Lo apagó o contestó la llamada?

—Contestó. No sé lo que dijo, creo que se limitó a asentir. Quizás a concretar una cita. No sé… No puedo decirle.

—Necesitamos ese móvil, peinaremos el barrio, jefe. Lo

encontraremos —promete Guerao, enardecido.

Sería más fácil resucitar a la difunta que encontrar su móvil, piensa Escalona, pero asiente. Peinaremos el barrio, el procedimiento es el procedimiento.

—¿Julio? —se ha acercado hasta ellos una chica muy joven de ojos grandes y negros con una bufanda roja enrollada en torno al cuello.

Su mera contemplación le produce sofocaciones, Escalona lleva muy mal la temperatura rabiosamente elevada para la estación. Bajo el calor procedente de los focos, la sola proximidad de la bufanda le hace experimentar asfixia. Sin apenas darse cuenta de lo que hace, el inspector desabrocha otro de los botones de su camisa y sopla en dirección al nacimiento de su cuello.

—Tenemos un problema —insiste la chica—. Carlos Donovan ha llamado, se encuentra mal. No puede venir. Nos hemos quedado sin uno de los gladiadores.

—No me jodas. A diez minutos de empezar y se le ocurre ponerse enfermo. Tiene la cabeza en el culo. Llama a Brancato, andaba por aquí y ese no tiene problemas. Si te dice que no, rodamos igual, que se metan el guión donde les quepa. El que quede sin pareja que se distraiga como pueda.

Volviéndose hacia Escalona.

—Mire, inspector, ando algo liado y llevamos tres cuartos de hora de retraso. Hoy no saldremos de aquí hasta las diez tocadas. Si no tiene usted más preguntas…

—No, creo que no. Por el momento hemos acabado —responde Escalona alargando la mano para encajar—. Perdone, una última cosa. ¿Dónde estuvo usted el domingo a partir de las diez?

—Lo de siempre. Aquí donde me ve, yo no salgo por las noches. Estuve viendo el partido en mi casa, con mi cuñado y mi suegro. Puedo darle sus nombres. No tendrán inconveniente.

—Bien. Por el momento, eso es todo. Si recuerda usted algo, soy Escalona, de Nou de la Rambla.

A su espalda, Guerao parece clavado al suelo. No se mueve, ni parpadea, y lo que es más evidente, preferiría quedarse allí.

Uno de los gladiadores, con una túnica corta y un peto de lata, es maquillado por la chica que acaba de alejarse y otra le frota los muslos con aceite. Mientras todo eso ocurre, el gladiador fuma con aire ausente.

—¿Quizás querría hacer usted una sustitución? —invita Moreno al agente con una sonrisa.

—No digo que no —responde Guerao con los ojos encendidos por las expectativas y los miles de vatios que incendian el plató.

—Si le da igual pelo que pluma, ya lo sabe. Gladiadores y sargentos, ocho miembros irredentos. Ese es el plato fuerte del día. Es de otro fuste, pero si quiere usted poner la fusta que nos falta… Le hacemos una prueba y… Piense que no pagamos mal.

—Mejor otro día. Hoy estoy de servicio —contesta con cierto apuro mientras encamina ya sus pasos en dirección a la salida, al comprender la naturaleza de la filmación.

Escalona lleva más de una hora con las primeras diligencias. ¡Tan poco como han alcanzado a saber y lo que cuesta explicarlo con cordura! Decir que detesta las diligencias sería quedarse corto. Es lo peor del oficio, dar cuenta con pelos, señales y las debidas jaculatorias, de los progresos –o de los no progresos– de una investigación en curso. Todo por escrito, y bien claro que por menos de nada te salen con lo del defecto de forma.

La nota que le ha dejado Evaristo encima de su mesa no le sirve de mucho. En la casa de Margarita Román no ha encontrado agenda, ni contestador, ni notas amenazantes, ni un diario personal… Tampoco ha habido nada que al agente le haya llamado la atención. El inspector sabe que tendrá que visitar el piso personalmente. Aunque confía en Evaristo y sabe que es hombre minucioso, nunca se sabe.

Cuando ya le bailan las líneas y los ojos le escuecen de tanto fijarlos en la pantalla del ordenador, decide acercarse a la máquina de café por estirar las piernas. Necesita con urgencia caminar unos pasos o echar un vistazo a la calle. Quizás se conforme con aproximarse al rellano y cruzar un saludo con alguien. Por un momento, lo que dura un suspiro, al levantarse de la mesa el pensamiento ha viajado varios centenares de kilómetros hasta acomodarse lejos, en un pueblo de la provincia de Alicante, junto a Teresa.

¡Cómo le gustaría acercarse al mostrador frente a la puerta de entrada de la comisaría y recibir una de sus sonrisas! Una de esas sonrisas que ella le regala cada día, en todo momento, con cada mirada. O espiar su perfil desde el umbral de una puerta o, mejor aún, acercar su cara hasta su escote, o… Para ser sincero consigo mismo, que siempre resulta la forma más fácil de sincerarse, lo que preferiría es saber que pasará la noche con ella, en ella. Bien arrimado su cuerpo al de la mujer, con la mano tendida hacia sus caderas o, mejor todavía, sujetando sus dedos. Es tan intenso el temor que siente a perderla que, cuando pasan la noche juntos, el inspector requiere su mano y la retiene durante horas. A veces la conserva la noche entera. Como una prenda de amor, como un tesoro. Como si, en el momento menos pensado, pudiera sobrevenir un golpe de viento, una galerna, y arrancarla de entre las sábanas. ¡Es tan traicionero el miedo!

Mientras abandona el despacho y echa a andar pasillo adelante vuelve a sentir, atravesado en el estómago, un amago de ese recelo. El mismo que experimentó su primera vez con ella. Ese dolor que apenas duele y que, pasados los meses, no es más que un puntual recordatorio, como la anotación en una agenda, o la cruz en un calendario. El recordatorio de que solo se regalan las sonrisas. Y a veces, ni eso.

Con casi cincuenta años, al inspector aquella noche le temblaban las piernas y le flaqueaba el ánimo, que no el deseo. Lo recuerda tan vivamente que, casi sin darse cuenta, se lleva la mano al estómago, como un Napoleón de pega, para cobijar esa sombra de dolor que se pasea por sus tripas. ¡Era tanto el temor a defraudarla, a perderla! No quería, no podía echarse atrás. Y sin embargo sentía aquel miedo que le era tan familiar agazapado entre el estómago y el

vientre. Como el peor, como el más taimado de los depredadores conocidos. Más inseguro que nunca, mucho más de lo que lo que se sintió hace ya varias décadas cuando no era más que un joven al que le apuntaba la barba, y mucho más frágil; agradeció infinitamente a Teresa que apagara la luz y que no demostrara la más mínima intención de encenderla. La humillación, mejor a oscuras, pensó convencido de que el miedo pronto alcanzaría sus ingles. No había otro consuelo. Era tanto lo que podía perder que a punto estuvo de abandonar y salir corriendo. El inspector no podía saber que también las rodillas de Teresa temblaban, que la agente no sabía si deseaba reír o llorar, y que el mismo estúpido terror le devoraba las entrañas.

Maldiciéndose a sí mismo y a esa especie de orgullo ingrato que en ocasiones conduce a los hombres a depositar toda su seguridad en una erección, Santiago Escalona, mortificado por el temor al fracaso, se acercó a ella, la besó y comprobó con alivio que también Teresa buscaba sus labios. La estrechó entre sus brazos y pensó con infinito placer que era como abrazarse a sí mismo. Le acarició el cabello, los párpados, las mejillas, los orificios de la nariz… Como el ciego que comprueba la identidad del ser amado con las yemas de los dedos antes de pronunciar su nombre. También los dedos inquietos de Teresa conspiraban contra la oscuridad y recorrían sus ojos, sus cejas, se detenían en sus labios, en su nuca… Y fue así, susurrando: Teresa, Teresa, Teresa… mientras reconocía su rostro con sus manos, como el inspector alejó el espanto. Fue así, sin dejar de repetir el nombre de la mujer, como se aventuró entre sus pechos, besó su ombligo y encontró cálido acomodo entre sus piernas. No fue fácil, ni glorioso. Tampoco es un mal recuerdo. Ahí quedó, donde quedan esas cosas, albergadas en un pliegue de la memoria. Pasó a la historia, eso sí, pasó a esa historia íntima que no traspasa umbrales ni trasciende a titulares y que probablemente no daría mucho juego en una película porno. Esa historia que raramente concierne a más de dos y de la que no siempre existen dos versiones iguales.

Pasados los meses, transcurridas ya muchas noches, todavía recuerdan ambos ese primer encuentro. Todavía celebran entre risas los temores de él, su inseguridad, el opresivo temor a la inconsistencia, a la comparación, su delicada primera erección.

Repiten, casi felices, cada uno de los miedos de Teresa. Se felicitan por esa luz terrible que todo lo desvela y que no se hizo aquella noche, la noche más oscura de cuantas han pasado juntos. Escalona recorre con sus labios esas arrugas que la embellecen y esas carnes, ya no tan tersas, pero tanto o más deseables. Brindan una y mil veces, satisfechos y conscientes de haber sobrevivido, por cada noche pasada en compañía. Por cada noche después.

A Escalona le gusta recordar el entrechocar de las copas, la risa cantarina de Teresa que consigue evocar a voluntad, como si la tuviera cerca, y el leve estremecimiento de su piel bajo sus labios. No conoce mejor conjuro, una especie de poción mágica, su propio e intransferible ahuyentamiedos. Teresa, Teresa, Teresa… Dicen que no existe lo que no se nombra, por eso Escalona susurra su nombre muy a menudo, para que no desaparezca nunca. En todo ello piensa el inspector mientras se aleja de su despacho y corrige, a tiempo y con cierta brusquedad, una sonrisa incipiente. Por fortuna, piensa, no se ha cruzado con nadie mientras musitaba el nombre de la agente.

En mitad del pasillo de la segunda planta, el inspector se detiene y reconsidera la situación; otro café resultaría fatal para su estómago, pero necesita moverse, airearse, olvidar las diligencias. Por eso sigue corredor adelante hasta el mal llamado descansillo, en el que no hay ni una triste silla. Cuando ya es demasiado tarde para volver atrás, Escalona escucha la voz de Perelló, un punto más baja, pero el tono, el mismo, el de siempre. Como si aullara entre susurros. El contenido, inamovible.

—A ver, Ernest. ¿No te he dicho yo que triangules? ¿Te lo he dicho o no te lo he dicho?

Ernest, estudiante de derecho y un as sobre el tablero de ajedrez, asiente. Ha quedado atrapado entre la máquina y la puerta. Sin escapatoria. Con Perelló a menos de un palmo, Ernest no se atreve ni a moverse, y si continúa respirando es por una impedimento derivado de su humilde condición humana.

—Pues si te digo que triangules, tú vas y triangulas. Y si te digo juego subterráneo, tú, juego subterráneo. ¿Me entiendes o no?

Perelló sacude un brazo, hace mil y un aspavientos, incluso abre y cierra la boca lentamente, como un caimán en reposo. El agente, las manos en los bolsillos y cara de no entender absolutamente nada, asiente de nuevo. ¿Qué otra cosa puede hacer?

—Yo no sé qué os enseñan en esa maldita Academia. Llegáis aquí como si fuerais… —el comisario recuerda a tiempo que ya se dejan ver por comisaría los nuevos cargos de los mossos y en lugar de continuar hablando tritura la cucharilla de plástico entre sus molares—. ¡Joder!

También los caimanes tienen buenos dientes, piensa Escalona.

A Ernest, obviamente, en la Academia nadie le ha instruido en el dominio del argot futbolístico, el preferido de Perelló. Pero es astuto y sabe, estas cosas siempre se saben, que es mejor no preguntar. Por lo menos es mejor no preguntarle al comisario. Ya encontrará quien le saque del aprieto.

—¡Joder! —añade Perelló a modo de saludo, mientras escupe los fragmentos de plástico.

De regreso al despacho, el inspector ha decidido asignar las diligencias a Evaristo, que sigue el caso de cerca. Si en algo se equivoca, ya corregirán. A Evaristo, al contrario de lo que le sucede al inspector, estas cosas le van. Conoce los términos, se diría que los venera, y domina como nadie el sacrosanto procedimiento. Además, desde que recibió la hoja de una navaja en un hombro durante una trifulca a pocos metros de Casa Leopoldo, aborrece las calles y vendería el alma por no volver a pisarlas. Por algo le llaman, sarcásticamente, el poeta. Y por si lo dicho fuera poco, Evaristo ha cursado la solicitud para obtener la asimilación y pasar a formar parte de los mossos. También él, como Guerao, prefiere no moverse del Raval. Si nada se tuerce, Escalona podrá contar con ambos.

Por cambiar de tercio y dejar de pensar durante un rato en el terrible asesinato de Rita Romanos, Escalona considera la posibilidad de acercarse a la clase de catalán. Teresa le animó a apuntarse y, a pesar de que comenzaron la semana pasada, todavía no ha puesto el pie en la sala de reunión que utilizan como aula. Siempre será mejor que quedarse en su despacho dando vueltas y

más vueltas a la falta de pistas.

—Te irá bien —le dijo Teresa—. Te distraerás, es catalán oral. Igual consiguen soltarte la lengua. Torres más altas han caído. Además, ahora que vas a cambiar de cuerpo, te conviene más que nunca.

Teresa, semanas atrás, había rematado sus palabras con una de aquellas sonrisas que han conseguido alegrarle la vida y con un gesto de su cabeza consistente en echarla hacia atrás, como para airear el cabello, sin recordar que cuando va de uniforme lo sujeta en una cola. También él había correspondido a su interés con una sonrisa. Se diría que ha aprendido a sonreír. La agente, de pie detrás del mostrador, le había rozado la mano como por azar antes de dejarle marchar sumido en sus sempiternas cavilaciones.

El inspector escribe en catalán con corrección desde su juventud y hasta podría decirse que lo habla con fluidez, pero en pocas ocasiones y siempre algo envarado. Y nunca, nunca, formula largos parlamentos. Eso sí que no. Aunque, a estas alturas, su cautela no debería extrañar a nadie. Jamás en la vida ha sido un hombre de verbo fácil. Ni en castellano, su lengua materna, hace grandes frases. Siempre se las ha arreglado con las frases justas, ni una palabra de más, mejor alguna de menos. En todo caso, algún sobreentendido, alguna elipsis.

—Te irá bien, te distraerás —se repite a sí mismo con escaso convencimiento antes de traspasar el umbral de la clase. Es perfectamente consciente de que, en ausencia de Teresa y si hubiera tenido mejor alternativa que la redacción de las condenadas diligencias, ni se le habría pasado por la cabeza franquear esa puerta.

Con el aforo mediado, Escalona toma asiento en una de las filas de atrás. Siempre fue ese su lugar en la escuela. Las filas traseras, las que permiten evadirse mejor. La profesora, una joven filóloga de pelo muy rubio, tez muy blanca, gafas color pistacho y ojos de husky siberiano, le ha dedicado una sonrisa al entrar. ¡Qué fácil les resulta a algunas personas sonreír!, se admira el inspector, para quién forzar una sonrisa resulta un esfuerzo homérico. Corresponde al saludo apretando los labios y con un cabezazo de reconocimiento, pero no hay escapatoria. Laia, la filóloga sonriente,

le invita a presentarse desconcertando por completo al inspector que, aunque quisiera, no hallaría entre los presentes a nadie que no lo reconociera.

Escalona, abrumado por la gratuidad del esfuerzo y entorpecida el habla por el repentino protagonismo, se limita a pronunciar su apellido y su graduación mientras Laia, poco acostumbrada a sujetos tan reticentes, le anima sacudiendo las palmas de las manos a continuar hablando de sí mismo. Todo en vano. Escalona, que maldice interiormente a la comisaría en general y a los presentes uno por uno, agacha la cabeza y fija la vista en sus propias manos. Los dedos de la profesora dejan de aletear en el aire. Se da por vencida. El inspector ha dejado de mirarla y su ceño fruncido no incita a la charla. Si la filóloga espera de él que hable de su estado civil, de sus aficiones o del tipo de libros que acostumbra a comprar…

Superados los primeros momentos, comprueba que Laia Roig, la joven profesora, consigue que Florencio explique con pelos y señales en una lengua franca, a medio camino de todas partes y que incluye algunos vocablos del inglés, por qué pasa horas y horas montando aviones en miniatura que después hará volar en compañía de su hijo de diez años. No está mal. Nada mal. A continuación, es Óscar el que se alarga sobre la práctica del fútbol sala. Enumera cada uno de los componentes de su equipo, su profesión, el nombre de las novias respectivas y la cantidad de cervezas ingeridas por término medio al finalizar cada entrenamiento. Solo da por acabada su exposición cuando Laia Roig le indica amablemente que debe hacerlo.

La propuesta que la profesora acaba de lanzar, bien limada por la sonrisa de rigor, consiste en describir con todo detalle el itinerario que sigue cada uno de los agentes para llegar a casa al salir de comisaría. Explica, sin apear la sonrisa del rostro, y de forma precisa y ordenada, el camino que ella sigue hasta alcanzar el Guinardó. Al acabar invita a Eusebio a seguir su ejemplo. El agente, que vive en Santa Coloma de Gramanet, camina diariamente unos diez minutos desde su casa encaramada a una loma hasta la boca de metro y diariamente realiza dos transbordos antes de alcanzar la comisaría. El itinerario de vuelta es el mismo, algo más de una hora

con los vagones a rebosar y Eusebio maldiciendo a medio mundo. Sin embargo, para pública perplejidad y con un aplomo digno de mejor causa, el agente afirma en un catalán casi ortodoxo que vive a pocas manzanas, en el Paral·lel. A tiro de piedra.

Escalona no consigue creer lo que está oyendo. Eusebio explica que coge Nou de la Rambla, guiña un ojo a su auditorio cuando pasa a la altura del Bagdad, legendario local dedicado al porno en directo, y llega al monumento a Raquel Meyer, la violetera. Desde allí, en un par de pasos se planta en su casa. El trayecto no ha durado más de cinco minutos y la explicación, veintitrés segundos. Increíble, pero cierto. De creer al agente, se diría que duerme cada noche contemplando las aspas muertas de El Molino.

A Eusebio le sigue Silvia, una agente de pelo negro y ojos grandes como platos de diseño, que vive en el Turó de la Peira, en Nou Barris, la periferia de la ciudad, casi al pie de Collserola. La joven, echándole arrestos a la respuesta y con un remarcable acento gaditano, afirma vivir junto al Mercado de Sant Antoni, a poco menos de diez minutos a pie desde la comisaría. Nada, un agradable paseo. Ramón, un agente que conoce a ambos, en especial a Silvia con la que acaba de partir peras, se las ve y se las desea para ahogar la carcajada.

—¡En Sant Antoni! —profiere en voz baja mientras agacha la cabeza para no ser visto.

Pero la filóloga, que no ha tomado asiento, aprovecha la ocasión e invita a Ramón a proseguir con el ejercicio. El agente de policía, pronto mosso d'esquadra, es vecino de l'Hospitalet desde su nacimiento pero, para general alborozo, responde con lágrimas en los ojos que duerme allí mismo, en comisaría, que le han dado una beca que incluye comida y cama.

Ahora es el aula en pleno la que ríe sin el menor recato. También Escalona, en el fondo, admira a los jóvenes agentes capaces de disfrutar de una situación que a él le resulta muy incómoda. Podría pensar que es la edad, que los años le restan a uno espontaneidad, pero no puede hacerlo. Nunca ha sabido encontrar la naturalidad en el trato, ya no digamos la familiaridad o la llaneza. Por eso no cabe bajar la cabeza y escudarse en el paso del tiempo.

Sorprendida, Laia Roig, que no consigue entender el motivo de tanto regocijo, enfila los ojos de Escalona, el único inspector entre los presentes. El más imbécil bajo la capa del cielo, tal y como ha dado en creer Escalona desde que entró en la sala. Le indica, con un gesto amable, que puede empezar.

Tras un leve carraspeo y un par de toses, el inspector inicia una exposición que se le antoja inacabable. Incapaz de mentir por no exponerse al pitorreo general, explica con una voz apenas audible y una corrección notable que sale de comisaría a eso de las ocho de la noche si las cosas van bien, y que recorre Nou de la Rambla hasta alcanzar la Rambla de les Flors. Le gusta caminar despacio, mirando a la gente, las tiendas, las casas… Le gusta espiar los resquicios iluminados que a veces pueden vislumbrarse desde la calle, todo lo que habitualmente escapa a la vista le interesa, una mujer leyendo, otra que tiende la ropa en un balcón en el que apenas le caben los pies, el niño que juega con una videoconsola mientras frunce la nariz y agita los brazos, el hombre que hace ejercicios gimnásticos frente a una ventana…

Nada de todo esto explica el inspector, no cree que sus licencias puedan interesarle a nadie.

—Quan arribo a la Rambla…

Nada más dejar escapar las últimas palabras, el inspector da un respingo, algo le ha pasado por la cabeza como pasan en las películas los recuerdos a medias, como un fogonazo a un palmo de los ojos. Allí, cuando la Rambla de les Flors se llama ya Rambla dels Caputxins, recuerda el inspector, es donde cenó Rita Romanos, donde la vieron viva por última vez, donde la esperaba un individuo del que no se tienen pistas, allí es donde…

Sin mediar más explicaciones, el inspector, el rostro visiblemente alterado, se levanta ruidosamente y se dirige hacia la puerta. Laia Roig, que se ha plantado a pocos pasos para escucharle, pasmada por la súbita violencia de sus movimientos, a punto está de retroceder. Ha perdido la sonrisa y la perplejidad le ha subido al rostro, casi el susto. La profesora tiene el rostro contraído y las manos medio enredadas al final de sus brazos.

—Però… —acierta a decir—. No pot marxar, inspector.

—Ho sento molt. Tinc feina… Molta feina —responde Escalona, a modo de excusa, antes de abrir la puerta y salir sin más formalidades.

A las siete de la tarde, Nou de la Rambla, para muchos todavía Conde de Asalto, es una calle agitada. En los supermercados, regentados mayoritariamente por hindúes y paquistaníes, los clientes rebuscan entre los productos que se apiñan en los maltrechos estantes. Los hay que llegan de los más remotos rincones del mundo para acabar en la mesa de un vecino del Raval. Hay quien regresa a casa cargando la cena en un par de bolsas y quien la abandona, a su pesar, para no regresar hasta la madrugada. Las aceras no bastan para tanto caminante y muchos transitan directamente sobre la calzada. Los coches que se aventuran en dirección a la Rambla se ven obligados a menudo a detenerse. Algunos viejos que caminan con parsimonia o se propulsan mediante un bastón crean aglomeraciones a su paso y más de uno, al volante, protesta airadamente por lo que se le antoja un retraso inadmisible.

—Reclámale al alcalde, cabrón. ¿No tienes padres, tú? —responde un anciano a un conductor airado, a quien el dedo se le ha quedado enganchado al claxon—. ¡Qué has de tener! Ya te llegará, descuida, ya te llegará… —remata como si profiriera una maldición bíblica y en lugar de bastón enarbolara el cayado propio de un pastor de hombres.

El aludido espera a que su interlocutor supere el bordillo y, con un acelerón más digno de otras calles y de mejores circunstancias, sobrepasa al anciano y se pierde en uno de los callejones adyacentes. El bastón continúa suspendido en el aire cuando en la calle nadie recuerda ya el incidente.

Escalona, el pensamiento algo más allá, al final de la calle, cuando Nou de la Rambla desemboca en la Rambla dels Caputxins, no puede dejar de fijarse en los paseantes. Es un buen observador, algún talento había de tener, piensa mientras camina a buen paso.

Retiene todo lo que ve, todo lo que oye, incluso las texturas y los olores. No pierde detalle, esa es su mejor baza. Quizás la única que posee. Su abuela se refería a él en estos términos, que el inspector recuerda como si acabara de oírlos pronunciar:

—El chico no habla mucho, casi no come, a fútbol no sabe jugar y gracia no tiene ninguna. Ninguna. Pero se fija mucho. Pregúntale lo que quieras, que él se fija en todo —afirmaba, convencida de que el discreto talento que demostraba Santiago acabaría por tener alguna utilidad.

La familia entera dejó pronto de confiarse en su presencia, hablaban a escondidas, en la cocina, o en el dormitorio, murmuraban con la boca cercana al oído, pero raramente hablaban delante de Santiago por temor a que recordara, al pie de la letra, cada palabra de lo dicho.

No camina Escalona, casi trota. Hace tiempo que no corre, por eso apresura el paso cuanto puede. El aliento casi perdido, sudoroso, la vista clavada unos metros más allá y la esperanza de hallar a un testigo valioso a pocos metros del cruce, a unos cincuenta del quiosco y casi enfrente del restaurante-pizzería Ideal. Tiene prisa por llegar, pero no puede ignorar la luna que esa noche tiene forma de hoz. Espera encontrar al juez, mejor dicho, a la estatua viviente que parodia a un juez. Rambla arriba, en las cercanías de Canaletas, recuerda Escalona quijotes de lata, princesas medievales de piel muy pálida, magos de manos doradas, menudas bailarinas con tutú y hasta algún guerrero samurai. Todos ellos impecablemente vestidos y maquillados, con un buen atrezzo y la trabajada inmovilidad de las estatuas humanas. El juez, a su lado, parece un amateur. Por eso quizás se sitúa algo más abajo que los demás, cerca de prostitutas y macarras, de trileros de garbanzo, trapo azul y lengua de la Europa del Este, lejos de carteristas y oscuros vendedores del top manta.

Franky no ha podido interrogarlo, el falso juez siempre llega al atardecer, con las primeras sombras. Por eso nadie ha hablado con él, sin embargo no hay mejor testigo que ese juez de opereta con el que espera poder hablar.

Lo ha visto plantarse allí muchas tardes, con la blanca peluca de

magistrado, la toga negra y unas medias gafas que resbalan irremediablemente hasta la punta de su nariz. Recuerda sus cejas medio rubias y la nariz levemente aguileña. Sabe, porque así lo recuerda, que permanece allí muchas horas y tiene la esperanza de que estuviera allí la noche en la que mataron a Rita Romanos. De forma inconsciente el inspector ha dejado de llamarla Margarita para referirse interiormente a ella como a Rita Romanos. Es un nombre con buena sonoridad, Rita Romanos, y son infinitas las formas que el hombre descubre para ahuyentar el dolor.

Sentado a la mesa plegable que recubre cuidadosamente con un trapo negro y sobre la que coloca una balanza, como de joyero, y un mazo de madera que apoya sobre una pequeña peana, el curioso magistrado pasa las horas con la vista perdida entre los paseantes que celebran ruidosamente su presencia. Algunos le ofrecen cerveza esperando que se mueva y la acepte, otros le plantan sobre la peluca un sombrero mejicano que acaban de comprar en las tiendas de souvenirs regentadas por pakistaníes para retratarse junto a él.

En las Ramblas no hay imposibles.

Cada tarde, al llegar, el juez coloca una piedra pequeña sobre uno de los platillos de metal, sobre el otro, una moneda. Es la señal. Los caminantes que se acercan y esperan de él un movimiento del brazo, un gesto, una mueca, colocan sus céntimos sobre el platillo hasta igualar el peso de la piedra y nivelar el fiel de la balanza. Es entonces cuando el juez, súbitamente alerta, preparado para dictar sentencia, con la justicia estampada en las hipermétropes retinas, golpea la peana de madera con la maza para sobresalto de niños y alboroto de caminantes.

Eso es cuanto hace, como si se tratara de uno de los autómatas del Tibidabo, poco movimiento, sorpresivo y espaciado. Eso y dejar pasar el tiempo con la vista extraviada entre la multitud, el rostro apoyado en la barbilla y la expresión atenta del que sigue una explicación bien aposentado en su silla de director en la que ha pintado: juez. En ocasiones, si se ha levantado indolente, aparca su actitud de falso interés y simplemente mira al cielo, se rasca, dormita o canturrea.

Antes de abandonar Nou de la Rambla para acercarse al gran paseo

central de la Rambla dels Caputxins, a la altura del Palau Güell, Escalona deja escapar un suspiro. Desde lejos comprueba que, por fortuna, el juez ha aparecido ya, con las primeras sombras de un atardecer caluroso en exceso para el mes de octubre. Quizás la falta de aire, quizás el alivio. Se diría que el juez dormita, la cabeza sobre el pecho, la peluca adelantada que apenas le deja frente, las manos relajadas sobre la mesa y el cuerpo vencido hacia atrás sobre el frágil respaldo de tela.

Un niño se le ha acercado con una moneda y lo mira fijamente, esperando ver cómo respira, o cómo pestañea. Se resiste a dejar la moneda sobre el platillo. Las estatuas humanas deben de moverse en algún momento y esta no lo hace. El juez, completamente quieto, no parece advertir la presencia del chiquillo. Ni tan siquiera se ha echado al bolsillo las monedas que derrotan ya la piedra. La madre del crío tira de su mano y le dice que más arriba, donde las jaulas de pájaros y de conejos gigantes, encontrará estatuas mejores, más logradas.

Escalona se acerca al imaginario juez y poniendo una mano sobre su brazo le dice casi al oído:

—Necesito hablar con usted. Soy policía.

Escalona es de los que piensan que la palabra policía continúa siendo útil, que sirve para abrir algunas puertas y clausurar definitivamente otras. Una palabra de probada eficacia para descerrajar lenguas, aunque también lo sea para recibir, un día sí y otro también, algún desaire.

—Soy policía y quiero hacerle unas preguntas —insiste agriando el tono—. Si quiere podemos continuar en comisaría.

El juez ni se inmuta. Escalona le sacude el brazo como para espantar la modorra al tiempo que repite:

—¿No me ha oído? Soy inspector de policía. Quiero hablar con usted.

El brazo no opone resistencia y es todo el cuerpo el que se tambalea y cae rendido sobre la mesa plegable. La cabeza del juez derriba con

estrépito la frágil balanza y las monedas de escaso valor tintinean al caer sobre la acera. El hombre se ha desplomado ante sus ojos mientras el inspector sujeta todavía su brazo, el brazo inerte de un hombre muerto. El sobresalto de Escalona es tan grande que parece que alguien haya hecho sonar un gong en mitad de su pecho. Le tiemblan las piernas y ha enmudecido. Durante unos segundos se limita a agarrar fuerte el brazo del juez como si alguien tratara de arrancárselo.

El niño, que todavía sostiene entre sus dedos una moneda de cincuenta céntimos, da un respingo y grita. La madre se abalanza sobre él y lo aparta de allí sin más explicaciones. Escalona sabe que el falso juez está muerto. No hay sangre, ni signo alguno de violencia, quizás un ataque al corazón, un ictus cerebral, quizás… Es una de esas ocasiones en las que se maldice a sí mismo por no llevar encima el teléfono móvil que guarda en el primer cajón de su despacho. Sería tan sencillo llamar y dar aviso…

—Por favor, ¿me prestas tu teléfono? Soy policía —le pide el inspector a uno de los curiosos que se arremolinan ya junto al cadáver, tras asegurarse de que la mesa aguanta el peso del hombre y de que este no acabará con los huesos sobre la acera.

El chico con cara de pasmo se lleva la mano al bolsillo del pantalón y le ofrece un teléfono diminuto. Dos personas más le ofrecen un móvil y uno de los presentes, un chaval de pocos años, se brinda para ir corriendo a comisaría. Los mirones son siempre demasiados y siempre están demasiado cerca. A los que se encontraban en las proximidades del cadáver acaba de sumarse el dependiente de la heladería, un par de jubilados que siguen los acontecimientos como seguirían los avances de una obra en curso, el de la casa de los paraguas, un chino de cuyo brazo cuelgan collares luminosos y un grupo de italianas que inmortalizan la escena con una cámara de cartón. Prego, prego, suplican mientras le indican a un paseante el botón que debe oprimir para fotografiarlas junto al cuerpo exánime.

—Marca tú, por favor —le ordena el inspector al chico mientras observa con un respiro que se acerca un guardia urbano de la comisaría que se encuentra a pocos metros.

Escalona tiene miedo de que le tiemblen las manos, de que las

yemas de sus dedos no consigan apretar las teclas deseadas, de parecer más torpe de lo que ya es. Todavía siente el corazón encabritado y le flojean las rodillas, por eso solo acierta a decir que envíen una patrulla lo antes posible.

—Y que venga Franky —añade antes de devolver el teléfono al chico que contempla, con la boca todavía medio abierta y un interés a todas luces desmesurado, la nuca del cadáver.

La madre ha conseguido arrancar a la criatura de allí y ahora camina con él en brazos en dirección al Liceu, mientras la onda expansiva del desgraciado suceso ha alcanzado ya al quiosco, a la tienda de bolsos y al restaurante-pizzería Ideal y se aproxima a la esquina de la calle Ferran. El crío todavía llora. También él sabe, como saben estas cosas los niños, que el hombre del martillo está muerto.

Pasados unos instantes son tantos los que se apiñan alrededor del extinto juez que, si no fuera porque sabe que no puede irse, también él echaría a correr. Escalona aprovecha los pocos minutos que tarda en llegar la patrulla para examinar el lugar. No hay mucho que retener, la blanca peluca que ha ido a parar al suelo y que parece un conejo muerto, la balanza desbaratada y sin monedas y, en el otro extremo de la mesa, junto al brazo derecho del muerto y sujeto por el martillo, un billete de un dólar. No hay marcas ni mensajes visibles en el billete. Junto a la silla del juez una botella de agua mediada, una de esas botellas pequeñas de plástico transparente que se encuentran por todas partes.

Sabe el inspector que la noche será larga. Las fotografías, las pruebas, el levantamiento… En pocas palabras, el complejo procedimiento policial, en el que irremediablemente deberá hallarse presente. Por si eso fuera poco, acaba de perder al único testigo probable que hubiera podido hablarle del asesino de Margarita Román, quizás incluso podría haber descrito su rostro, su acento, sus maneras. Podría haber colaborado en el dibujo de un retrato robot. Podría, pero Escalona ya no lo sabrá nunca.

—Soy policía, por favor, apártense —ruega el inspector manoteando como si aventara un grupo de palomas—. Por favor, apártense —repite mientras se lleva la mano al bolsillo para comprobar, con una

mueca de desánimo, que se ha dejado la placa en el bolsillo de la americana. Aunque no lo reconocerá nunca públicamente, el inspector Escalona daría cualquier cosa por ver llegar a Guerao, Franky para el resto de la comisaría.

Sabe que tampoco esa noche llamará a Teresa, sin embargo reconoce en su estómago, alterado por el café y los acontecimientos, y en la pesadumbre que siente a la altura del corazón, que debería hacerlo.

A cualquier hora, desde cualquier lugar, a solas o en mala compañía. Debería hacerlo. Por Teresa.

Por ambos.

Son más de las once cuando el inspector abre el portal y remonta los dos pisos que lo separan de la calle. Lo hace despacio, sin ruido, aunque de puro cansancio arrastra ligeramente los pies al caminar. Qué largos son los cinco tramos de escalera y cómo le pesan en las pantorrillas. Es una de esas noches en la que cree volver a casa habiendo envejecido un par de lustros, Más viejo, más temeroso y, lo que es peor, mucho más cobarde.

No deja de darle vueltas al billete de dólar encontrado bajo el martillo. Demasiada coincidencia. El signo del dólar dibujado con lápiz de labios sobre el pecho de Rita, el billete verde con la efigie de George Washington... El inspector no cree que los de la Científica encuentren huellas útiles en el billete ni en ninguna otra parte. No va a ser tan fácil. Parece pensado para que la policía asocie ambos crímenes, para recordar a los investigadores que el falso juez murió precisamente por haber sido testigo de algo que no debía ver, por haber vislumbrado el rostro del asesino. Y aunque no se ha probado aún que la muerte del juez haya sido inducida de alguna manera, el inspector no tiene al respecto ninguna duda.

No ha sido una muerte natural, no con un dólar bajo el martillo.

Para acabarlo de empeorar, si cabe, el falso juez no llevaba encima ningún tipo de documentación, ni , ni pasaporte, ni la tarjeta de una

biblioteca, nada. Tan solo unas llaves que abren alguna puerta en algún lugar, un paquete de pañuelos de papel, un lápiz diminuto y el crucigrama de La Vanguardia que empezaba a resolver. Ocho eran las respuestas, las primeras que el hombre había llegado a anotar de un total de catorce filas horizontales: Libelista, avión, enemigo, sol, resorte, el, renegadas, y la última, una expresión compuesta que al inspector le es muy familiar: livor mortis.

Espoleado por la curiosidad comprueba la definición del 14 horizontal: Livideces cadavéricas que aparecen en las partes declives del cuerpo. Sí, efectivamente, el livor mortis es el proceso mediante el cual, pasadas unas horas después del fallecimiento, la sangre, por efecto de la gravedad, se acumula en las partes bajas del cadáver provocando su enrojecimiento. Pero no es una definición de circulación común entre profanos. Resulta extraño que quien se ha dejado varias casillas en blanco haya rellenado esta de un tirón, sin la menor ayuda, antes incluso de haber cruzado otras palabras.

Todo eso, y alguna otra cosa, le baila al inspector en la cabeza cuando alcanza su rellano. No llamará a Teresa, demasiado tarde. Tampoco quizás consiga descansar, demasiada agitación, demasiadas las cosas en las que pensar. Por eso no advierte que, mientras separa la llave antes de introducirla en la cerradura, acaba de abrirse la puerta de enfrente, la del segundo primera.

—Perdón.

Es una voz de mujer y ha sonado a su espalda. El inspector, exhausto, algo contrariado por la intromisión, se gira y encuentra a su vecina de rellano con una carta en la mano y en la cara la intención evidente de pedirle algo, de complicarle la vida.

—Perdón, comisario. Ya sé que no son horas, pero…

—Soy inspector Marisa, solo inspector —aclara.

—Mire, verá, si supiera qué hacer no estaría molestándole, pero es que no sé por dónde tirar.

La voz de Marisa suena abatida, como si emergiera después de muchas vueltas de las profundidades de un alambique, como la voz

que uno consigue arrancar de sus labios después de haber encajado una paliza.

—Tengo dos hijos, y mi ex marido solo me pasa la pensión de ciento al viento. Cuando me llega para una cosa, me falta para la otra. ¿Cómo voy a…? Más casas no puedo coger, no tengo tiempo para nada. ¿Cómo voy a…?

La mujer se expresa con el desorden propio de la preocupación aguda y sostiene en la mano la carta que la aflige. Ha retirado el maquillaje de su cara y viste una bata roja y unas zapatillas con un oso de peluche, que probablemente pertenecen a su hijo mayor. No lleva medias, ni anillos, ni pendientes. También ella parece necesitar unas horas de sueño. Habla a trompicones mientras se atusa el pelo con la mano libre. Escalona, desbordada la mente por sus propios pensamientos, no consigue entender nada. Debe de haber estado esperando detrás de la puerta hasta oírlo llegar.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Escalona intentando disimular que vendería el alma al diablo, si este tuviera en ella algún interés, por entrar en su casa y tomarse un par de aspirinas. Por tenderse en su cama, por hallarse a solas.

—He recibido esta carta. Pensé que quizás usted podría…

Le tiende la carta y Escalona puede reconocer en la parte superior el membrete de una asesoría. Resigue el contenido por encima para hacerse una idea de lo que ocurre:

Me dirijo a usted siguiendo instrucciones y en representación de don Felipe Portals Riera, propietario y arrendador de la vivienda que usted ocupa sita en…

…de conformidad a lo dispuesto en el artículo 65 de la Ley de Arrendamientos Urbanos de 1964, me veo en la obligación de proceder a notificarle de forma fehaciente la denegacion de la prórroga sobre la citada vivienda…

…como consecuencia de la necesidad de disponer de la citada

vivienda para que sea ocupada por una de las descendientes de mi representada, concretamente su hija Reyes…

La mujer, impaciente, apenas le deja acabar.

—¿Lo ve?, fíjese, me quieren echar de mi casa.

—Sí, ya veo, pero no sé cómo puedo ayudarla. Usted dirá…

La mujer recupera la carta que el inspector le tiende y se queda con la mano en el aire. Parece incapaz de decidir qué debe hacer con ella. Acaba por acercarla a su cintura.

—Yo pensé que usted podría…

Escalona no abre la boca, solo aguarda.

—Mire, yo creo que los propietarios de mi piso no tienen ninguna hija. Los conozco poco, les alquilamos el piso hace quince o dieciséis años, cuando nos casamos. Entonces nos vimos un par de veces, me parecieron buena gente, después también los vi cuando nos renovaron el contrato, cuando lo de las obras de la escalera, cuando pintaron la fachada… Nunca dijeron que tuvieran una hija. Nunca. Tampoco tienen queja de mí, usted lo sabe. No damos problemas, mis hijos no son malos chicos, yo… Yo, yo hago lo que puedo, friego el rellano y la escalera cuando me toca, paso el trapo, recojo los papeles de los buzones… Tengo el piso limpio, usted lo sabe.

—Lo sé, Marisa, lo sé —le anima el inspector, que paga a Marisa para que limpie la escalera cuando llega su turno y para que adecente su propio piso una vez cada quince días, cuando Marisa encuentra un rato. Él siempre anda fuera de casa—. No se preocupe.

—Yo creo que es mentira, que quieren sacarnos de aquí como sea para alquilarlo por el doble de lo que yo pago. Si es verdad que tienen una hija, ¿por qué no lo han dicho antes? ¿Por qué me salen de buenas a primeras con que tengo seis meses para dejar el piso? ¿Dónde voy a ir? ¿Dónde nos vamos a meter?

Marisa habla ahora con las manos ocultas en los bolsillos de su bata. Desmadejada, tan angustiada que ha bajado la voz sin darse cuenta. Motivos no le faltan, piensa Escalona, que sabe que entre las indigentes de la ciudad hay cada vez más madres con hijos que no pueden hacer frente a un cambio de vivienda. Un sueldo menor, como el de Marisa, no permite pagar un alquiler más elevado y mantener una familia. O tienes techo, o comes. Esa es la disyuntiva.

—Me ha dicho el abogado que si puedo demostrar que es mentira no tendré que irme. Yo, comisario, limpiando casas no puedo pagar un alquiler de los que piden ahora. He mirado alguna cosa esta misma tarde. Me piden más de quinientos euros por un piso de dos habitaciones que parece un corral. Usted lo sabe. Cualquiera lo sabe. Yo hago más horas que un reloj y apenas me saco unos mil euros. Y no todos los meses. No voy a poder, por mucho que lo estire, no voy a poder. Le aseguro que si tuviera otra salida no estaría aquí, molestándole a estas horas. Con mi ex no puedo contar. Le juro que…

—No se preocupe, Marisa —le asegura Escalona—. Si puedo hacer algo, lo haré…

—¿Usted podría saber si tienen o no tienen una hija? Yo no puedo ponerme a seguirlos, tampoco sé por dónde empezar. No sé si hay registros, si se puede preguntar… Nunca me ha pasado una cosa así.

Si continúa hablando, Marisa arrancará a llorar, ambos lo saben, por eso Escalona sale al paso de su desconsuelo y le indica que le deje una copia de la carta. Le promete que hará cuanto pueda y que intentará averiguar qué hay de esa hija que pretende ocupar el piso. Y aunque estos gestos le cuestan una barbaridad, el inspector le ha puesto una mano en el hombro para confortarla y puede advertir que los sollozos ahogados sacuden el cuerpo tibio de la mujer.

—Quizás solo quieren subirle el alquiler, Marisa, algunos lo hacen para asustar a los inquilinos. Hay muchas maneras de presionar. Si es así podremos arreglarlo. También podemos apretarle las tuercas a Guillermo, reclamarle la pensión… No sé, algo habrá. Haga una copia de la carta y veré lo que puedo hacer —promete Escalona, intentando imprimir a sus palabras una confianza que no siente.

—Siempre pensé que eran buena gente —añade Marisa antes de cerrar la puerta.

Buena gente, piensa el inspector. Buena gente, la experiencia le ha enseñado que en asuntos de dinero no queda la buena gente. Definitivamente es demasiado tarde para llamar a Teresa. Ni aunque quisiera…, piensa Escalona, no son horas.

El remordimiento es grávido, como el alivio, y se le acumula en la boca del estómago.

Capítulo tres

Miércoles, 5 de octubre

Los de la Científica han aislado las huellas del bolígrafo, de las llaves y del martillo del juez, pero por el momento no hay resultados. Los cruces de datos que han efectuado no han permitido todavía identificar a la víctima. Sus huellas no aparecen, probablemente nunca fue procesado. Quizás podrían hacerse otras comprobaciones, siempre pueden enviarlas a la base del Escorial y armarse de paciencia. La cuestión es que por el momento continúan sin conocer cómo se llamaba o dónde vivía. El inspector, a corto plazo, no confía en obtener nada. Tiene las pertenencias del muerto ante los ojos, las acaban de traer por si puede sacar alguna conclusión. ¡Alguna conclusión! Todas menos el billete de dólar, al que están sometiendo a complicados procesos que difícilmente llevarán a nada. Escalona, desconcertado, le da mil vueltas a una llave que parece abrir la puerta de un piso y a otra mayor que debe de pertenecer a un portal.

Lo que más le intriga es el crucigrama que el fallecido había empezado a resolver. Apenas hay huecos ni titubeos en las cuatro primeras líneas, la letra es correcta e inteligible, se diría que es la caligrafía propia del que ha escrito largamente. Todo conduce a pensar que se trataba de un hombre ilustrado. Conocía el livor mortis, un término habitual en los informes de las necropsias, uno de aquellos que Escalona considera casi para iniciados. Nada que ver con el rígor mortis, de uso más común y fácil de confundir. También tiene ya las fotografías del muerto sobre la mesa. Son imágenes tomadas en la mesa del forense, fotografías del rostro exánime y del cuerpo desnudo. El inspector reconoce las cejas rubias, la nariz de pendiente pronunciada, el pelo que ralea y que es blanco en las sienes y el rostro habitualmente bien afeitado y sin marcas ni cicatrices.

—Tengo algo para usted.

Es Perelló el que irrumpe en el despacho agitando una hoja en su mano derecha. En la otra pasea un vaso de plástico vacío; parte de su contenido, un café con leche de máquina, ha ido a parar a su camisa.

—Lo sabía, Escalona, lo sabía. Al tipo ese que se vestía de juez lo han matado, se lo han cargado. Homicidio con premeditación. Ya lo decía yo. Aquí tiene los resultados del análisis del agua que quedaba en la botella, los acaban de traer. Con lo que le echaron podían haber matado a un escuadrón.

Escalona revisa el informe.

…en el recipiente sometido a análisis por este laboratorio no se han determinado más huellas que las que corresponden al fallecido. En el examen del agua restante en dicho recipiente se ha determinado una concentración muy elevada de cianuro potásico. La ingestión de 50 cm^3 de la disolución de dicho elemento, aproximadamente un sorbo, en la concentración establecida provocaría la muerte rápida del sujeto…

Efectivamente parece tratarse de un asesinato. O del suicidio de un exhibicionista, pero el inspector no lo cree. Nadie empieza un crucigrama poco antes de matarse, ni escogería pasar sus últimas horas completamente inmóvil en una silla agonizando a la vista de todo el mundo. Es de locos. No tiene sentido.

—A este se lo han cepillado porque vio demasiado, se lo digo yo. Alguien pensó lo mismo que usted, Escalona, que el tipo este podía identificar al hombre que mató a la prostituta. Créame, sé lo que me digo. Es un doble asesinato, pero un solo asesino. ¿Qué hay de las pruebas?

—Poca cosa —responde el inspector por no afirmar que no hay nada de nada—. Poca cosa.

—Mantenga informado a Vázquez Llorca, ya sabe que le gusta estar al corriente. Es un buen tipo, pero no le gustan los cabos sueltos. Sobre todo explíquele lo de este segundo crimen. Insista en que hay una relación. A los jueces a menudo se les escapan los detalles. Pídale usted lo que necesite, no tiene manías.

—He intentado hablar con él, pero estaba ocupado. Insistiré.

—¿Qué hay del director de cine? Esos son siempre unos mangantes, unos puteros. Vaya usted a saber si no se la tiraba. Igual le dio un pronto y… —Perelló no acaba la frase. No es necesario.

—No lo creo, comisario, además tiene coartada y parece fiable. Estuvo con su suegro. No creo que nos mienta.

—No se fíe usted, Escalona. No se fíe. Y no deje usted de comprobarla, que nunca se sabe con esa gente —aconseja Perelló mientras busca con la vista una papelera a la que arrojar el vaso—. Además, nos conviene cerrar el caso pronto, antes de fin de mes. Échele usted las horas que haga falta, que no se crean estos que nos pasarán la mano por la cara. Que sepan cómo las gastamos. A este caso hay que echarle un par. Tiene usted que dar el todo por el todo. Que aprendan a respetar la experiencia. Y si no, que chupen banquillo, que les quedan muchos años por delante para ponerse medallas.

Aunque evite referirse a ellos abiertamente, Perelló se refiere a los mossos d'esquadra que pronto se adueñarán de su comisaría, siempre la ha considerado suya. Pretende demostrar que los métodos tradicionales no han dejado de ser efectivos. Ni la terminología. Por eso tanto interés en dar por resuelto el doble asesinato.

—¿Y si le damos la vuelta? ¿Ha pensado que quizás fuera ese que se disfrazaba de juez el que esperaba a la prostituta y el que la apuñaló? Quizás el chulo se lo tomó mal y… —especula un Perelló incansable y con los ojos casi cerrados en un alarde de imaginación.

—La prostituta iba por libre. No había chulo.

—Eso, Escalona, nunca se sabe. Aquí, en estas calles, el que puede

pilla a una y la chulea… Ya sabe de qué hablo. Y con esto de la globalización, el embrollo es cada día más grande. En todas partes cuecen habas y siempre hay quien haría cualquier cosa por no doblar el espinazo. Hay muchos que darían lo que no tienen por chulear a una mujer y vivir a su costa.

—Además, comisario, andaba limpia —añade Escalona—. Había dejado de pincharse hace unos meses, había pasado por una clínica, se había desintoxicado…

—¿Limpia? ¿Eso le han dicho? No me venga con esas, que usted no nació ayer, Escalona. Una prostituta nunca está limpia.

El comisario hace una mueca de disgusto, como si acabara de pisar un chicle y se le hubiera quedado enganchado a la suela del zapato. En su opinión, desconfiar de todo cuanto uno oye en las calles es la primera de las obligaciones de un buen policía.

—¿Estas son las fotos? —pregunta Perelló, que ha reparado en las fotos que el inspector ha dejado sobre la mesa.

—Sí, comisario, acaban de llegar. Son las del depósito.

—A ver, déjeme.

Perelló se lleva las fotografías hasta las proximidades de sus ojos. Ha olvidado las gafas en su despacho y su vista ya no es la que era. Casi rozando el papel con la punta de su nariz y medio guiñando un ojo, el comisario las examina con detenimiento.

—¿Sabe una cosa, Escalona? A mí la cara de este tío me suena. Yo lo he visto en alguna parte. Ya sabe usted que tengo buen ojo para las caras, y si digo que lo he visto antes…

Sujetando la fotografía del rostro en una mano la aproxima y la aleja ligeramente de su nariz varias veces, buscando así el mejor enfoque. Resopla debido al esfuerzo como si hubiera sido uncido a un carro repleto de piedras.

—Quizás en la Rambla, estaba allí cada tarde. No fallaba nunca. A mí su cara me resulta muy familiar —sugiere el inspector, que reconoce que Perelló tiene buena memoria para los rostros—. Yo lo

veía cada tarde.

—No, Escalona, no. Yo salgo de aquí por el Paral·lel y no piso la Rambla si no es para ir a Canaletas cuando juega el Barça. Detesto tanto guiri junto. Además, siempre ves algo que no quieres ver, que si un tirón, que si un par de trileros, que si un crío que le atiza una pedrada a un cristal, que si un borracho arrogante que se alivia contra una pared… Y al fin y al cabo, uno no deja de ser un madero cuando atraviesa la puerta.

A Escalona le viene a la cabeza el asunto de Marisa, su vecina de rellano. Tampoco él consigue olvidar fácilmente su condición de policía. No había vuelto a acordarse de ella. Perelló no anda equivocado, uno nunca deja de ser policía.

—A este lo he visto en alguna parte, pero…

—Si recuerda usted algo… No nos vendría mal saber su nombre.

—Deme usted tiempo. Si digo que lo he visto, es que lo he visto — repite Perelló mientras abandona el despacho del inspector sin dejar de mirar la fotografía en la que el juez duerme un sueño eterno.

El inspector coge el auricular para llamar a Franky; convendría averiguar un par de cosas y Franky adora las calles. De hecho anda pateándolas desde el amanecer. Antes de establecer conexión con el agente, el comisario Perelló aparece de nuevo en el umbral con la fotografía todavía en la mano.

—¡Ah, Escalona!, lo he olvidado… ¿Qué sabe usted de Teresa? — pregunta a bocajarro.

Al inspector, que confiaba que nadie en la comisaría hubiera advertido que se veían con frecuencia, se le vuelca el corazón en el pecho, como si se le derramase. No sabe cómo interpretar la pregunta y se aturulla, se le atropellan las palabras en la boca y consigue salir del mal paso con algo parecido a una explicación.

—Bien, bien. Sigue con su madre, creo. Sí, sigue con su madre — asevera bajando la cabeza—. Está bien, Teresa está bien. Su madre, no.

—Salúdela de mi parte —se despide el comisario—. Y dígale que cualquier cosa que necesite…

Y aunque el inspector hubiera podido responder que así lo haría, enmudecido por la sorpresa y siempre demasiado cauteloso, se limita a asentir con un gesto. Un gesto algo desmesurado, como el del que acata una orden. Muchos minutos después, todavía se pregunta si era una sonrisa maliciosa la mueca que ha creído advertir en el rostro de Perelló antes de perderlo definitivamente de vista.

Lo cierto es que por muchos años que pasen nunca conseguirá entender al comisario.

En compañía de Franky, que acaba de dejarse caer por Nou de la Rambla, el inspector camina hasta la calle Hospital esquina calle Robadors. Cinco minutos a pie, los justos y suficientes para concebir un tratado de Geografía Humana. Todos los colores, todas las lenguas, todos los ropajes. Desde el chador negro de la cabeza a los pies hasta las mallas que se ciñen a las carnes como los trajes de neopreno o la falda reducida a la mínima expresión. No hay lugar en este mundo que no se haga un hueco en el Raval.

El piso de Margarita Román fue registrado minuciosamente pocas horas después del asesinato. Evaristo volvió con las manos vacías. Ni agenda, ni diario, ni notas, ni cartas… Nada. Quizás Escalona consiga saber cómo vivía, familiarizarse con sus cosas, conocerla un poco mejor. Es lo que tiene el oficio, no siempre sabe uno lo que busca. Cuando no se tiene ninguna pista ni se ha formado idea alguna sobre lo acaecido, siempre es mejor empezar por algún sitio.

Franky, que ha abandonado la agenda electrónica a la que anduvo muy unido para sustituirla por otro cachivache repleto de chips, intenta resolver un sudoku mientras camina. Es la gimnasia mental que prefiere.

—No se lo creerá, jefe, pero ayer me hice entero el sudoku samurai, sí, hombre, el de los domingos. A mí estas cosas me ayudan a pensar, se me airean las neuronas, se tonifican. Yo creo que hasta

fabrico más adrenalina. Debería usted probar, inspector —aconseja el agente al tiempo que un ruido que simula el avance del séptimo de caballería le indica que la combinación numérica es correcta—. ¡Es un subidón!

Franky sonríe al tendido como si acabara de ganar la Champions mientras se guarda el artefacto en el bolsillo posterior del pantalón.

El portal de la calle Hospital es oscuro y húmedo, y la carpintería de aluminio, que aseguraban tiempo atrás que lo resistía todo, está a punto de venirse abajo. Los botones que accionan los timbres del portero automático han sido quemados a golpe de mechero y a la chapa que protege los circuitos le faltan un par de tornillos. Escalona juraría que permanece abierto las veinticuatro horas. Junto a la puerta, en un rincón, unos regueros recientes a unos palmos del suelo indican a las claras que alguien acaba de aliviarse junto a la pared, como los perros.

En el pequeño y maloliente vestíbulo reina la oscuridad absoluta. Alguna mente prodigiosamente esclarecida se ha llevado el tubo fluorescente, cuyo soporte vacío preside el techo, para darle mejor uso. En el buzón de Margarita puede leerse su nombre y sus dos apellidos garabateados sobre un cartón. En su interior hay folletos de tiendas cercanas, las tarifas de un locutorio de reciente apertura impresas sobre un papel de amarillo tan intenso que podría iluminar la cueva de Alí Babá, y una tarjeta publicitaria que ofrece los servicios de una vidente telefónica. Escalona nunca ha entendido cómo alguien puede tener el cuajo de anunciarse así, vidente telefónica. Una vidente telefónica es como un inspector on line. Nada. Una estafa en toda regla.

No hay cartas, ni facturas, ni tan siquiera una comunicación bancaria.

Con una mano en la barandilla, porque las escaleras oscuras y mal envejecidas acostumbran a ser traidoras, suben ambos hasta el tercer piso. En el trayecto percibe todo tipo de ruidos y de olores. Música oriental que podría acompañar la danza de los siete velos, sillas que son arrastradas sin miramientos, llantos de criaturas y el inconfundible olor de la escudella catalana revuelto con el omnipresente aroma a curry y a cardamomo de los hogares del más

extremo oriente.

Escalona introduce la llave que encontraron en el bolso de Margarita en la cerradura del tercero primera. Abre sin problemas y, sin problemas, traspasa el umbral. En el interior hay luz. El recuadro iluminado de una ventana con la persiana alzada es lo último que alcanza a ver. El golpe es sordo y rápido. No lo ha visto venir. Ha sido tan inesperado que ni grita. No ha podido ver a nadie, no ha tenido tiempo de protegerse ni tan solo de llevarse los brazos a la cabeza para detener el golpe. Por la contundencia se diría que acaban de pegarle con un bate de béisbol o con una porra. En el cráneo, por encima de la nuca.

Escalona se derrumba. Cae cuan largo es y ahora sí se lleva las manos a la cabeza. No ha habido lugar para una reacción audaz. De hecho, su capacidad de acción-reacción podría compararse a la de un trilobites, con considerable ventaja para este último. Mientras cae pesadamente sobre el suelo de baldosas pardas, lamenta haberse comportado como un aficionado. No ha tomado la menor precaución, ni ha acercado el oído hasta la puerta, ni ha abierto poco a poco, ni se ha llevado la mano a la pistola… Ni tan siquiera la ha cogido. Quizás muera allí mismo por haber actuado como un profano.

Mientras el inspector da con sus huesos en tierra, su agresor se abalanza sobre la puerta intentando cerrarla. Guerao, alertado por el ruido, empuña el arma y, en una demostración de reflejos propia del que ha oreado sus neuronas a conciencia, impide con una patada descomunal que el individuo cierre la puerta. Ahora es el hombre el que sale proyectado hacia el interior del piso derribando en su caída una silla, un televisor pequeño y un perchero. Por unos instantes, la confusión ocupa todos los espacios y el piso entero parece venirse abajo.

Guerao se aproxima al hombre que se lamenta, apuntándole directamente entre los ojos. El sujeto se reincorpora con esfuerzo y se lleva ambas manos ante la cara, como si implorara. Es un hombre escuálido y no muy alto, de unos treinta años. Tiene la peor dentadura que Guerao haya visto jamás, parece no tener apenas dientes y los pocos que conserva acaban en punta, como si todos ellos fueran caninos. Tiene una barba rala de color gris roedor y una

coleta muy fina, también gris que pende desde su nuca y, como la de los ratones, se enrosca ligeramente para acabar apuntando al techo. Por su frágil apariencia nadie diría que puede golpear tan fuerte. En el suelo una de esas porras metálicas que a veces llevan los rapados en su lucha contra el lado oscuro.

—A la pared —grita Guerao mientras empuja al hombre que sigue con las manos juntas y a punto está de poner rodilla en tierra como si estuviera ante un pelotón de fusilamiento—. He dicho que te arrimes a la pared —repite el agente mientras le registra los bolsillos y palpa su cintura y las perneras del pantalón—. A la pared o te abro la cabeza.

El hombrecillo, que se ha quedado sin habla, se aproxima trastabillando a la pared de la habitación en la que se encuentran. Por el mobiliario se diría que se trata del comedor. A excepción de los objetos derribados en la refriega, todo parece en orden y aparentemente limpio.

Guerao, en un visto y no visto, saca las esposas y las cierra en torno a las muñecas temblonas del hombre.

—¡Inspector, inspector! ¿Puede oírme? —grita como si Escalona no se encontrará a un par de metros de distancia sino al otro lado de una autopista de peaje.

Escalona consigue oírle, pero poco más. No acierta todavía a articular palabra.

Guerao se lleva la mano al bolsillo delantero y saca el móvil.

—Necesitamos una ambulancia en el número…

—No será necesario —le interrumpe el inspector en un susurro mientras se incorpora y se lleva ambas manos a la cabeza—. No será necesario, Guerao. Creo que puedo… —repite.

—Pero, inspector, alguien tiene que verle, no puede usted...

Escalona siente un gran dolor entre las sienes, como si el porrazo recibido en la parte posterior avanzara inexorablemente hasta la frente y se apoderara de la totalidad de su cabeza. Le cuesta un gran

esfuerzo abrir los ojos y cuando lo hace la habitación entera se mueve como si se encontrara en alta mar durante una tormenta perfecta. Por unos momentos permanece sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos, esperando a que el dolor amaine.

—Sería mejor pedir una ambulancia. Puede usted tener una fractura, quizás una conmoción… No cuesta nada, estarán aquí en un momento —insiste Guerao sin perder de vista al tipejo de la porra, que sigue de cara a la pared con las manos en el cogote—. Tú, si pestañeas te pego un tiro.

—No, no será necesario —responde el inspector al tiempo que se pone en pie apoyándose en la pared y en la puerta entreabierta—. Creo que ya estoy bien.

Pero no es así. Ambos lo saben. Sigue sin poder levantar la vista. Le duele en las retinas la luz de la ventana y, de repente, el cerebro parece haber adquirido peso y consistencia. El peso de una losa y la consistencia del puré de patatas. Su cabeza entera es un doloroso latido, una palpitación lacerante en la que no puede dejar de pensar. Transcurridos unos instantes no se atreve todavía a separarse de la pared. No confía en sus sentidos, ni en la solidez de sus piernas ni en poder controlar el movimiento de sus manos.

Guerao se aproxima al detenido.

—Ahora me vas a decir quién coño eres y qué hacías tú aquí —le susurra el agente al oído—. Y será mejor que no me vengas con cuentos. Piensa que tengo un pronto muy malo.

Escalona solo acierta a pensar en lo necio que ha sido. Ni un aspirante a policía sin más pertrechos que cuatro clases teóricas y un par de consejos hubiera cometido un error tan garrafal. Entrar en la casa de una víctima como entra uno en la propia es un traspié de principiantes. Un mal paso, una mancha vergonzosa en el expediente, un error de los que no conocen distritos y circulan sotto voce de una comisaría a la otra.

—Guerao, sujétalo a algún sitio y que no se mueva. Echamos un vistazo por aquí y nos lo llevamos a comisaría. Ya habrá tiempo de hacerlo cantar.

—OK, jefe —responde Guerao mientras de un empujón sitúa al hombre junto al fregadero y lo esposa en torno a una tubería que acaba en un grifo—. Ahí te quedas.

—Yo no he hecho nada —implora el hombre—. No he hecho nada. Lo juro. He venido a buscar lo que me pertenece.

—A callar y a concentrarse. Y vete pensando en lo que me vas a explicar.

A Escalona le duele tanto la cabeza que se limita a echar una ojeada al piso de Rita. Por otra parte, la vivienda es tan pequeña que no hay mucho que ver. Junto al comedor una habitación, la mayor, ordenada, limpia, y ocupada casi por completo por una cama grande. Las sábanas son rojas y también lo son, en una gradación nada casual, la mayor parte de los objetos que el inspector puede ver. Las almohadas, los cojines, una butaca encajada entre la cama y la ventana, las lámparas…Incluso las cortinas son transparentes y rojas, como un velo en un harén. En los cajones de la cómoda y en el armario, Escalona encuentra, además de lo que resulta habitual, una profusión de lencería siempre roja y un surtido de objetos digno de un sex-shop. Nada le llama la atención. Probablemente, piensa, Rita recibía en su propia casa. Aunque por el estado en que Evaristo, que llevó a cabo el primer registro tras su muerte, encontró el piso, se diría que aquella noche no llegó a hacerlo. La cama estaba impecable, no había vasos por fregar, ni colillas en los ceniceros… Quizás anduvieron de copas y el asesinato se produjo antes de consumar la transacción acordada, piensa el inspector mientras cierra cuidadosamente puertas y cajones.

Sin apartar la mano del lugar en el que ha recibido el golpe, el inspector accede a otra habitación menor, tan pequeña que parece un trastero. Y lo es. Armatostes por todas partes. Maletas vacías y mal cerradas, varios pares de zapatos en desorden, lo que parece una alfombra mal enrollada, una pecera quebrada, un par de paraguas, varias cajas y diversos bultos sin identificar que el inspector decide pasar por alto. Le duele tan intensamente la parte posterior de la cabeza que no descarta que pueda desprenderse del resto.

El lavabo es tan exiguo que el retrete invade parte del plato de

ducha. La cortina que lo protege es roja igual que las estanterías repletas de productos cosméticos y el detalle de las baldosas, diminutos corazones rojos. La cocina, virtual, ha sido incorporada recientemente a una de las paredes del comedor, uno de esos recursos de la nueva arquitectura conocido como cocina americana y pensado para que los constructores se ahorren un espacio y una buena pasta mientras el comprador sigue pagando lo mismo. Un fogón, un par de armarios y una nevera pequeña, como de acampada, en la que no queda más que un trozo de queso algo reseco, una botella de ginebra mediada y varios envases de zumo de naranja.

Franky, que ha dejado de anotar, está devolviendo a su sitio el televisor y enderezando el perchero derribado.

—Aquí no hay nada, jefe —afirma en alusión al comedor—. He mirado en los cajones, debajo del sofá, he abierto los libros, nada. Una libreta de ahorros con mil euros y cuatro baratijas. Eso es todo lo que tenía. Nada que no supiéramos.

—Vamos —indica Escalona.

—Tira —le ordena Franky al hombre mientras abre las esposas para que pueda alejarse de la tubería y le indica que camine en dirección a la puerta—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Gaspar Bermúdez.

—¿Y en la calle? —insiste Franky.

—En la calle me llaman «el Rata» —responde Gaspar Bermúdez encogiendo la cabeza y aproximando los hombros. Cada vez parece más pequeño y más inconsistente.

—¡No jodas! —exclama Franky ahogando una carcajada—. Los hay que no tienen perdón de Dios.

También Escalona se ríe aunque el gesto le cueste una nueva punzada en la cabeza y el correspondiente gemido de dolor.

—Oye, Guerao, preferiría que esto quedara entre tú y yo —le sugiere el inspector al agente antes de abandonar el piso.

—, jefe. Pero me quedaría más tranquilo si quedara entre usted, yo y un médico.

—Ya se verá, eso ya se verá —responde el inspector cerrando la puerta del piso de Rita y buscando a ciegas, en la oscuridad de un rellano sin luz ni aireación, el inicio de la barandilla.

Solo le faltaría rematar el día precipitándose escaleras abajo.

—Tú andando, Mickey Mouse. Y no quiero un movimiento en falso —le advierte Guerao al hombrecillo menguante.

—Guerao, dile a Evaristo que venga, que vamos a escuchar lo que el señor Bermúdez tenga que decirnos y voy a necesitarlo. Y tú, ve zumbando a la Rambla y averigua si el juez estuvo allí la noche en que la mataron. Pregunta donde puedas, necesitamos saber si pudo ver algo. Si te encuentras a Perelló, desvía la jugada, que se hace ilusiones y por menos de nada nos monta una rueda de prensa. ¡Ah! Y busca a la Riojana, quizás pueda decirte algo más. Ya sabes: clientes fijos, líos, deudas… Pregúntale si Margarita Román había recibido amenazas, si había trabajado para alguien, alguien que la extorsionara, que la amenazara… Yo qué sé, todo lo que se te ocurra.

—Eso está hecho, jefe.

Escalona le indica al Rata que pase a su despacho. El hombre camina encorvado y parece todavía más consumido. Sus manos, unas manos diminutas como las de un niño, siguen atrapadas en las esposas y cuelgan desmayadas en las proximidades de sus rodillas.

—Tú dirás —le indica Escalona cuando Evaristo se sienta tras el teclado.

—¡Hombre, Rata! ¿Tú por aquí? —inquiere el agente—. ¿Te han echado del barrio?

—Ya ve —responde el hombre con la vista baja.

—En el Besós, este era como La Monyos. No hay bicho viviente que

no conozca al Rata —comenta Evaristo al inspector—. Pasaba de todo, costo, coca… Le llamaban «el Ultramarinos». No sé cuántas veces ha pisado la Modelo. Estaba más dentro que fuera. Después dejé de verlo, un cambio de aires.

No es la primera vez que el hombre es interrogado por la policía. Sin que nadie le indique nada al respecto, Gaspar Bermúdez facilita su filiación completa, su domicilio y hasta el número de su móvil. Su voz es aguda, levemente estridente, como un chillido. Parece la vocecilla propia de un personaje de dibujos animados. Si se para a pensar, y a veces Escalona no puede evitarlo, la voz de Gaspar Bermúdez recuerda extraordinariamente a la vocecilla que en una de esas series adjudican a esos roedores.

—Yo no hacía nada malo. Solo buscaba lo que es mío.

—Explícate y no me vengas con sutilezas. Yo diré si lo que hacías estaba bien o no —el tono del inspector es duro, no consigue olvidar el porrazo recibido. Y si no lo hace es porque el dolor todavía es intenso y el bulto creciente a la altura del cogote casi perceptible a la vista.

—Rita me debía dinero, por eso estaba allí. Me dijeron que había muerto. ¡Joder! Me enteré de que la mataron, me lo dijeron en un bar. Lo sabía todo el mundo. Yo buscaba lo mío, lo que me pertenecía. No soy un ladrón.

—¿Cuánto te debía? —inquiere el inspector.

—Unos seiscientos euros, sin contar los intereses —responde el Rata con presteza.

—¿Qué le habías dado tú que pudiera valer seiscientos euros? Y dime la verdad. Piensa que puedo acusarte de asalto a la propiedad privada y de homicidio en grado de tentativa —amenaza el policía sin perder de vista los ojos del Rata.

—¿Qué homicidio? ¿De qué habla? Yo no la maté. A mí no me carguen el muerto que… ¿De qué homicidio habla? —protesta el Rata mientras se revuelve en el asiento.

—Del mío, hablo de un intento de homicidio. Hablo de que me arreaste un golpe que por poco me abre la cabeza. Hablo de que casi me matas. Tengo pruebas —señala el inspector llevándose la mano al cogote—. De eso estoy hablando.

—Le pasé caballo, pero de eso hace mucho, más de un año. Ahora yo ya no… Le juro que ya no… Además, la Marga estaba limpia. Se había quitado.

—No jures tanto, que te pierdes. Sigue.

—Ella iba pagando, poco a poco, pero pagaba. Después se perdió de vista unos meses y cuando volvió estaba limpia, no se pinchaba, no se metía nada, pero todavía me debía dinero. Eso es lo que fui a buscar. Mi dinero. No soy ningún ladrón. Ya se lo he dicho.

—Sí, claro. Lo olvidaba. Un camello es mucho más digno. ¿A dónde vas a parar? Usted perdone, señor Rata —continúa Escalona con sarcasmo. El golpe en la cabeza parece haberle desatado la lengua —. ¿Tienes alguna idea de quién podía querer matar a Rita?

—No —asegura mientras mueve enérgicamente la cabeza de un lado a otro—. Yo, no. Yo lo que quería es cobrar. Si ella se muere, yo… ¿Quién me va a pagar a mí? Yo también debo lo mío.

—Piénsalo bien. Un nombre nos puede ser muy útil. Y a ti también —insinúa el inspector.

—Le he dicho que no lo sé. No tengo ni idea. No era mala persona y dicen que se lo montaba bien. Creo que tenía un par de fijos, pero no sé nada más.

—¿Los conoces?

—No, solo lo oí decir.

—¿A quién? ¿Quién te lo dijo?

—No lo recuerdo, son cosas que se oyen, pero le juro por lo que más quiera que no lo recuerdo.

Lo que más quiere el inspector a estas alturas de la vida anda lejos,

demasiado lejos. Y quizás, demasiado sola.

—Sin embargo, te acuerdas de que eran seiscientos euros… —continúa, sin dar tregua.

—Esas cosas no se olvidan.

—¿Sabes si tenía alguna amiga especial, algún familiar cercano, alguien que viera con frecuencia? ¿Alguien que la visitara? —insiste Escalona, aunque no espera mucha información del tipejo menudo y frágil que a punto está de hacerse un ovillo en la silla.

—Tenía un hermano, pero no sé cómo se llamaba. Creo que era dentista porque Rita me había dicho muchas veces que su hermano podría dejarme como nuevo. Que cobraba un pastón, pero que hacía maravillas con unos dientes como los míos —dice el Rata señalándose la boca.

Escalona, que conoce la existencia de dicho hermano, todavía no ha podido interrogarle. El dentista se halla en un Congreso de Odontología en Filadelfia y a Evaristo le ha costado Dios y ayuda localizarlo. Aunque tenía previsto alargar su estancia en la Costa Este y no regresar hasta dentro de dos semanas, ha alterado sus planes al conocer la muerte violenta de su hermana Margarita y se espera su regreso lo antes posible.

Evaristo sonríe mientras continúa anotando. Milagros y pasta gansa, mucha pasta gansa. Las maravillas no bastan para una boca como la suya. Mejor un buen milagro de esos que la curia romana premia con la beatificación. Si alguien es capaz de transformar una boca como esa, qué menos que santo, piensa.

—No nos estás ayudando, Bermúdez —señala Escalona y sus palabras suenan a advertencia—. Evaristo, di que preparen una celda, tenemos inquilino para días —indica el inspector al agente, que levanta la cabeza y asiente.

—Sé que a veces la rondaba un poli, no sé, uno de la Zona Franca. Creo que…No sé, creo que se llamaba Raúl, o algo así… pero no estoy muy seguro.

A Gaspar Bermúdez la voz, afilada, se le quiebra en el aire. Es tanto el miedo agazapado en sus palabras temblonas que se diría a punto de romper a llorar.

—Evaristo, encuentra a ese poli. Lo quiero aquí lo antes posible. No le digas de qué va, mejor que no lo sepa. Ya se lo encontrará.

El inspector repasa mentalmente la declaración del Rata. Solo resta por hacer una pregunta.

—Por cierto, ¿qué hacías tú el domingo por la noche? Quiero saberlo, y no te inventes nada que haré que lo comprueben.

—Estaba con la peña. Desde que me vine aquí, todos los domingos por la noche jugamos al mus. La partida es sagrada. Pregunte, pregunte, le dirán que juego al mus cada domingo.

—¡Al suelo, que vienen los nuestros!

El comisario Perelló se acerca al inspector en mitad del pasillo y le repite casi al oído—: ¡Al suelo, Escalona, que vienen los nuestros! —mientras mira de reojo a un par de mossos que avanzan pasillo adelante, derechos como escobas.

—Lo que más me gusta de esta gente —añade, como si los mossos que pasan a su lado descendieran directamente de un homínido inferior— es la chapa. ¿Se ha fijado que se parece al escudo del Barça?

Escalona niega con la cabeza. Cuanto más locuaz se muestra el comisario, menos ganas de hablar le quedan al inspector. Perelló le tiende un sobre con el nombre de Margarita Román en el exterior, el resultado de la autopsia.

—De parte de Dalmau, con todo su afecto —añade socarrón el comisario, al que le encantan las tareas de mensajería.

Desde el pasillo el inspector acaba de oír sonar el teléfono de su despacho, espera que sea Guerao con algún dato relevante que salve el día. Por esa razón, y por perder de vista a Perelló, se precipita en

dirección a su mesa con un «hasta luego, comisario» que resulta de lo más liberador.

Aunque le cueste reconocerlo, Escalona está convencido de que Guerao es el mejor de los agentes sobre una acera. Por eso se alegra de que también él haya solicitado ser asimilado al cuerpo policial autonómico y permanecer en Nou de la Rambla. Si la suerte acompaña, el inspector podrá seguir contando con sus hombres.

Guerao, como era de esperar, no le defrauda. No solo ha confirmado que el juez se hallaba a pie de obra la noche de autos, también ha obtenido información valiosa respecto a los usos y costumbres del juez.

—El camarero del Ideal, que es una mina, jefe.

Según explica Guerao, el juez llegaba puntualmente con el atardecer, vestido con la toga y acarreando la mesa plegable, la silla y una bolsa de plástico con cuatro cachivaches. De un bolsillo sacaba la peluca blanca y se la encasquetaba y del otro un trapo negro con el que cubría la mesa. Abría la silla, instalaba la balanza y el martillo y sacaba de la bolsa una botella de agua que colocaba en el suelo, junto a su mano derecha.

—Recuerde, jefe, que también el martillo estaba al alcance de su derecha. Vamos, a lo que iba, que era diestro.

—Creo que hasta ahí te sigo bien. Continúa, Sherlock —ordena el inspector, que aborrece las divagaciones.

Explica Guerao que cada tarde, cuando el juez llevaba algo más de una hora de posado, recogía la balanza y el martillo, los metía en la bolsa y se los llevaba. Por si las moscas. Vistiendo la toga negra y con la peluca asomándole por el bolsillo, cruzaba la calle y se sentaba a la barra del Ideal. Era un hombre amable, educado, de buen trato.

—Siempre tomaba un café corto, echaba una meada y buscaba el periódico. Por este orden. Si nadie lo estaba leyendo en ese momento, se apoderaba del diario, le echaba una ojeada rápida y empezaba el crucigrama. El dueño le dejaba hacer, era un cliente

fijo y a esas horas son pocos los que buscan el diario. Si no lo acababa, pedía permiso para recortarlo y se lo llevaba —asegura Guerao.

Entre las respiraciones intercaladas y la velocidad a la que el agente habla, al inspector le cuesta seguir el hilo de su discurso.

—Guerao, despacio, no vendrá de unos segundos.

—No se lo va usted a creer, jefe, pero dice el camarero que la mayor parte de los días lo resolvía de un tirón. Pim, pam, pim, pam. Horizontales, verticales… ¡Y listo! A otra cosa, mariposa.

—¡Alucinante! —responde Escalona, al que le sorprende haber utilizado por contagio una palabra que siempre ha detestado profundamente.

—La tarde en que lo mataron —prosigue Guerao— apareció por el Ideal un hombre que intentó darle conversación. El camarero no lo había visto antes, pero no es extraño, en el Ideal se para gente que no vuelve nunca más. Está en la Rambla, jefe. La mitad son gentes de paso. Tampoco era la primera vez que alguien intentaba hacerle hablar al verlo disfrazado con la toga. Algunos lo tomaban por un juez de verdad, pensaban que se había escapado entre un juicio y el siguiente para tomar el aire. Hasta le pedían consejo. Bien, jefe, a lo que voy. Por lo visto, aquel hombre le dijo que no todos los jueces tienen la cabeza en su sitio y que más de uno merecería un lazo al cuello. Nuestro hombre le dio la razón. Charlaron un buen rato, aunque el camarero no pudo oír lo que decían, y echaron unas risas. Al juez se le hizo tarde, por eso se llevó el crucigrama.

—Ese tipo, el camarero, ¿no recordará por casualidad el nombre del juez?

—No. Dice que nunca le preguntó y que tampoco vino al caso. Él va a lo suyo, de la cocina a las mesas y de las mesas a la barra. Pregunté a todos los que estaban allí. Nadie lo sabía. Tampoco dijo nunca dónde vivía, ni si tenía mujer, o hijos. Nunca le vieron acompañado.

—¿Has conseguido hablar con la Riojana?

—En eso estoy, jefe. Tengo su dirección, vive cerca de la comisaría y voy a ver si la encuentro en casa. Descuide, inspector, si le saco algo le llamo y le cuento.

—Está bien —se despide Escalona—. Dime algo.

Interiormente, el inspector se lamenta. Sabe que no han adelantado mucho. Interesante, pero escasamente útil resulta la información conseguida por Guerao. Exactamente igual que el informe de la autopsia del cadáver de Rita. Interesante, pero no lleva a ninguna parte.

…en la cara anterior del tórax se aprecian cuatro heridas por arma blanca. La primera, localizada a nivel del 5º espacio intercostal izquierdo a 3 cm del reborde esternal y de 3 cm de longitud. La segunda en el mismo espacio y a 2 cm en dirección lateral, del mismo tamaño y características. Las otras dos, una contigua a la otra, a nivel del 6º espacio intercostal izquierdo a la altura de la línea axilar anterior, del mismo tamaño y morfología que las anteriores. El tipo de lesiones sugieren agresión por cuchillo de hoja ancha, de unos 25-30 mm y de unos 2 mm de espesor…

Y sigue releyendo buscando algún dato que le llame la atención, algo, cualquier cosa en la que no se haya fijado anteriormente. Lo leerá una vez más, mil veces; todas serán pocas.

…lesión perforante en cara anterior del ventrículo… rotura de la membrana pericárdica parietal. Hematoma alrededor del corazón… desgarro del reborde costal… desgarro de pleura parietal…

Todo ello sugiere una rotura cardiaca con hemorragia masiva a saco pericárdico y mediastínico, con shock hipovolémico incompatible con la vida…

A Escalona le sorprende tanta violencia para acabar llevándose un bolso. ¿Quién se ensañaría así con una mujer para conseguir un móvil y un par de billetes?

Hace un par de horas que ha anochecido cuando Escalona, de regreso a casa, se detiene en el Ideal. Ha refrescado y resulta agradable caminar bajo la luna creciente. No le quedan fuerzas para prepararse algo de cenar y tampoco es mal lugar para pedir un plato de pasta y una cerveza fría. Son varios los camareros que circulan entre las mesas y el inspector juega a adivinar cuál de ellos es el informador de Franky, el que vio a Rita Romanos reunirse con el hombre que probablemente acabó con su vida. El mismo que recuerda los movimientos del juez, la segunda víctima en lo que va de semana. El inspector espera con toda el alma, en caso de tenerla, que sea la última.

Por el momento solo hay turistas engullendo una cena entre jarras de cerveza y vasos de sangría, es bien sabido que los autóctonos cenan más tarde. Profusión de pieles con escasa melanina, de cabellos rubios y de pantalones demasiado cortos para la estación. Abundan bajo las mesas las sandalias con calcetines, sobre los torsos las camisetas blaugranas y en las testas las gorras de béisbol. Escalona pierde el interés por la concurrencia, advierte el periódico del local olvidado sobre una de las mesas y aprovecha para hojearlo. No ha podido hacerlo antes y desde hace unos días no tiene oportunidad de ver las noticias en televisión. Comprueba que, efectivamente, nadie ha rellenado el crucigrama.

Al inspector le gusta estar informado. Podría, no se conocen límites a la esperanza humana, haber sido descubierta una vacuna contra el cáncer, podría estar a punto de erradicarse el hambre en el mundo e incluso podría haberse observado una involución en el efecto invernadero. Pero nada de todo ello ha sucedido. Una mujer mata a su madre y se entrega, un hombre apalea a su esposa con resultado de muerte y se cuelga de una viga, los datos indican que cada día más jóvenes de ambos sexos se enrolan en bandas latinas, la zona verde, el aparcamiento de pago, se implanta en nuevas zonas de la ciudad… Y lo que es verdaderamente desconcertante: Benedicto XVI ha hecho una afirmación fatal.

«El limbo no existe», lee el inspector en las páginas centrales.

Como diría Guerao: ¡Alucinante!

Escalona, que siempre ha vivido al margen de preceptos y cree en muy pocas cosas, lleva años intentando permanecer en ese bendito limbo. Un lugar en el que, a su entender, el dolor es controlable, el riesgo mesurado y las oportunidades de ser verdaderamente feliz, escasas. Tantas como las de ser completamente desgraciado. El limbo es, a sus ojos, el lugar en el que el inspector lleva años instalado, un lugar deseable, apto para los que no pretenden emociones fuertes ni esperan grandes cosas de la vida. El mejor de los lugares para gente como él. Un sitio en ninguna parte en el que seguir tirando.

Pero no, ni lo bueno, ni lo malo, ni lo meramente pasable; nada dura en esta vida. Su Santidad acaba de expulsarlo del limbo de un plumazo. Mejor dicho, a lo largo de una rueda de prensa o mediante un comunicado. Tanto da. Un decreto-dogma.

No hay limbo.

Y Escalona, que vislumbró el cielo y pasó de puntillas por el infierno, se siente expulsado de ese limbo en el que hasta ahora yacían lo justos. O los inocentes, o los cobardes, o…

Pasadas las diez de la noche, Escalona abre la puerta de su piso, comprueba que ya no se aprecia el familiar olor a madriguera y que un leve aroma a detergente perfuma el aire. Resulta grato saber que Marisa ha estado allí, que en la cocina ya no se apilan los platos sucios, que la ropa que llevaba tendida varios días ha sido doblada y planchada y que esa noche dormirá entre sábanas limpias. Recuerda durante unos instantes el día en que Marisa llamó a su puerta para ofrecerle sus servicios. El marido se había largado con viento fresco y ella llegaba con muchas penas y más trabajos a fin de mes. La mujer había observado a través del patio, necesidad obliga, que la ropa se pasaba días y días balanceándose en los alambres y que el inspector estaba la mayor parte del día fuera de casa. Sacó fuerzas de flaqueza y llamó al timbre un sábado por la

mañana. Había apuro en sus ojos y en sus palabras:

—Yo, señor comisario, no estaría aquí si no fuera por mis hijos —le dijo Marisa a modo de presentación, como si en lugar de ofrecerle sus servicios le pidiera una limosna.

Y aunque nunca lo hubiera hecho antes, el inspector al día siguiente le confió una llave de su puerta. Pasadas las dos primeras semanas, Marisa gozaba de toda su confianza, de su agradecimiento y de una buena parte de su simpatía, y el policía se felicitaba a sí mismo por el golpe de suerte.

Tras colgar la americana y quitarse los zapatos en el pasillo, Escalona aterriza en el comedor. Antes de dejarse caer en el sofá, ve sobre la mesa un sobre que no estaba allí por la mañana. En su parte exterior el nombre de Marisa, en su interior, tal y como esperaba, una copia de la carta de la asesoría. Un aviso fulminante. Mala pinta, piensa.

Asimismo, dada la inexistencia de otra vivienda alquilada de su propiedad, no concurren circunstancias de proposición merecedoras de examen…

…Cumpliendo con lo establecido en el artículo 66 de la mencionada Ley le ofrezco una indemnización de dos anualidades de renta para el caso que desalojen la vivienda en el plazo de seis meses desde la recepción del presente requerimiento y en su caso una indemnización de una anualidad de renta en el supuesto que desalojen la misma en el plazo de un año desde…

Considérese Ud. como fehacientemente notificado respecto a la identidad de la persona que precisa la vivienda.

Otra a la que echan del limbo. En fin, tendrá que hacer algo, pero no hoy, no esta noche. No podrá con más cavilaciones. Está rendido, confundido e inquieto. Le gustaría poder ver a Teresa, pero tendrá que conformarse con oír su voz al otro lado del hilo. Desea

que la conversación vaya bien, que no emprenda derroteros demasiado amargos, que la deriva de las palabras no se le escape de entre los labios. Quisiera poder decirle cuánto la echa de menos y con qué impaciencia aguarda su regreso, pero no es hombre de grandes gestos. Ni de pequeños. Tampoco tiene madera de héroe, ni de villano. Hará lo que pueda, como siempre. Una vez leyó en alguna parte que un héroe es aquel que hace lo que puede. Acostumbra a repetírselo a sí mismo en los días malos. Pobre, pero consuelo al fin y al cabo.

—¿Teresa? —pregunta—. ¿Qué tal estás?

—No muy bien, pero no sé si quieres saberlo.

En la voz de Teresa hay recelo. No en vano han pasado cuarenta y ocho horas desde la última conversación. Teresa disculpa, comprende, pero no siempre olvida. Cuarenta y ocho horas son muchas horas si uno espera junto al aparato una llamada que le alegre el día, o la noche. O tan solo unos instantes.

Escalona hace ver que no ha oído nada y le explica el curso de sus cosas que hasta hace pocos días eran las de ambos. Le habla del falso juez, del doble asesinato, de Marisa y de su probable desalojo, le cuenta con detalle todo lo que le viene a la cabeza. No hay mejor manera de hacerse perdonar.

Teresa atiende bien pegada al auricular, no pierde una palabra. La voz de Santiago, tan esperada, es como un bálsamo sobre una herida abierta. Le gusta saber de él y de sus asuntos más que ninguna otra cosa y no ignora que no hay parlamentos más largos que los que le dedica a ella.

—Por lo que veo, no te has aburrido.

—Y no sabes lo peor —añade el inspector con un deje de tribulación en la voz—. Pero no sé si debo —titubea el inspector medio en serio, medio en broma—. No sé si debo.

—Debes, Santiago, debes. Si no me lo dices a mí, ¿a quién se lo vas a explicar? ¿Acaso lo pondrás en tu testamento?

El inspector le refiere en dos palabras el porrazo recibido de manos del Rata mientras reconoce en la parte posterior de su cabeza un bulto de considerables dimensiones que le duele al menor roce.

—No escarmientas nunca, parece que hayas nacido ayer, Santiago. Seguro que te plantaste en su casa con las manos en los bolsillos. Ya sé que desde que aprendiste esas cosas ha llovido mucho, que ni te acuerdas, pero ¿es que no ves las películas?

No hay respuesta de Escalona, que comprueba palpando con los dedos el cráneo lastimado que a la mañana siguiente apenas podrá peinar. Le gusta que Teresa le llame Santiago, es la única que lo hace. Para todos es Escalona o el inspector. Para algunos es lo que no es, el señor comisario.

—¿Te lo ha visto un médico?

—No, no era necesario.

—Claro, lo olvidaba. Todas tus neuronas están ocupadas resolviendo asesinatos. ¿Te duele?

—No mucho —responde el inspector—, aunque tendré que dormir boca abajo. ¡Ah!, tengo que decirte algo. Esto te va a gustar, Perelló te envía recuerdos. Dice que le pidas lo que haga falta.

—¿Perelló? ¿Perelló, el comisario? ¿Te ha dado recuerdos para mí? ¿A ti?

—Sí, a mí.

—¿Y qué dijiste? ¿No te desmayaste? ¡Un hombre tan discreto como tú! Si a ti estas cosas te ponen enfermo.

—Le dije que te los daría.

—No me lo puedo creer —exclama Teresa, a la que la voz le ríe por primera vez en muchos días—. Perelló sabe que tú y yo… No me lo puedo creer. Ese hombre es…

—Yo diría que sí, diría que lo sabe —señala el inspector.

—¿Y cómo…? No me explico cómo…

—Igual no es tan bruto como parece. Además, por algo es policía… Y si lo sabe Perelló… —añade el inspector, que considera con cierto alivio la posibilidad de que a estas alturas media comisaría sepa que anda con Teresa. De esa forma se evitará tener que decirlo alguna vez. Esos tragos prefiere ahorrárselos.

Teresa no responde, se recrea interiormente imaginando la escena. Estos días las alegrías son escasas y le cuesta empezar cada mañana sin que la casa entera, que tiempo atrás fuera la suya, se le venga encima.

—¿Y tú?

—No muy bien. Esto es terrible. Y no solo porque esté lejos, ni porque no nos veamos. Eso podría arreglarse, podría escaparme un par de días, podrías venir… pero lo de mi madre… Es espantoso. No me reconoce, no sabe ni dónde vive, ni cuándo. No recuerda casi nada y lo que le viene a la cabeza no le sirve para nada. Ayer se perdió en el pasillo cuando volvía del lavabo. Se puso a gritar como una cría, no sabía volver a su butaca. Se perdió en un pasillo que no tiene más de tres metros. Y gritaba, y chillaba, y llamaba a su hermana Antonia, su hermana mayor.

El inspector no sabe qué decir y calla. Es lo que mejor sabe hacer, permanecer en silencio, escuchar, fijarse mucho, no perder detalle. Nunca se sabe.

—Salí corriendo y la traje de la mano como a una cría, la senté en su butaca y le di chocolate, como a una cría. ¡Chocolate!

Continúa Teresa con la voz a pedazos.

—Se desorienta. Ya sé que cuesta entenderlo, pero lo confunde todo. No sabe cuándo debe utilizar la cuchara, ni cuándo ni cómo comer el pan. Parece imposible, pero no recuerda casi nada. No sé si lo resistiré, Santiago. El día entero llorando e intentando que no me vea. Su hermana Antonia murió hace más de cuarenta años. Hace cuarenta años que no la ve. Y se pasa el día llamándola. ¿Puedes imaginarlo? Es un disparate, pero la llama a ella. Además,

aquí ya no conozco a nadie. Todo el día en esta casa para que no me pierda de vista. No sabe estar sola. No sabe…

—Teresa, no te preocupes. Habrá una solución. La encontraremos.

—¿Una solución? Esto no tiene solución, Santiago —la amargura ha dejado paso a la desesperación—. No está en ninguna guía, no sale en los manuales. No es uno de tus casos que se cierran con el tiempo, tanto si los resuelves, como si no. No hay treguas, ni mejoría. El alzhéimer solo tiene una salida.

—Necesito verte, Teresa —dice Escalona, y la frase casi se le muere en los labios—. Ya sé que no es el mejor momento, no quiero presionarte, ni… Es todo lo que puedo decir, Teresa, que necesito verte.

El inspector carraspea, casi se ahoga. Hay palabras que lo asfixian a uno, que se le atragantan. Palabras que lo aterran, lo sacuden o lo inmovilizan, palabras que lo fulminan o le permiten echar a volar. Hay que ser un héroe para decir según qué cosas y él es de esa clase de héroes que se gana el reconocimiento a pasos cortos, hora a hora, día a día. Muy poco a poco. Una de esas personas con las que uno se cruza diariamente y que hacen lo que pueden con su vida. Y ya es mucho.

La respuesta de Teresa tarda en llegar y el miedo se le agarra al inspector a la garganta como un predador.

—Y yo a ti, Santiago, y yo a ti. Te echo mucho de menos. Son tantos días. Y estoy tan sola aquí… Tú andas ocupado, como siempre. Tienes mil cosas en las que pensar y no sé si…

Teresa habla ahora en voz muy baja, para que no se le rompa, hay cosas que no se pueden gritar.

—Estoy tan sola y tan asustada, Santiago. —La voz de Teresa se pierde entre sollozos—. Voy a colgar. No puedo seguir, ahora no. Llámame, Santiago. Llámame pronto.

El inspector se despide de Teresa. No hace promesas, no confía en sí mismo, pero antes de colgar decide que pronto abandonará el limbo

por su propio pie.

Demasiado cansado para reptar hasta la cama, el inspector se duerme con la televisión encendida mientras un magazine prescindible sustituye en la pantalla a una película de acción todavía más trivial. Al inspector le gusta dormitar con la ventana abierta, la persiana bien arriba, tendido en el sofá e iluminado por la luz azulada de la televisión. Es como una de aquellos ancianos que no apagan la tele porque se sienten acompañados. Raramente eleva el volumen del aparato, por eso no tarda en adormecerse algo encogido sobre sí mismo dadas las dimensiones del sofá.

Apenas han transcurrido un par de horas cuando se despierta con el corazón acelerado, como si le brincara en el pecho. Una secuencia de golpes en alguna parte, muy cerca, le impide seguir durmiendo, no son disparos, ni explosiones, son golpes sordos, son… Son gotas, gotas enormes que caen sobre el tejadillo de uralita que protege el patio y que se encuentra sobre el piso de arriba, a pocos metros más allá de su cabeza. Unas gotas como puños que se estrellan contra la superficie ondulada.

Sobresaltado por el ruido y por la luz lechosa que desprende el televisor, el inspector abre los ojos por completo y se incorpora con un espasmo de dolor en la espalda.

Dormía y pensaba, siempre es así. Sus sueños son agitados, como si no se hubiera movido del despacho y continuara analizando pruebas o releyendo informes. Y cuando al sentarse y llevarse la mano a la quebrantada cabeza comprueba que le sigue doliendo, el inspector recuerda que hay algo, un detalle, un dato al que le ha dado vueltas y más vueltas durante el sueño. Un dato significativo, algo que… Mientras se desespera e intenta recordar lo que ya se ha volatilizado, sigue oyendo las gotas que suenan cada vez más deprisa. Le gusta la lluvia, el ruido, el olor de la ciudad mojada, la humedad en el ambiente. Le encanta que llueva, por eso se abstiene de maldecir el ruido que le impide encadenar los sueños ya soñados. Quizás ahora empezará el otoño, quizás refresque, quizás…

Por mucho que cierre los ojos no consigue concentrarse, ni recordar. La cabeza, dolorida todavía, palpita de nuevo, el corazón continúa alterado, la espalda está dolorosamente entumecida y en el pensamiento hay algo que baila, algo útil.

No es la primera vez que el inspector consigue atar algún cabo durante el sueño, ni la primera que al despertar sabe que ha llegado a alguna parte. Tendrá que hacer lo posible por rescatar esa idea, por regresar a ese sueño que ya no lo es y que ha sido bruscamente interrumpido. Por eso cierra los ojos e intenta escarbar en ese recuerdo que se ha ido, un recuerdo que se ha hecho humo y del que solo tiene una percepción muy frágil, apenas una sensación. Las gotas son ahora una lluvia en toda regla, una de esas lluvias torrenciales que se desatan sobre la ciudad y parecen capaces de ponerla a flote. Una de esas lluvias que se lo llevan todo por delante, que amontonan los coches sobre las aceras, que irrumpen en las tiendas y en los aparcamientos y que, de vez en cuando, se cobran alguna vida. Escalona es incapaz de sustraerse al regocijo de una lluvia tan esperada. Le gusta creer que la calle estará anegada dentro de pocos minutos y que algunas alcantarillas, sucias de hojas y de ramas, pronto rebosarán de agua. Para Escalona, en el paraíso siempre debe de haber agua, agua por todas partes, agua que corre y que se estanca, que cae, que se derrama y que sube hacia el cielo desde la boca de un surtidor.

En la televisión se suceden las noticias, un espanto detrás de otro; un atentado con coche bomba y víctimas desparramadas sobre las aceras en Basora sucede a un asesinato a navajazos, y este, a su vez, a un accidente de tráfico mortal. En Ceuta y Melilla ni las vallas de seis metros ni la presencia del Ejército parecen capaces de contener a los centenares de subsaharianos que intentan poner pie en territorio español. Zapatos, trozos de tela ensangrentados, botellas de agua, cinturones… todo cuelga de una valla mientras senegaleses y mauritanos son esposados y confinados en barracones. Tristes imágenes las de la desesperación. Un hombre, asomado a la ventanilla de un autocar en el que será repatriado, tiende la mano hacia la cámara.

El inspector, completamente desvelado, prefiere seguir escuchando la lluvia. Se levanta para apagar el aparato cuando el presentador

inicia el comentario de las noticias recogidas en los periódicos que los espectadores tendrán ocasión de leer pocas horas después. En la pantalla, las portadas, los grandes titulares y algunas fotografías a todo color. ¡El diario, claro, eso es en lo que pensaba mientras dormía, en el diario! ¡En el crucigrama, en Livor Mortis, en…!

La pantalla se oscurece cuando la desconecta. Necesita pensar. Ni ruidos, ni imágenes, solo necesita pensar. La lluvia, cada vez más intensa, deviene ya tormenta sobre la ciudad empapada. El inspector regresa al sofá y se tapa los oídos con las manos. Necesita concentrarse, es preciso que lo consiga, debe regresar a la idea desvanecida, al pensamiento que ya pasó. Necesita silencio. Livor Mortis. Las palideces cadavéricas. Un crucigrama, una toga, una balanza, un muerto sin nombre... En algún momento, durante la noche, ha conseguido entender, ha creído que… En algún momento…

Y el pensamiento vuelve como una revelación. Y Escalona sonríe para sí, como si estuviera loco, completamente loco. Sonríe, se yergue y camina. Durante unos instantes deja de dolerle la cabeza, ya no siente la rigidez en la espalda y experimenta un deseo irreprimible de caminar bajo la lluvia. Cree verlo claro, la estatua viviente podría haber sido un juez, alguien que se parodiara a sí mismo, una persona culta, conocedora de los términos forenses habituales… Un juez.

Es una posibilidad, solo es eso, pero... Además está lo de Perelló. El comisario recordaba su cara. Puede haber sido un juez. ¿Quién si no, el poseedor real de una toga, hubiera conocido el Livor Mortis? Quizás se equivoque, quizás se trate de una veleidad del pensamiento, de un derrotero inoportuno que no conduzca a ninguna parte, pero…

Pero no deja de ser una posibilidad.

Para seguir pensando en ello se calza los zapatos que le aguardan en el pasillo, comprueba que lleva las llaves en el bolsillo del pantalón y en unos segundos se precipita sobre la acera.

¡Bendita sea la lluvia!, piensa.

Capítulo cuatro

Jueves, 6 de noviembre

Al inspector le pesa la ausencia de Teresa. De no hallarse a muchos kilómetros, la agente le habría sonreído desde el mostrador de la entrada, quizás le hubiera preguntado por su cara de cansancio. Con toda probabilidad, Teresa habría reconocido en su rostro fatigado que apenas ha conseguido pegar ojo. Hallarla sonriente le reconforta. Pero ella no está, y tampoco sonríe. En todo eso piensa mientras cruza el vestíbulo con la vista baja y comprueba que es el agente Colomines el que se halla en la entrada y el que con una paciencia infinita intenta convencer a una mujer de piel oscura y sari rojo carmesí de que debe guardar cola. Prefiere no cruzarse con nadie ni dar explicaciones que no está en disposición de proporcionar. Tiene el cerebro turbio y los mismos pensamientos le salen al paso una y mil veces. Por eso, durante unos instantes, prefiere pensar en Teresa.

Antes de salir de casa, Escalona ha enviado a Guerao a casa de Simón Garrido, el veterano policía junto al que el inspector aprendió el oficio. Le ha pedido que recoja las fotos del cadáver del hombre envenenado en plena Rambla y que se las muestre. Aunque tiene los ojos cerrados y un rictus extraño le desfigura la boca, quizás el policía retirado pueda reconocer al fallecido. Si tuvo trato con él, si tal y cómo sospecha Escalona ejerció como magistrado, quizás recuerde su nombre. Simón Garrido es un buen hombre, y fue mejor policía. Y aunque el inspector no haya olvidado que a sus veintitantos le impacientaba la tardanza de Garrido en la toma de decisiones y que le desesperaba su excesiva cautela, no por ello ha dejado de admirar su temperamento reflexivo y su prodigiosa memoria. Tal y como todavía explican en comisaría, solo se apresuró una vez, una sola vez, pero las consecuencias fueron fatales.

Simón Garrido se retiró, a su pesar, hace unos años, y raro es el día en el que Escalona no le dedica un pensamiento. Se ven de tarde en tarde y siempre porque el inspector se deja caer por su casa. Garrido no ha vuelto a poner el pie en Nou de la Rambla aunque, a la vista está, no ha aprendido a vivir fuera de la comisaría. En cierta manera, a Escalona le resulta doloroso comprobar cómo, habiendo abandonado la placa y con todo el tiempo libre del mundo, Garrido se dedica a seguir todas las series de policías que se emiten por televisión. Si se solapan, las graba para no perderse ningún episodio. Las comenta en voz alta para tormento de Ángela, su mujer, critica los métodos de los investigadores, los tacones de ellas, la excesiva prestancia de los detectives, sus modos y maneras, sus aventuradas conclusiones… Maldice las deducciones tramposas, enjuicia las pruebas, satiriza los dictámenes y denigra los interrogatorios. Se consume por dentro cuando ve cómo la más disparatada ficción se presenta como realidad probada y los agentes de policía parecen químicos moleculares capaces de reconstruir días enteros a partir de una mota de polvo. No deja títere con cabeza. Se pasa el día entero refunfuñando. Los personajes no le resultan verosímiles, el procedimiento le parece inaceptable y los agentes de policía, que cuando no andan a tiros se lían a guantazos o empotran sus coches contra los muros, se le antojan sacados de un estercolero.

—¿Tanto ha cambiado la comisaría? —insiste Garrido cada vez que el inspector se le pone a tiro—. ¿Qué lleváis ahora?, ¿batas blancas?, ¿mascarillas?, ¿analizadores de ADN o aceleradores portátiles de partículas?

Escalona espera en comisaría la llamada de Guerao. No ha de tardar, así lo espera. Guerao es diligente y Garrido no sale de casa, es Ángela la que se ocupa de todo. Lo cierto es que ella lo prefería en la calle, con la chapa, los informes siempre a medio acabar, las llamadas imprevistas… Sobre todo daría algo por recuperar al esposo reservado que siempre andaba rumiando sus cosas. No le gusta oírlo rezongar de la mañana a la noche, ni ver cómo atraviesa el comedor como lo haría un perro enjaulado ni contemplar cómo se le van los días con los ojos en la pantalla y mano sobre mano. Simón se aposenta de buena mañana en su sillón y, si no hay serie que reventar, coge una novela negra y la destripa.

No puede tardar. Guerao no tardará en llamar. En eso confía Escalona y para matar el tiempo repasa una y otra vez el informe del forense, y anda ya por el tercer café de la mañana. Si le quedara humor podría recitar lo escrito de memoria. Eso y las entradas del crucigrama.

Un mosso muy joven pide permiso para entrar y deposita sobre la mesa un paquete cuidadosamente envuelto y metido en una bolsa enorme.

—Es el nuevo uniforme, inspector —explica el joven con una sonrisa fugaz antes de abandonar el despacho.

Escalona desenvuelve las prendas y les echa un vistazo. Por matar el tiempo, y porque no tiene mejor idea en la cabeza, decide probárselas. Vuelve a plegarlas con más voluntad que acierto, las guarda de nuevo en la bolsa y se dirige a los servicios de la planta. Espera no encontrar a nadie. Sabe que raramente, solo en circunstancias muy especiales, se verá obligado a vestir el uniforme de los mossos. Así ha sido siempre. Nunca le han gustado los uniformes, ha llegado incluso a aborrecerlos, pero está harto de esperar la llamada de Guerao y debe admitir que siente cierta curiosidad. Durante unos instantes, mientras no oye ruido en el pasillo y cabe suponer que nadie se dispone a entrar, se planta ante el espejo vestido en diferentes tonos de azul con detalles rojos. Debe reconocer que es algo más vistoso que el del Cuerpo Nacional de Policía y que no le sienta mal. Aunque le pese admitirlo y dar así la razón a Perelló, la forma de la insignia que luce sobre el corazón recuerda extraordinariamente al escudo del Fútbol Club Barcelona.

Podría ser peor, piensa con media sonrisa mientras se despide de su imagen en el espejo y se despoja de las ropas a toda prisa. Todavía más impaciente que unos minutos antes, sale al corredor y, a zancadas, se dirige a su despacho. Antes de llegar oye el timbre del aparato sobre la mesa. Abandona la bolsa sobre una silla y, devorado por la impaciencia, agarra el auricular.

—¿Inspector? Soy Guerao. Estoy aquí, en casa de Garrido. Ya lo tengo. Lo ha reconocido, jefe. Tenía usted razón, era juez. Y no era trigo limpio. Por lo que dice Garrido, todo el mundo lo sabía. Su nombre era Fernando Iniesta Satrústegui y dejó los tribunales hace

cuatro o cinco años. Un asunto feo, cohecho. Le invitaron a retirarse. Garrido dice de él que era un tipo muy inteligente, que tenía mucho sentido del humor, pero que cobraba bajo mano. Todo muy turbio, pero no puede decirnos más, no recuerda los detalles. Hicieron lo que pudieron para que no saliera a la luz.

—Ya nos ha dicho bastante, Guerao. Ya nos ha dicho bastante. Dale las gracias, dile que nos ha ayudado mucho y que un día de estos pasaré a explicarle cómo ha acabado todo esto, si es que acaba. ¡Ah! Y que espero que le explote la tele. Él ya entenderá.

—, jefe.

—Y no tardes, que tengo otro asunto para ti —añade antes de colgar.

Escalona incorpora el nombre del juez al atestado y un par de detalles que había olvidado referentes a las circunstancias en las que halló el cadáver. Ordena a Silvia y a Ramón que localicen el vuelo en el que regresa el hermano de Margarita y lo esperen en el Prat. Quiere hablar con él inmediatamente, lo antes posible. Una idea le da vueltas en la cabeza, debe valorar si le conviene, si no hay mejor manera de…

—Cuando nos vea de uniforme y con un cartel en el que ponga su nombre, le va a dar un infarto —comenta Ramón.

—No te preocupes, no se sorprenderá. Sabe lo de su hermana y no le va a extrañar encontraros en el aeropuerto. De hecho, ha adelantado su llegada y seguro que os espera. Viene de Filadelfia, vía Nueva York y Madrid. Estará hecho polvo, pero no se sorprenderá.

—Está bien, inspector.

—Os quiero aquí lo antes posible.

Cuando los agentes abandonan el despacho, Escalona advierte cierto bullicio en el pasillo. Es la voz de Perelló y suena festiva.

—Lo tengo, Escalona. Lo tengo. Cuando digo que he visto a alguien... Ese tío era un juez, lo había visto en los juzgados más de

una vez. ¡Un juez, Escalona! ¿Puede creérselo? —grita el comisario, asomando la rotunda cabeza por la puerta.

Bajo el brazo, el diario deportivo proclama en grandes titulares la victoria europea del Barça. En la fotografía que ocupa la portada, varios jugadores vestidos de azul y grana se amontonan sonrientes en una contundente melé. Por su semblante se diría que Perelló es el hombre más feliz bajo la capa de ozono. El inspector calla y sonríe. Perelló parece tan satisfecho como si acabara de deducir la fórmula de la inmortalidad.

—Cuando digo que he visto a alguien… Y no se lo va a creer. Sé cómo se llama, Escalona. Acabo de recordarlo —repite mientras golpea con los dedos abiertos la portada del diario deportivo.

—¿Cómo se llama quién?

—La estatua, hombre, la estatua. Usted sí que se va a quedar de piedra cuando le diga quién es. No se lo va a creer —asegura con el rostro iluminado por la marea alta de la autocomplacencia mientras sacude el diario a pocos palmos del rostro del inspector. Parece a punto de saltar alborozado. Está tan contento consigo mismo que, de pura alegría, parte en dos mitades la cucharita de plástico con la que ya no removerá el café.

—No lo diría usted nunca. ¡Un juez pasando el plato en mitad de la Rambla! El juez…

—Fernando Iniesta —sale al paso el inspector con una sonrisa maliciosa—. El juez Fernando Iniesta Satrústegui. Abandonó la profesión hace unos años y, según parece, se dejó comprar en más de una ocasión. Un personaje —remata con prontitud—. Todo un personaje.

De tanto en tanto conviene un ligero baño de vanidad que ayude a remontar el ego. Son tantas las horas bajas y tan escasas las ocasiones que le salen al paso, que siempre es mejor no desperdiciarlas. Una satisfacción es una satisfacción, como una rosa es una rosa, es una rosa. Escalona, a sus casi cincuenta años, la mayor parte de los días prefiere las satisfacciones a las rosas.

Perelló, la boca entreabierta, el café a medio derramar sobre el suelo, se retira no sin antes advertir:

—¡Ah, Escalona! A las tres en punto le quiero aquí. Reunión informativa. De obligada asistencia para inspectores. No quiero excusas.

El comisario da por zanjada la cuestión obligándole a asistir a una reunión de la que probablemente se hubiera librado por imperativo de la investigación. Escalona reconoce que para Perelló hay mil mejores maneras de empezar el día.

Fernando Iniesta, juez en la realidad y juez en la ficción, en los juzgados y sobre una acera, con poder y sin él. Fernando Iniesta, juez y difunto. Con toda seguridad, Garrido reprobaría un personaje tan fantástico digno de la serie televisiva más sofisticada. Desde la tribuna baja de su butaca color primeras heces, diría de él que no resulta creíble, que cosas así no pasan nunca, que los guionistas deben de estar locos, que consideran que los espectadores son todos unos necios y que a los productores les gusta tirar el dinero.

Escalona sale en busca de Evaristo.

—Tú, espera aquí a que vuelva Guerao, está al caer. Os ponéis a buscar todo lo que encontréis sobre él. Si le abrieron expediente, qué dijo la prensa si es que llegó a enterarse, todo. Si es necesario os vais a los juzgados, preguntáis a quien haga falta, removéis lo que podáis y si os ponen alguna pega que llamen a Vázquez Llorca, él sabe de qué va. Yo le llamo ahora mismo. ¿Me has entendido?

Evaristo asiente con la mejor de sus sonrisas. Le gusta lo de examinar expedientes, leer y releer informes, cotejar testimonios, averiguar antecedentes… Le apasiona revisar la prensa y seguir un caso a partir de la información, no siempre contrastada, que sobre él vertieron en su día los periodistas. No hay mejor distracción para el meticuloso agente que seguir una pista sobre el papel. Un sabueso del negro sobre blanco, eso es lo que es Evaristo, un hombre de despacho, legajo y base de datos. Un día fuera de la comisaría, en los juzgados, revisando un papel detrás de otro es, para Evaristo, una buena aproximación al paraíso. Evaristo, como el propio inspector, no es hombre de grandes ambiciones.

Mientras regresa a su silla y a su mesa, Escalona decide hacer lo que desde hace unas horas le da vueltas en la cabeza. Llamará a Sebastián Guerín, el abogado, un tipo por el que no siente la menor simpatía pero que cree estar en deuda con el inspector por un caso ya cerrado en el que Escalona demostró una habilidad más que notable. Así le gusta recordarlo al inspector cuando tiene un día malo. Y aunque su proximidad le resulta casi insoportable, Escalona sabe que es un buen abogado, que tiene contactos urbi et orbe y que no dudará en devolverle el favor en un tiempo record. El precio a pagar será alto, muy alto, y Guerín no cobra en euros. Su moneda de cambio es más sutil, acostumbra a cobrar en onzas de dignidad, como aquel mercader de Venecia que pretendía cobrar en onzas de carne de su deudor. Guerín no derramará sangre, no existe ese riesgo, tampoco habrá dolor, ni desmayos. La herida no será cruenta ni hará retirar la mirada a los presentes, o quizás sí. Solo habrá humillación, alguna firme reconvención y una gran dosis de ofensa personal.

En definitiva, varias unidades limpias de autoestima y un par de días de arrastrar el alma a la cota de los túneles del metro.

Escalona se maldice interiormente cuando comprueba que en la sala todavía faltan inspectores y que de entre todos los comisarios convocados tan solo ha aparecido Perelló que, para empeorar las cosas, ejerce de anfitrión. Algunos de los presentes le resultan desconocidos, probablemente se trate de mandos de la policía autonómica, futuros colegas. Perelló se ha cambiado de camisa y se ha encajado la americana de siempre, la que guarda en el despacho para estas ocasiones. A Escalona, que siempre ha sido puntual y obsesivamente preciso, le revientan los retrasos ajenos y le desesperan los propios. Una hora dada es para el inspector un precepto. Por eso a las tres en punto entra en la estancia medio vacía en la que se han dispuesto una treintena de sillas y sobre la tarima una mesa con tres botellas de agua. La clase de catalán ha sido trasladada a uno de los despachos del piso superior. Afortunadamente, piensa el inspector, no se ha visto obligado a excusarse ante la joven profesora a la que debe una explicación que, si la suerte le acompaña, no tendrá lugar.

En la sala se hace notar algo del repentino frío que ha irrumpido en Barcelona, precedido por los fastos de una gloriosa tormenta nocturna que ha mantenido en vela a la ciudadanía, ha colapsado alcantarillas y desagües y embalsado socavones. El inspector siente un escalofrío recorrerle la espalda y, torciendo el gesto, decide tomar asiento en un rincón, esperando que Perelló se disponga a ir pronto al grano. No es así. Escalona, consumido por la impaciencia, confía en que ese temblor casi espasmódico que acaba de sacudirlo de arriba abajo no sea el primer síntoma de un enfriamiento. Es consciente de que el agua recibida en su deambular por las calles, de madrugada y bajo la lluvia, ha sido mucha, demasiada quizás. No es buen momento para enfermar, ni para bajar la guardia, y sobre todo no es el mejor de los momentos para sobrevivir debilitado por la enfermedad a la ausencia de Teresa.

En todo ello piensa el inspector mientras comprueba por enésima vez que al comisario le encanta demorarse en los prolegómenos. Observa con nerviosismo creciente cómo Perelló estrecha todas las manos y tiene unas palabras, no necesariamente breves, para cada uno de los presentes. Es el último en tomar asiento y el primero en apoderarse de la palabra para presentar al principal ponente, un experto en seguridad. En otros términos, un intendente de los mossos que se ha alejado definitivamente de las calles y que no desentonaría en una performance. El experto en cuestión se acerca el micrófono a la boca y arranca con solemnidad:

—Como ustedes ya sabrán, el consistorio está empezando a considerar la redacción de una serie de ordenanzas municipales que pretenden erradicar el incivismo y ciertas conductas irregulares que, con toda seguridad, conocen ustedes mejor que yo. El proyecto tiene como objetivo garantizar la convivencia en el espacio público.

Perelló, a su lado, destapa la botella de agua y asiente ostentosamente con una sonrisa. Qué no sabrá él de conductas irregulares. El experto es caballo ganador y Perelló acompaña las palabras recién pronunciadas con un gesto de conformidad absoluta. Escalona, que espera la llegada del hermano de Margarita, tiene la cabeza en otro lugar, en mitad de la Rambla, junto al cuerpo desplomado del juez y bajo las patas del gato negro y tripón de Botero.

—No es nuestra labor discutir aquí la conveniencia o no de su aplicación. Estoy seguro de que todos ustedes tendrán alguna opinión al respecto, pero no nos toca a nosotros, los cuerpos de seguridad, decidir qué conductas deben sancionarse y cómo se debe proceder, pero he creído conveniente explicar el sentido de las ordenanzas que han de hacer que esta ciudad resulte más segura y más grata para todos. Por lo tanto, si les parece, vamos a repasar algunos de los casos en los que, con toda probabilidad, tendremos que actuar con mano firme.

—¿Él también va a venir a patrullar? —pregunta con sorna uno de los inspectores en voz baja.

—Aunque, como pueden ustedes imaginar, la mayor parte de las disposiciones son competencia de la Guardia Urbana, cuerpo con el que deberemos coordinar todavía más nuestras actuaciones... —continúa el ex comisario con la vista clavada en el tendido —, conviene que ustedes, los mandos, se familiaricen con la ley.

—…eso, que muevan el culo. Me gustaría a mí ver a los guardias deteniendo a alguien —oye Escalona murmurar al inspector Romero, destinado también en Nou de la Rambla, que le dirige un guiño de complicidad.

Perelló continúa asintiendo. Se ha llevado la botella de agua hasta los labios, pero se abstiene de mordisquear el plástico como hace habitualmente. Una cuestión de protocolo. El hombre que habla viste traje y corbata y calza sobre la nariz unas gafas negras de descomunal patilla, un signo inequívoco de modernidad. Apenas mueve las manos, casi no gesticula, pero parece escuchar largamente su propio eco. En estos momentos habla de la prostitución, de los carteristas, de los hostigadores que proliferan en las calles, de los que duermen en los portales o mean en los muros y de los abrazafarolas que pasean borrachera y delirio. Habla de todo ello como podría hacerlo de la contaminación por purines, de la compleja gestión de los residuos o del milagro económico chino.

—Sí, que persigan los guardias a los del top manta. A ver si los cogen —susurra uno.

—¡Y quieren multar a los que duerman en la calle! Pues sí que van

a recaudar… —añade otro con el tono de que no puede creer lo que está oyendo.

El técnico en seguridad, así se ha presentado a sí mismo en sus palabras iniciales, prosigue sin percatarse de nada, mientras a Perelló, sentado junto a él, se le agria poderosamente el gesto al constatar las sonrisas que, en vuelo rasante, recorren la sala de un extremo a otro.

—Tienen ustedes unas fotocopias para que vayan habituándose a las nuevas disposiciones. Sin duda encontrarán ustedes dificultades para… Piensen, señores comisarios, inspectores, subinspectores, que por el momento no hay nada definitivo, pero, dada la degradación de algunos barrios y las protestas de los vecinos, al Ayuntamiento no le cabe la menor duda de que el proyecto acabará por salir adelante. Es previsible que en los próximos meses, si no se aceptan en su totalidad, sí se aprueben en su mayoría en el pleno municipal. Ese es el motivo de esta reunión preliminar, que se familiaricen ustedes con sus contenidos y con la filosofía que subyace. En las próximas semanas serán ustedes convocados nuevamente y se les informará de las medidas definitivas a adoptar, de las competencias de cada cuerpo y de los procedimientos a seguir por sus agentes.

Perelló, que parece seguir con interés las palabras del ex comisario, toma notas mentalmente con los ojos entornados. Escalona siente cada vez más frío y un cosquilleo en la nariz que le resulta alarmante. Se pregunta si el hermano de Margarita esperará ya en su despacho. Si no fuera por las órdenes expresas del comisario, hace rato que se hubiera largado.

—Lo que ha de quedar claro para todos ustedes es que en algunas zonas, y pongo ahora el ejemplo de la ronda de San Antoni, y del cruce de Sant Ramon con Nou de la Rambla, se ha de acabar inmediatamente con la ocupación invasiva y abusiva del espacio público. No podemos tolerar la prostitución que obliga a los peatones a bajar de las aceras o cambiar su itinerario, no conviene a Barcelona ni a sus ciudadanos. No creo, señores, que deba explicarles de qué estoy hablando —añade, mirando a los presentes por encima de las gafas, como si quisiera verlos, pero no demasiado.

Algún inspector resopla ostensiblemente y Escalona se da cuenta de

que, sin ir más lejos, él mismo está moviendo la pierna derecha de forma compulsiva, como si pedaleara en una máquina de coser. El inspector lo hace a menudo, desde su juventud, cuando está inquieto. A veces incluso imita, dejando escapar el aire entre los dientes, el rumor de la rueda que impulsaba la aguja en cuyo extremo clavaba la vista su madre durante tardes enteras. A la luz de una única bombilla alargada incorporada a la máquina a pedal, su madre cosía uniformes azules, monos de mecánico de todos los tamaños que liaba cada viernes en un fardo y que cada viernes llevaba a un taller en el que le pagaban tarde y mal por dejarse la vista en las costuras. No siempre es consciente de ello, pero a menudo se descubre a sí mismo pedaleando en una Singer imaginaria.

—En cuanto entren en vigor las ordenanzas definitivas, deberán ustedes, estén donde estén, informar a sus agentes con toda claridad. Debemos actuar con contundencia. Eso es lo que esperan los ciudadanos, lo que necesitan para sentirse seguros en nuestras calles. Recuerden que, si el pleno así lo decide, los agentes podrán sancionar a las prostitutas y a sus clientes, a los que afeen las fachadas o pinten en las paredes...

Ya nadie avisará a Margarita Román de que no puede demorarse sobre la acera a la espera de un cliente, de que no puede llamar su atención insinuando un beso, ya nadie la detendrá ni la multará por abordar a los hombres sobre las aceras del Raval, piensa Escalona. La verdad es que al inspector le cuesta imaginar el barrio sin prostitutas. Más tranquilidad, quizás, menos follones, pero… Echarlas del Raval va a ser tan difícil cómo…

—Y si vuelvo a encontrarme al tipo ese de Comerç i Turisme negociando con las guineanas de Sant Pau, ¿qué hago?, ¿le expido una multa o le deseo un buen polvo? —oye Escalona, y probablemente también la totalidad del aforo.

El inspector no puede dejar de sonreír mientras se lleva el pañuelo a la nariz que hace aguas.

—¿Y los mendigos? ¿Qué hacemos con ellos? —pregunta un inspector.

—Lo correcto, tal y cómo se han desarrollado las cosas, sería decir que las futuras ordenanzas se proponen combatir a los seudomendigos o mendigos profesionales y organizados. No es nuestra intención perseguir a los indigentes, lo que pretendemos con las nuevas disposiciones es evitar que las mafias europeas se apoderen del espacio público explotando las esquinas más rentables. Estoy hablando de los que pretenden limpiarte el parabrisas a toda costa en un semáforo… Y la cartera si te descuidas. De esas mujeres que te plantan a sus hijos en las narices, de… Ustedes me entienden. No tolerarlo, señores, significa que centraremos nuestras energías en erradicarlos de determinados lugares. Esta ciudad necesita de todos nuestros esfuerzos. Nuestros ciudadanos tienen derecho a pasear sin sentirse agredidos, por eso estamos aquí, para garantizar que… —el técnico se ha quitado las gafas y habla ahora con verdadero aplomo, como lo hacen los comisarios a sus hombres en las series americanas antes de enviarlos a morir de un tiro sobre una acera.

—Ya, y los enviaremos cuatro calles más abajo —apostilla Romero —, donde se les vea menos.

—…Si alguno de ustedes tiene alguna pregunta… —acaba el técnico en seguridad bajando la cabeza y cerrando la carpeta en la que guarda sus notas.

Escalona rezaría, si recordara cómo hacerlo, para que a ninguno de los presentes le dé por tomar la palabra. Nadie parece interesado y alguno, desinhibido o ya muy harto, ha iniciado la retirada. Escalona se pone en pie cuando, pasados unos segundos, nadie ha abierto la boca. Al salir y pasar junto a Perelló oye cómo este intercambia pareceres con Fernández Trabal, un comisario de Plaça Catalunya que es de su misma cuerda.

—Está visto lo que quieren, marcaje implacable a las rumanas.

Cuando Escalona alcanza la pecera —así conocen en comisaría a la ristra de despachos acristalados que se alinean ordenadamente como las taquillas en un hipódromo—, advierte ese latir en las sienes que, si su memoria no le falla, anuncia unas décimas de más.

En el interior aguarda un hombre abatido, la vista baja y las gafas sobre la mesa. Con los dedos, el hombre se frota los ojos. Parece ausente y no lo ha oído llegar. Tendrá unos cuarenta años y su aspecto sería inmejorable de no apreciarse con toda claridad las huellas del dolor y de las muchas horas de viaje desde Filadelfia. Las líneas que bajan desde su nariz hasta las comisuras de sus labios son profundas, como surcos, el cabello luce lacio y aplastado tras muchas horas de avión, la mirada lánguida, propia de los desfallecidos. Junto a la silla, una maleta de grandes proporciones y una cartera de mano.

—Soy el inspector Escalona —le saluda adelantando la mano y tomando asiento, mientras comprueba que dispone de un pañuelo de papel en el bolsillo de la americana.

—Enrique Román —dice el hombre, que le tiende la mano a su vez.

No se ha incorporado, únicamente ha elevado la vista y ha avanzado su mano. Mejor así. La conversación no va a ser fácil y al inspector el cuerpo no le acompaña. Brevemente expone las circunstancias de la muerte de Margarita Román y lo que la policía ha conseguido averiguar hasta el momento. No es mucho, y reducido a lo esencial aún suena a menos. De hecho, a sus oídos de inspector de policía suena a casi nada.

—¿Recuerda usted si su hermana tenía algún enemigo? ¿Un hombre desairado, alguna rivalidad, alguna deuda importante? ¿Sabe si había recibido alguna amenaza?

—No, inspector. Tampoco creo que mi hermana pudiera estorbarle a nadie. A estas alturas parece usted saber más cosas de ella que yo mismo —el hombre ha levantado la vista y en sus ojos fatigados hay un cierto desafío.

—¿Le habló alguna vez de un policía llamado Raúl? —insiste el inspector.

—No, hay cosas que siempre he preferido no saber. No conozco a sus amigos, ni a sus…

—¿Sabe que hace unos meses pasó por un centro de

desintoxicación? —pregunta el inspector, interrumpiendo unas palabras que no necesita oír. Escalona emplea todo el tacto del que se siente capaz.

—Sé que se prostituía, que era actriz porno y que se pinchaba. Descubrí que se hacía llamar Rita Romanos, y lo descubrí de la peor de las maneras. Puede usted imaginarlo… Probablemente todavía hay cosas que ignoro, pero no crea que me va a sorprender. Sé las líneas generales, inspector, pero desconozco los detalles. Como comprenderá, no resultan agradables. Era mi única hermana. Yo mismo pagué su estancia en una clínica, la llevé hasta allí el día de su ingreso casi por la fuerza y la recogí en la puerta cuando le dieron el alta.

—¿Había pasado algo especial durante las últimas semanas? ¿Había conocido a alguien…?

—No pregunté nunca. Prefería desconocer con qué tipos trataba mi hermana, hay cosas que siempre pensé que era mejor ignorar. Quizás me equivoqué, pero… Además, hace semanas que no hablaba con ella. Desde principios de septiembre.

—¿No tenían ustedes buena relación?

Escalona se siente como un gusano, pero está obligado a preguntar.

—Siempre llamaba yo, ella solo lo hacía si tenía dificultades. Nuestra relación era todo lo buena que podía ser. No teníamos padres, murieron hace tiempo y ella solo me tenía a mí. Margarita hacía su vida, no soportaba que nadie le recriminara nada. Y yo, menos que nadie.

Al afligido hermano de Margarita las palabras se le rompen entre los dientes. En sus ojos anida la desesperanza y en sus manos, derrumbadas sobre su regazo, se acumulan todos los vacíos.

—Y si quiere usted saber si lamento su muerte, no se puede usted imaginar hasta qué punto me duele… Quizás crea usted que una persona así… Yo sé que hay quien no lo entiende, pero Margarita era mi hermana...

Enrique Román deja de hablar, se lleva una mano hasta la boca, no continúa. No puede. Si sigue hablando romperá a llorar. No quiere hacerlo, por eso permanece en silencio, los ojos llenos de lágrimas y de ira, la voz silenciada. Tampoco Escalona desea que eso ocurra. En su espalda encorvada y en sus manos vacías advierte el inspector una sensación de orfandad tan intensa que retira la mirada y rebusca entre sus papeles para dejar que corra el tiempo. A veces, durante una investigación, el inspector tiene la desagradable sensación de violentar la intimidad de la gente, de ir más allá de lo moralmente permitido, de escarbar lodos ajenos. Una impresión desagradable, como de mirar por el ojo de la cerradura, de irrumpir en una cacharrería, destrozar todo lo que es frágil y abandonar el local esperando que otro recoja los trastos rotos. Hay cosas que uno nunca está preparado para ver. Por muchos años que transcurran, por mucho que el inspector se fije y observe, por más esfuerzos que haga, nunca dejará de sorprenderle la frágil condición humana.

El dentista aprovecha la tregua forzada para recobrar la compostura. Antes de proseguir carraspea levemente, como para asegurarse de que su voz se mantendrá firme y no le traicionará.

—Nuestra relación no era una relación corriente. Ella hacía lo que quería, hacía su vida y no quería preguntas, siempre fue así. Adoraba el riesgo, los problemas, no se acobardaba por nada ni por nadie... Era de ese tipo de persona que busca las peores compañías, que prefiere a los indeseables, que… Hay gente así, propensa a ser traicionada, herida, no sé… Todo lo que puedo decirle es que ella era así. Era una mujer inteligente, valiente, llamativa, podía haber… No sé cómo explicarlo, pero siempre se complicó la vida, desde que recuerdo, desde que era una cría. Incluso antes de… Yo hice lo que pude por aceptarlo. Lo que pude. Puede usted creerlo.

—Antes de… —señala Escalona invitándole a continuar la frase.

En los ojos del dentista el inspector advierte que preferiría no hablar de ello, no remover el pasado. Enrique Román titubea antes de proseguir.

—No creo que pueda interesarle, es algo muy antiguo. No tiene nada que ver con su muerte, no guarda ninguna relación. Es un asunto familiar, una historia triste.

—Por favor —ruega Escalona, invitándole a seguir con un gesto de su mano antes de llevarse los dedos hasta la frente para comprobar que la temperatura ha subido por encima de lo habitual. Debe acordarse de pedir dos aspirinas antes de abandonar la comisaría si quiere llegar dignamente a la cena con el abogado Sebastián Guerín.

—Ya le he dicho que no creo que vaya a interesarle. La verdad, preferiría…

El inspector ni pestañea.

—Bien, si usted lo quiere… —se resigna mientras con el índice se ajusta las gafas sobre la nariz—. Ocurrió hace muchos años. Fue un verano, en los Alfaques. Quizás usted recuerde lo que… Un camión con gas licuado, algo imprevisible… Una matanza.

Escalona no ha podido olvidar las imágenes de la tragedia. Los cuerpos abrasados y rígidos, todavía humeantes, que poblaron durante días las pantallas de televisión y las portadas de los periódicos. Una tragedia terrible que se saldó con gran número de víctimas, muchos de ellos turistas extranjeros que pasaban el verano en un camping y que murieron quemados o asfixiados. Escenas terribles, estremecedoras, que el inspector no conseguirá olvidar nunca. El inspector asiente.

—Mis padres murieron allí, en los Alfaques, el 11 de julio de 1978 a mediodía. No creo que le interesen las circunstancias… Margarita y yo podríamos haber muerto, también estábamos allí… Pero la suerte, o el azar, llámelo como quiera, uno nunca sabe… El caso es que salimos ilesos… Ella era una cría, yo algo mayor.

—Entiendo.

—Fuimos a vivir con mi abuela paterna, en un pueblo cerca de Castellón. Puede usted imaginar lo que fue. Mi abuela acababa de perder a su único hijo… No levantaba cabeza y andaba siempre de luto. No permitió que olvidáramos lo ocurrido ni un solo día. Ni un solo instante. Ella nunca lo hizo. No nos quedó infancia, mi abuela, pobre mujer, se encargó de que así fuera. No se dio cuenta nunca de lo que nos estaba haciendo, de lo que se hacía a sí misma. Pocos

años después yo vine aquí, quería estudiar Medicina, siempre quise hacerlo. En cierta manera me libré de aquello, de aquella casa con las persianas siempre bajas que parecía un mausoleo, de mi abuela que siempre andaba lloriqueando, de aquel recordar a todas horas, de aquel no vivir. Pero Margarita se quedó, era menor de edad. Ella fue a peor, nadie sabía si entraba, si salía… Quizás, si yo hubiera cambiado de planes, si no la hubiera dejado allí…

Enrique Román se interrumpe durante unos instantes. Hay cosas que merecen ser silenciadas.

—Mi hermana se quedó allí reviviendo diariamente lo que había pasado y cómo había pasado. Lo sé por sus cartas, todavía tengo alguna. Además, no me cuesta imaginarlo. Cuando acabé la carrera, yo volví a Castellón, mi abuela hacía tiempo que había muerto y mi hermana se había marchado, andaba por ahí. Se fue de aquella casa en cuanto cumplió los dieciocho; mi abuela murió poco después. Aunque si he de decirle la verdad, hacía tiempo que era una muerta en vida. Margarita estuvo en Valencia, en Málaga, en Madrid… Se largó lo antes posible. Hizo bien, no aguantaba más. Y no me extraña. Se fue con lo puesto. No le pidió nada a nadie. Al cabo de los años, fue ella la que acabó en Barcelona. De su vida, inspector, sé bien poca cosa, lo esencial. Ya lo ha visto usted. Solo que era una mujer valiente, que no renunciaba a nada, ni tan siquiera a aquello que no existe. Se pasó la vida buscando alguna cosa. No sé qué buscaba, exactamente. Siempre pensé que intentaba olvidar aquella casa, aquel camping… Siempre pensé que…

—No tengo más preguntas —dice Escalona—. Y disculpe usted si le han molestado, pero mi deber es…

—Uno nunca sabe si hubiera podido hacer algo más. Como usted dice, quizás mi deber hubiera sido otro… Quizás mi deber era quedarme con ella, sacarla de allí… ¿Qué sé yo? Cuando eres joven no sabes muy bien cuál es tu deber.

—Intentaré asistir al entierro de su hermana —añade el inspector, que ha comprobado largamente que los entierros de aquellos que mueren de forma violenta acostumbran a tener interés para un policía—. Quizás vuelva a necesitarlo.

—Yo era el hermano mayor, quizás hubiera podido… Pero… Ya no lo sabré nunca —Enrique Román parece no haberle oído, devorado por los tristes pensamientos que le abruman—. Así es la vida, siempre es así, lo tomas o lo dejas. Unos mueren, otros…

Escalona ya no puede oír más. Mejor así, piensa. Con toda probabilidad las últimas palabras pronunciadas por Enrique Román, antes de coger la maleta y la cartera y de abandonar el despacho con la cabeza baja y la vida a pedazos, están destinadas a sí mismo.

Las lonas que, provisionalmente y debido a largas y costosas obras de restauración, cubren la fachada del Círculo Ecuestre no llegan a ocultar por completo la magnificencia del establecimiento al que está a punto de acceder. El señorial edificio ocupa una esquina en la confluencia de Balmes con Diagonal y a Escalona no le ha costado dar con él. Había pasado por delante en más de una ocasión y, también en más de una ocasión, había atisbado el interior desde la calle, consciente de que las posibilidades de acceder a sus salones eran harto escasas. No pertenece ni ha pertenecido en su vida a círculo exclusivo alguno y no ha tenido más contacto con los caballos que el del avistamiento muy lejano. No es de extrañar que Escalona se acerque a la entrada del edificio con la certeza absoluta de que juega en campo ajeno. La maldita conciencia de clase que parece llevar incrustada en el genoma, y en la que fue aleccionado por su padre desde una edad muy temprana, no le permite olvidar que juega en casa extraña, en casa de Sebastián Guerín, el individuo más presuntuoso que ha conocido en su vida. Y uno de los más ricos.

Acostumbrado como está a los callejones estrechos y habitualmente sucios del Raval, poblados de tenderos de todos los orígenes imaginables, amas de casa y jubilados malhumorados, salpicados de trileros, vagabundos, prostitutas y camellos, el inspector no se halla a sus anchas entre las gentes de buen pasar. Desconoce las normas que rigen en los despachos, clubes selectos y salones por encima de la Diagonal, y lo que alcanza a divisar desde la calle tampoco es de su agrado. Aun así, sabe que no debe retirarse. Es él, el inspector, el que ha pedido un favor. Por ese motivo no le queda más remedio que bajar la cabeza, aparcar en la calle los muchos reparos y

acomodarse a lo que venga. No será fácil. Cuando Guerín le ha citado en el Círculo Ecuestre, más que satisfecho de poder dar cumplida cuenta de sus averiguaciones, le ha advertido oportunamente que no olvidara vestir con corrección. Inmediatamente después ha considerado necesario comentar que la cena sería anotada en su cuenta de gastos.

—No se preocupe. Es usted mi invitado. Será una de cena de negocios —ha añadido, rematando sus palabras con algo lejanamente parecido a una risa de confabulación.

Y por si Escalona no experimentaba ya suficiente recelo, las palabras de Guerín casi le han helado la sangre y han acabado de arruinarle la tarde. Nadie da nada por nada, y los abogados siempre, sin salvedad, cobran sus minutas. La firma Guerín, Guerín y Guerín, abogados, no hará con él una excepción.

El inspector ha elegido para la ocasión una americana azul oscuro y ha escogido, entre las cuatro o cinco camisas limpias y planchadas que restan en su armario, la que mejor armoniza. Ha recordado que Marga, años atrás, siempre compraba las camisas para él, decía que le favorecía el azul. Todas sus camisas eran azules. También Teresa afirma que le sienta bien ese color. Quizás sea verdad, se ha repetido un par de veces mientras se abotonaba la camisa azul pálido y comprobaba el efecto en el espejo del baño. No se hubiera sentido seguro de sí mismo ni aunque Armani le hubiera dedicado toda una tarde.

Escalona, enfrentado a su propia imagen, se ha juzgado severamente, como en él es habitual. Se ha sentido incómodo y profundamente despreciable por dejarse amilanar por un fantasma como Guerín, pero nada que hacer. Ante el espejo ha experimentado un súbito cansancio, un dolor medio escondido entre las cejas y una flojedad en las piernas que han acrecentado su aprensión. Con ese estado de ánimo y la certeza de un resfriado in crescendo se ha dirigido al Círculo Ecuestre.

Sebastián Guerín le sale al encuentro, conjuntado apropiadamente en azul báltico. Así llama el abogado al azul muy oscuro cuando este limita casi con el negro, azul báltico. Son las nueve en punto y el abogado, que acaricia distraídamente la seda de su corbata,

parece haber estado esperando su llegada en recepción. Sabe que, si no está presente para evitar las suspicacias de los ujieres, al inspector le costará pasar de la entrada. Además, desea demostrar a Escalona que es un buen anfitrión. En cuanto ve al inspector traspasar el umbral, hace una seña rápida a uno de los auxiliares y le indica que se acerque con una corbata en la mano para reparar el error cometido por el recién llegado. Las normas del Círculo son taxativas, y los socios deben velar por que sus invitados las cumplan. El abogado le tiende la mano y al inspector se le antoja húmeda, convenientemente hidratada diría Guerín. Si cierra los ojos creería que le está encajando la mano a una rana.

—Ya sabe, Escalona… Las normas…—adelanta a modo de excusa el abogado.

Escalona acaba de anudarse a regañadientes la corbata gris ala de mosca, en palabras de Guerín, que le acaba de ser prestada. Tiene un humor de perros y una cara en justa correspondencia. Las cosas no pueden empezar peor, la primera en la frente, piensa el inspector, que daría cualquier cosa por encontrarse adormecido en su sofá y bañado en la luz azulona del televisor.

—Usted, mejor que nadie, sabe que no seríamos nada sin las normas. La civilización no es otra cosa. ¿Qué sería de nosotros sin ellas? —se pregunta retóricamente el abogado mientras separa las manos y dirige las palmas hacia el cielo como si ofrendara un sacrificio.

Escalona se muerde la lengua para no responder esa pregunta. Tiene una idea muy clara de lo que sería de algunos sin las normas. Especialmente de un engreído como Guerín, cuya vestimenta para la velada sobrepasa ampliamente el sueldo de un mes de un inspector de policía. Escalona respira hondo, en un intento por armarse de paciencia, y se dispone a seguir a Guerín pasillo adelante hasta el salón. Atraviesan varias salas presididas por una luz suave y el mobiliario digno de un museo. Proliferan las majestuosas arañas en los techos, las butacas insuperables y en las paredes cuadros probablemente valiosos. De vez en cuando, Guerín se vuelve hacia su invitado para comprobar su reacción a la opulencia y le señala alguna pieza remarcable.

—Viene usted en un buen día. Hoy tenemos una cena especial. Caza, de un restaurante de la Cerdanya, uno de los mejores. Anuncian una perdiz escabechada con cebollitas y castañas que no creo que haya probado usted nunca.

Tampoco Escalona lo cree, pero no lo reconocería ni aunque le arrancaran la piel a tiras y arrojaran la sal a quintales sobre sus llagas.

—¡Ah! Lo olvidaba. A la perdiz le precede un foie gras de pato con chocolate negro y…

El inspector ha dejado de escuchar, ocupado como está en llevarse el pañuelo a la nariz que ya gotea mientras toma asiento en un salón majestuoso. Las ínfulas de Guerín no tienen límite y ya no le cabe la menor duda de que hasta los postres no entrarán en materia. Las expertas disquisiciones del abogado sobre las virtudes del Viña Calera Rueda que se disponen a servirles, sobre el curso de cata de vinos al que acaba de asistir o sobre el aperitivo con ostras y champagne del que los socios del Círculo disfrutarán pocos días antes de Navidad mientras se bañan en la piscina situada en la terraza del edificio, no consiguen distraerle de sus cuitas ni hacerle olvidar que empieza a sentirse mal y que quizás tenga ya algunas décimas de fiebre.

—Bien, inspector. Vamos con Fernando Iniesta —dice Guerín tras dar cuenta de la perdiz escabechada y apurar el vino de su copa.

Escalona, que ha acabado minutos antes y tiene algún que otro problema para mantener quietas las manos sobre la mesa, se aproxima ligeramente a su interlocutor. El camarero se acerca en un silencio absoluto y llena nuevamente la copa del abogado. Este le corresponde con una sonrisa.

—Gracias, Armando.

Guerín permanece en silencio unos instantes, los suficientes para que el joven camarero se aleje y recupere su discreta posición en una esquina.

—Sé que lo mataron el martes en las Ramblas, aunque los

periódicos que recogen la noticia no citan su nombre. No me mire usted con esa cara, no se necesita mucha ciencia para saber que dos y dos son cuatro. Algunos apuntan a que quizás le dieron el pasaporte por ser un testigo incómodo, algo relacionado con una prostituta a la que se cargaron la noche del domingo. Corríjame si me equivoco.

Escalona, el ego bajo de defensas, los labios sellados, aguarda. ¿Qué más quisiera que poder rectificar lo que el abogado acaba de decir? No ha leído los diarios y siempre acaba preguntándose cómo consiguen los periodistas saber cuanto uno sabe. A veces mucho más. En la comisaría hay alguien que mantiene informada a la prensa y no estaría de más decirle cuatro cosas o partirle la cara a hostias, que no deja de ser una forma elocuente de abordar según qué cosas. Por otra parte, Guerín no deja de sorprenderle. Es astuto, demasiado astuto. Es el único hombre en el que se equipara la inteligencia a la arrogancia. Un lechuguino con cerebro.

—Curioso, un juez muerto por ser testigo. Juez y parte. No está mal. Tiene gracia porque, si su asesino hubiera sabido quién era, con largarle unos billetes habría sido suficiente. A mí me constan al menos tres casos en los que Iniesta se dejó sobornar, aunque solo le amonestaron por uno de ellos. Los jueces son de otra casta, ya sabe, resultan intocables.

Con un gesto le ordena a uno de los camareros que se acerque. Guerín le indica al oído algo que Escalona no alcanza a oír y, pocos segundos después, el joven reaparece con un portafolio propiedad de Guerín.

—En este sobre encontrará toda la documentación que he podido reunir y una explicación aclaratoria de cada uno de los casos.

Le tiende un sobre grande con el membrete del bufete familiar y una línea dorada que lo cruza en una de las esquinas superiores. A Escalona le sorprende la ausencia de un escudo heráldico, quizás no sea de buen tono presumir de rancios y adinerados orígenes, piensa.

—Aunque nadie lo probó, yo me jugaría el carné de este club a que ya en el 95 falló contra los propietarios de un solar en el Guinardó porque los de la constructora le pasaron un buen sobre. Yo conocía

a uno de los hermanos García Muntadas, una familia que siempre invirtió en hormigón, eran los amos de la constructora y sé de qué pie cojeaban. No era la primera vez. Todo el mundo lo sabía y ellos no crea usted que se escondían, Así funcionan las cosas, amigo mío.

Escalona se abstiene de replicar, no desea importunarlo, prefiere que siga hablando del juez. Cada uno elige a sus amigos y Escalona tiene muy pocos. Y Guerín, huelga decirlo, no está entre ellos. Pero tampoco esta vez tiene intención de abrir la boca.

—Según me han explicado los que lo recuerdan, lo mismo ocurrió un par de años después con un pobre tipo que había montado con un socio una empresa de cobro de morosos. Se metieron en algún lío, quedaron al descubierto, falsificaron firmas y contratos y el socio se las apañó para estafar al otro y quedarse con lo poco que conservaban. Todas las culpas recayeron sobre el pobre desgraciado, que fue condenado a varios años de cárcel. Pagó por ambos. El otro se quitó de en medio. Debe de andar bien lejos. Estas cosas no se olvidan fácilmente.

Sebastián Guerín se lleva la aflautada copa a los labios, la cara fruncida en culo de gallina. La sujeta entre sus dedos con tanta delicadeza como si sostuviera una flor. A Escalona se le antoja un gesto teatral, propio de un personaje histriónico como Guerín. No le sorprende en absoluto que, al dejar la copa sobre la mesa, acompañe su gesto con un suspiro y se recree unos instantes en la contemplación de sus uñas. Piensa de él que es un imbécil de amplio espectro, un esnob afectado y relamido vestido de color azul báltico y peinado como un director de orquesta. Un buen personaje para una galería.

—Y luego está el caso Cuesta, que es el que levantó la liebre. Sí, hombre, Cuesta atropelló a alguien, a un colombiano, si no recuerdo mal. Déjeme mirar.

Guerín revuelve papeles y resigue unas líneas con la vista. Carraspea levemente antes de continuar, como si afinase la voz antes de ejecutar la pieza maestra.

—Sí, lo dicho, el muerto era un ecuatoriano y Cuesta iba colocado y a todo trapo. Iniesta se libró porque el asunto no saltó a los

titulares. Hubo alguna nota, algún apunte difícil de interpretar, pero poca cosa más. Como ya sabrá, hay procedimientos para protegerse, se puede blindar la información… No se condena a un juez todos los días.

Con el sobre en sus manos y pasado ya el efecto de las aspirinas, el inspector experimenta un malestar creciente. Unas décimas de fiebre y un dolor de cabeza le sirven para alejarse de allí con un «gracias por todo» introducido de canto en la conversación y un «que se mejore, inspector» que casi ya no puede oír.

Antes de salir se quita la corbata a estirones y la devuelve al ujier de la entrada. Si no saca el contenido del sobre y lo lee antes de llegar a la calle es porque la cabeza parece a punto de estallarle sobre los hombros. Sabe que la información de Guerín no tiene precio y que aventajará largamente a todo lo que puedan conseguir Evaristo y Guerao en varios días de pisar despachos. El ujier, cuadrado como para un desfile, le indica la calle y le acompaña hasta la acera.

—Su taxi, señor —le señala al tiempo que se inclina para abrirle una de las puertas posteriores.

Escalona, en horas bajas, no conserva la suficiente presencia de ánimo como para rechazar el vehículo.

Capítulo cinco

Viernes, 7 de octubre

Escalona no se ha sentido con fuerzas para bajar caminando desde su casa hasta Nou de la Rambla y ha tomado un taxi en Torrent de l'Olla que lo ha dejado en la puerta de la comisaría. Tres cuartos de hora caminando con la boca medio abierta es mucho tiempo cuando uno tiene la cabeza como un bombo en una procesión y apenas consigue respirar por la nariz. Ha amanecido uno de aquellos días que, en mejores circunstancias, le elevan el ánimo. El cielo azul, completamente despejado, de un azul imponente, y la temperatura tirando a fría. Un buen día para pisar las calles, piensa con resignación mientras paga al taxista.

Segundos antes de entrar en comisaría y acceder a su pecera, el inspector recuerda que no ha tomado café y siente la imperiosa necesidad de hacerlo. En el bar más cercano, y acodado a una barra de acero cuya frialdad al contacto le ha provocado un nuevo escalofrío y un empeoramiento manifiesto de su humor matinal, el inspector desmiga un croissant infecto y tan insustancial que acompañaría a la perfección a una lata de atún, a unas lonchas de chorizo o a media docena de anchoas. El café es el mismo brebaje corto, oscuro y muy caliente que algunos días le abrasa las entrañas y que agrava irremediablemente su diagnosticada úlcera de duodeno. Le ha prometido a Teresa en muchas ocasiones pasarse a la manzanilla, o al poleo-menta, o a cualquier otra cosa sin efecto abrasivo a corto plazo, pero para cuando recuerda que debe hacerlo ya ha pedido un café y ha vertido en la taza medio sobre de azúcar. Llegado a ese punto, el inspector se justifica repitiéndose a sí mismo que no queda más remedio que hacerlo circular tripas abajo. Mañana será el día, el día de la primera manzanilla.

El croissant, cada día más parecido al pan de molde y mucho más soso, se ratifica impasible sin dejar por ello de llevárselo a la boca.

Ensimismado y moqueante, deja correr los minutos esperando que el maldito café obre milagros. Del croissant, Escalona no espera absolutamente nada.

En esas y en parecidas cosas piensa el inspector, demasiado confuso y sin más ideas claras que la necesidad de seguir investigando el pasado del juez y la conveniencia de mantener una conversación con Raúl Foix. El cabo de los mossos de la comisaría de Sants-Montjuïc, cuyo nombre completo le ha facilitado a Guerao la Riojana, podría llevarles a alguna parte. Además, las primeras indagaciones efectuadas sitúan a Foix en el centro de la atención policial. Se propone hablar con él en cuanto regrese del curso de preparación que sigue en Toulouse.

—¿Puedo?

Quien pregunta si puede compartir la barra con el inspector es una mujer de unos treinta años cuya cercanía le cohíbe. Alta, casi como el propio inspector, de miembros muy largos y piel blanca. Se ha acercado mucho, más de lo que cabría esperar de una perfecta desconocida, y le ha mirado directamente a los ojos durante unos instantes que le han parecido más largos de lo habitual en estos casos. Escalona, que constata que en el bar sobran las sillas libres y que la barra permanece medio vacía, le indica que no hay problema, que ya se iba. Y eso es lo que desea hacer, irse de allí.

—No se vaya, inspector. Le estaba buscando —le espeta al observar que Escalona apura el último sorbo de café y deposita sobre el acero unas monedas—. De hecho, le estaba esperando.

La mujer acaba de encender un cigarrillo y le ofrece el paquete. El inspector lo rechaza. Encaramada a un taburete alto, sus piernas, enfundadas en unos tejanos muy ceñidos, son verdaderamente largas, también lo son los dedos con los que sostiene el pitillo. Sus labios, casi granates, le recuerdan al color con el que su asesino dibujó el símbolo del dólar sobre el pecho de Margarita, el color de las butacas de los teatros. Todo en la mujer le parece excesivo, sus labios fulgurantes, sus brazos inacabables, sus ojos grandes color liquen, sus pómulos que acaban en las sienes, sus pestañas prolongadas con rímel, incluso su melena castaña, larga y muy rizada que parece una aureola en torno a su cabeza.

—Quiero hablar con usted. Es por lo del asunto de Fernando Iniesta, el juez —añade, calibrando con la mirada el interés del inspector.

—Si es usted periodista, como me temo, no tengo nada que decirle. Pierde usted el tiempo conmigo. Por otra parte, parece usted saber muchas cosas —le responde Escalona sin disimular su ira y emprendiendo con la vista al frente el camino hasta la puerta.

Se promete a sí mismo que en cuanto encuentre unas horas intentará echarle el guante al que se dedica a filtrarlo todo. No es la primera vez que en comisaría alguien se va de la lengua, tampoco sería la primera que las consecuencias terminaran siendo nefastas. Para acabar de enredar las cosas solo le falta no poder confiar en sus colaboradores. Por eso la rabia y el café están a punto de subirle hasta la boca y el inspector se esfuerza en lo posible por morderse la lengua y abandonar el local sin perder la compostura. Escalona detesta a los periodistas, en especial a los juntacadáveres, los que husmean por igual la sangre y la sordidez. No hacen sino enmarañarlo todo, complicarle la vida y desvelar, por norma, lo que debería mantenerse oculto; pero aborrece todavía más al policía que se deja comprar a cambio de un par de billetes.

La mujer lo retiene asiéndole por el brazo. Escalona se estremece desde los pies hasta la punta del cabello, prefiere creer que es el condenado enfriamiento.

—Sí, soy periodista, y sé muchas cosas, inspector, más de las que imagina —susurra la mujer, acercando su boca al oído del policía.

Su extraño acento, más perceptible en el susurro, resulta chocante y recuerda latitudes más frías. Desde luego, la mujer, que posee la facultad de intimidarle, no se ha criado en la ciudad ni en sus aledaños, deduce el inspector, que padece una enojosa enfermedad profesional que le impulsa a someterlo todo a examen.

—Creo que pueden interesarle. Quizás sepa más que usted… Por eso estoy aquí.

El siseo de una serpiente en su nuca no tendría efectos tan paralizadores como la voz de la mujer que acaba de entornar sus ojos para esquivar el humo y para estimar el interés del inspector en

sus palabras. Tiene los ojos sorprendentes y vivaces y se mueve con los exagerados ademanes propios de una actriz de cine mudo. También su perfume, una de esas fragancias orientales a medio camino entre el jardín perfumado y el incensario portátil, le parece excesivo. Todo en la mujer le sobrepasa, todo le aturde, le incomoda. El inspector vuelve a tomar asiento frente a la taza de café vacía. Por poco que ella sepa, seguro que sabe más que la policía, piensa mientras arruga levemente la nariz y se dispone a escuchar.

Quizás le convenga oír lo que tiene que decirle. No pierde nada. Por el momento nadie pierde nada.

—Quisiera saber si tiene usted algún sospechoso. ¿Es cierto que a Fernando Iniesta lo mataron por haber visto a Rita Romanos con su asesino?

También sabe lo de Rita Romanos, no está mal, nada mal, piensa el inspector, que no puede dejar de admirar la audacia de la mujer.

—A mí me gustaría saber con quién estoy hablando.

—Soy Helena Moon, freelance, pero puede llamarme Lena —responde, adelantando una mano huesuda y enérgica que más que encajar parece dispuesta a echar un pulso.

—Lo único que puedo decirle es que a Fernando Iniesta lo envenenaron, como seguramente usted ya sabe. El por qué todavía se desconoce, pero no descartamos esa posibilidad.

—Quizás el pasado del juez… Según me han dicho, no siempre hizo lo que debía…

El inspector no recuerda ojos como los de Helena Moon. Bien mirado, quizás su color no sea el del liquen, ni el del musgo joven, probablemente sea el de una ciénaga.

—Quizás tenga usted razón, pero, como ya le he dicho, todavía no hay móvil ni sospechoso. Dos cadáveres y muy pocas pistas. Eso es todo lo que tenemos de momento. ¿Qué es eso que podría interesarme? —inquiere, convencido de haber hablado ya

demasiado.

La mujer se yergue decepcionada en la banqueta, aplasta sobre un cenicero el cigarrillo a medio fumar y se lleva hasta los labios la cerveza fría que el camarero acaba de dejar junto a su mano. Es un sorbo largo que deja la jarra mediada. Helena Moon parece contrariada.

—Usted entenderá que no puedo mostrar mis cartas a cambio de nada.

—Tampoco yo puedo saber si esto es un farol —responde Escalona, que no pierde de vista sus labios exageradamente rojos.

—Está bien —responde la mujer profundamente contrariada—. Sé dónde vivía Fernando Iniesta, creo que la policía todavía no ha dado con su casa, pero solo se lo diré si me promete que me avisará en cuanto detengan al asesino del juez, o al de la puta, tanto da. Una hora antes de la rueda de prensa será suficiente para que pueda mover la noticia. Una hora no es mucho tiempo —añade—. A usted no le supone gran cosa, no le compromete y a mí, aunque usted no lo crea, me arregla la vida.

—¿Solo una hora? —observa Escalona.

—Cuando se tienen contactos, una hora es suficiente. Favor por favor, ese es mi trato. Lo toma o lo deja, inspector.

Escalona asiente, lo toma. Qué remedio. Una hora no es mucho tiempo y, una vez detenido el asesino…

—¿Cómo ha sabido usted donde vivía? —inquiere el inspector antes de cerrar el trato.

—Puede llamarme Helena, inspector —comenta la periodista, ocupada en encontrar un bolígrafo en el fondo de un bolso en el que podría hacer la compra semanal—. Pero, como comprenderá, mis confidentes son solo míos, si le dijera su nombre correría usted a preguntar y yo perdería la ocasión de…

Helena Moon destapa el bolígrafo con los dientes e interrumpe su parlamento. Escalona lo prefiere así, no sabe a qué se refiere, pero

de una cosa está completamente convencido: prefiere no saberlo. Más allá de obtener la dirección del juez, las intenciones de la mujer le importan bien poco.

La periodista escribe sobre una servilleta de bar una dirección de la calle Vistalegre y un número de móvil. Su letra es grande, campanuda, una letra enrevesada y de rabos largos. Helena Moon pone en sus movimientos tanta reserva que parece estar facilitándole la contraseña de una caja de seguridad o la respuesta a un arcano.

—Es mi número. No lo apago nunca. Recuerde, inspector, lo prometido…

No acaba la frase, no es necesario. Escalona se siente en deuda, pero prefiere no pensar en ello. Una pista es una pista y, en un caso como el que tiene entre manos, nunca está de más. La periodista recoge un bolso enorme y repleto de cosas que ha dejado sobre la barra al tomar asiento.

—No me falle, inspector.

Sus palabras son un mandato y Escalona a punto está de humillar la cabeza. De una revolada, Helena Moon le da la espalda y se va. Antes de que traspase el umbral y desaparezca con la energía de un centurión romano, son varios los pares de ojos que se han vuelto a mirarla. También el inspector la acompaña con la vista. Es una mujer como hay pocas. Helena Moon podría, de hallar en ello algún aliciente, derretir las piedras. Una mujer peligrosa para un policía. El perfume de Helena, que parece haber llegado hasta la ciudad tras recorrer de un extremo a otro la ruta de la seda, permanece en el aire mucho después de que la periodista haya desaparecido.

La calle Vistalegre, si la memoria no le falla, es una calle corta y cercana al lugar en el que a Margarita Román le salió al paso la muerte, piensa el inspector mientras abandona el bar. Y de vista, poca, quizás las estribaciones de Montjuïc, la parte más baja, pero ni eso es seguro. En todo caso, una vista no demasiado alegre.

Escalona ha recuperado del primer cajón de su mesa las llaves de Fernando Iniesta. Evaristo y Guerao, siguiendo sus órdenes, andan en los juzgados averiguando cosas sobre el sombrío pasado del juez y la reunión que celebrarán, en presencia de Perelló, para analizar la marcha de la investigación está fijada para la una del mediodía. El inspector debería asistir al entierro de Margarita Román, así lo tiene por costumbre y así lo había previsto al salir de casa, pero conocer el domicilio de Fernando Iniesta, escudriñar entre sus cosas, observar cómo vivía, saber qué poseía, es mejor ocupación. Decide enviar a Ramón al funeral, es un buen observador, no pierde detalle. Si hay alguien entre los asistentes que no le cuadra, no le quitará ojo y averiguará hasta el número que calza.

Sin alertar a nadie, por no dar más explicaciones de las convenientes, se dirige a la calle Vistalegre. Contraviene el procedimiento y Perelló pondrá el bramido en el cielo si llega a enterarse, pero son tantas las cosas que Perelló ignora… Al cruzar la Rambla del Raval, el inspector mira de reojo el gato metálico y sobrealimentado. Está empezando a resultarle odioso el gigantesco gato negro de bigotes dorados. El cuerpo completamente negro, un animal de mal augurio, la representación colosal de un animal del que dicen corteja la mala suerte. Su abuela creía, como se creen estas cosas, que los gatos negros traen mal fario, que acarrean las peores desgracias. Fatum, así llamaban los romanos a lo que es inexorable, al destino, recuerda haber leído Escalona en alguna parte. Para su abuela el fatum tenía forma y color, o no color, según se mire; era un gato negro. No había nada de racional en ello, era una fe ciega y sorda a toda argumentación. Al inspector le hubiera gustado saber qué hubiera pensado la abuela del gato panzudo y paticorto de la Rambla del Raval.

—No dejes que crucen delante de ti, le aconsejaba. No lo permitas. Si ves uno, te apartas. No lo mires, pero sobre todo que no cruce delante de ti, Santiago. Sé de uno que…

Santiago Escalona, un crío entonces, no escuchaba más. Dejó de hacerlo muy pronto. Le hastiaban los muchos males que la abuela recordaba, sus historias de muertos y de aparecidos, las extravagantes y severas dolencias que afectaban a sus conocidos y, en definitiva, sus creencias descabelladas, sus infinitos temores. La

buena mujer se santiguaba a la vista de un gato negro, incluso corregía su trayectoria al andar para esquivar la del animal. Mala suerte la de Margarita Román, a la que se le interpuso un gato negro en el camino, recuerda el inspector. Aciaga, pérfida suerte la que le trajo el gato de Botero.

Apoyado en el quicio de la puerta del video club, su propietario, el hombre del mechón blanco sobre la frente, sostiene una animada conversación con una mujer que se cubre la cabeza con un pañuelo negro. Ambos agitan las manos y de no ser porque sonríen se diría que disputan. Nada parece haber cambiado sobre la ancha avenida. Cuatro jóvenes sentados en un banco fuman y beben cerveza, uno de ellos, en edad aparente de asistir a clase, teclea sobre un móvil diminuto. Otro lanza el humo en dirección al cielo y parece abstraído en su contemplación, quizás filosofa, como si echara en falta la luna. Los otros dos golpean el banco con las manos libres y los ojos entornados, como aporrearían un instrumento de percusión.

La calle Vistalegre, entre Carretes y Riereta, es una calle estrecha y corta en la que abundan los edificios en mal estado. Portales estrechos y oscuros y balcones diminutos. Hay mucha gente en la calle a media mañana. Un viejo está apoyado contra la pared junto a la escalera de Fernando Iniesta. Tiene los ojos casi completamente cerrados y el rostro en dirección al tímido sol de otoño.

—Buenos días —saluda Escalona al probar la mayor de las llaves en la cerradura del portal.

—No se rompa usted la cabeza, hombre. Hace meses que está abierta. El dueño dice que paguemos nosotros, pero de eso nada. Solo me faltaría pagar la cerradura, no me llega ni para comprar el pan…

El viejo habla sin abrir los ojos, como si le hablara al aire.

—Gracias.

Escalona empuja la puerta y esta se abre sin dificultad.

—¿Sabe usted? Mi piso da al patio. ¡Y vaya patio! Un agujero, yo no veo nunca el sol, por eso estoy aquí.

—Claro, hace usted bien —contesta el inspector mientras, casi a oscuras, busca en los buzones el nombre de Fernando Iniesta.

No está. El juez no deseaba ser visto, ni recordado. Extraña forma la suya de buscar el anonimato, exhibirse sin maquillaje y en traje de faena durante horas ante una ciudad entera, piensa Escalona mientras emprende la subida de una escalera de peldaños irregulares, a cual más traidor. Le duelen las piernas como si no pudieran llevarle y le pesa cada escalón en las pantorrillas. Por el cristal medio roto de una ventana el inspector entreve el patio. No le extraña que el viejo pase el día en la calle, aunque sea una calle angosta y mal ventilada.

La llave abre sin esfuerzo una cerradura que no resistiría el envite de una horquilla. Tampoco la puerta, una estrecha lámina de madera que alguien pintó de color rojo carruaje mucho tiempo atrás, ofrece mayor seguridad. El interior no le sorprende. Una estancia de pocos metros con un catre deshecho en un extremo. Más allá, junto a la ventana, un hornillo eléctrico, y un fregadero con un par de platos sucios. Junto al detergente, un cepillo y pasta de dientes en un vaso, una maquinilla desechable y ya ligeramente oxidada y un tubo de crema para afeitar. En una nevera muy pequeña, como un minibar de mala factura, el inspector encuentra tres cervezas nacionales, un paquete mediado de pan de molde, un par de salchichas en estado de descomposición avanzada y dos yogures. En otro cajón toda su vajilla y la totalidad de su cubertería.

En las paredes el papel pintado brilla de puro desgaste y en algunas zonas ha sido arrancado dejando al descubierto una pintura primigenia color azul, de un azul que poco tiene que ver con el del cielo. El piso del juez está en el lado bueno, piensa Escalona, tiene vistas a la calle y durante un rato quizás hasta entre algo de sol. Desde la única ventana, sin persiana ni cortina, pintada también en rojo muy oscuro, se divisa una estrecha franja celeste. Una inmobiliaria llamaría loft al cuchitril en el que Fernando Iniesta pasaba sus días y sus noches. Ideal, persona sola. Ideal, single.

En una esquina, un tabique separa del resto una especie de garita muy pequeña con un retrete maloliente y un plato de ducha. Escalona advierte que, en lugar de ducha, el propietario instaló un grifo elevado y que, a juzgar por las apariencias, el juez no tenía ni

agua caliente.

En el piso no hay mucho que ver, y no tan solo por las reducidas dimensiones, sino porque el juez apenas tenía nada. No hay teléfono fijo, ni entre sus cosas encuentra el inspector un móvil. Junto al camastro un par de libros de la biblioteca del barrio y más allá una pila de diarios ordenados, o abandonados allí diariamente. Arrimadas a las paredes laterales, dos sillas sobre las que el juez ordenaba su ropa; son dispares y probablemente procedentes de un contenedor. Algunos cajones de madera apilados junto a la puerta contienen las pocas posesiones restantes. Escalona ve un abrigo gris muy raído, una bufanda roja, un paraguas, una radio pequeña como las que años atrás se llevaban los hombres junto a la oreja para escuchar el carrusel deportivo, un cojín y algunos libros. Nada que le llame atención.

En el centro de la habitación, por falta evidente de más paredes libres, una mesa de fórmica verde con una silla a juego. También Escalona recuerda una mesa como aquella, con un único cajón, en la cocina de la casa de sus padres. Era el cajón de los cubiertos. El juez, con criterio propio, guardaba en él dos paquetes de tabaco sin abrir y su documentación, el , un pasaporte caducado, la tarjeta sanitaria y una libreta de ahorros de la que le era descontado mensualmente el alquiler, trescientos ochenta euros cada mes. Una barbaridad por una única habitación. Una barbaridad habitual, de mercado. Un delito, y si no un delito, un crimen contra la humanidad. Sobre la mesa verde un cenicero y un plato pequeño. Sobre el plato, tres billetes también verdes de un dólar.

Escalona baja de nuevo a la calle con el del juez y los billetes de dólar en el bolsillo de la americana, el pañuelo de papel desgarrado e inútil arrugado en la mano y el cerebro en fase de ignición. El viejo sigue allí, junto a la pared, como un lagarto feliz.

—Vuelva usted por aquí, que no se está tan mal como parece.

A punto está de preguntarle por Fernando Iniesta, por sus costumbres, por su temperamento, por su conversación, pero no se siente con fuerzas. Necesita con urgencia un par de aspirinas y un paquete familiar de pañuelos de celulosa. Además, por qué aguarle el día, prefiere dejar que el viejo disfrute en paz de la luminosa

mañana. Debe de ser cierto que no se está tan mal como parece.

Ya habrá tiempo, siempre puede enviar a Guerao.

En torno a una mesa redonda en el despacho del comisario han tomado asiento Evaristo y Guerao. El inspector llega unos segundos más tarde, ha ordenado analizar los billetes. Le lagrimean los ojos como si anduviese afligido y apenas se atreve a separar el pañuelo de la nariz. Perelló entra poco más tarde, tiene una contractura en la espalda y un humor de perros atropellados. Tampoco ayuda que ninguna de las dos investigaciones en curso parezca prosperar de forma sustancial.

Escalona explica a los asistentes que, por el momento, no existe un móvil aparente en ninguno de los dos casos. Nada más que puras especulaciones. Le cuesta arrancar la voz, que se le queda medio atrancada entre la nariz y la garganta. Desgrana lo poco que saben hasta el momento y concluye, con cierto desánimo evidente, que nadie se beneficia directamente de la muerte de Margarita Román ni de la de Fernando Iniesta.

Ramón, que regresa del funeral de Margarita Román, toma asiento junto a Guerao con la cautela que emplearía para ocupar su butaca en un teatro con la función iniciada.

—Por cierto, he estado en su casa, el hombre pasaba con lo justo. Cuatro cachivaches, nada más. Nada, absolutamente nada de valor. Demasiado poco para alguien que en apariencia cobró lo que cobró —añade Escalona, al que acaba de pasarle por la cabeza que si el juez había cobrado sobornos de cierta importancia su lastimosa situación actual resulta inexplicable—. Sin embargo, hay algo que no podemos perder de vista, el juez conservaba tres billetes de un dólar, como el que encontramos junto al cadáver el día que murió.

Guerao, que desconoce los últimos movimientos del inspector así como el soplo que le ha conducido a la calle Vistalegre, le mira con los ojos muy abiertos. Todo su rostro es un interrogante; el inspector, con un gesto casi imperceptible para el resto de los presentes, le indica que ya le explicará.

—Además, algunos de los sospechosos tenían coartada y han sido descartados. Esta tarde vuelve el cabo Foix, el de Sants-Montjuïc.

Perelló, que no ha tomado asiento porque encuentra cierto alivio en permanecer de pie y apoyada la espalda en la pared, apunta:

—En el caso de la prostituta no es extraño que el que se la cargó no la hubiera visto antes. Si lo que quería era robarle, no necesitaba preámbulos. El bolso apareció más tarde sin dinero ¿No es así? A mí el motivo me parece claro, el robo. Quizás ella se resistió…

—Podría ser, señor comisario, pero recuerde el símbolo que el asesino dibujo sobre su pecho, el símbolo del dólar. Un ladrón no se entretiene en esas cosas. Es mucha casualidad que el juez reciba un dólar la tarde siguiente. Quizás la prostituta y el juez se conocían, quizás tenían algún tipo de relación. Por lo que sabemos, Margarita Román no fue detenida nunca, no creo que se conocieran en un juzgado… —es Evaristo el que ha hablado—. Por otra parte, el asesino parece interesado en que asociemos ambos crímenes. Como si quisiera conducir nuestro pensamiento… El juez muere porque ha visto algo, eso es lo que quiere que pensemos, pero quizás las cosas no sean así, quizás se conocían, o compartían un secreto, no sé… —añade a lo dicho con cierta vacilación—. Eso es lo que me parece a mí.

—¿Y si los crímenes no tienen nada que ver? Tal vez son dos asesinos diferentes —es Ramón el que toma la palabra, y lo hace para plantear una posibilidad real que todavía complica más las cosas—. Quizás hay un americano al que le caía simpático el juez y le dejaba un dólar cada vez que pasaba por allí… Según acaba de decir el inspector, el juez tenía ya unos cuantos. Sé que no suena bien, pero quizás no exista relación.

—Demasiada coincidencia —opina Guerao, que mueve negativamente la cabeza—. Quizás se trate de una especie de justiciero, de un pirado que va de guardián de la moral. Esos tipos existen y andan por ahí. Igual dentro de unos días es un médico abortista. O una drag queen.

—Sí, en Miami y en Las Vegas. ¡Un moralista, un predicador! ¡Hay que joderse! No me venga con películas, Guerao, que esas cosas

aquí no pasan. Y a ver si nos aclaramos, Escalona: si todos parecen creer que al juez lo mataron por haber visto algo que no tenía que ver, ¿por qué coño estamos removiendo su pasado? ¿Qué espera sacar? ¿O es que siente curiosidad? —pregunta el comisario con una mueca de dolor, resultante de su enérgico movimiento de brazos.

—Es lo único que tenemos, comisario. El juez se había creado tantos enemigos… Por lo que sabemos, hasta en tres ocasiones, y probablemente en alguna más, había fallado de forma parcial.

Al inspector su propia voz le retumba en los oídos, en la nariz, incluso su cerebro recoge la vibración procedente de sus cuerdas vocales. Su cabeza parece una cueva sumergida en la que alguien se empeña en aullar. Abre la carpeta con los papeles que le dio Guerín y que ha analizado durante la noche.

—Por un lado tenemos el caso de la sociedad Rius-Calzada. Dos amigos que se asocian para abrir una oficina de cobro de morosos. Rius tenía buenos contactos con los bancos y Calzada parece que llevaba mejor lo de organizar un negocio, llevar las cuentas, alquilar un local y todo eso. Empezaron bien y recuperaron unos cuantos kilos, pero entre ellos hubo diferencias y se planteó la posibilidad de separarse. Calzada era ambicioso y se las arregló para quedarse con toda la empresa antes de que su socio pudiera reaccionar. Le acusó de fraude y malversación de fondos, aunque no había pruebas. En la vista, lo alegado por Calzada se consideró probado. Se demostró que Rius había falsificado la firma en varias ocasiones. Y quizás fue así, pero Calzada no era un bendito, había hecho de todo dentro y fuera de la legalidad, pero no salió a la luz. Era más listo, mucho más listo. Total, Iniesta falló en contra de Rius, que fue a la cárcel, y Calzada se quedó con todo.

El inspector se interrumpe durante unos instantes, se lleva el pañuelo a la comisura del ojo izquierdo en el que amenaza una lágrima y espera a que su cabeza deje de resonar.

—Dos años antes había fallado contra los propietarios de un solar en litigio en la zona del Guinardó. El solar en cuestión pertenecía a Ferran Gual y a Clara Costa, marido y mujer, habían invertido en él todo lo que tenían, pero la constructora de los hermanos García Muntadas ejercía un extraño derecho sobre la propiedad por unas

deudas de poca monta que el matrimonio había contraído con una financiera y que ellos habían recomprado. Al final, gracias a una sentencia de Fernando Iniesta, los hermanos, que la sabían muy larga, se quedaron con el terreno que superaba en mucho la deuda de la pareja. Evaristo, tú tienes el otro caso.

—Sí. Un asunto flagrante. Esteban Cuesta era un empresario joven, un tipo podrido de pasta, hoy por hoy todavía le salen los billetes por las orejas. El caso es que una madrugada iba al volante de un Audi último modelo a una velocidad que doblaba la permitida. Fue en Esplugues, muy cerca de la entrada de Barcelona, iba a más de ciento veinte y lo arrolló. Lo mató al instante, un pobre ecuatoriano que cruzaba por el paso, sin papeles, sin familia, un pobre hombre que dormía habitualmente sobre un banco y hacía lo que podía cuando podía… Esteban Cuesta ni tan siquiera se paró. No hubo… ¿Cómo lo llaman…?

Evaristo se ha interrumpido unos instantes. Escalona entiende que busca las palabras justas.

—No hubo alarma social, ni manifestaciones, nada. En la prensa se saldó con un breve y con las iniciales de los implicados. Dos días después, no se acordaba nadie.

El agente arruga la nariz como si en el despacho acabara de propagarse el olor a ciénaga.

—No solo se lo cargó, sino que le denegó auxilio. Tuvo suerte, nadie reclamó el cuerpo, no hubo acusación particular, nadie exigió nada. Y por si fuera poco, se lo asignaron a Iniesta. Lo bueno es que los agentes lo habían detenido poco después, aquella misma noche, un par de kilómetros más allá, a la altura del Club de Polo, por conducción temeraria; había enfilado la Diagonal haciendo eses, iba de lado a lado. Le dieron el alto y le hicieron soplar, había bebido más que una esponja, casi rompe el aparato. Uno de los agentes que le dio el alto es de mi barrio, hubiera jurado que aquella noche Cuesta iba de coca hasta los ojos. No le salían ni las palabras. Le obligaron a tomar un taxi e inmovilizaron el vehículo. Al día siguiente se presentó un testigo del atropello e identificó el coche. Asombrosamente, en el juicio el juez consideró que no se había podido probar ninguno de los cargos y fue absuelto. ¡Absuelto sin

cargos con un testigo presencial! El escándalo en el juzgado fue de no te menees y el juez perdió el poco crédito que le quedaba. Todo el mundo hablaba de él, judicialmente hablando se convirtió en un apestado, nadie quería saber nada. Y no me extraña. El Consejo Superior del Poder Judicial le invitó a renunciar al cargo antes de que la cosa pasara a mayores. Esteban Cuesta fue puesto en libertad. No le retiraron ni el carné.

Perelló muestra a las claras su impaciencia. Detesta las reuniones y, sinceramente, no cree que los tiros vayan por ahí. Es partidario de que las hipótesis más sencillas son las mejores. No le gustan los disparos al aire.

—La verdad, no creo que adelantemos mucho, pero si considera que vale la pena seguir esa pista… Es el responsable, Escalona, el caso es suyo, pero no deje de tenerme informado, que no me gusta que me cojan con el culo al aire. Y también a Vázquez Llorca, que empieza a impacientarse —añade el comisario a falta de mejores ideas antes de abandonar el despacho con la espalda completamente rígida—. ¡Ah!, Escalona, una cosa ha de quedar clara, no quiero problemas con los de Sants-Montjuïc. Guante blanco con Foix, no vayamos a liarla, que los mossos tienen la piel muy fina.

Ramón aprovecha que el comisario ha salido para informar de que al entierro de Margarita solo han asistido cuatro amigas, prostitutas todas ellas, un par de camellos y Enrique Román.

—La Riojana, la Trinquis y dos que no he visto nunca. Se han presentado con la ropa de trabajo, inspector. El cura, pobre, no sabía dónde mirar y los que se han llevado el ataúd no les quitaban ojo. El Pelos y Fernando Arroyo han llegado tarde. Enrique Román estaba solo, no había más parientes. Se le han acercado todas y le han plantado un par de besos. Parecía hecho polvo, inspector.

—Bueno, tal vez sea investigar por investigar, pero Ramón, ya tienes trabajo. Quiero saber qué hizo Iniesta cuando dejó la judicatura. Es de suponer que no se fue de vacío. Ponte a buscar, quiero saber si tiene familia, si gastó desmesuradamente, si esnifaba, si conserva amigos, si… Todo lo que se te ocurra. Y quiero saber cómo llegó a las Ramblas. También quiero información sobre

los perjudicados por sus sentencias. Rius, los Gual, la familia del ecuatoriano… Igual pretenden cobrarse la vida del muerto. Quiero saber qué se ha hecho de ellos, dónde andan y en qué asuntos. Si hubo otros, averigua lo que puedas. Eso es todo. El lunes aquí con todo lo que sepas

—Jefe —dice Guerao, aproximándose al inspector que acaba de estornudar y no está para más aportaciones por el momento—. De la comisaría de Sants me dicen que los agentes que vienen de Toulouse, del encuentro ese sobre inmigración ilegal, llegan a eso de las cinco. Y tranquilo, me he hecho pasar por el hermano de uno de ellos.

—Y a ti, Guerao, te quiero a las cuatro en la puerta de comisaría con un coche, seguiremos a Foix. Tú conducirás.

Escalona se levanta y da por acabada la reunión. Se dirige a su despacho y, una vez allí, sentado a su mesa y con el pañuelo firmemente aplastado contra la nariz, no consigue librarse de la idea de que quizás uno de sus colaboradores hable más de la cuenta. Guerao, Evaristo, Ramón, quizás el mismo comisario, alguien hace que la información traspase las paredes de la comisaría. Sabe, estas cosas siempre se saben, que algún día deberá ocuparse de ese asunto y que el resultado de sus indagaciones no traerá nada bueno.

Escalona y Guerao aguardan en la calle Ulldecona, a cien metros de la comisaría de Sants-Montjuic, en esa tierra de nadie que se conoce como la Zona Franca. Desde el coche policial pueden ver que en la entrada del edificio la tarde resulta animada. Los mossos han detenido y conducido hasta las dependencias policiales a un grupo de chicos que participaban en una protesta. Esposados y a empujones salen de las furgonetas y los agentes los hacen entrar en comisaría. Los más osados mantienen la cabeza alta, sacuden patadas al aire y oponen alguna resistencia, alguno repite todavía las consignas utilizadas minutos antes. Otros obedecen y callan y unos cuantos, entre los que se encuentran algunos chavales muy jóvenes, ponen cara de susto y no acaban de entender qué es lo que hacen allí si se han limitado a contemplar los hechos desde un

banco. Alguno, poco acostumbrado a la brusquedad del trato recibido, busca entre los paseantes una cara conocida.

Es ya media tarde y, si la información recibida es correcta, el cabo Raúl Foix está a punto de salir de la comisaría. El inspector siente las piernas flojas, la frente pesada y los escalofríos que anidan entre sus omoplatos. Hace un rato que han visto aparecer las dos furgonetas de los mossos procedentes del encuentro entre mandos intermedios celebrado en Toulouse. Guerao ha reconocido entre los recién llegados a Raúl Foix, que ha entrado directamente en comisaría vistiendo el uniforme policial. Esperan que no tarde mucho en salir. Guerao detesta los plantones y Escalona no confía en sus propias fuerzas mermadas por el enfriamiento.

—¿Se ha fijado, inspector, que en la tele los polis pocas veces hacen plantones? Y cuando los hacen se limitan a comer un bocata o a fumarse un cigarro. ¡Ah! Y siempre salen zumbando antes de acabar. Hay que joderse. Esto es lo más aburrido del mundo.

Escalona asiente con las manos en los bolsillos y una sensación de frío que se ha adueñado ya de sus pies y que asciende sigilosa y traidoramente piernas arriba. No añade, aunque lo piensa, que en las series a menudo los policías aguardan en el coche con ayuda de un termo y de algún brebaje reparador. Daría cualquier cosa por algo caliente que llevarse a los labios, preferentemente una taza de café hirviendo para poder sostenerla unos instantes entre sus dedos temblones. Es tanta la querencia que experimenta que incluso una manzanilla sería bien recibida.

—Si no le importa… —Guerao planta la máquina de resolver sudokus sobre el volante sin perder de vista la entrada de la comisaría.

A Escalona no le importa en absoluto, de hecho prefiere que Guerao se calle. No tiene ganas de hablar. Bien sabe que en comisaría pasa por ser estirado y solemne. No quisiera añadir a su triste fama la de ser un hombre intratable.

—¡Cojonudo! —exclama Guerao cuando la musiquita festiva del artefacto indica que la solución es correcta y él uno de los hombres más sabios del planeta azul—. ¡Fenomenal!

En la comisaría de Sants-Montjuïc se suceden las idas y venidas. Ahora son los padres los que aparecen sobresaltados en busca de sus vástagos, beligerantes o no. Hombres y mujeres apresurados descienden de taxis o se aproximan a la carrera hasta la entrada. Algunos, sin duda, recuerdan su paso por comisaría cuando pintaban bastos y una noche en el calabozo policial, lejos de ser una mera advertencia, podía determinar el porvenir. Una mujer, presumiblemente la madre de uno de ellos, se detiene sin aliento junto al umbral y se lleva la mano al pecho durante unos instantes como para apaciguar el ritmo cardiaco. Una vez dentro el inspector los pierde de vista, aunque puede imaginarlos con el alma en vilo repitiendo varias veces el nombre del hijo, preguntando por los cargos que se le imputan, rogando que se les permita comprobar que están bien, que están enteros. Alguno quizás pida ver al comisario jefe.

Todos los que llegan tienen su misma edad, los cuarenta largos, su misma apariencia, algunos parecen incluso más jóvenes. Todos hospedan el susto en el cuerpo. Escalona no ha tenido hijos y todavía no ha decidido si debe lamentarlo, pero sabe, porque así lo ha comprobado muchas veces, que no hay fuerza mayor que la que une a unos padres con su descendencia. Son tantas las cosas que ha aprendido a fuerza de observar que, de tarde en tarde, le asalta la sensación de estar sobrevolando la propia vida. Pero un coche policial varado en una esquina durante una espera no es lugar para mayores honduras.

Minutos después, cuando todavía los padres siguen llegando a comisaría, ven salir a Foix. Guerao, que lo reconoce inmediatamente no solo porque le han hablado de él sino porque recuerda haberlo visto en una ocasión durante las prácticas de tiro, asegura que no es trigo limpio.

—Un zumbado —son sus palabras.

Por eso han decidido esperar su regreso y seguirle los pasos. Quizás Foix les conduzca a alguna parte. En todo caso, siempre es mejor saber cómo se mueve, a quién frecuenta, en definitiva, conocer el pie que calza. Guerao, entre una cifra y la siguiente, ha sido el primero en reconocer al cabo que acaba de poner el pie en la calle en compañía de un agente muy joven. Ambos visten de paisano.

Foix enciende un cigarro mientras observa los alrededores de la comisaría como contemplaría la extensión de un rancho de su propiedad.

—Si no hay más que verlo —añade Guerao—. ¡Como si la calle fuera suya!

También Escalona se hace una idea al advertir su forma de caminar.

—En Sants-Montjuic lo conoce todo el mundo. Yo sé de alguno que hasta se ha negado a trabajar con él.

Raúl Foix andará por los treinta y pocos. Su fornida complexión es la resultante de muchas horas de gimnasio. Hombros y brazos muy desarrollados, piernas breves y poderosas, pelo muy corto, puños cerrados al caminar, camisa levemente ajustada, cazadora tejana y andar jactancioso del que se cree propietario de la totalidad de la acera. Su apariencia es la de un perdonavidas, en eso Guerao no se equivoca. No es que abunden, pero alguno hay en el cuerpo policial que va de bravucón, que fanfarronea a la menor oportunidad, y que se las da de sheriff. Perelló les ve venir de lejos y el primer día les larga un discurso que les baja los humos. Viene a decir, en parecidas palabras, que en comisaría no hay más sheriff que un servidor, el mismo Perelló, y que de hostias, las justas.

Guerao pone en marcha el motor y sigue a los hombres a distancia. Para no alertarlos, estaciona en un vado cuando ellos giran una esquina. Escalona se alegra de haberle pedido que le acompañe. Guerao siempre tiene prisa, su velocidad al volante siempre es excesiva, pero el inspector no se ve con ánimos de conducir mientras guarda la compostura reteniendo el estornudo y con un kleenex arrugado y húmedo en la punta de la nariz. No lo reconocerá ni bajo tortura, siempre ha pensado que la debilidad pasa por reconocerse débil, pero siente que incluso le tiemblan las manos como a un viejo.

Raúl y su acompañante caminan unos metros internándose en una calle estrecha y poco transitada y se disponen a coger un Seat Ibiza negro. Raúl apaga el cigarro sobre el bordillo y se sienta junto al conductor. Guerao le sigue a distancia. Todo aburrimiento se ha disipado. Toman dirección a la Ronda Litoral y la abandonan muy

pronto, a la altura del monumento a Colón. Según consta en los datos de los que el inspector dispone, Raúl Foix vive en Viladecans, que se halla en sentido contrario. El seguimiento será largo, piensa, y el frío se le hace más intenso y mucho más penoso. En Colón, el Ibiza negro tuerce hacia las Ramblas. Allí, a la altura del restaurante Amaya y aprovechando una retención, Raúl abre la puerta y baja del coche. Se despide con la mano de su compañero y se aleja. Escalona, diez metros más abajo, ordena a Guerao que se detenga.

—Sería mejor que lo siguiera yo. No está usted para… —sugiere Guerao mientras detiene el vehículo junto a la acera.

—¡Joder! Aparca donde puedas y llámame —le dice a Guerao mientras baja del coche, instantes antes de alejarse en pos del cabo que se dispone a cruzar las Ramblas.

—Inspector, no sería mejor… —insiste Guerao infructuosamente.

Escalona se felicita a sí mismo por haber cogido el móvil antes de abandonar la comisaría. No lo tiene por costumbre pero, desde que pocos días atrás descubriera al juez asesinado en su silla y se viera obligado a pedir uno de esos chismes, ha decidido no perderlo de vista.

Raúl Foix deja atrás el paseo central y se detiene de inmediato ante un sex-shop. Abre la puerta y entra con la naturalidad que emplearía para acceder a una oficina de La Caixa. El local es también un peep-show, así se anuncia en la puerta, pero las cabinas no resultan visibles desde el exterior. Escalona, que lo ha seguido hasta la entrada, comprueba que Foix sobrepasa los estantes repletos de vibradores, sprays y lencería de cuero, y sigue pasillo adelante. Poniendo un pie en el local y rezando interiormente por no cruzarse con ningún conocido, el inspector ve a Foix entrar en una de las cabinas y oye al responsable del establecimiento indicarle a la chica que tiene un cliente en la cabina número cinco. Los días de recogimiento entre colegas, mayoritariamente hombres, han pasado factura al cabo que, según parece, necesita perentoriamente ponerse al día, largar lastre. En eso piensa el inspector mientras abandona el local sorteando a un grupo de estudiantes alemanes muy jóvenes que enarbolan vibradores y

cinturones de castidad. Ríen y se dan codazos mientras simulan penetraciones fantásticas. Se empujan unos a otros en dirección a las cabinas, se retan, se inhiben... Hay cosas que no cambian nunca.

Escalona se repliega en una esquina y deja correr el tiempo, aguardando con las manos recogidas en los bolsillos y controlando la entrada de reojo mientras salta levemente sobre las plantas de sus pies. No es que le guste saltar como un masai, solo entiende que, si se detiene, el frío se apoderará de él y no podrá controlar el temblor que sacude sus miembros. Estas cosas son cortas, unos minutos, muy pocos, Foix tiene pinta de hombre rápido, se dice a modo de pobre consuelo.

El cabo sale poco después tras saludar familiarmente al empleado sacudiéndole el hombro y enfila una calle poco frecuentada. Con las manos en los bolsillos se interna en la calle del Teatre. En la esquina saluda a una mujer muy mayor que tiende la palma de su mano en dirección a los paseantes mientras masculla una cantinela indescifrable. La mujer, a la que no quedan más que huesos, peina el pelo muy largo y muy cano y lo recoge en la nuca con una goma, tiene unos ojos grandes y de córneas amarillentas y mucha ropa encima. La vieja le devuelve el saludo levantando la mano muy lentamente y reanuda su insólita letanía.

Foix camina unos cinco minutos más, seguido a prudente distancia por Escalona, que no recuerda haber sentido tanto frío en muchos años mientras se esfuerza por dominar el cosquilleo que se ha instalado en su nariz. Seguir a un sospechoso mientras uno estornuda repetidamente no aparece en los manuales de la policía. En todo caso, tampoco constaría la solución a una situación tan patética y tan comprometida.

Mientras camina y maldice por enésima vez su perra suerte, suena el móvil. Nunca lo había hecho antes y el inspector se sobresalta y rebusca en los bolsillos de la americana con tal empeño que más parece dar caza a un animal infecto y potencialmente peligroso que atender una llamada. Se le ha acelerado el corazón y puede sentir con meridiana claridad el pulso en sus sienes.

—Estoy en la esquina de Sant Pau con Sant Ramón. A pocas calles de comisaría. No tardes —le susurra a Guerao mientras hace

pantalla con la palma de la mano para favorecer la comunicación, como si en lugar de hablar por un móvil de penúltima generación el aparato todavía colgara de un hilo.

Mientras se guarda el teléfono en el bolsillo comprueba cómo Raúl, que se ha detenido, parece buscar a alguien con la mirada. A Escalona le vienen a la cabeza las palabras de Garrido.

—No sé qué es lo que os enseñan en la Academia pero, tú, hazme caso a mí. Siempre a treinta metros, a cuarenta como mucho. Más lejos tampoco, que se te pierde el sospechoso por menos de nada. Esa es la distancia, treinta metros. Si hay mucha gente, solo si hay mucha gente, puedes dejar unos quince metros, nunca más cerca. Si te acercas demasiado puedes llevarte una sorpresa.

Escalona aprendió bien a seguir sin ser visto. Su aspecto, a pesar de su estatura elevada, resulta de lo más común. No llama la atención ni se molesta en disimular, solamente está ahí, lo suficientemente cerca como para no perder de vista al sujeto cuyo rastro husmea. Más de una vez le han pedido ayuda durante un seguimiento. Nadie advierte su presencia y, por su apariencia, muy pocos dirían de Escalona que es un policía. A juzgar por la autoestima que conserva en situaciones como las que atraviesa, bien podría comparársele a una oruga o a un insecto palo. Guerao, por el contrario, intenta disimular siempre, aparentar lo que no es; se mueve, enciende cigarros, mira con concentración los escaparates si el sujeto se detiene, hace ver que anota precios… Y si no silba apoyado en una farola es porque le han dicho que no conviene hacerlo bajo ninguna circunstancia.

Raúl Foix observa el movimiento en la calle durante unos instantes y, finalmente, se acerca a una de las muchas prostitutas que, como las fichas sobre un tablero, han determinado allí su espacio. El inspector puede ver cómo habla con ella y cómo la joven mulata de culo respingón y sonrisa provocativa mira y señala hacia arriba, hacia uno de los pisos superiores situados algo más allá. A veinte metros aproximadamente, Escalona no alcanza a oír lo que dicen, aunque parece entender que el cabo pregunta por alguien. A continuación Foix se despide de ella con un beso, mira su reloj, vuelve a mirar hacía arriba con cierto aire dubitativo y emprende de nuevo la marcha. La muchacha se queda allí, varada en la acera,

apoyada en la pared y mascando ostensiblemente un chicle. Despide al policía con un gesto que Escalona interpreta como un hasta luego.

Momentos después el cabo se detiene frente a un pequeño comercio regentado por una familia china. Escalona se planta ante el cajero automático de la agencia bancaria cercana y, de reojo y constatando con aflicción que también le duelen los músculos que gobiernan su cuello, observa cómo Raúl saluda y conversa con el chico que se ocupa de la caja y cómo este le hace pasar a una dependencia interior, una trastienda.

Está anocheciendo y el inspector, harto de tragarse los estornudos uno detrás de otro y con un frío sobrenatural en los huesos, daría cualquier cosa por ver aparecer a Guerao. Quizás pudiera entonces dejar el rastro del cabo Foix y correr hasta su casa, pasando antes por una farmacia, para dar por acabado el día. Aprovecha la ocasión para llamar al agente y darle su nueva posición, así como para bramar que haga el favor de apresurarse.

—OK, jefe. Dos minutos.

Poco después, Raúl Foix abandona el bazar chino en el que, a juzgar por lo que el inspector ve desde la calle, se vende todo lo imaginable. Muñecas, toallas, encendedores, bufandas, relojes, platos, paraguas… Y hasta algún objeto al que no acierta a asignar ni un nombre ni una utilidad. Foix no lleva ninguna bolsa, aparentemente no ha comprado nada, pero se guarda la cartera en el bolsillo interior de su cazadora tejana. Mira hacia los dos lados, parece dudar y acaba por conservar el sentido que traía. Las aceras están repletas de gente, muchos son los que caminan por la calzada. Entre los que regresan a sus casas, Escalona ve a Ramón, que acaba el turno. Llevándose un dedo hasta los labios le indica que no se detenga y que no salude. El agente pasa junto a Escalona sin ni tan siquiera elevar las cejas mientras esquiva a un pakistaní que transporta una bombona de butano sobre una bicicleta con la gallardía con la que cabalgaría un alazán.

Calle adelante, en la trayectoria del cabo Foix, Escalona divisa a Guerao, que se ha detenido ante una tienda de electrodomésticos y contempla el escaparate con un interés desmesurado. El inspector,

fatigado y febril, experimenta cierto alivio. Quizás ahora pueda… Unos metros más allá, tras haber sobrepasado a Guerao, Foix gira la cabeza. Escalona cree que Foix puede haber advertido su presencia, por eso mismo no altera el ritmo de sus pasos ni hace señal alguna a su agente. Tal vez el cabo haya observado la llegada de Guerao, aunque no parece probable que pueda reconocerlo. Es una posibilidad. Eso sería lo peor que podría ocurrir. Sabe que Foix es un bruto, un fanfarrón, quizás un extorsionador, pero nada parece indicar que sea un insensato. Todavía conserva la esperanza de que la tarde dé algo más de sí.

Raúl Foix ha apresurado sus pasos, como si de repente sintiera prisa. Calle Hospital adelante se dirige ahora hasta el mercado de la Boquería. Cuando entra en el recinto por uno de los accesos laterales, Escalona hace una seña a Guerao para que acceda por la entrada contigua, la de la calle Jerusalén. Foix acelera el paso y se demora ante las paradas de pescado. Se ha plantado ante unos rapes con una cabeza grande como una luna y se diría abstraído en su contemplación, pero Escalona sabe que se ha detenido para observar. Por su mirada, demasiado fija en los ojos de los peces muertos, el inspector comprende que ha reparado en ellos, que los ha visto. El inspector decide seguir andando.

—Tú, guapetón, ¿te pongo uno? Mira que no los vas a encontrar más frescos.

La dependienta, los brazos en jarras, se dirige a Foix, que por unos momentos no acierta a responder y se mueve un par de palmos hasta situarse ante un enorme atún sin cabeza y todavía sangrante. Junto al animal descabezado, una langosta del tamaño de un chihuahua agita las pinzas en el aire.

—Si prefieres… —la mujer enarbola la langosta como levantaría hacia el cielo un cáliz sagrado—. Dime qué te pongo —añade con un guiño agitando ahora el animal en el aire.

—Otro día será —la voz de Foix es esquiva, como lo es su mirada al recorrer el mercado entero y rozar la espalda de Guerao, que por el interés que pone en pasar inadvertido parece examinar mangos, chirimoyas y papayas con el firme propósito de elaborar un tratado.

Escalona, harto ya de seguir unos pasos que no llevan a ninguna parte, exhausto y febril, decide que ha llegado el momento de acercarse a él, identificarse y endilgarle las preguntas que le asoman ya a los labios. Cambia el rumbo de su deambular bajo las luces del mercado y, con toda la resolución que le permite la calentura, pone proa hacia el policía.

Foix también ha empezado a andar y lo ha hecho apretando el paso. Casi al trote sortea algunos puestos del mercado con la clara intención de despistar a sus perseguidores. Da un par de rodeos en torno a las luminosas paradas de frutas y verduras y recorre a toda prisa los bien surtidos mostradores de embutidos y salazones. Algunos tenderos retiran ya la mercancía, los más impacientes echan ya la persiana, otros apilan las cajas o retiran las basuras. Una carnicera muy joven se deshace de un delantal con restos de sangre, acompañando el movimiento de un gesto consistente en echar la cabeza hacia atrás para airear el pelo. Está cansada y suspira mientras arruga la prenda y la guarda en una bolsa de plástico. A Escalona, que jadea mientras sigue la pista de Foix, que casi ha apretado a correr, le recuerda a Teresa. También Teresa hace ese mismo gesto para separar el pelo de su espalda.

El cabo se dispone a abandonar el lugar por la Plaza de la Garduña. Es el lugar en el que, al caer la noche, se acumulan las sobras de las paradas, los desperdicios. En la plaza, los indigentes se disputan agriamente unos recortes de pescado, una caja de fruta demasiado madura, el culo de una botella o los despojos que no han tenido salida en las casquerías.

Escalona deja de ver a Raúl Foix cuando este dobla, como alma que lleva el diablo, la última de las paradas. Al alcanzar la salida que desemboca en la plaza, el inspector solo ve contenedores, cajas de madera apiladas y montones de cartones olvidados. Algún mendigo revuelve ya entre las sobras, otro canturrea algo más allá, pero de Foix, ni rastro. En el extremo de una callejuela advierte la presencia de Guerao. Por el movimiento ligeramente negativo de su cabeza, el inspector adivina que el agente lo ha perdido de vista. Raúl Foix se ha esfumado.

¡Maldita sea!, piensa mientras continúa adentrándose en la plaza y oteando a su alrededor. La oscuridad es casi total y tanto los que

depositan los grandes cubos repletos de desperdicios procedentes del mercado como los que esperan solucionar la cena rebuscando entre lo desechado no son más que sombras. Escalona se niega a dar el seguimiento por acabado y se demora en la plaza, se resiste a darse por vencido. Permanece alerta, completamente inmóvil y con los ojos entornados. Cree oír un ruido junto a una de las paredes del mercado, como si desplazarán una caja, quizás sea un gato, o una rata, o un mendigo que no alcanza a ver. Por eso, escarmentado, se aproxima con la cautela propia del que ha recibido más de un susto. Todos los sentidos al límite y la vista clavada en el lugar. Al acercarse a la basura acumulada al pie de uno de los muros, un cuerpo se abalanza sobre él, precedido por una cabeza poderosa.

Escalona no es un hombre rápido ni, alterado su organismo por el resfriado, se encuentra en posesión de todas sus facultades, pero ha decidido continuar en la plaza porque la razón le indica que difícilmente puede Foix haberla abandonado sin ser visto por Guerao. Como los gatos, el inspector ha aprendido, a fuerza de golpes, a huir del agua fría. Ha valorado la posibilidad de que Raúl Foix no anduviera lejos y, sintiéndose acosado, decidiera pasar a la acción. Por eso, cuando el cabo se abalanza sobre Escalona, este ha tenido la prevención de retirarse unos centímetros y de alzar la pierna hasta alcanzar la altura de la ingle de su atacante, que sale mal parado del temerario envite.

Foix cae sobre una pila de cajas que se derrumba colmando de ruido y de sonoras imprecaciones la plaza. Grita, maldice y se levanta trabajosamente. Se sostiene en pie como puede, se retuerce, aúlla y gimotea mientras, demasiado tarde, siempre es demasiado tarde para estas cosas, se protege los testículos. También Escalona se resiente del golpe recibido. El hombro de Foix se ha estrellado contra su tórax y su cabeza le ha golpeado la mandíbula. Por la intensidad del dolor quizás le haya fracturado alguna costilla. Aun mermado como está, el inspector se adelanta y golpea con el pie el brazo de Foix que, ligeramente recuperado y bien aleccionado, intenta ya sacar la pistola.

El cabo ruge de dolor y de rabia y la pistola rueda varios metros.

Guerao llega corriendo y sujeta al agresor por las muñecas. Cuando el agente da la situación por controlada, se dirige al inspector.

—¿Está bien, jefe? ¿No le dije yo que era un capullo?

Es Escalona el que ahora saca el arma y se identifica.

—Inspector Santiago Escalona, de Nou de la Rambla.

—¡Joder! ¿A qué viene esto? ¿Por qué me están siguiendo? —pregunta el cabo con la voz estrangulada—. ¡Joder! ¿Se puede saber qué hace? Yo también soy policía.

No ha dejado de gemir ni ha recuperado todavía la postura erguida.

—Quizás pueda decírmelo usted, cabo. No se disponía usted a saludarme precisamente —responde Escalona, al que el dolor en el pecho obliga a mantenerse fastidiosamente inclinado.

—Este hace rato que me andaba siguiendo —con la vista indica a Guerao, que aplaca ahora las airadas protestas de uno de los mendigos que ha derramado su botín a resultas de la refriega.

—Levántate. Queremos hablar de Margarita Román. O de Rita Romanos, tanto da. Y deja de quejarte.

—¡No me joda, inspector! ¿Todo esto por una puta? —pregunta con incredulidad no libre de recelo—. ¡Por una puta!

—Una mujer que fue asesinada el domingo —señala el inspector agarrándole por el brazo y ayudándole a ponerse en pie—. Muerta a navajazos no muy lejos de aquí. Una mujer a la que veías a menudo, una mujer a la que conocías.

—¿Muerta? ¿Dice que han matado a Margarita? Pero si… —a juzgar por su expresión de perplejidad, la sorpresa del policía no parece fingida. Se diría que la noticia le ha causado cierta conmoción y permanece en silencio unos instantes, como deglutiéndola—. No pensará usted que yo la maté, ¿verdad? —pregunta súbitamente alarmado mientras se sacude la ropa con una mano y con la otra se protege todavía los genitales doloridos—. Yo no voy por ahí matando putas. Llevo toda la semana fuera. ¿Qué se cree usted? Además, el domingo…

—Yo no digo nada, pero tú nos vas a explicar un par de cosas en

comisaría —zanja Escalona, que se acaricia la mandíbula con un gesto de dolor—. Y no solo nos dirás lo que hacías el domingo.

Capítulo seis

Sábado, 8 de octubre

El despertar no podría haber sido peor. Le duele la garganta, no puede ni rozarse la mandíbula, siente agudas punzadas en mitad del pecho y, sobre la nariz y en el espacio que queda entre ambas cejas, se le ha instalado un malestar conocido y que irá a más, la puta sinusitis. Hasta se resiente del golpe que le propinó el Rata en la cabeza hace unos días. Le duele todo, cada centímetro de su cuerpo parece lastimado de una u otra manera. Apenas consigue respirar y le restan tan pocas fuerzas que, si la necesidad fisiológica no le apremiara, quizás no se hubiera levantado de la cama. Cubierto de ese sudor que se le enfría a uno sobre la piel, febril y tembloroso, Escalona agradece, a quien corresponda, que sea día festivo. Con el cuerpo entero dolorido y una flojedad tan generalizada que se diría que ha recibido en sus carnes la visita de un vampiro, Escalona no hubiera reunido el ánimo preciso para enfrentarse a una jornada en comisaría, ni para continuar con una investigación que a duras penas avanza. Le danzan en la cabeza las caras de los fallecidos y los nombres de los implicados directa o indirectamente. Tiene la cabeza embotada, el pensamiento confuso y los atestados tan atrasados que necesita sacárselos de encima como sea.

El fin de semana no pinta bien y le queda algo por hacer, inaplazable, algo que debería haber hecho muchas horas antes. Por eso, en cuanto pone pie a tierra, el inspector alcanza con penas y trabajos la cocina. Llena de agua un vaso, vierte en él una dosis de antihistamínico y la acompaña de un par de aspirinas. Hay quien la llama una bomba estomacal. Escalona espera efectos más benévolos.

Sacudido por los escalofríos, el inspector agarra el auricular y se sienta en el sofá. Quizás no se levante en todo el día, piensa cuando se deja caer pesadamente.

—¿Teresa?

—¿Santiago, eres tú? —pregunta intrigada la agente, que, a muchos kilómetros, apenas reconoce el timbre de su voz.

—Sí, claro que soy yo.

—¿Estás bien? Esa voz… Pareces otro. ¿Ha pasado alguna cosa? Has tardado tanto… Y esa voz… —en las palabras de Teresa hay alarma, y miedo. No necesita que le digan que las cosas no van bien.

Escalona, con considerable esfuerzo, le explica una versión para todos los públicos de cuanto ha sucedido. Teresa no precisa saber más para deducir que la investigación apenas avanza y que los golpes recibidos tienen cierta importancia.

—Pero a ti, Santiago… ¿Qué te pasa? —insiste la agente con cierto recelo—. ¿Me puedes explicar qué te pasa? ¿Desde dónde me llamas?

Escalona le habla de un enfriamiento, de algo de fiebre, nada, cuatro síntomas que pasarán en unas horas.

—Ya, cuatro estornudos. No me vengas con pamplinas, Santiago, estás fatal. Admítelo. No se va hundir el mundo porque reconozcas que estás mal. No has ido al médico, ¿verdad?

Teresa le reprende y Escalona no protesta. No solo porque el auricular le pesa como una piedra sino porque íntimamente agradece sus desvelos. Acierta el inspector a desviar la conversación y a preguntarle por su madre. No le sorprende saber que anda cada día más desorientada.

—Me gustaría estar contigo, Santiago —dice Teresa, harta ya de lamentarse.

—También a mí me gustaría que estuvieses aquí. No sabes cómo —admite Escalona al que no le resulta fácil decir estas cosas—. No sabes cuánto.

—Cuídate mucho, Santiago. Y no sufras por los atestados, no vendrá

de un día, ni de dos. Vázquez Llorca entenderá, no es mal hombre. Si no tienes tiempo le llamas y le tienes al día. Eso es todo. A Perelló, si le vas con la verdad por delante, no hace falta que le digas más. Si, a las malas, no te recuperas y te relevan del caso… aquí paz y después gloria. Tampoco es ningún drama, pasa todos días. ¿Me harás caso, Santiago?

—Lo intentaré.

—Te llamo esta noche.

—Aquí estaré —promete el inspector dejando caer el brazo y estirándose en el sofá, en el que solo cabe si adopta la dulce postura fetal. Se propone emprender por la tarde el seguimiento de las diligencias, aunque no ignora que los procesos como el suyo se agravan con el atardecer. Es entonces cuando sube la fiebre y el cuerpo se convierte en un gran e inútil pedazo de corcho.

Tras ingerir un vaso de leche y unas galletas por toda comida, el inspector se dispone a ordenar sus notas y a adelantar las malditas diligencias, por lo menos un borrador. El lunes será mucho más fácil avanzar el informe si sabe exactamente lo que debe decir. Todavía no ha decidido qué debe anotar sobre lo declarado por Foix, es un asunto delicado. Sea lo que sea lo que acabe refiriendo sobre el papel, cuanto antes, mejor.

—Que conocía a Margarita Román desde hacía varios años y que mantenía con ella una relación de amistad, amistad que ocasionalmente incluía una relación de carácter sexual.

—Que sabía que Margarita Román ejercía la prostitución, pero que nunca había pagado por sus servicios.

—Que al menos hace tres semanas que no veía a la mencionada Margarita Román. Que tenían una cita para ese fin de semana, pero que él la canceló.

—Que en la noche del domingo día 2 de octubre, a la hora del

crimen, estuvo con unos amigos (Joan Garriga, Félix González y Manuel Arteaga) tomando unas copas en el bar Scorpio hasta las doce y media de la madrugada, hora en la que se despidió para regresar a su casa, en la calle Anselm Clávé de la población de Viladecans.

Cuando no lleva ni un cuarto de hora intentando salir del aprieto y embarrancado en mitad de una frase de difícil construcción, alguien llama a la puerta. No al timbre de la calle ni al que está junto a la puerta, como sería lo normal en una visita inesperada; alguien llama golpeando directamente sobre la hoja. Pensándolo bien, dada su escasa vida social y estando Teresa a muchos kilómetros, cualquier visita resulta imprevista. Por la forma discreta de golpear y porque acaba de oír abrirse la puerta de Marisa, y a uno de sus hijos botar la pelota en el rellano, Escalona decide no abrir. No se siente con ánimos para admitir que todavía no sabe nada ni para resistir con dignidad el interés de la mujer, ni sus desvelos, ni sus preguntas. Siempre puede alegar que dormía y que no la ha oído llamar.

Pasados unos segundos eternos, la mujer claudica y cierra la puerta de su piso tras empujar al niño hacia el interior. Escalona regresa al atolladero:

—Que preguntados los mencionados Garriga, González y Arteaga confirman la declaración de Raúl Foix, así como Miquel Parrado, propietario del local en el que se encontraban.

—Que el lunes, día 3 de octubre, a primera hora de la mañana, partió con dirección a Toulouse donde, junto a otros compañeros, iba a participar en un encuentro con policías de otros países sobre la inmigración ilegal, y que regresó el viernes 7 de octubre a las cinco de la tarde aproximadamente. En este punto sus declaraciones han sido corroboradas.

—Que no sabía quién era Fernando Iniesta, y que al serle mostrada la foto del mismo asegura no haberle visto nunca, y que Margarita

tampoco le había hablado de nadie con ese nombre.

Repasa Escalona lo escrito. No le queda más remedio que darlo por bueno, aunque se jugaría la cabeza a que Foix extorsionaba a Margarita de alguna manera. Probablemente la fallecida no era la única que se veía obligada a corresponder con sus favores a cambio de alguna extraña protección legal, quizás la amenazaba con hacerla detener…A un policía escaso de ética no le cuesta mucho esfuerzo meter el miedo en el cuerpo del que tiene algo que esconder. Comercios ilegales, traficantes a pequeña escala, proxenetas… Foix la sabe larga, ha contestado lo justo, únicamente aquello que desvelaban las evidencias. Escalona no tiene pruebas de nada. Le ha parecido hombre de trapicheos al margen de la ley, pero ese no es el problema que le ocupa. Quizás más adelante haga alguna observación a los que investigan los asuntos internos, pero por el momento callar y mirar hacia otro lado. Todo parece indicar que los movimientos del cabo no guardan relación aparente con el crimen de Margarita.

Según avanza la tarde, el inspector, que ha adelantado el borrador de su informe y se da por satisfecho, se amodorra ante la tele encendida. Quizás sean las décimas que van en aumento, quizás la pura fatiga, quizás la debilidad que acompaña a un estado como el suyo, un estado carencial, puesto que carece de Teresa.

De nuevo, y esta vez mucho más lejos, suenan los golpes de los nudillos en la puerta. Solo han pasado un par de horas. Escalona no se mueve, estira la manta que se ha llevado hasta el sofá hasta casi cubrirse la cabeza e intenta olvidar a su solícita y apurada vecina. No desea ver ni hablar con nadie, prefiere las imágenes de la televisión. No piden nada a cambio, ni tan siquiera exigen su interés. En la pantalla un partido de fútbol en un campo embarrado y con poco más que un puñado de estoicos espectadores. La pelota cae a plomo sobre el barro, los jugadores también. El realizador parece distraer el aburrimiento repitiendo jugadas en las que el barro lo salpica todo.

Quizás se decida a prepararse otro vaso de leche, puede que a comer algo más para acompañar las aspirinas que siempre toma de

dos en dos. Eso o resignarse a pasar el resto de la tarde en esa especie de ausencia, ese estar o no estar, ese dejar correr las horas con el pensamiento embotado que trae la fiebre y del que no guarda malos recuerdos de su niñez.

Minutos después, cuando el inspector, que se ha llevado al sofá las cuatro cosas comestibles que ha encontrado en la desangelada nevera, da por terminada la cena, el teléfono suena casi junto a su cabeza. Suena tan ocasionalmente que al inspector le brinca el corazón en el pecho. Se sobresalta y se le acelera la respiración.

Se incorpora y comprueba que le urge un pañuelo.

—Santiago, soy yo. ¿Qué tal estás? ¿Te ha subido la fiebre?

Es la voz de Teresa, y suena como suena en los mejores momentos. La dulce Teresa de los ojos almendrados, la de óvalos perfectos bajo la nariz, la Teresa que piensa en él, su Teresa.

Le gusta pensarlo así, su Teresa.

Escalona le explica en pocas palabras cómo se siente y, antes de colgar, le susurra que desea verla, que necesita verla pronto, lo antes posible. Donde sea.

—No está mal, si hasta pareces humano —responde Teresa, complacida—. Lo arreglaremos. En cuanto estés mejor, hablamos. Un beso, Santiago.

—Un beso —le envía también Escalona, un beso virtual para aliviar una necesidad tan real como que sigue vivo.

Capítulo siete

Domingo, 9 de octubre

Es ya media mañana cuando Santiago Escalona se despierta en el sofá con la televisión encendida y un sacerdote con la impedimenta ritual oficiando la misa en la pantalla. Siente frío. Alguien trastea con unas llaves junto a su puerta, alguien que abre y llama desde el umbral.

—¿Señor Escalona? ¿Está usted ahí?

—Sí, Marisa, pase.

Aparece la mujer en zapatillas y con un delantal rojo en torno a la cintura. Está desconcertada al ver al inspector en pijama y con una manta sobre los hombros, no sabe qué decir. Sobre la mesa todo está lleno de papeles y de medicamentos.

—Verá, ayer llamé varias veces, pero no me abrió, tampoco se oía nada. Pensé que se había usted marchado. No se preocupe, yo no le estorbo, me voy enseguida. Es que le tendí la ropa el jueves y como que todavía está en el tendedero, pues, pensé que quizás le había pasado algo, o que había salido de viaje.

—Ha hecho usted bien. No se preocupe, Marisa. Y muchas gracias. No me acordaba de la ropa.

—Yo, la recojo y me voy —añade mientras se dirige a la cocina y alcanza el lavadero—. Son dos minutos. Dos minutos, lo que me cuesta recogerla —añade todavía visiblemente azorada.

Escalona se atusa el pelo con las manos, pero no abandona la manta. Se pone en pie, las piernas siguen flojas y los pies parecen mal ajustados, como si el ordenador central no midiera bien las

distancias. Atraviesa el comedor muy despacio, ya no tiene fiebre, pero se siente débil y está helado. Tiene tanto frío que se deshace por unos segundos de la manta y se coloca sobre el pijama un jersey negro de lana muy grueso, el que usa en pleno invierno. Aun así, no consigue que desaparezca el frío.

—¿Necesita usted algo, inspector? —pregunta la mujer con interés al advertir que se lleva las manos a los antebrazos como para conservar el calor.

—No, gracias, Marisa. Solo necesito unas horas para sentirme mejor. Los enfriamientos son unos días, pero nada importante. Voy a prepararme algo y vuelvo al sofá.

—No tiene usted nada en la nevera, solo hielo, inspector.

—Algo encontraré, alguna lata, algo… No se preocupe —insiste Escalona.

—¡Una lata! Quite, quite —añade manoteando al aire—. Tengo caldo, inspector, lo hice ayer. Separo un plato de sopa para usted. Ya verá qué bien le sienta. A mí no me cuesta nada y tampoco voy a salir de pobre —la determinación de Marisa no admite una negativa.

—Gracias, se lo agradezco mucho —responde el inspector que, aunque prefiere la distancia en el trato, no es amante del tono reverencial que algunos, incluida Marisa, utilizan con los policías. Entre el respeto excesivo y el miedo solo hay un paso.

—Dentro de un rato vuelvo —añade Marisa antes de marcharse.

—No me moveré —promete el inspector.

La sopa muy caliente y un par de trozos de carne en salsa le han sentado mejor que bien. No siente ya la fiebre al acecho y empieza a recuperar el control sobre sus piernas. Marisa ha regresado, peinada y ligeramente maquillada, sin el delantal y con una camiseta ceñida que le queda verdaderamente bien. Lástima de pelo rojo, ha pensado el inspector, al que el tinte rojo sangre le

desagrada profundamente. Sobre una bandeja, la vecina le ha traído incluso una taza de café humeante que todavía estaba caliente cuando se la ha llevado hasta los labios.

—Le debo la vida, Marisa —le ha dicho el inspector cuando la mujer ha regresado para recuperar la bandeja.

—No me debe usted nada, inspector, ha sido un placer. Y si usted me dice que ha comido a gusto…

—Mejor, imposible.

—Si usted quiere, le traigo la cena.

—No hará falta, Marisa, estoy mejor, mucho mejor. Pero no sabe lo bien que me ha ido esa sopa.

Marisa sonríe por el halago. Está satisfecha y complacida por sus palabras. Plantada en el comedor, con una gran bandeja entre las manos, parece más joven y más feliz. Por unos momentos no recuerda que debe preocuparse, como si transitoriamente hubiera olvidado que está punto de perder el techo sobre su cabeza. Está verdaderamente guapa con los ojos festoneados de negro y las largas pestañas rizadas y largas apuntando hacia sus cejas. Es amable, y una buena persona. A él no le ha molestado que le pusiera la mano en la frente para comprobar su temperatura, ni que le acercara la colonia por si acaso, ni que le dejara un vaso de agua al alcance de la mano. Puede incluso reconocer que deseaba el contacto de su mano y que no le hubiera importado que se sentara junto a él en el sofá. Una presencia cálida en una casa que, demasiado a menudo, se le viene encima.

Una buena mujer que merece mejor suerte, piensa el inspector. Una buena suerte y un buen hombre a su lado si ella lo desea. Pero no puede ser él. No quiere ser él, no ahora, quizás en otras circunstancias… El inspector espera que ella no se haga ilusiones, no quiere que ella malinterprete… Sencillamente, no quiere defraudarla. El inspector tiene a Teresa.

—Mañana me ocupo de lo de la carta —le promete, ansioso por corresponderle—. Haré lo que pueda; y si no tienen una hija, no

sufra, lo sabremos.

Cierra la puerta a su espalda y la imagina regresando a casa algo más contenta de lo normal. Escalona, libre de los síntomas del catarro, no ve la hora de saber qué habrá podido averiguar Ramón en los juzgados ni si Guerao habrá conseguido arrancar algo nuevo, algo útil, de esas calles. Quiere creer que si ni Ramón ni Guerao han llamado durante el fin de semana para informarle no ha sido por falta de nuevos datos, sino por pura consideración. Además, siempre queda la esperanza, algo peregrina, estúpida quizás, pero esperanza al fin y al cabo, de que acabe sucediendo lo más imprevisible, una pista clara, un dato inesperado, una confidencia, un asesino que se entrega reconcomido por la culpa o por el miedo…

Esas cosas pasan. Raramente, pero pasan.

Capítulo ocho

Lunes, 10 de octubre

A primera hora, con las notas escritas el sábado y una mejor disposición de cuerpo y ánimo, el inspector llega a comisaría. Ha bajado caminando desde su casa y ha superado la prueba con honor, la respiración acorde y las piernas sin acusar el cansancio. Hay quien escucha música, corre, se rasca o se ducha mientras piensa. A él le encanta darle vueltas a la cabeza mientras camina en dirección al mar, los ojos bien abiertos, el paso rápido, las manos en los bolsillos y el pensamiento a mil millas náuticas. Tarda unos minutos en dar con Evaristo, que anda ocupado en pasar algo a limpio. El agente es de confianza y no acostumbra a pedir explicaciones. Escalona le tiende la carta recibida por Marisa, la misma que lleva una semana mortificándola y cuyo contenido la mantiene desde hace días con el corazón en un puño. En su voz hay un tono de confidencialidad que induce a Evaristo a interpretar el asunto como lo que es, un asunto personal.

—Averigua lo que puedas. Necesito saber qué hay de esa hija. La inquilina no sabía nada de ella. Asegura que no existe, dice que es una excusa. Estas cosas pasan, ya sabes. Quiero saber su edad, su estado civil, si vive aquí, a qué se dedica… Ya te explicaré —promete Escalona con la convicción de que no lo hará nunca y de que Evaristo así lo entiende—. ¡Ah! Si ves a Ramón, que venga inmediatamente.

—Intentaré estar aquí a mediodía —responde el agente, que cierra el ordenador y recupera su americana del perchero.

Escalona, que se concentra, con más voluntad que tino, en ordenar sus notas para hacerle llegar al juez un informe puesto al día, maldice su negra suerte. Sabe por descontado que lo poco que tiene ahora no conduce a ninguna parte. Todavía se queja por lo bajo

cuando Ramón pide permiso para entrar en su despacho.

Ya ha averiguado el paradero de cada uno de los afectados por los malos oficios de Fernando Iniesta. El inspector le indica que se siente. Tarda unos segundos en levantar la vista, los necesarios para acabar de teclear una frase especialmente larga y no del todo cierta.

—El matrimonio Gual vive en el Guinardó y, por la edad, deben de estar jubilados. Él tiene casi setenta. Rius, el socio que pagó el pato de lo de la agencia de morosos, estuvo casi tres años en la Modelo y salió hace quince meses. Ahora trabaja en la Barceloneta vendiendo pisos para una inmobiliaria. Calzada tuvo las de ganar, continuó con el negocio y hace poco más de un año vendió hasta los folios y se fue a vivir a las Canarias, a Tenerife. No sé en qué debe de andar metido, pero si conviene puedo seguirle la pista…

—Déjalo Ramón; Calzada resultó favorecido por la sentencia. Por el momento no será necesario. Aparentemente este es un listo, un enterado, pero no tenía nada contra Iniesta. Al revés.

—Cuesta, el del Audi, el que atropelló al ecuatoriano —prosigue el agente sin necesidad de consultar sus notas—, circula por ahí, cada día tiene más pasta, se ha llevado un par de empresas a la China y no sabe qué hacer con el dinero. Sus costumbres, las mismas, aunque que yo sepa no ha vuelto a meterse en líos. Creo que tiene chófer. De lo del ecuatoriano no he conseguido saber nada. De la familia, ni rastro.

Escalona permanece pensativo unos instantes.

—Creo que podemos olvidarnos de ese tema. La familia del ecuatoriano hubiera ido a por Cuesta, es lo lógico.

Ramón asiente, sabe que el inspector anda en lo cierto. El agente abre de nuevo la libreta y continúa:

—Del juez sabemos poca cosa. Que estaba casado cuando dejó los juzgados y que su mujer no lo ha visto desde entonces. Se fue con lo puesto, eso dice ella, con lo puesto. … Dice que incluso puso un anuncio en la prensa, uno de esos con la foto del desaparecido, pero no llamó nadie, no lo localizó. De los tejemanejes de su marido dice

haberse enterado cuando dejó los juzgados. No se había dado cuenta de nada. No sé… Quizás no advirtió nada, cuesta creerlo, pero… De hecho, hace tiempo que quería solicitar el divorcio, el divorcio o la viudez, cualquier cosa, pero ni ella ni su abogado sabían dónde enviarle los papeles. Por otra parte, tampoco había manera de saber si estaba vivo o si... El caso es que ella quiere volver a casarse. Cuando le he dicho que había muerto envenenado no le ha afectado ni lo más mínimo. A estas alturas debe de estar encargando el cóctel de gambas.

Mientras escuchaba a Ramón, Escalona ha decidido empezar por David Rius. La Barceloneta no está lejos y, tras los días de sofá y seiscientas veinticinco líneas, le sobran las ganas de caminar. Podría hacerse acompañar por Guerao, pero prefiere que siga preguntando por los asuntos de Margarita. Tiene contactos entre manguis, prostitutas y borrachos arrogantes de los que mean contra las paredes y se ciscan en todo lo que se mueve. En el Raval nunca se sabe, a veces los recuerdos aparecen por sorpresa, como caídos de una azotea o desprendidos de una cornisa. Hay quien un día dice no haber visto una cara en toda su vida y al día siguiente te diría hasta el pie que calza el sospechoso.

A esas horas de la mañana la circulación es endemoniada y el ruido le encrespa los nervios; solo se relaja cuando avista el mar salpicado de veleros de todos los tamaños con las velas recogidas y los palos en suave movimiento apuntando al cielo. Hay nubes bajas y algo plomizas cuando llega a la Barceloneta, pero no amenaza lluvia. A Escalona los días ligeramente encapotados se le acompasan, hablan su misma lengua. Hace años que en el barrio no quedan pescadores, ni tiendas de aparejos, ni redes, ni barcas sobre la arena. Ahora, derribados los chiringuitos sobre la playa, menudean los restaurantes especializados en paellas y marisco capturado en otras latitudes, los bares de tapas para todos los presupuestos y los colmados en los que uno encuentra de todo, vivo o muerto.

Ha contado tres inmobiliarias de poco calado en poco más de dos manzanas. Seis o siete anuncios en los cristales de cada una de ellas, a menudo los mismos, unas cantidades estratosféricas como precio de compra o de alquiler, uno o dos empleados que hojean el diario o atienden una llamada con aire ausente, y poco más. Hay cosas,

como la proliferación en la ciudad de ese tipo de negocios, que Escalona no consigue entender.

David Rius, tras una mesa sustentada por dos caballetes, sujeta con cierta desgana el auricular junto a su oreja. Lo ha apoyado sobre su hombro y con las manos libres utiliza un teclado. Aparentemente no hay nadie más en el local, que tiene habilitadas otras dos mesas y otros tantos ordenadores. Una taza de café humea todavía junto a su mano izquierda. Escalona se planta ante su mesa y espera a que acabe de hablar por teléfono, mientras fija la imagen en su memoria; nunca se sabe lo que uno necesita recordar. Rius es un hombre todavía joven, de unos treinta y muchos, y parece en buena forma física. Mientras informa telefónicamente al posible cliente, echa un vistazo al inspector y se encoge de hombros en un gesto de fastidio. El cuello de la camisa desabrochado hasta el esternón y las mangas sobre los codos le dan un aire de oficinista de andar por casa, de teletrabajador. Es informal no solo en su atuendo, también sus maneras son de una familiaridad que sorprende. Con el pie acaba de empujar hacia el inspector la silla que tiene al otro lado de su mesa para recibir a los clientes.

Escalona entiende que puede sentarse y lo hace.

El inspector aprovecha esos instantes, que agradece interiormente como si se tratara de un regalo, para observar cuanto tiene a su alcance. Puede ver el rostro de una chica sonriente en la fotografía enmarcada que Rius tiene sobre su mesa. Al fondo un seto, quizás también una casa; en primer plano, la joven de pelo dorado y cabeza ladeada sonríe. Tiene los labios muy rojos y sobre los párpados superiores dos líneas negras. A pesar del maquillaje excesivo, por innecesario, la chica continúa pareciendo muy joven, Y Escalona afirmaría, es hombre prevenido, que muy guapa. El inspector sabe, como siempre ha sabido esas cosas, que debe recordar cuanto ve, cuanto oiga. Recordarlo todo es importante. Los gestos, la disposición de las cosas, la reacción de todo sospechoso. Deberá recordarlo todo, por eso no siente prisa. Con un gesto rápido de su mano se lo hace saber a Rius.

Cuando David Rius cuelga el aparato y anota cuatro cosas en un bloc, levanta la vista e inquiere:

—Usted dirá.

Y Escalona se presenta y le habla del asesinato del juez.

—Mire, a mi lo del juez ni me va ni me viene. Solo me daría usted una buena noticia si viniera hasta aquí para decirme que el cabrón de Calzada ha muerto, que se lo han cargado, que lo han atropellado o que ha decidido tirarse por un barranco. Tanto da. Y mejor si me ha nombrado su heredero. Un hijo de puta como él debe de estar forrado. Esa es la noticia que me interesa, a mí el juez…

Y aunque Rius intenta evidenciar su indiferencia, lo cierto es que se ha inquietado visiblemente. Así lo cuentan sus ojos, su postura tensa y sus manos inquietas.

—Si quiere que le diga lo que pienso, el juez era un pájaro de cuentas, un jodido cabrón. Se ensañó conmigo, no tuvo escrúpulos. Todo cuanto se dijo en aquella sala me lo adjudicó. Y Calzada en la calle, y sin cargos, ¿Qué quiere?, ¿que le llore?

Por un momento la rabia de Rius ha sido tan intensa que Escalona ha pensado que no conseguiría permanecer sentado. Pero el hombre, de ojos castaños algo desvaídos y cuyo cabello clarea ya en la coronilla, se ha limitado a golpear la mesa con el puño y a punto ha estado de volcar la taza.

—Oí que acabaron por echarle, que no le dejaban ejercer. En el trullo todo se sabe, inspector. Cuando uno ha pasado por la cárcel entiende muchas cosas, y de los jueces aprende uno a desconfiar. Como de los polis —añade mientras mira a Escalona de reojo—. Eso se aprende pronto, eso y a no hacerse notar.

David Rius se lleva el café hasta los labios y casi lo vacía de un sorbo. Una joven con el pelo recogido en una coleta muy alta entra en el despacho con unas llaves en la mano, que guarda en un cajón, y una carpeta que deja sobre una mesa. Tiene los ojos muy negros y viste de abajo arriba de color verde mesa de billar. Saluda con la mirada a David Rius, que le corresponde alzando levemente las cejas. Hay desgana en sus movimientos y una languidez poco común en su forma de tomar asiento y descolgar el auricular.

—¿Dónde estuvo el martes por la tarde? —pregunta el inspector.

Rius se acoda en la mesa y se aproxima al inspector, al tiempo que baja la voz y añade coraje a sus palabras.

—Oiga, no estará pensando que… A mí no me joda, que yo pagué por todos, pagué lo mío y lo de los demás. Salí hace más de un año, estoy limpio. Esto que usted ve es legal, es una inmobiliaria, vendo pisos, los enseño… No hay nada malo, cobro un sueldo más las comisiones, todo limpio. Pregunte, no se corte. Aquí saben lo que pasó, fue mi cuñado el que me buscó esto. Si no hubiera sido por él… Es una forma de ganarse la vida. Con antecedentes, a uno no le quedan muchas salidas. Esto o pasarme la vida en la cárcel, inspector. Y yo todavía soy joven, tengo años por delante, quiero creer que tengo un futuro. La vida ya me ha jodido bastante. Yo… —los ojos de David Rius han acariciado la fotografía enmarcada durante unos instantes—. El martes, dice… Aquí o enseñando pisos, dónde voy a estar…

—Me interesaría saber exactamente dónde estuvo y a qué hora —insiste el inspector sin alterar ni un centímetro la posición adoptada, no es fácil de amedrentar.

Rius rebusca en un cajón. Parece molesto, claramente irritado por la presencia del inspector y por sus sospechas. Escalona calla y observa. Es lo que hace mejor.

—Aquí lo tiene, el martes por la tarde estuve enseñando varios pisos, tres, tengo los comprobantes —esgrime ante el rostro del inspector unos papeles amarillos, como los de las multas que los municipales dejan sobre los parabrisas—. Tenga, llámeles, compruebe lo que tenga que comprobar. Hágalo, así no volverá usted por aquí. No es nada personal, créame, pero los polis cuanto más lejos…

Por su cara de triunfo y porque ha separado los papeles como separan los jugadores los naipes en una timba, se diría que lleva buenas cartas. Escalona, imperturbable, tiende la mano para examinarlos y lo hace con detenimiento. Aparece en todos ellos la fecha del martes, tres nombres diferentes y un horario que va desde las cinco a las siete y media de la tarde. De ser cierto difícilmente

podría David Rius ser el autor del crimen. Escalona anota nombres, direcciones, horas, lo anota todo. No tanto porque espere gran cosa de verificar la información como por alterar definitivamente a Rius.

—¿Le suena a usted el nombre de Margarita Román? También era conocida como Rita Romanos —prosigue el inspector, sin variar un ápice la expresión de su rostro.

—Es la primera vez que lo oigo, ¿debería conocerla?

—¿Puede explicarme qué hizo el domingo? —continúa sin pestañear.

—Estuve toda la noche chateando. ¿Sabe usted lo que es eso? —hay insolencia en su voz y un leve aire de desafío—. Tengo tarifa plana. Va bien cuando uno vive solo, como yo.

—No creo haberle pedido que me hablara del domingo por la noche —señala el inspector espiando en la mirada de Rius cualquier posible reacción ante lo que al inspector le ha parecido una carta mal jugada, un renuncio.

—Yo los domingos me levanto a mediodía. Para mí, el domingo empieza a las tres de la tarde y nunca me pongo en movimiento antes de cenar. Es mi filosofía, y no tiene por qué gustarle.

Escalona se dispone a abandonar el anodino despacho con la extraña sensación de no haber llegado a ninguna parte. En el umbral se cruza con una chica cuya cara le resulta extrañamente familiar. Tiene los labios muy rojos, como recién pintados, y los adelanta como si se dispusiera lanzar besos al aire. Sobre los párpados dos líneas negras, y más gruesas conforme se acercan a las sienes, han sido dibujadas con destreza. Parecen los hábiles trazos de un calígrafo chino. El inspector se detiene y la deja pasar, la chica le sonríe ladeando la cabeza.

—Gracias —dice al traspasar el umbral mientras sujeta con ambas manos un bolsito de charol que cuelga de su hombro.

Desde la calle, Escalona observa cómo se acerca hasta la mesa de Rius e, inclinándose por encima de la mesa, le estampa un beso en

los labios.

Escalona busca la parada de metro más próxima. No tiene el cuerpo para atravesar la ciudad caminando hasta las estribaciones de la montaña. El Guinardó está en la otra punta y tardaría horas en llegar hasta la plaza Sanllehí y en dar con el domicilio del matrimonio Gual. Cuando sale del metro en Alfonso X es la una del mediodía y siente un vacío clamoroso en el estómago. Buena señal, piensa, mientras busca con la vista un bar en el que comer razonablemente. Tras probar en un par de locales que no empiezan a servir comidas hasta media hora después, el inspector, con el humor entre dos aguas, entra en un establecimiento que se anuncia como bar-restaurante y en el que una mujer, que cojea ligeramente, dispone ya los servicios sobre las mesas. Con una sonrisa le indica que se siente, que no tardará. El inspector estudia el menú y se decide por unas habas con tropezones y un bistec a la plancha. Hace días que experimenta cierta añoranza hacia la cerveza fría y pide una caña.

También echa en falta a Teresa, pero sabe que no bastará con pedirla para que se le aparezca.

Mientras espera el primer plato hojea el diario que ha encontrado sobre la barra. Comprueba que nadie se ha molestado en intentar resolver el crucigrama. Un columnista insiste, con grandes dosis de sarcasmo y no menos mala leche, en la desaparición del limbo. Otro desterrado, piensa Escalona. Las páginas de deportes desbrozan hasta el tedio los resultados de la jornada de liga. Hombres despejando de cabeza, chutando con toda el alma o celebrando un gol, ocupan páginas enteras. De creer lo que afirman los periodistas deportivos, en los terrenos de juego no solo se disputa la clasificación, sino el porvenir de la galaxia. Reportajes plagados de anglicismos, desbordados de neologismos y, en general, cuajados de toda clase de ismos, irritan profundamente al inspector, que cierra el periódico. No necesita saber más.

Las habas no le defraudan, los tropezones, algo escasos para su gusto, tampoco. La segunda caña, necesaria para emprender el bistec, resuelve bien en su estómago y le levanta el ánimo. Cuando

ya da por acabado el segundo plato, y mientras duda entre un flan de la casa y una macedonia de lata, suena el móvil.

—Acabo de llegar, mehepateadoelRavaldearribaabajoycreoquehayalgo, jefe. Debería usted venir, es importante.

Es Guerao, habla muy deprisa, como siempre. Escalona solo consigue entender que es mejor que regrese pronto. No debe demorarse. Pasa de postres y pide un café que si no burbujea mientras lo ingiere es porque ha tenido la precaución de soplar un par de veces. Tras escaldarse la garganta y parte del tubo digestivo superior, Escalona paga, saluda con un gesto a la mujer y se va. Está a pocas manzanas del piso de los Gual; aprovechará el tiempo, averiguará lo que pueda y regresará en taxi a comisaría. Camina hasta la calle Amílcar y busca el número que Ramón le ha anotado en un papel. El edificio es espantoso, casi siniestro, los materiales empleados y a la vista pertenecen a una misma gama, la del cemento Portland. Las ventanas, muchas y diminutas, hacen que el conjunto recuerde un monumental columbario. Tras dar con la escalera y llamar al timbre, Escalona sube un par de pisos, las fuerzas ya no son las de primera hora de la mañana y en las corvas acusa el cansancio y las caminatas. Le abre una mujer mayor de aspecto afable.

El inspector se presenta y muestra su identificación. Junto al interruptor de la luz un papel de color llamativo informa: luz.

—Sí, inspector, yo soy Clara Costa. Pase, pase. No se quede ahí —la mujer no desconfía y le franquea el paso de inmediato.

El pasillo es tan estrecho que resulta necesario caminar el uno detrás de la otra. Primero ella, abriendo paso; detrás el inspector, que no consigue dar crédito. Colgando de un panel de madera, unas llaves, junto a ellas alguien ha enganchado otro papel verde loro que indica: llaves. Mientras recorre el pasillo en dirección al salón advierte: lavabo, habitación ferran, despacho, cocina, radiador…

—Es mi marido, Ferran Gual —Clara señala a un hombre mayor que, sentado frente a la televisión con las manos recogidas sobre el regazo y una ausencia total de expresión en la cara, mira la

pantalla.

La mujer se acerca al aparato y baja el volumen hasta que resulta inaudible, después se aproxima al hombre y le dice casi al oído:

—Mira, Ferran, un señor de la policía que ha venido a vernos.

Ferran Gual se gira, en su rostro nada ha cambiado, parece contemplar un espacio vacío como instantes antes contemplara los colores en movimiento. Sus ojos traspasan al inspector, como si en verdad no hubiera nadie plantado en mitad de su salón. Ni el menor signo de reconocimiento, los ojos abiertos y completamente desiertos del que mira sin ver. Ferran Gual prefiere la tele y le retira la mirada. No ha abierto la boca. Probablemente ni tan siquiera le debe importar dormir solo, piensa Escalona.

Clara Costa se acerca al inspector.

—Mi marido está perdiendo la memoria; apenas reconoce nada. No puedo moverme de aquí. Se pasa así todo el día. A veces es peor. Ha sufrido tanto… Bueno, los dos hemos sufrido mucho, pero hay quien aguanta mejor. Otros… Si usted supiera… Si lo hubiera conocido tiempo atrás… Mi marido era un hombre imparable, siempre andaba de aquí para allá. Ahora, ya lo ve. Él no pone el pie fuera de esta casa, y yo qué le voy a explicar. Así funcionamos —explica, señalando los papeles de colores que le dan al salón un tono festivo que se da de machetazos con las abatidas palabras de la señora Costa—. Y ya me ve a mí. Hay días que…

La mujer hace una pausa, recupera la sonrisa que ha utilizado para abrir la puerta y parece otra.

—Bueno, pero no habrá venido usted a escuchar mis penas, ¿verdad, inspector? ¿Quiere un café, un té, un coñac…? —le ofrece Clara Costa mientras le señala un sillón vacío junto al de su marido.

Habitualmente parco en palabras y no mucho más sobrado de reflejos, Escalona improvisa una explicación creíble, indolora e insípida sobre su presencia en la casa. Cuatro palabras de compromiso que le permitan marcharse lo antes posible.

—Yo, la verdad, no quería molestarla, señora. Estamos haciendo una encuesta, un primer sondeo sobre el despliegue de los mossos en la ciudad. Nos interesa saber qué necesidades tienen los vecinos, cómo consideran que debería ser el trato con las fuerzas policiales… Cosas así.

Tras dejar que la señora Costa conteste a cuatro preguntas al respecto y haber tomado notas en una libreta, el inspector le tiende la mano y se va. En la calle arranca la hoja en la que acaba de anotar con letras mayúsculas:

luz, llaves, habitación ferran, lavabo, cocina

Mientras busca un taxi con la angustiosa sensación de escapar a un cerco, el inspector piensa en Teresa, en su llanto junto al auricular, en su desesperación, en su impotencia, en el maldito alzhéimer. Se sorprende pensando en ella con una ternura que solo siente cuando está cerca, en la punta de sus dedos y al otro extremo de sus palabras. La imagina como a Clara Costa, completamente sola en una casa llena de papelitos de colores, sosteniendo el mundo sobre la espalda, haciéndose la valiente, redoblando las fuerzas y sin sacudirse de encima las ganas de llorar.

Quizás, las de morir.

—Hola, inspector, creo que debe usted saber un par de cosas. Quizás no sea nada importante, pero…

—Al grano, Guerao, al grano.

—Usted ya conoce al Pecas, el hermano de Bernardo Louriño —arranca el agente, por empezar de alguna manera.

—Claro, Aniceto Louriño. Conozco a los dos, al trilero y a su chivato. Están hartos de pasar por aquí, y tú harto de saberlo —responde Escalona mientras se sienta detrás de su mesa con un mal

humor que se le apodera por momentos—. Si me has hecho venir…

—Pues Aniceto está aquí, jefe, detenido. Esta mañana le dio el tirón a una señora en la calle Margarit con tan mala suerte que, al salir corriendo y llegar a la esquina, casi se da de morros con Silvia y Eusebio, que estaban de patrulla.

—Ya, el hombre no tiene muchas luces, es un infeliz. Pero no entiendo qué… —protesta Escalona, que todavía no ha recuperado el resuello y al que los trapicheos de poca monta en los que acostumbra a verse metido el Pecas le resultan un asunto menor.

—Sí, jefe, ahora verá. Aprovechando que lo teníamos aquí, le hemos preguntado un par de cosas, por joder, ya sabe, porque el Pecas se entera de bien poco. Y si se entera, cuando lo explica no hay quien lo entienda, así que…

—Pues tú dirás…

El inspector está cada vez más irritado. O más triste. Es difícil saberlo cuando viene uno de inmiscuirse en la vida de los Gual.

—Le hemos preguntado por esos robos de poca importancia que denunciaron hace un par de noches en la calle Piquer. Ellos hacen trabajos así, ya sabe. Ahí, se ha cerrado en banda. Ha salido con que el viernes por la noche estuvo jugando al mus, una partida sagrada para la peña. Dice que cada viernes juega al mus con los colegas.

—¿Al mus? Pero si el Pecas es incapaz de contarse los dedos de una mano.

—Ya, eso fue lo que nos extrañó. El caso es que la peña la forman él, su hermano Bernardo, nuestro amigo el Rata y Ronnie Mieles, el filipino. Hemos hablado con Bernardo y con el filipino, lo corroboran todo. ¿Le suena ahora lo de la partidita del viernes, jefe?

Escalona asiente, aunque no está muy seguro.

—El Rata, cuando le preguntamos por lo que hacía cuando mataron a Margarita Román, nos habló también de una partida sagrada, ¿lo recuerda? Pero… hablaba de los domingos.

Guerao espía la reacción del inspector, parece impaciente.

—Vamos a ver qué podemos sacarle.

Escalona se levanta y, precedido por Guerao, se dirige a una de las dependencias contiguas.

—Bueno, Aniceto, otra vez por aquí. No hace mucho que estuviste en comisaría. ¿Lo recuerdas?

—Sí, inspector, dos o tres semanas, un par de meses… No sé, inspector… No hace mucho, inspector. ¿Ocho o diez días?

El Pecas deja de hablar pero su boca queda innecesariamente abierta y su labio inferior colgandero. Quizás sea un problema respiratorio, piensa Escalona, que prefiere ser indulgente. Su aspecto, con la boca franca, empeora notablemente. Sus ojos han quedado clavados, como en stand by. El inspector puede contemplar sus dientes inferiores, visiblemente sucios, plantados en las encías sin orden ni concierto, y su cráneo afeitado hace varios días, en el que apunta una pelambre rubia. Se distinguen en él varías cicatrices derivadas de algún encuentro poco afortunado con el propietario de un billetero, de una cámara fotográfica o de un radiocasete. Las orejas, levemente separadas del cráneo, rematan un conjunto que podría calificarse de lastimoso. El Pecas tiene las manos flácidas sobre las piernas, como si se hubiera olvidado de ellas, y se mueve continuamente. Es un movimiento muy leve, como una ligera convulsión, un espasmo casi invisible que le recompone el cuerpo sobre la silla.

De no andar por las calles, bajo la sombra alargada y negra de Bernardo Louriño, Aniceto estaría en una institución, piensa el inspector.

—A ver, Aniceto. ¿Tú sabes cantar las cuarenta? —inquiere, y su voz parece la que utilizaría para dirigirse a un niño.

—Quite, inspector, no se burle de mí, que me quedan unos años —responde el Pecas, sin sospechar de qué le está hablando y con la lengua por estorbo—. Bernardo dice que ando por los veinte y tantos. De vez en cuando le digo que lo mire en los papeles. Uno

tiene que saber esas cosas.

—Tienes toda la razón del mundo. ¿Y jugáis a cuatro o a ocho reyes? —continúa el inspector.

—No sé yo, inspector. Es mi hermano el que sabe números. Yo, no… —las manos de Aniceto revolotean ahora por encima de su regazo, sus muchas limitaciones no le impiden entender que está en un aprieto.

—Venga, Pecas, tú no juegas ni has jugado en tu vida al mus. Si no jugarías ni al dominó.

Hay una irritación impostada en la voz del inspector, no consigue irritarse con sujetos como el Pecas, es superior a sus fuerzas. Sin embargo, sabe que cantará si se muestra airado. Aniceto es extremadamente frágil. No acaba de entender cómo funciona el mundo y todo le coge con el paso cambiado. Es fácil de asustar. Cualquier amenaza, por increíble que parezca, le mete el miedo en el cuerpo. Siempre ha sido así y no es el Pecas un hombre capaz de grandes cambios. Por eso frunce el ceño y adelanta su cuerpo en dirección al detenido.

—No, señor, a eso no. A eso no me dejan jugar porque me descuento —la voz de Aniceto es quebradiza y en sus manos los dedos se aturullan de puro miedo.

—Entonces, ¿a qué coño jugabais? —Escalona ha alzado la voz y se ha aproximado al hombre que se revuelve en la silla como una lombriz. El aliento de Aniceto huele a sardinas, a sardinas de lata y vaso de vino peleón.

—Verá… Pero no le diga nada a mi hermano, ¿eh? No le gusta que se sepa. Yo no sé…

—Yo con tu hermano no me hablo. A lo que ibas, Aniceto. ¿A qué jugabais? —insiste el inspector, mientras Guerao, de pie junto a la puerta, está a punto de romper a reír. Ha observado cómo el inspector se ha apartado un par de palmos mientras arrugaba involuntariamente la nariz.

—Al parchís, señor. Yo sé jugar al parchís, lo hago casi todo yo solo. Si mato ficha, Bernardo cuenta las veinte. Solo me fío de él. Pero al parchís sé jugar, inspector. Se lo juro. Y, a veces, gano. Los otros, si pueden, me hacen trampas, son unos cabrones.

Aniceto habla a trompicones, como si no consiguiera hilvanar más de cuatro o cinco palabras seguidas, por eso se interrumpe, toma aire, agita las manos, y prosigue:

—Es mi hermano el que prefiere lo del mus. Dice que es más… No sé qué palabra… Di que es más… Sí, más destinguido. Eso es, más destinguido. Bernardo sí que sabe. Sabe de todo —en sus palabras hay respeto y en sus ojos algo más parecido a la veneración—. ¿Usted conoce a mi hermano, inspector?

—¿A ti qué te parece?

El Pecas parece pensar durante unos instantes. No sabe qué debe hacer y está convencido de que el inspector espera una respuesta.

—¿Y qué día jugáis? —prosigue Escalona.

—Por la noche, jefe, siempre por la noche. Eso es sagrado. Viene el Flipi y el Rata. Ellos se toman unos cubatas. Yo, no. Yo no puedo, es por mi cabeza. Me caen mal en la cabeza.

—¿El Flipi?

—Sí, señor, el Ronnie. Es flipino, por eso le llaman el Flipi. Yo no sé dónde está eso, pero es flipino.

—Ahora quiero saber si jugasteis el viernes. Sabes que hubo un par de robos y…

—El viernes, fijo. Toda la noche. El viernes, fijo.

—El Rata dice que jugáis en sábado, que la partida del sábado es sagrada —insiste el inspector, a sabiendas de que el Rata asegura haber consagrado al mus el domingo por la noche.

—¡Ah, sí! La partida del sábado. El sábado también, claro —los ojos de Aniceto se desbaratan, las pupilas enloquecen y evitan la mirada

del inspector—. Ese día la Vane no estaba y… Seguro, jefe, el sábado también.

No siempre resulta tan fácil pillar a alguien en falso, piensa Escalona mientras contempla al pobre infeliz que parece a punto de echarse a llorar. Entre los agentes la mirada es de complicidad. El Pecas parece dispuesto a jurar que juegan cada noche, un día, sí, el otro, también. Cada día de la semana, siempre la sagrada partida que sirve de coartada.

—¡Menudo es Louriño! Lo que no sepa ese… —le susurra Guerao a Silvia, que acaba de asomar por la puerta—. Te juran que son hermanos y no te lo crees.

—Tú, Guerao, toma cuatro notas. Y tú, Silvia, trae las cosas del Pecas, echaremos un vistazo.

El Pecas se ha levantado casi de un salto. Se diría que le tiemblan las piernas tanto como el labio inferior. El inspector ha bajado la cabeza, intenta pensar, pero no lo consigue. Silvia regresa al cabo de unos minutos, entra con una bandeja como la de los controles en los aeropuertos, en la que están las pocas cosas que el Pecas llevaba encima a su entrada en la comisaría.

—Hombre, Pecas, móvil nuevo… Tendrás factura, ¿verdad? —pregunta el inspector.

De pie, con las manos junto a los muslos y la boca abierta, sin sus cosas, el Pecas parece más perdido que nunca.

Esta vez Escalona no baja la vista, prefiere que pierda la poca seguridad que le queda. No costará demasiado hacerle hablar.

—Yo, yo… No, qué voy a tener. No lo compré. Este móvil vale un huevo de la cara —añade el Pecas.

Escalona recuerda haber leído el mismo disparate de labios de un personaje de los que campan por sus respetos en la novela policial que le espera junto a su cama y que ha conseguido robarle el sueño. Siente ganas de romper a reír. No lo hace. Guerao, sí.

—Pero no lo robé. Se lo juro, inspector, se lo juro. Pregúntele a mi

hermano, o al Flipi, pregúntele. No lo robé —insiste manoteando en el aire—. Me lo dio el Rata. Se lo gané al parchís. Y yo, inspector, no hago trampas. Él se jugó el móvil y yo lo gané.

Escalona levanta la vista. El aparato en cuestión es diminuto, de los que se abren y se cierran. Tiene detalles en rojo y parece recién estrenado.

—¿Y el Rata te dio su móvil así como así? —pregunta.

—Bueno, le dijo al Bernardo que no era suyo. Dijo que la mujer ya no lo iba a necesitar. Pero es un timo, jefe, no quedaba saldo. Solo pude hacer tres llamadas —ahora es el Pecas el que parece irritado —. Por eso me lo dio, el Rata se cree que soy tonto. Además, no hacen más que llamar tíos —resopla mientras se golpea los muslos con los puños cerrados.

Escalona hace una señal a Guerao que coge el móvil. El agente todavía se ríe mientras repite: Un huevo de la cara, un huevo de la cara.

—Llévale la tarjeta a Ramón, quiero una lista de los números memorizados y de todas las llamadas que pueda recuperar. Es urgente, dile que no se columpie.

Guerao sale del despacho, todavía se retuerce de risa.

—¿Y tú no sabrás cómo llegó ese trasto a los bolsillos del Rata? ¿De qué mujer hablaba, Aniceto?

—Eso sí que no lo sé. A mí no me dicen nada. Mi hermano dice que mientras menos sepa, mejor. Y si lo dice mi hermano… —hay devoción en sus palabras—. El Rata tiene muchos amigos, es muy buena persona, jefe, muy buena persona. Por eso tiene tantos amigos. Y todos le traen cosas, siempre le andan dando cosas.

—¿Y por quién preguntan los que llaman? —insiste el inspector.

—Y yo qué sé. Por mí no, se lo juro.

La candidez de Aniceto resulta enternecedora y a Escalona el estómago se le revuelve ligeramente. Acaba de recordar la mirada

extraviada de Ferran Gual, la gentileza de Clara Costa, la voz de Teresa al teléfono…

—Jefe, ¿me puedo ir ya? Lo de esa vieja, que me debía diez euros. La bruja no quería pagarme. Se lo juro, jefe, se lo juro. Por eso fue, jefe, ¿me puedo ir?

—Tú de aquí no te mueves.

Aniceto Louriño regresa las manos a los muslos y, los pies juntos y las piernas cerradas, parece en posición de firme.

—¿Dónde cojones le habrán visto a este hombre las pecas? —pregunta Guerao, que acaba de regresar y que contempla al recluta accidental que no consigue cerrar la boca—. ¡Ah, jefe! Lo de la tarjeta llevará unas horas. Dice que anda de trabajo hasta las cejas, pero que nos hará un hueco. Yo creo que hasta mañana…

—Búscame al Rata —ordena Escalona antes de salir—. Y el Pecas que se quede aquí hasta que esto se aclare. Si su hermano viene por aquí, me lo traes.

—Jefe, tengo hambre —balbucea el hombre, que permanece de pie como si fuera a pasar así el resto de su vida.

Las palabras de Aniceto, que el inspector escucha antes de abandonar la habitación, suenan como las de un niño consentido antes de romper a llorar.

Evaristo no ha llegado todavía y el inspector, de regreso a su despacho, prosigue con el atestado. Resuelve rápido, en pocas líneas, lo del matrimonio Gual, no ha lugar a divagaciones, Escalona considera que se exculpan solos. Ha comprobado la coartada de David Rius, es perfecta, sin fisuras, y ahora que las sospechas recaen sobre el Rata no sabe a qué carta quedarse. Poner por escrito algo que uno no sabe en qué consiste es muy difícil, solo en contadas ocasiones contribuye a descubrir algo y siempre, siempre, tiene efectos negativos sobre su temperamento. El inspector decide hablar con Vázquez Llorca y explicarle cómo están

las cosas. Es necesario ponerle al día de lo del Rata. Aunque no cree que un tipo como él le abra el cuerpo a navajazos a nadie, sabe que no estará de más. Quizás el asunto cambie de rumbo, y al juez no le gustan las derivas inesperadas. Siendo policía siempre debe andar uno cubriéndose las espaldas.

Todavía no ha colgado cuando Guerao aparece en el umbral de su despacho; el agente levanta la mano para llamar su atención como si su sola presencia no bastara. Todo su cuerpo rebota sobre los dedos de los pies, lo hace a menudo cuando está impaciente o ya no soporta la inactividad.

—Lo han localizado, jefe. Tienen al Rata a dos pasos de aquí, en la puerta del Bagdad —dice en voz baja y articulando ampliamente, parece un mimo.

Escalona se despide del juez y renueva la promesa de mantenerlo informado.

—¿Les digo que lo traigan? Ernest se planta aquí con él en dos minutos —inquiere el agente, que tiene ganas de echarle el guante al Rata.

—No, que lo retengan. Voy para allí. Conviene que vean que lo tenemos. Cuanto más nerviosos, más pasos en falso. Aprovecharé para comprar tabaco. Ven conmigo, Guerao. Tú y Ramón —ordena mientras se pone la americana y sale del despacho.

Escalona, custodiado por dos agentes, pone el pie en la calle. Hace días, desde que empezó a sentirse mal, que no enciende un cigarrillo, no sabe ni dónde puso el último paquete. Es un fumador ocasional pero, cuando no sabe por dónde tirar, le viene bien un cigarrillo rubio para enhebrar las ideas, cuanto más ligero mejor. El humo es volátil, como el pensamiento. Y veleidoso, como la voluntad.

Anochece y ha refrescado. Es tanta la gente en Nou de la Rambla que parece mediodía. Cuando se acercan a la esquina con Paral·lel divisan a Ernest y a Óscar que sujetan al Rata asiéndolo uno por cada brazo. También él los ha visto. El Rata se vuelve de repente y arranca a correr con una energía impensable en un individuo tan

escuálido y con ese aspecto de enfermo terminal que tienen algunos de los que se han pinchado largamente. Se libra de los mossos, que se encuentran, de buenas a primeras, con el vacío entre los dedos. Guerao y Ramón reaccionan y se lanzan en pos de Gaspar Bermúdez, alias el Rata. El inspector, que confía más en las piernas jóvenes de sus agentes, se limita a apurar el paso.

El Rata se ha apoyado en dos coches, ha mirado hacia delante, y ha saltado a la calzada para cruzar la calle. Un motorista, sobresaltado por su súbita aparición, cae ante Óscar, que se ve obligado a esquivarlo. Estaba a punto de abalanzarse sobre el Rata cuando el motorista se ha venido abajo sobre sus pies. Gaspar Bermúdez, el Rata, mira hacia atrás y constata que lleva unos metros de ventaja. Solo piensa en cruzar el Paral·lel y perderse entre las empinadas calles del Poble Sec en dirección a Montjuïc. El autobús 64, que remonta la avenida desde el mar y no se ha detenido en la parada por falta de usuarios, circula a buen ritmo. El Rata, con la vista fija en la acera de enfrente, no ha podido verlo. El atropello es violento y el golpe extrañamente sonoro, pero no tanto como el grito de una señora que espera en el paso de peatones. El autobús frena con el consiguiente escándalo de neumáticos y el rebotar de los pasajeros en su interior, pero es demasiado tarde, el cuerpo de Gaspar Bermúdez va a parar sobre el asfalto. Pronto un reguero de sangre parte desde su sien y se aleja en dirección al Bagdad.

Los mirones se arremolinan en torno al Rata y son despachados con prontitud por los agentes, mientras Guerao llama ya a una ambulancia. Escalona no puede evitar pensar que cada vez tienen menos pistas, que, fuera el Rata de la circulación, apenas queda ya ningún hilo del que merezca la pena estirar. No es un gran pensamiento, ni dice mucho de su poseedor, reconoce con disgusto. Con el cuerpo del infeliz junto a sus pies, Escalona comprueba cómo demasiado a menudo los polis son, primero, polis, después personas

—Coño, Óscar, ¿en qué estabais pensando? —recrimina el inspector a los dos agentes.

—Lo siento, jefe. Yo no… —es Ernest el que se disculpa.

Óscar está tan confundido, tan asustado, que siente ganas de vomitar. Desde luego, por la palidez amarillenta de su rostro

demudado no parece dispuesto a hacer grandes discursos.

—Mierda, jefe, mierda —se lamenta Guerao al acercarse al cuerpo que, tendido en la calzada, parece todavía más menudo. Tampoco el agente puede dejar de pensar como un policía, comprueba el inspector a modo de consuelo de tontos—. ¿Y ahora qué?

Del bolsillo de la cazadora tejana del detenido ha caído a la calzada un mechero, un DNI con la cara de una rubia de nombre Elsa, una bola de papel de plata con unos restos de hachís, un cigarrillo roto, un billete de veinte euros, unas monedas y un par de dólares americanos tan arrugados que el inspector no consigue identificarlos hasta haberlos podido estirar con ambas manos.

—La ambulancia no tardará —dice Guerao, que cierra el móvil con un chasquido.

Capítulo nueve

Martes, 11 de octubre

Cuando el inspector Escalona se sienta a la barra del bar cercano a la comisaría para pedir el primer café de la mañana, algo entre la feligresía le indica que el día no empezará bien. Los cuatro habituales, todos ellos conocidos, comparten espacio con un puñado de gente que trasiega móviles, diarios y libretas. Uno de ellos lleva, colgada del cuello, una cámara con objetivo extralargo incorporado, más adecuado para reportajes gráficos en Guantánamo. Su dilatada experiencia le permite identificarlos rápidamente, los plumíferos en Nou de la Rambla nunca indican nada bueno. El camarero, algo más apresurado de lo normal, acaba de depositar la taza frente a él, y al hacerlo ha vertido unas gotas sobre el plato. El inspector prefiere no pensar, por eso concentra su atención en el café a medio derramar y, utilizando sus cinco sentidos, rasga el sobre de azúcar. Intenta no cavilar más, opta por ignorar lo que significa la prensa en las proximidades de la comisaría. Nada bueno, se dice, los periodistas, como algunos animales, huelen la sangre, la reconocen en el aire. El inspector no cree en augurios, ni en horóscopos, ni en señales de ningún tipo. No quiere ni desea buscar tres pies al gato, pero algo le dice que el día tenderá a empeorar.

—No tiene usted palabra. Es un hipócrita y un traidor.

Helena Moon no ha tomado asiento. Se ha plantado mucho más cerca de lo que aconsejan todas las convenciones sociales y, a falta de dardos o de puñales, acaba de arrojarle sus palabras al cogote. El inspector da un respingo y se vuelve hacia la mujer. La periodista grita en voz baja, no todo el mundo sabe hacerlo, pero ella, los ojos en llamas, los dedos tensos del que está a punto de sacudir una bofetada, y el cuerpo, también extralargo, completamente erguido, sigue ultrajándole sin misericordia. A Escalona el café acaba de entrarle por cuantos orificios tiene en el rostro y permanece unos

segundos tosiendo y escupiendo a la vista de todo el mundo. Está en un apuro, no tanto porque apenas consigue respirar y expulsar el café al mismo tiempo, sino porque la periodista no ha dejado ni por un momento de insultarle.

—¿Qué está diciendo? —consigue articular cuando da por superado el aprieto—. ¿A qué viene todo esto?

—Viene a que usted y yo teníamos un acuerdo. Usted se comprometió aquí mismo a avisarme cuando…

La mujer de los labios rojo hemoglobina se ha acercado todavía más, Escalona advierte su respiración acelerada y su intenso perfume a incienso y a resina. Cuando a punto está de añadir que es un cabrón y un malnacido, tras haber salpicado su apremiante parlamento con unas cuantas lindezas en la lengua de los lores, el inspector se pone en pie y consigue que calle unos instantes.

—¿Qué es lo que ha pasado? No sé de qué me está hablando —se defiende el inspector, subrayando sus palabras con las manos abiertas y las palmas en dirección al mugriento techo del bar abarrotado.

—Que no sabe. Será…

Lena Luna respira profundamente, como si tomara aliento tras una larga y penosa carrera. Ha arrojado el bolso sobre el mostrador y se encarama sin el menor esfuerzo a uno de los taburetes. Parecen sobrarle piernas. Con una señal imperiosa le indica al atribulado camarero que le sirva un café.

—Será capullo… —murmura la periodista. Por unos instantes, el camarero, sobreocupado, valora la posibilidad de ofenderse.

—No, no sé de qué me habla. Y la verdad, no sé si quiero saberlo —se reafirma el inspector, que pide otro café que sustituya al que acaba de nebulizar sobre la barra.

—Usted se comprometió a avisarme una hora antes de que se convocara la rueda de prensa. ¿Se acuerda, inspector? ¿O no sabe de qué le estoy hablando? ¿Y de mi cara? Soy Helena Moon.

Los ojos de la mujer se han achicado mientras sus labios, desdeñosos y coléricamente rojos, se le antojan al policía cada vez más grandes. Helena Moon revuelve en el interior de su bolso hasta dar con un paquete de cigarrillos, enciende uno y, sin mirarle siquiera, le tiende el paquete al inspector. Escalona lo acepta, algo le dice que lo va a necesitar.

—Recuerdo perfectamente lo que dije. ¿Puede usted explicarme por qué se pone así? —pregunta mientras acerca el extremo del cigarrillo a la llama que le acerca Helena Moon.

—Vamos, hombre. No me venga con ésas. No me dirá usted que no sabía nada.

—Puede usted creerme o no, pero le aseguro que no sé ni de qué me está usted hablando —responde Escalona soltando el humo muy despacio.

—¿Por qué se cree que están estos aquí, inspector? ¿Por el café? ¿Quiere hacerme creer que no le han dicho nada?

Helena Moon señala el aforo repleto del bar. Escalona se alarma, algo en el estómago, la víscera más sensible de todo su organismo sin lugar a dudas, le indica que debe prepararse para lo peor, que siempre está por llegar. El estómago en caída libre es el mejor de los indicadores. Hay quien tiene una rodilla que le avisa del mal tiempo o de un cambio inesperado en la humedad ambiente, a Escalona el estómago le sirve para encogerse sobre sí mismo, para parapetarse en el mejor de los casos. Si el estómago se revuelve es porque a punto están, en palabras de la abuela crédula y agorera, de caer los chuzos de punta.

—Dentro de un cuarto de hora, el comisario Perelló recibirá a la prensa para dar a conocer al asesino del dólar. No me diga que usted no sabía nada. Usted estaba allí cuando lo del autobús. Me lo han contado. Todo pasó en sus narices. Y no me diga que no. Lo sé. Ya le dije que tengo contactos. ¿Me toma por imbécil?

Helena Moon, los brazos interminables y la larga cabellera sometida a los rigores de sus gestos airados, es la viva imagen de la furia apenas contenida. Viste un jersey rosa post-it. Su color le recuerda,

con la molesta intensidad de los recuerdos ingratos, a los papelitos fluorescentes en casa de los Gual.

—Estaba allí, claro que estaba allí, pero no tenemos pruebas. El Rata salió corriendo, pero no hay otras pruebas. La gente como él siempre tiene algo que ocultar. Si pueden, salen corriendo. Lo han hecho toda la vida, pero eso no quiere decir nada. Siempre hay una causa pendiente, un robo, un escaqueo, algo que es mejor que no salga a la luz. ¿Qué otra cosa espera que hagan? No hay pruebas contra él. Ni contra nadie. Si yo mismo me ocupo del informe.... No hay nada probado, alguna sospecha, pero…

—No me venga usted con ésas. Si el comisario dice que ha sido él, eso es lo que estos van a publicar. Y usted, usted es… Usted es un traidor, inspector. Un puto traidor. Yo no tengo acreditación. Y usted, inspector, no tiene palabra.

—Mire, lo que yo soy o dejo de ser es asunto mío. Y si no la he avisado es porque no creo que el Rata haya matado ni a Margarita ni al juez.

Escalona ha dejado tres euros sobre la barra metálica del bar y se aleja sin despedirse, sorteando a los reporteros que se saludan animadamente mientras recogen ya sus trastos. En dos zancadas se presenta en comisaría.

Quizás todavía esté a tiempo.

En la sala en la que tienen lugar este tipo de cosas, Perelló recibe ya a los primeros periodistas. Por lo que Escalona acierta a oír, les advierte, en confianza, que todavía no se conocen los detalles. Es una señal de cordura, solo faltaría que además se dispusiera a dar una explicación exhaustiva de la nada más absoluta. El inspector se acerca al comisario, pretende hacerle entrar en razón. No hay nada irrebatible en lo poco que saben. Solo Bernardo Louriño o el Flipi podrían ser de alguna ayuda, pero a estas alturas, cuando todo el Raval sabe lo sucedido con el Rata y mientras el Pecas continúa retenido, dar con ellos va a ser más difícil que conseguir discreción de los redactores.

—Comisario, puede que el Rata no tenga nada que ver. No hay pruebas, señor. Ni huellas, ni testigos… No hay nada —le dice Escalona cuando consigue llamar su atención durante unos instantes y llevárselo hasta una esquina—. Solo un par de dólares, pero eso no le incrimina, comisario

Habla en voz muy baja, Perelló no soportaría una corrección formulada en público.

—No me venga con monsergas, Escalona. ¿Tiene otro sospechoso? ¿Por qué cree que salió corriendo en cuanto le vio? ¿Porque no le gusta su jeta? Es como decir que dos y dos no son cuatro. Además, han encontrado dólares en sus bolsillos. ¿Todo eso no le dice nada?

—Pero el juez no va a considerar… Vázquez Llorca no se va a conformar con… Además, el Rata pudo limpiarle la cartera a un guiri. Esto está lleno de americanos por todas partes, cada día hay cuatro o cinco denuncias de yanquis que se han quedado sin dinero y sin papeles. ¿El carné de esa chica no nos dice nada? Es danesa, pero no sabemos de dónde venía, quizás acababa de llegar de Nueva York, o de Boston. Si le limpió el bolso… El Rata se dedicaba a eso, comisario, a robar carteras, a pegar tirones y a trapichear con cuanto le saliera al paso.

—Mira, Escalona, tal y como yo lo veo existe una probabilidad elevada de que el Rata se haya cargado a los dos, uno detrás de otro. A ella, por deudas; a él, por haberlos visto juntos. Eso es lo que voy a decir. Además, el Rata la ha palmado esta madrugada, está tieso y en el depósito. Por si no llevas la cuenta, es nuestro tercer cadáver y tenemos que dar alguna explicación.

Perelló hace una pausa, también los comisarios necesitan aire para respirar.

—Y si al Rata no le gusta lo que hay, que llame a su abogado —añade.

Hay sarcasmo en sus palabras, la socarronería del perro viejo. Que no siempre es el más sabio.

—Lo dejaré así, Escalona, como presunto culpable, añadiré que

faltan por cerrar un par de asuntos, pero que con toda seguridad... La sentencia no es problema mío. Además, si quiere seguir investigando, puede hacerlo, pero no me toque los huevos que esto está a punto de empezar y tiene mucho que callar. Ya me explicará en otro momento cómo salió corriendo un tipo así delante de tus narices. Cinco agentes allí mismo y se les escapa de entre las manos. Porque estaba allí, ¿verdad, inspector? ¿O me equivoco?

—Pero… —insiste Escalona con la voz desmayada.

La mirada de Perelló es elocuente y no admite consideraciones de ningún tipo. Ha echado a andar en dirección al atril sobre el que se apoyará durante su parlamento. Escalona abandona la sala. ¡Con toda seguridad!, piensa mientras se acerca a la puerta atestada ya de gente. ¡Con toda seguridad! De reojo advierte que Helena Moon ha conseguido entrar y toma asiento junto a la puerta, mientras habla por un móvil diminuto que aplasta contra su oreja. Con la mano libre podría estar tejiendo un poncho o una bufanda roja. La mujer lleva una acreditación, probablemente falsa, colgada de una pinza que se sujeta en una cadena larga que pende de su cuello. La tarjeta cuelga del revés, como en un descuido. Quizás sea su tarjeta sanitaria, o la del súper, la cree capaz de eso y de mucho más.

Necesita oír la voz de Teresa. Aunque sea una Teresa desconsolada la que responda al teléfono, aunque él no tenga palabras, aunque ella quizás no quiera oírlas.

Escalona encamina sus pasos hacia el despacho, necesita pensar, estar a solas con sus cavilaciones y con su ira. Cuando la rabia vaya de baja, telefoneará a Teresa. No quiere buscarse más problemas de los que ya tiene, por eso prefiere dejar pasar unos minutos antes de mover ficha. Quizás hasta encienda un cigarrillo de los que guarda en el primer cajón de su mesa para ocasiones como esta, en las que lo mejor que puede hacer uno, si ese uno es un policía indignado, es contemplar el humo y vaciar la cabeza durante unos instantes. La abuela, la misma que creía en el mal fario de los gatos negros, entendía que la rabia contenida hacía que la sangre se coagulara en la cabeza. Era la mala sangre, la sangre que se acumulaba entre las sienes y empujaba a cometer todo tipo de disparates a los seres

menos propicios. Era la sangre contaminada por la ira, que Santiago de niño imaginaba espesa como el barro con el que trazaba caminos o levantaba puentes junto a la puerta de la casa familiar. Una casa grande y ruinosa construida aprovechando uno de los muros de la iglesia. La casa a la que volvía algunos veranos siendo todavía un crío, cuando quedaba durante semanas al cuidado de los abuelos maternos.

La abuela hablaba de la mala sangre que había empujado a un pariente a coger una escopeta de caza y descerrajar dos tiros a su hermano en mitad del pecho. También recordaba a una mujer que había intentado ahogar a otra metiéndole la cabeza en el agua helada del lavadero comunal, al tiempo que gritaba: te mataré, zorra, te mataré. Quizás fuera la mala sangre, pero seguramente tuvo algo que ver que el marido de la primera mantuviera relaciones carnales sostenidas con la víctima. Tampoco debió de serle indiferente el hecho de que esta se jactara de ello a todos los vientos en repetidas ocasiones y con lo que popularmente se conoce como recochineo. En un pueblo como aquel no había nada más público que el lavadero.

Y aunque sabe que las cosas no son exactamente así, el inspector pone todo su empeño en distender los puños y airear los pensamientos. Ha aprendido que conviene respirar hondo y pausado unas cuantas veces para expulsar con cada espiración algo de la mucha cólera acumulada. La abuela también recomendaba beber mucha agua para anegar la irritación, era su forma de licuar la sangre demasiado espesa.

Todavía no ha colgado la americana del perchero y va por el cuarto resoplido de cierta intensidad cuando Evaristo asoma la cabeza por la puerta.

—Tengo lo que me pidió, pero no sé… Es todo un poco confuso, hay una hija, pero…

—Explícate —le ordena el inspector impaciente mientras toma asiento y le indica a Evaristo que puede hacerlo. Había olvidado por completo el asunto de Marisa—. ¿Hay una hija o no hay una hija?

—Mire, no sé qué es lo que pasa, pero nadie en el barrio sabía que

Felipe Portals y Carmen Puente tuvieran una hija. Pregunté en la panadería, en la carnicería, en el quiosco… Tuve que decir que era del censo, que nos habían llegado noticias de que en la casa vivían tres personas... Dije que había subido y que no estaban en casa y que por no perder el viaje... Bueno, lo de siempre, pones cara de buena persona, enseñas un par de impresos… No falla, siempre hay alguien que habla… En todas partes los conocen, sobre todo a ella, que es la que más se mueve por el barrio; coinciden en que es buena gente, pero nadie sabía nada de una hija. Nadie la había visto.

Escalona, al que el asunto de la supuesta hija de la pareja le interesa más bien poco, se alegra de poder aparcar por unos instantes al Rata, a Margarita Román y al juez que se dejaba comprar, y concentra su atención en las palabras del agente.

—Subí hasta el tercer piso y llamé al timbre. Estaba la mujer sola, el señor Portals había salido. En eso nos acompañó la suerte, inspector. Le mostré unos impresos de color azul, de esos que ya no nos sirven porque han cambiado el membrete. No los leyó, ya sabe, inspector, los miran, pero nunca los leen. Le dije que estábamos revisando el censo. La mujer no desconfió de mí, al contrario. Hasta me ofreció una cerveza.

El agente sonríe y hace una pausa muy breve que aprovecha para acercarse algo más a la mesa, como si estuviera a punto de entrar en materia.

—El caso es que me explicó que en el piso vivían los dos solos. Yo le insinué que sabíamos de la existencia de una hija, pero que no teníamos los datos al día, que necesitaría…

—Sigue, Evaristo, sigue. Me lo puedo imaginar.

—Tienen una hija, inspector, una hija llamada Reyes porque nació un seis de enero. Pero si quiere que le diga la verdad, Dios no les envió un gran regalo, debía de andar celebrándolo —Evaristo ensaya una mueca que quiere ser sonrisa—. Según me explicó su madre, la hija está enferma, siempre lo ha estado, desde que nació, algo sucedió durante el parto, algo irremediable, una de esas cosas que te crujen la vida. Necesita cuidados continuamente, tiene problemas de motricidad, ataques, no puede llevarse la comida a la

boca… No sé, una de esas cosas que no tienen remedio. La mujer se me puso a llorar allí mismo. Hasta yo me hubiera puesto a llorar. Y no tuve tripas, inspector. No le pude preguntar por el diagnóstico. Pensé que no era necesario…

—Ya, no te preocupes. Tienes razón, no era necesario. Sabemos que hay una hija pero, por lo que cuentas, no parece probable que vaya a vivir sola a ninguna parte. Por lo tanto esa carta…

—Yo diría que no puede vivir sola. Ni ahora ni nunca. Pero si queremos saber algo más se le puede hacer una visita, una comprobación. La madre me dijo que llevaba toda la vida ingresada en una residencia, ahora está en Terrassa, en la carretera de Matadepera; que la visitaban cada quince días, que siempre estaba igual. Me explicó que el subsidio por disminución y parte de las pensiones que cobran ella y su marido va a parar a un centro para disminuidos, una institución privada. En definitiva, que quieren lo mejor para ella, y están convencidos de que lo mejor era una residencia privada. No creo que sea difícil dar con esa pobre chica.

—Bien hecho. Es suficiente. Quizás le haga una visita. Todavía no lo sé. Y te agradecería que no hablaras de esto. Ya te dije que era un asunto personal, una amiga que se va a quedar en la calle y…

—No necesito explicaciones, inspector —responde el agente poniéndose en pie e iniciando la retirada.

—Gracias, puedes irte. ¡Ah! Si tienes un rato, añade lo del Rata al atestado y le enviaremos una copia a Vázquez Llorca.

Evaristo asiente. En un papel sobre la mesa alguien, probablemente Ramón, ha dejado la lista de los números memorizados en el móvil con el que el Rata saldó su deuda de juego. En un post-it amarillo ha anotado:

Esto es todo lo que he podido sacar del móvil del Pecas.

Es una lista larga y en ella identifica algunos nombres bien

conocidos en las calles del Raval. El Rata, el Muelas, el Flecha… No es de extrañar si el móvil fue birlado, como cabe suponer, en una de sus callejas. Un tal Vidri cuyo nombre al inspector no le suena de nada… Patry, Yoly, Débora, Puri, Mao, Lola, Estefanía… Resigue con la vista otros nombres que le resultan desconocidos: R. Aparicio, T. Monreal, J. Tapia, M. Benítez, el Cura... También aparece el teléfono de Clima.X S.A., el de Raúl Foix y el de un hombre al que la persona a la que perteneció el aparato conoce como Enrique. ¡Bendita casualidad! Foix, Clima.X S.A. Sin duda, Margarita llamaría Enrique a su hermano Enrique Román. Hay que joderse, piensa el inspector llevándose la mano hasta la boca como para frenar una exclamación poco oportuna.

—Hay que joderse —se le escapa entre los dientes.

Escalona se levanta bruscamente y recupera del bolsillo de su americana la libreta con sus notas, recuerda conservar el teléfono de Enrique Román. La comprobación será inmediata. Todavía le tiemblan las manos de rabia cuando la sorpresa se convierte casi en una convulsión. Ha empezado a sudar como un estibador a principios de agosto. Efectivamente, es el mismo número. No le cabe ya ninguna duda, el móvil pertenecía en vida a Margarita. El Rata no mentía, su propietaria no lo va a echar en falta.

A veces la suerte acompaña, piensa el inspector mientras regresa a su silla con la sangre recorriendo su sistema arterial a una velocidad de vértigo y el corazón bombeando como si en lugar de impulsarla intentara achicarla antes de sucumbir. Necesita tiempo, tiempo y silencio para pensar. Si el Rata tenía el móvil, quizás Perelló no andaba equivocado. Quizás el Rata mató a Margarita por un puñado de euros. Quizás…

Tantas emociones bien merecen ese cigarrillo. Las manos se le escapan hasta el primer cajón y, con un temblor que momentos antes no estaba entre sus dedos, prende un cigarrillo rubio. Para Escalona, fumar rubio es lo que para otros fumar light. Soltar el humo muy lentamente le tranquiliza, le sosiega y le ayuda a pensar. Siempre ha confiado en las propiedades relajantes de un cigarrillo a solas. Pronto, dentro de unos meses, entrará en vigor la prohibición de fumar en los centros de trabajo y el inspector le ha echado el ojo a una salida que da a un patio interior en el que nunca ha visto a

nadie y que piensa utilizar solo en caso de apuro. Con el pitillo mediado y el convencimiento de que no hay más vuelta de hoja y de que ese móvil es oro en paño, el inspector regresa a la información memorizada por la tarjeta.

En una columna paralela a la anterior aparecen las últimas llamadas recibidas por la víctima. La última, una hora aproximadamente antes de su muerte, se realizó desde un número desconocido para Margarita, quizás desde una cabina. Hay otras previas de Patry y de Lola, pero fueron hechas a media tarde. Otro par de llamadas en días anteriores solo han sido registradas mediante el número desde el que se realizó la conexión, la persona a la que pertenecía el aparato no figuraba en el listado de Margarita.

Puede empezar por hablar con las amigas de Margarita, quizás sepan decirle algo; puede mandar averiguar alguna cosa sobre ese tal Vidri, suponiendo que se trate de un hombre y no de una mujer o de una empresa de sustitución de cristales; puede averiguar todo lo posible sobre Aparicio, o sobre Tapia. Puede estirar de muchos cabos, hacer un par de visitas, ordenar rastreos telefónicos, seguimientos, puede… La investigación, mal que le pese a Perelló, sigue abierta como una herida en el vientre, piensa Escalona, y le sonríe despiadadamente al aire.

Mientras todo ello se arremolina en su córtex y el inspector intenta serenarse para decidir por dónde conviene empezar, Ramón asoma la cabeza por la puerta del despacho. Cobija las manos en los bolsillos del pantalón, parece afligido. El inspector se jugaría la paga a que el agente no ha pegado ojo.

—Acaban de llamar —notifica cariacontecido, acercándose hasta la mesa en la que Escalona apaga el cigarrillo, liberando al hacerlo algo más de la rabia congregada entre sus meninges y escapando así, según creía su abuela, a una embolia fulminante—. El Rata está camino del depósito para la autopsia, se lo han asignado a la doctora Millares.

—Busca en la guía, pregunta, haz lo quieras, localiza estos nombres, pero no se te ocurra llamar ni identificarte, solo localízalos. Si no lo consigues, pide una orden para que la compañía nos facilite la información. Yo mismo hablaré con Vázquez Llorca. Es largo, por

eso conviene empezar cuanto antes. Localiza a Guerao, no sé dónde anda, y que se vaya a ver a Raúl Foix, que le pregunte todo lo que se le ocurra, que le apriete las tuercas, quiero que el cabo entienda que no bromeamos. Si es necesario, que le diga que lo haré venir a declarar, que he pedido una orden de registro… Lo que quiera. ¡Ah, y que pase otra vez por el Ideal por si el camarero hubiera recordado alguna cosa! Que le enseñe todo lo que pueda, fotos de Rius, de Foix, que pregunte por ese Vidri, igual le suena. Y que busque al Muelas, que a ese no se le escapa nada. Nunca se sabe.

El inspector hace una pausa, está recapitulando. Todavía le tiemblan las manos, pero la rabia ha desaparecido.

—Dile a Silvia que llame a estas dos, a la Patry y a la Lola, deben de ser del oficio y hablaron con la víctima pocas horas antes. Que hable con ellas, que les pregunté todo lo que se le pase por la cabeza, pero sobre todo si había alguien que acosaba a Margarita Román, si la habían amenazado, si le tenía miedo a alguien…

Ramón, algo más animado, se dispone a abandonar el despacho. Ha sacado las manos de los bolsillos y ha anotado obedientemente las instrucciones. El inspector advierte que parece confortado por la actividad. Siempre es así. También él prefiere estar ocupado. No hay mejor manera de alejar el recuerdo reciente y espantoso del Rata tendido en la calle, sangrando.

—¡Ah, Ramón! No te vayas, espera —añade el inspector—. Le dices a Ernest que pongan al Pecas en la calle, no podemos retenerlo más. Y que lo sigan, que lo sigan hasta el fin del mundo. Muy lejos tampoco va a ir. Que no vuelvan sin Bernardo Louriño. Si pillan al Flipi, que lo traigan. Y si tienen que cepillar el barrio, que procedan…

Cuando acaba de hablar, y al hilo del recuerdo del Rata agonizante en la calzada, a Escalona le viene a la cabeza el rostro amarillento de Óscar y sus arcadas incipientes. Antes de que Ramón desaparezca definitivamente, le ordena.

—Si Óscar anda libre, que se lo lleven. Puedes irte, Ramón, creo que no hay nada más.

El inspector sabe que debe mantener informado a Vázquez Llorca, que, a estas alturas y de creer a Perelló, debe de andar considerando el caso cerrado. Necesita comunicar al juez las últimas novedades y obtener su autorización, pero, en el último momento, justo antes de marcar el teléfono del juez, decide aplazar la llamada durante unos minutos; la conversación con Vázquez Llorca bien puede esperar un rato. Lo que el inspector desea hacer es oír la voz de Teresa al otro extremo del hilo telefónico. Le gusta revisar los hechos con ella, hacer que le devuelva sus propias palabras, que las corrija, que las desmenuce y que añada todo lo que le parezca. Escalona es un gran observador, pero Teresa es intuitiva, no sería la primera vez que la agente advierte cosas que han pasado desapercibidas a la vista o al oído del inspector. Su colaboración, y en especial su compañía, le resultan irremplazables. Esta última carencia le impide sentirse vivo, enardecido por el nuevo rumbo que toman las cosas, como lo hubiera estado años antes en parecida situación. La ausencia de Teresa, su lejanía, no le permite experimentar esa dulce agitación que precede a menudo a la resolución de un caso. Durante los años que siguieron al abandono de Marisa, obtenía sus escasas fuerzas de esa conmoción que se deriva de la determinación de unos indicios inesperados, de la aparición de una prueba sorprendente o de un testigo insospechado. Vivía para investigar y se desvivía por ello. Una vida mermada, un ir tirando de un caso al siguiente sin conseguir levantar cabeza. Un asco.

Espera que sea su voz la que responda. Necesita oírla, comprobar que sigue allí y, sobre todo, cerciorarse de que no le olvida.

—¿Santiago? Tú, llamando a media mañana… ¿Has empeorado? ¿Ha pasado alguna cosa que necesite saber? ¿Te han abierto un expediente? —inquiere con una dosis de sarcasmo que al inspector le araña los adentros, como decía la abuela cuando los reproches no le resultaban del todo indiferentes.

—No, nada. Solo que tenía ganas de hablar contigo.

—¿Tú? ¿Ganas de hablar? ¡No me lo puedo creer! ¿Hay alguien apuntándote a la cabeza?

Con los adentros llenos de zarpazos, Escalona sale al paso.

—Estoy solo y necesitaba hablar contigo. Solo eso —admite.

—Estás mejorando, Santiago, sigue así. ¿Qué hay de lo de la prostituta? ¿Y de lo del juez? —pregunta Teresa, que tiene todo el tiempo del mundo y que no ha tardado ni un par de segundos en comprender que las cosas se han complicado—. ¿Ha habido alguna novedad?

—Sí, pero no sé si es buena —el inspector le explica en pocas palabras lo acontecido con el Rata, le habla de Perelló y de la rueda de prensa que, a juzgar por el murmullo que llega desde el pasillo, ha concluido ya. Le refiere su indignación y sus dudas, le habla de las pruebas insuficientes, de que todo flaquea, de que no han demostrado nada todavía.

—¿Dices que Perelló no te ha prohibido seguir con el caso?

—No, no lo ha hecho —reconoce.

—¿Y dónde está el problema? Si no lo da por cerrado es porque ni él mismo se cree lo que está diciendo. O porque no le importa rectificar, ya lo sabes. Creo que no deberías dejarlo, Santiago. Mientras no recibas órdenes, el caso sigue abierto.

—Yo también lo veo así, pero…

—Santiago, hay cosas que no está en tu mano cambiar. Perelló es Perelló. Tiene sus cosas, ya lo sabemos, hace lo que le parece, pero sabe reconocer el trabajo bien hecho. Lo ha demostrado mil veces. Si llegas a alguna parte, bien. Si no lo haces, nadie te va a venir con reclamaciones. Por una vez, Santiago, mira el lado bueno.

Escalona no responde. Sabe que Teresa tiene razón. Casi siempre la tiene.

—Hay alguna cosa más —añade.

El inspector le refiere el asunto del móvil. Teresa escucha atentamente y, aunque el inspector se ha animado un poco al alcanzar esta parte del relato, su voz no es la del que acaba de ver el cielo abierto.

—Eso es una buena noticia. Ese móvil es una mina. Sin embargo… Tú no estás demasiado contento, Santiago. En otro momento habrías salido corriendo a pedir pruebas, rastreos, te habrías echado a la calle detrás de esa Patry, habrías ido a buscar al Muelas y le estarías interrogando durante horas, habrías… Y en lugar de hacer todo eso, estás al teléfono hablando conmigo, que estoy fuera de la circulación y ni pincho ni corto. No eres tú. A ti te pasa algo más, Santiago. A mí no me engañas.

—Nada, no me pasa nada, solo que te echo de menos —reconoce, aguando dos onzas más de mala sangre y ahuyentando así el riesgo de obstrucción arterial.

—También yo, pero prefiero no pensar. Tengo veinticuatro horas al día para echarte de menos. A ti y a todos, a Guerao, a Evaristo, incluso a Perelló… ¿Sabes? No me lo puedo permitir, no mientras esté aquí. Si pienso en todo eso, si pienso en ti, si pienso en mi trabajo, en mi casa, entonces… Intento no pensar, es la única manera. Es como si la vida se hubiera detenido, como si... Ahora estoy aquí y no sé por cuánto tiempo. No sé ni…

—Y tu madre, ¿cómo está? —el inspector no quiere oírla hablar así, no puede imaginarla derrumbada.

—¿Ella? Cada vez peor. Yo creo que no me ve cuando me tiene delante, no solo no me reconoce, es que no me ve. Ya no puedo ni dejarla sola mientras duerme. Y eso que toma pastillas para casi todo y duerme muchas horas, pero a veces tiene sueños agitados, se mueve, se queja…Tengo miedo de que se caiga, o de que se despierte y no encuentre a nadie. Hace un par de noches yo estaba en la cocina y oí un ruido, la encontré en el suelo, gemía, pero seguía durmiendo. Se había caído y no se había despertado. Parecía una cría que estuviera soñando. Me paso la noche en vela, pendiente de si se mueve, de si llora, de si… No puedo dejarla sola.

—Lo siento Teresa, lo siento mucho —no se le ocurre nada más. En esos casos el inspector sabe que es mejor decir lo que hay, y lo que hay es eso.

—Ni de noche puedo dejarla sola, ya lo ves. He tenido que llevar una cama a su cuarto y allí duermo yo, a su lado. No dejo de oírla

en toda la noche, aunque no quiera. Pero prefiero no hablar más… Prefiero que me cuentes tú, me gusta saber…

El inspector permanece en silencio unos instantes. No puede continuar explicando. Hay algo en las palabras de Teresa, algo importante, se lo dice su estómago, esa víscera que se contrae en su interior cada vez que…

—Te llamo esta noche, Teresa. Te llamo y te cuento, ahora tengo que dejarte —le dice Escalona, que cree haber escuchado algo que puede llevarle a alguna parte, algo… Pero no sabe todavía de qué se trata. Es algo relacionado con las últimas palabras de la agente, algo importante—. Te quiero, Teresa —le susurra en voz muy baja, casi inaudible, antes de colgar. Hay cosas que el inspector no sabe decir en voz alta.

Teresa lo sabe, por eso ese te quiero apenas musitado le servirá para sobrevivir un par de días. También ella lo repetirá una y otra vez, cientos, miles de veces. Mientras recomponga la cama deshecha, mientras le acerque a la enferma la cuchara hasta la boca o mientras cepille su cabello largo y ralo.

—Te quiero, Teresa.

Escalona recupera una a una las palabras de la mujer. Las recuerda bien casi todas, son muy recientes, las conserva todavía frescas, como recién dichas: A veces tiene sueños agitados, se mueve, se queja… tengo miedo de que se caiga, o de que se despierte y… Ni de noche puedo dejarla sola. No dejo de oírla, aunque no quiera. Hay algo ahí que debería entender, por eso las repite interiormente, intentando reproducirlas en el tono que minutos antes empleó Teresa.

A veces tiene sueños agitados, se mueve, se queja… tengo miedo de que se caiga, o de que se despierte y… No puedo dejarla sola.

De un salto el inspector se levanta y arranca la americana del perchero. Sale del despacho como alma que lleva el diablo. No informar a nadie de sus movimientos se está convirtiendo en un mal hábito.

Otro más.

Solo es una posibilidad, Escalona lo sabe mejor que nadie. Bien poca cosa, una entre mil, una, quizás, entre varios miles, pero debe intentarlo. Ha llegado en coche hasta el portal. No tiene el día para caminatas. A falta de Guerao se ha hecho acompañar por Joaquim, un agente con el que se ha cruzado frente a la máquina de café y que le ha saludado con un leve alzamiento de cejas. Joaquim tiene la corpulencia de una nevera de dos motores y un peso mucho mayor, y no habla si no le preguntan. Y Escalona no es de los que preguntan.

El edificio le parece todavía más atroz que la primera vez. De las persianas originales, que fueron verdes, apenas quedan unas cuantas, todas ellas resecas y medio abiertas. Otras han sido sustituidas por láminas color marfil, verde quirófano o por una burda imitación a madera. El inspector echa un vistazo a las ventanas de los Gual; tal y como esperaba, las persianas están alzadas.

—¿Me esperas aquí? Vuelvo enseguida.

El agente asiente sin despegar los labios mientras recupera el diario que había dejado sobre el salpicadero al arrancar. No le viene mal un rato de tranquilidad, aunque sea en el interior de un coche de la policía, quizás hasta consiga echar un sueño.

Mientras sube escaleras arriba, el inspector experimenta ese vacío que se apodera de sus tripas cuando presiente la proximidad de un mal trago. Enfrentarse y mentir de nuevo a aquella mujer generosa, amable y bien dispuesta, sonsacarle, entrometerse en una vida de la que preferiría no tener conocimiento; ese, y no otro, es su propio infierno. El infierno del poli, la hoguera en la que se le consumen las entrañas. Recuerda que la Iglesia católica, en un alarde de modernidad, ha desmentido en ocasiones la existencia del infierno. Ha dicho de él que es un estado del alma. ¿Qué es, si no un estado del alma, esa angustia que va desde sus pulmones hasta la parte baja de su vientre? ¿Qué es si no un infierno?

—Señora Gual, soy yo otra vez.

La mujer parece sorprendida y, pasados unos instantes, los que tarda en reconocerle, sonríe aunque no encuentre motivos.

—Sí, le recuerdo, el comisario.

—Solo inspector, señora Costa, solo inspector. Bien, el caso es que le estuve haciendo unas preguntas. La verdad es que nos piden que seamos exhaustivos y olvidé preguntarle si en esta casa vivía alguien más. Un hijo, una hija… Un cuñado…

—Sí, inspector, en eso hemos tenido suerte. Nuestro hijo sigue aquí, se ha hecho mayor, pero sigue aquí, con nosotros. No sé qué haríamos sin él.

—¿Puede usted decirme su nombre? —pregunta Escalona por preguntar, puesto que desde la entrada vislumbra el papel enganchado en la puerta. Recuerda perfectamente lo que dice: habitación ferran.

—Pero pase, inspector, pase —le indica Clara Costa.

En el pequeño salón, Ferran Gual, padre, encarado hacia la tele, sostiene la cabeza erguida, mantiene los ojos abiertos y ni tan siquiera vuelve la cabeza cuando su mujer le notifica que ha vuelto el inspector. El hombre, que no parece haber oído sus palabras, podría ser una buena estatua viviente, perfectamente inmóvil, con las manos apoyadas en los brazos del sillón, completamente ajeno a todo y a todos; una pulcra estatua viviente, piensa el inspector.

—Mi hijo no está, pero puede usted preguntarme, quizás…

—Necesitaría su nombre completo y el número de su carné de identidad.

—Sígame, algo encontraremos —le indica la señora Costa abriendo la puerta de la que pende un papel anaranjado—. Ya le dije que por lo menos en eso hemos tenido suerte. Ferran se ha quedado aquí, con su padre y conmigo, podría haberse ido, podría haber encontrado un piso, pero… Trabajo tiene, y ahora dinero tampoco le falta.

—¿En qué trabaja su hijo, señora Costa? —pregunta el inspector, sin cruzar con ella los ojos. No tiene tripas y las que conserva parecen estar en llamas.

—Es repartidor, lleva un camión pequeño. Estudiaba Farmacia, quería trabajar en un laboratorio, pero las cosas se complicaron, no pudo acabar. Ya sabe, a veces pasan cosas que… Cosas que te cambian la vida. Todo se complicó y necesitábamos hasta el último céntimo. Pero no creo que le interese… Ahora reparte agua. No se vaya usted a creer que le regalan nada. Hay días que vuelve…

La mujer se ha acercado hasta la mesa de escritorio. En un tablero de corcho fijado a la pared hay varias fotos de un hombre joven que guarda una gran semejanza con su padre. Los mismos ojos muy abiertos, las mismas entradas profundas por encima de las sienes, la misma nariz pronunciada, las manos grandes y como las de su padre, faltas de tono.

Clara Costa desprende una de las instantáneas de las chinchetas que la sujetan. Es una fotografía grande e impresa en papel de escasa calidad, probablemente mediante una impresora a color. Ferran Gual Costa aparece sentado en un banco de piedra y hierro forjado que el inspector recuerda del Paseo de Gracia. La cabeza inclinada y apoyada contra un bajante de hierro, la sonrisa insinuada a medias, las manos decorosamente sobre los muslos y las pupilas oscuras clavadas en la persona que levanta acta de ese instante. La madre la mira y sonríe, Escalona echa un vistazo rápido al corcho del que la fotografía acaba de ser separada. Justo en el espacio que esta ocupaba momentos antes cuelgan varios billetes de dólar atravesados por otra chincheta. Ocultos habitualmente a los ojos del visitante, los billetes verdes con la cara de Washington han quedado al descubierto al apropiarse la madre del retrato del hijo.

—Aquí donde lo ve, con casi treinta años, sigue siendo tan tímido como cuando era adolescente. Es como si todo le alarmara, no ha tenido mucha suerte en la vida. Él no lo dice, no le oirá usted quejarse, pero sé que no soporta el reparto.

Clara Costa exhala un suspiro mientras vuelve a colocar en su sitio la desvaída fotografía.

Más allá cuelgan otras fotografías, grupos familiares, Ferran y un amigo de su misma edad ante la facultad de Farmacia, un paisaje de montaña que enmarca la imagen de un grupo en el que Escalona no acierta a identificar a nadie, Pau Gasol elevándose sobre las puntas de sus pies en un salto prodigioso, la fotografía de un cometa atravesando el firmamento… Sobre un calendario con el año entero a la vista, Ferran Gual ha marcado unas fechas con un círculo rojo. Mientras Clara Costa rebusca algún recibo en el que figure el de su hijo en un cajón de la mesa, el inspector se acerca al enorme corcho y saca una libreta pequeña de su bolsillo. Anota la secuencia de fechas resaltadas: 6 de enero, 9 de marzo, 9 de abril, 5 de mayo, 12 de agosto, 3 de septiembre, 3 de noviembre y 7 de diciembre. Ocho fechas, un total de ocho cifras; nueve, según se mire.

—Yo le insisto, le digo que debe salir, buscarse alguna chica, hacer su vida, pero no lo verá usted moverse de aquí… —mientras sigue hablando, Clara Costa levanta la cabeza, ha encontrado un recibo del banco. Advierte que Escalona anota alguna cosa, parece extrañada—. Inspector, ¿qué está usted haciendo?

Escalona comprende que es ahora o nunca, si la mujer incrementa su recelo habrá perdido una gran oportunidad. Hace de tripas coraje y responde:

—Nada, señora, es que acabo de recordar una cosa. Así que dice usted que su hijo casi no sale… Está en la edad, es un hombre bien parecido —señala mientras evita todavía mirarla a la cara—. ¿Ni los días de fiesta? Bien se irá por ahí alguna noche… Tendrá amigos…

—Eso es lo que he dicho. No sale casi nunca. Y nunca por la noche. Y ni una sola vez desde que su padre está así. Yo no puedo lavarle, acostarle, hacer que se tome la medicación… —dice la mujer indicando el pasillo con la vista—. Ya ha visto cómo está, mi marido es un peso muerto. A veces tiene momentos de cierta lucidez, incluso puede leer, por eso he puesto papeles por todas partes, para que se oriente, pero… Es mi hijo el que lo acuesta cada noche y lo levanta cada mañana desde hace tres años. Por eso pidió trabajar por la tarde. Llega a eso de las nueve y él se encarga de todo. Yo no sé qué haré cuando un día decida…

La mujer se yergue, algo ha cambiado en su semblante y la

desconfianza se apodera ahora de cada uno de sus rasgos. Ha perdido la sonrisa. Ella todavía no lo sabe, pero se le ha quedado prendida de unos billetes verdes de dólar.

—¿A qué viene tanto interés? ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué está usted buscando en mi casa? —en sus ojos hay miedo, y aprensión. Dos nervios que bajan desde sus maxilares le tensan el cuello. En un gesto casi automático la mujer se cruza la chaqueta de punto sobre el pecho como si pudiera así protegerse de lo que ha de llegar.

—Pura rutina, señora. Si me da usted el número de su carné de identidad ya habré acabado —las llamas en mitad de su estómago parecen a punto de convertirse en violentas e ingobernables arcadas.

Escalona siente asco de sí mismo, un asco intenso, insalvable. Le repugnan sus palabras y le repugna, todavía más, su cobardía. Su propia voz le asquea, por eso le resbalan las palabras de los labios. Como si las escupiera. El inspector mantiene los ojos bajos, no puede mirarla.

—Pura rutina —repite, siente la necesidad de decir algo.

Cuando, habiendo cursado varios años de Derecho, se incorporó al Cuerpo de Policía, nunca pensó que llegaría a aborrecer tan intensamente eso que habitualmente llamamos justicia. Jamás imaginó que un día le pesaría en el alma la resolución de un caso. Nunca creyó que alcanzaría a convencerse de que, en definitiva, no hay forma humana de hacer justicia. De las formas apuntadas por la divinidad, Escalona, que cree en muy pocas cosas, tampoco espera mucho. ¿Qué justicia puede aguardar Clara Costa? ¿Qué le quedará en la vida cuando detengan a su hijo? ¿Cómo sobrevivirá a tanto dolor? ¿Cómo podrá asumir que, cargada de buena voluntad, ajena a toda la inmundicia de este mundo, le ha mostrado voluntariamente una de las pruebas que permitirán elaborar la acusación contra su hijo?

Mientras piensa en todo ello y se siente como una maldita lombriz, anota el número que Clara ha encontrado en un recibo del banco. Su hijo lo guardaba en un cajón y se lo acaba de ofrecer sin apenas mirarle. Escalona cierra su libreta y la guarda. No puede evitar un

suspiro, que espera que la mujer no haya advertido. Haría lo que fuese por encontrase muy lejos de allí. Con las manos en los bolsillos se despide de la mujer, no le quedan arrestos para tenderle la mano. Tampoco ella adelanta la suya. Clara Costa permanece unos instantes en el umbral de la puerta a medio cerrar. Está muy quieta. Escalona siente su mirada horadando su espalda. En su rostro, surcado por las penas, la sonrisa ha dejado paso a la desesperación.

—Adiós, señora Costa —se despide sin volver la cabeza mientras enfila las escaleras. No volverá a respirar hasta haber alcanzado la calle.

Triste oficio el suyo, piensa mientras pone el pie en la acera con un suspiro. Joaquim, la cabeza inclinada hacia atrás, las manos cruzadas sobre el estómago, dormita. El inspector se aproxima al vehículo con un malestar creciente en el vientre, como una progresiva y molesta contracción, y los ojos de la mujer clavados en sus retinas.

Cada vez más a menudo se reconoce a sí mismo deseando no añadir más dolor al dolor, no causar más daño del que la vida ya ha infligido. Y sin embargo… A veces cree que preferiría…

A veces no sabe ni lo que cree.

Perelló se ha acodado en el mostrador de la entrada con el vasito de plástico en el que varias veces al día pasea el café. Parece contento y sostiene una animada conversación con Sáez, uno de los veteranos cuyo trabajo consiste en entregar una hoja informativa a los que preguntan cómo renovar el y en hacer esperar ordenadamente a quienes insisten en poner una denuncia por robo. El policía atiende a unos y a otros con una paciencia infinita y se libra de los extranjeros a los que han afanado la cartera en mitad de la Rambla nada más echarles la vista encima. Con el pulgar extendido, como si hiciera autostop, les indica que deben dirigirse al agente, hombre o mujer según cuadre, con el que comparte mostrador y rutina. Una parte de su sueldo, aunque el concepto no figure así en su nómina, la recibe por escuchar pacientemente a Perelló y formular, de tarde

en tarde, alguna réplica no demasiado mordaz. El agente Sáez tiene los ojos grises algo desvaídos, la cara llena de cráteres y una nariz levemente deformada por una hinchazón crónica. Le faltan unas semanas, muy pocas, para jubilarse y, a falta de un buen cava, lleva varios meses invitando a diestro y a siniestro a cafés de máquina para celebrarlo. No ve el momento de abandonar el mostrador y pasarse el día entero faenando en el huerto al que ahora dedica las festividades.

Con la mano libre, el comisario gesticula como si se encontrara charlando en la barra de un bar. Escalona juraría que hablan de fútbol. Sabe que Perelló no ha conseguido olvidar los años en los que entrenaba a un equipo de alevines.

—Si uno no está en lo que está, se jode y chupa banquillo. Y al que no le guste… —es Perelló el que sentencia al paso de Escalona.

El inspector, con la vista al frente y el gesto agrio, intenta pasar junto a ellos sin el más leve saludo. El agente, de natural afable, levanta las cejas y le sonríe. Perelló, al reparar en su gesto, gira la cabeza sin dejar de hablar y advierte la presencia de Escalona. Sin más, regresa al curso errático de sus palabras.

—Los hay que cobran mucho menos y se dejan las tripas en el campo. ¿Es o no es? —inquiere el comisario haciendo extensiva la pregunta al vestíbulo entero, como si hubiera decidido improvisar una tertulia televisada.

El inspector ha correspondido como ha podido a la sonrisa del agente. No tiene nada contra Sáez, al contrario, pero ni se le ocurre detenerse a saludar. Durante unos días prefiere no cruzarse con el comisario. Por lo de la embolia. La voz de Perelló resuena todavía en sus oídos cuando recorre la segunda planta en busca de Evaristo. Lo encuentra al teclado, como siempre. Bendito Evaristo. Cómo un hombre como él, más dotado para andar entre legajos que para patear las aceras o perseguir mangantes, ha ido a parar a una comisaría siempre le resultará un misterio.

—Deja lo del atestado, no corre prisa. Te necesito en la sala de reuniones. Y no te duermas.

Evaristo guarda la información y apaga el ordenador mientras el inspector busca a Guerao hasta dar con él. El agente está al teléfono, pero se apresura a dar por acabada la conversación cuando vislumbra la gravedad en el rostro del inspector. Escalona, cuyo estómago tras la visita a Clara Costa parece haberse retorcido en torno a sí mismo, como un trapo recién escurrido, no abre la boca. Involuntariamente, el inspector se lleva la mano hasta el abdomen y espera. ¡Maldito estado del alma!, piensa y se acaricia el estómago para aplacar la desazón. Cuando el agente cuelga el auricular, el inspector le ordena con una voz que no admite dilaciones:

—Ya hablarás luego. Localiza los billetes que encontré en casa del juez, trae también el que había bajo su martillo. Los quiero aquí lo antes posible. Estaré en la sala de reuniones.

—Estaba con lo del móvil, jefe. No hay manera de dar con ese Vidri, no hay ningún nombre así, ni apellidos, para mí que es un nombre cariñoso, algo así como churri o chati, o trasto, o nineta… —tuerce el gesto, no es un hombre de trato delicado y las palabras tiernas se le caen de los labios—. También suena como el apodo de un torero. Ahora no lo recuerdo, pero había uno que se llamaba…

A Escalona se le escapa el pensamiento; es cierto, había un torero… También podría ser una curiosa abreviatura de Viridiana.

—Yo qué sé, jefe, esas cosas que se dicen —replica el agente mientras se pone en pie—. En toda la puta ciudad no hay nadie que se llame así. Y llevo media mañana al teléfono.

—Vale, Guerao, luego me lo cuentas. Ahora vete a buscar los billetes, necesito comprobar una cosa.

Cuando entra en la sala de reuniones, Evaristo ya se encuentra allí. Ha levantado las persianas y ha colocado hojas en blanco sobre la mesa. No ha tenido tiempo el inspector de tomar asiento cuando Guerao entra ya con dos bolsitas transparentes que preservan las pruebas.

Abre primero la que contiene unos cuantos billetes y se acerca con ellos hasta la ventana. Los aproxima al cristal para recoger la luz y

comprueba que tienen un agujero en un extremo, hacia la mitad de uno de los lados menores. Todos ellos han sido perforados por lo que bien podría ser una chincheta, algunos presentan dos o tres agujeros, todos muy cercanos. Procede de igual modo con el dólar atrapado entre el martillo y la diminuta peana con la que el juez completaba su atrezzo. También ha sido agujereado varias veces, probablemente en el acto de desclavar y clavar los billetes para coger uno de ellos cada vez.

Hecha la comprobación y con la certeza tensándole las tripas, Escalona saca la libreta en la que ha apuntado los días señalados en el calendario de Ferran Gual. Informa a Evaristo y a Guerao de sus movimientos y, arrancando la hoja en la que ha tomado sus notas, la deposita sobre la mesa.

—Hay algo que no me cuadra. Ese chico no sale nunca por las noches, y es comprensible. No dudo de las palabras de la madre. Estoy seguro de que no se movió de su casa la noche en que mataron a Margarita Román. Él mató al juez, no me cabe duda, pero no puede haber apuñalado a Margarita. Sencillamente, no pudo haberlo hecho. No parece tampoco que tuviera motivo para ello, no sabemos ni si se conocían. Todo lo que tenemos está en esta mesa.

El inspector se interrumpe durante unos instantes, por su expresión abstraída parece continuar hablando para sí mismo. Levantando la vista, prosigue:

—Podemos estar hablando de dos casos distintos, de dos asesinos, uno para cada víctima. Sin embargo… Aquí falta alguna cosa. Creo que esas fechas quieren decir algo, no tengo ni idea, pero… —dice mientras señala con aire sombrío la hoja que acaba de dejar sobre la mesa. Es consciente de que, alertado cándidamente por su madre, Ferran Gual destruirá cualquier posible indicio que pueda incriminarle—. O mucho me equivoco, o no encontraremos mucho más.

Los agentes estudian las notas, pero tampoco observan nada. El inspector coge un calendario de cartón que encuentra sobre la mesa y señala en él las fechas anotadas. Tampoco eso le dice nada. Nada en absoluto.

—Son fechas, quizás son todas fechas señaladas. El 6 de enero es el día de Reyes, las otras quizás son los cumpleaños de la familia, de sus amigos. Creo que son días que significan alguna cosa —es Evaristo el que acaba de aventurar una explicación—. Yo siempre me olvido de los cumpleaños y los apunto en la agenda, quizás él no utilice agenda y prefiera un calendario. Aunque lo lógico sería indicar alguna cosa junto a la fecha.

El inspector comprueba que no figuran entre las fechas marcadas los días en los que murieron las víctimas.

—A lo mejor el hombre marcaba así los días en los que… Ya me entiende, inspector. Los días en los que echaba un polvo. Mi primo Lucas, que liga de uvas a peras, lo hace así. Lo sé porque lo he visto —es Guerao el que habla—. Si el polvo ha sido de los que no se olvidan hace dos círculos, si ha sido de los de siempre, uno solo. Lo tiene muy estudiado.

El agente sonríe ahora con picardía, pero el inspector no le ve la gracia. Separando los brazos del cuerpo y apuntando al techo con las palmas de las manos, implora:

—Por favor, Guerao… tenemos dos asesinatos. Lo que haga tu primo en sus ratos libres… No quiero oír más tonterías.

—Pueden ser los números de una cuenta bancaria —sugiere Evaristo.

—Ya, es una posibilidad. Pero ¿por qué ocultarla? Lo entendería si llevara el calendario en la cartera, pero si lo tienes en tu casa, en la pared de tu cuarto… Y ocho o, bueno, nueve números, tampoco es la cantidad…

—No, no es eso. Creo que ya lo sé. Es un número de teléfono. El total son nueve cifras, y la primera, el día de Reyes, un 6. Los móviles siempre empiezan por 6. Fíjese inspector, igual me equivoco, pero pudiera ser el 699512337.

—¿Un móvil? ¿Y de quién? ¿Por qué lo esconde? —el inspector, las manos en los bolsillos y gesto de sorpresa, piensa ahora en voz alta.

Guerao parece radiante, crecido. El agente desborda adrenalina.

—699512337 —repite por si no hubiera quedado claro, mientras anota la secuencia de números, olvidando el mes al que corresponden las fechas señaladas.

Aunque el inspector no acostumbra a felicitar a sus agentes, sabe que el hecho de tomar en serio sus palabras no deja de ser un reconocimiento.

—¿El móvil de quién? —repite el inspector casi sin darse cuenta.

—Fácil, inspector, se llama y lo averiguamos —propone Guerao, cuyos movimientos tienden alarmantemente a precipitarse.

—No, espera. Ni se te ocurra. No podemos llamar todavía. Déjame ver la lista de los números de Margarita.

—¿De la Romanos? Un momento, ahora la traigo.

Guerao tarda en hacerlo lo que ha tardado en decirlo. Es especialista en atravesar los pasillos a la carrera y en andar a tumbos por las esquinas de la comisaría.

—Míralo tú mismo —le invita Escalona.

—Este, no. Este, tampoco. Hum… Este tampoco. Ni este, ni este. Hum…No sé yo si… Hummm… —Guerao no deja de murmurar mientras oprime una y otra vez los botones del aparato—. Hummm... Esto es más largo… Sí, sí. Aquí está. El mismo. Aquí está. El 699512337. ¡Vaya hombre!

—¿Qué? Habla y déjate de tonterías —ordena el inspector con impaciencia.

—Es el del tal Vidri, ese que no aparece por ninguna parte.

—¿Vidri? —repite Evaristo—. ¿Quién demonios puede ser ese Vidri?

—Coño, un macarra, un chulo de barrio, yo que sé. Igual es un soplador de vidrio… O uno de esos que limpian los escaparates de

las tiendas. O de los que cambian los cristales rotos.

—¡Un soplador de vidrio! —exclama Evaristo con cara de incredulidad—. ¿Y qué pinta el teléfono de un cristalero oculto en el calendario de Ferran Gual? ¿Tú esconderías las Páginas Amarillas?

El inspector calla durante unos instantes.

—No, no va por ahí. No es lógico. Ferran Gual y Margarita lo conocían, demasiada casualidad —señala con la vista baja—. Se nos escapa alguna cosa, pero ¿qué?

El silencio se prolonga y los dos agentes, que lo conocen bien, prefieren no abrir la boca. No es buen momento para interrupciones.

Escalona hace un gesto brusco, atrapa el listado de Margarita y se lo lleva hasta los ojos. Relee: Vidri, seguido del número de teléfono. Con la misma brusquedad guarda la hoja en el bolsillo de su americana y ordena:

—Nos vamos. Coge tu móvil, Evaristo, vamos a comprobar una cosa.

Guerao, que ha alcanzado ya la puerta, pregunta si van a necesitar un coche.

—No hará falta, prefiero caminar. Necesito darle todavía un par de vueltas al asunto, hay muchas cosas en el aire, demasiadas. Caminar me irá bien. Quizás para el regreso…Todavía no lo sé, pero ya llamaremos a uno. No te preocupes.

Son casi las seis de la tarde cuando, dejando atrás la comisaría, los policías se aproximan al mar. Las aceras están atestadas de gente y junto al muelle en el que se balancean las embarcaciones de recreo hay jóvenes que pasean o que arriesgan los huesos subidos a unos enormes patines con las ruedas alineadas y las botas hasta media pantorrilla, o a abigarradas tablas de skate. Los camareros que actúan como reclamo de los numerosos restaurantes del paseo otean

ya en busca de guiris, de los que se sientan a la mesa a media tarde y sistemáticamente piden paella. El aire que llega del mar es ligeramente salobre, el que llega de las calles huele intensamente a sofrito y a calamar.

—¿Do you speak english? ¿Deutsch? ¿Parlez-vous français, monsieurs? ¿Italiani? ¡Prego! —pregunta un hombre con delantal blanco a la cintura y al hombro trapo del mismo color. Un bigote negro, probablemente teñido, le cruza la cara. Acaba de salirles al paso y les obliga a desviarse—. Sangría, signore, sangría.

Ante la total indiferencia del inspector y de sus acompañantes, el hombre, que lleva media vida captando turistas y que acaba de reconocer la derrota en el gesto torcido de Escalona, cambia de objetivo y aborda ahora a un grupo de mujeres:

—La mejor paella de todo el barrio, señoras. Les aseguro que en toda la Barceloneta no encontrarán mejor arroz. ¡Unas sardinas como no las han visto en la vida! ¡Y unas cigalas! Y a buen precio, señoras. ¡Atrévanse con nuestras cigalas!

El hombre continúa hablando, riendo y guiñando el ojo mientras adelanta la carta y la sitúa entre las manos de las mujeres que la rechazan y se alejan entre risas.

—¿Italiani? ¿Deutsch? Here, the great spanish paella, mister.

Pocos minutos después de internarse en las calles atestadas del barrio, Escalona se detiene para instruir a sus hombres.

—Llámame dentro de dos minutos, en cuanto crucemos esa puerta —ordena el inspector a Evaristo—. Y en cuanto me oigas decir tu nombre, cuelgas y llamas a este otro.

El inspector le tiende el papel en el que conserva el número cuyo propietario o propietaria Margarita identificó como Vidri, el mismo que Ferran Gual había disimulado codificándolo en la página del calendario.

Acompañado de Guerao, Escalona entra en la inmobiliaria. David Rius habla con otro de los empleados frente a una pantalla de

ordenador. Al ver entrar a Escalona y a su ayudante se le escapa un gesto de sorpresa, que oculta como puede con unas palabras de cortesía, que no de amabilidad.

—Hombre, inspector. Otra vez aquí. ¿No vendrá a decirme que se han cargado a Calzada? No tendré tanta suerte…

—No, señor Rius. Con un par de muertos tenemos bastante. Es que…

El inspector se interrumpe para llevarse a la oreja el móvil que ha empezado a sonar.

—Disculpe, señor Rius, será un momento —dice mientras responde la llamada con fingido gesto de fastidio—. Sí, soy yo… no, ahora no me vengas con tonterías, no, nada de eso. Haz lo que quieras. Adiós, Evaristo, te veo mañana.

Escalona cuelga y se dirige nuevamente e Rius.

—Perdone, es uno de mis agentes que está en Tarragona con no sé qué tontería y… ya sabe usted, los polis siempre tocando las pelotas… Bueno, como le iba diciendo…

En ese momento suena otro móvil, el que está encima de la mesa de Rius.

—Vaya, ahora es el mío —Rius sonríe confortado momentáneamente por la interrupción.

—Cójalo, no se preocupe. El trabajo es el trabajo —le invita Escalona quitándole importancia con un gesto de su mano.

—Pero en realidad no sé si… —se disculpa al no reconocer el número que aparece en pantalla.

—Cójalo, por favor —ordena el inspector con un tono que no admite réplica.

—David Rius, dígame. ¿Quién llama?... ¿Evaristo? ¿Evaristo qué más? ¿Es usted un cliente?

Rius parece extrañado y mira al inspector, que le alarga la mano.

—Creo que es para mí.

Rius, que no entiende nada y cuyos ojos supuran recelo, mira el aparato con resignación y se lo entrega.

—De acuerdo, Evaristo. Gracias. Ya puedes entrar.

Capítulo diez

Miércoles, 12 de octubre

Escalona no ha pegado ojo en toda la noche. ¡Maldito infierno! Con Gual y Rius en comisaría, el caso por cerrar y mil y una cosas en las que pensar, no ha conseguido alejar de su pensamiento a Clara Costa. Un daño colateral, como lo llaman ahora, siempre los hay. Tanto en el amor, como en la guerra, como en la ley. El mundo entero está repleto de daños colaterales, de hombres y mujeres perjudicados a perpetuidad. Siempre, siempre los hay; damnificados para los que no habrá pólizas, ni reconstrucciones posibles, ni coberturas, ni créditos blandos. Damnificados en distinto grado que continuarán con su vida en las peores condiciones imaginables. Escalona no se ha librado de los angustiados ojos de la mujer durante muchas horas. La ha recordado en el umbral de su casa, a punto de cerrar la puerta, con el temor en la mirada y sofocando a duras penas una súplica por determinar. El miedo en sus ojos y en el rictus de su boca.

Cuando ha empezado a clarear, harto ya de girar sobre su eje, el inspector se ha incorporado con un crujir de espalda. Lo ha pensado durante unos instantes, los justos para olvidar el dolor en sus vértebras lumbares, y ha acabado por abandonar la cama con un suspiro. La ducha ha sido larga, pero en absoluto reparadora, y su cara al enfrentarse al espejo es la del que se dispone a hacer frente a un cataclismo.

Ha decidido esperar a Paco, el del bar más cercano a su casa, junto a la persiana todavía baja del local. No quiere darse de bruces con Helena Moon, no lo resistiría, por eso ha resuelto evitar los alrededores de la comisaría y tomar el primer café en la conocida barra del bar de Paco. A esas horas, su propietario y único empleado no tiene clientes ni conversación.

—Ummm —dice Paco a manera de saludo mientras se agacha para quitar el candado e impulsar la persiana metálica hacia arriba—. Ummmmmm… —añade antes del empujón final.

Escalona responde con un cabeceo. No se ha agachado para ayudarle, ha recordado a tiempo sus agraviadas lumbares y se ha limitado a acompañar mentalmente el último envite. Traspasado el umbral, se sienta a la barra con la cabeza apoyada en ambas manos y espera a que Paco encienda la máquina y esta coja temperatura. Ninguno de los dos ha abierto la boca. Nadie lo espera, mejor así. Tiene una sensación extraña, le pesa la cabeza como una piedra sillar, cosa perfectamente lógica si las cavilaciones tuvieran un peso molecular y ciertamente extraña dado que la ciencia carece de pruebas al respecto. Sin embargo, a pesar de que incluso su cuello se resiente de un peso excesivo, su cabeza parece haberse quedado súbitamente vacía. Como si todo lo que le ha mantenido desvelado hasta el alba se hubiera esfumado en un instante, como si acabara de desaparecer en las entrañas de un muro como lo ha hecho momentos antes la persiana metálica.

De un par de sorbos y con la mirada del que practica un deporte de riesgo, Escalona acaba el café que Paco ha dejado ante sus narices, nunca mejor dicho, dada la posición del inspector con la cabeza totalmente vencida y con la cara a menos de un palmo de la barra. Deja una moneda junto a la taza y se va. El propietario del bar trastea botellas y cajas en el cuartucho junto al lavabo, ni tan siquiera ha vuelto la vista cuando ha oído restallar la puerta. Paco no abrirá la boca antes de que den las nueve.

En Torrent de l'Olla, Escalona detiene un taxi que tiene apagado el receptor de radio.

—Lo siento, jefe, pero le falla un fusible —se disculpa el taxista.

—No importa, está bien. Gracias.

A las ocho de la mañana el trayecto le resulta corto; hubiera preferido pasar más tiempo ensimismado y en silencio en la anónima parte trasera de un taxi. En pocos minutos el taxista estaciona ante la comisaría y el inspector se apea. No tiene el día para encuentros desafortunados, por eso, la vista al frente, salva la

acera en un tiempo record, un visto y no visto.

—Buenos días —le saluda Sáez con una sonrisa inexplicable y una larga cola frente al mostrador—. ¿Me acepta un café, inspector?

—Te lo agradezco, pero no, el cuerpo no me aguantará otro —responde Escalona llevándose la mano hasta el estómago—. Quizás dentro de un par de horas…

—Aquí estaré.

Y yo, piensa Escalona con los jugos gástricos en erupción y apretando el paso para no encontrarse con Perelló, al que no pretende dar más explicaciones que las estrictamente necesarias e ineludibles.

—Guerao, busca a Evaristo, a Ramón y a Silvia. Os quiero en la sala de reuniones dentro de un par de minutos.

—, jefe —responde Guerao mientras aprieta a correr por el pasillo. Le encanta jugar a las urgencias y en cuanto puede esprinta por las esquinas o, en un duelo personal e intransferible, se echa una carrera a sí mismo. Es joven, avispado, buena gente, pero sus glándulas segregan hormonas a discreción, como lo haría un surtidor de cerveza.

Escalona se sienta en la sala y se dispone a esperar. De nuevo se recoge la cabeza entre las manos. Hay días, piensa, en los que uno siente que le ha caído medio siglo encima. Días que podrían pasarse por alto.

Guerao entra en la sala mientras echa una mirada a su reloj. Probablemente el agente comprueba si ha rebajado su propia marca o si ha cumplido su misión en menos de los dos minutos señalados. Sonríe.

—Bien —empieza el inspector alzando la cabeza—. Si tal y como podemos pensar, Rius y Gual son los responsables de los asesinatos, hoy debemos conseguir una declaración. Tú, Ramón, y tú, Silvia, os acercáis al Ideal y le enseñáis al camarero las fotos de los detenidos. Si dice que no los ha visto nunca vais a la tienda de bolsos, a los

bares cercanos, ya se os ocurrirá. Quiero una identificación, y la quiero pronto, dentro de un rato. Quizás la necesitemos para tirarles de la lengua. Avisadme en cuanto lleguéis a comisaría, necesito saber qué es lo que han dicho. Ya os podéis ir —ordena—. Y si el comisario os pregunta, le explicáis lo que hay.

Escalona espera a que ambos agentes hayan salido antes de proseguir. Suspira. No puede evitarlo.

—Tú, Evaristo, estarás presente durante el interrogatorio, quiero que no te pierdas detalle, tú adelantarás el informe, quiero tenerlo pronto y se te dan bien esas cosas. Coge lo que necesites, ya sabes.

Evaristo asiente sin abrir la boca. De la misma edad que Guerao y de parecida complexión, sería difícil dar con dos personas más opuestas que ambos agentes.

—Puedes tomar cuatro notas de lo que sabemos hasta ahora y de cómo lo hemos averiguado, las pasaremos al juez y al comisario lo antes posible.

—Sí, jefe —remacha Guerao—. Que después se hartan de decir que va usted a su bola.

Escalona tuerce el gesto. Sabe lo que dicen, pero preferiría no oírlo a voces de labios de uno de sus mejores agentes. Alguna vez leyó en alguna parte que aquello que no se nombra es como si no existiera.

—Tú, Guerao, estarás conmigo, ya sabes lo que has de hacer. Empezaremos por lo que tenemos, no vamos a inventar nada. Son indicios, poca cosa, pero casi irrebatible. Con un poco de suerte, uno de los dos se acojona. Y si el camarero del Ideal se comporta… Escúchame bien, Guerao, si no hay resistencia y declaran por las buenas, tú te limitas a estar allí y a seguirme la corriente. Si hay que presionar me echas un cable, lo de siempre, pero no digas barbaridades, Guerao, piensa las cosas antes de soltarlas. ¡Ah! Comprueba si tienen ya un abogado o si les han asignado ya el de oficio. Les va a hacer falta. No creo que ninguno de los dos ande sobrado de liquidez. Empezaremos por Gual, espero que no nos lleve mucho rato. Creo que no tiene antecedentes.

—A sus órdenes, jefe —responde Guerao poniéndose en pie de un salto.

—Si no me equivoco, Rius nos lo va a poner difícil —aventura el inspector casi para sí mismo, porque Guerao anda lejos y Evaristo tiene ya un pie en el pasillo.

Escalona se levanta con un eco de dolor al final de su espalda y casi automáticamente se lleva la mano allí donde alguien le dijo un día que paraban los riñones. Ha vuelto a suspirar involuntariamente aunque, por fortuna para él, no quedaba nadie para advertirlo. No sabría cómo explicar lo que no consigue entender. No se sentiría peor si fuera él el que estuviera destinado a dar con sus huesos en una celda sobreocupada de la Modelo. En absoluto silencio, sale al pasillo y se dirige a su despacho evitando cruzarse con el comisario. Si se detiene a escuchar puede oír su propia respiración violentamente profunda, como un suspiro sostenido. Finge echar un vistazo a un par de expedientes por cerrar que arrastra desde hace tres semanas, pero lo que verdaderamente le hace verdadera falta es estar a solas.

Con un poco de suerte quizás pueda encomendarle el papeleo a alguien, nada le gustaría más, piensa mientras revisa un par de carpetas. De hecho, recuerda cuando los tiene delante, son puro trámite. Comprueba que no hay nuevas anotaciones, ni llamadas que responder y que ningún otro asunto parece haberle sido adjudicado en las últimas horas. Escalona detesta las interferencias, le desquicia que el pensamiento vague de un problema a otro y de una prueba crucial a un simple indicio. Respira con alivio mientras abandona su silla y encamina sus pasos escaleras abajo en dirección a la dependencia policial, cercana a los calabozos, en la que habitualmente se realizan los interrogatorios. Antes de llegar se cruza con Ernest y le confía un par de llamadas de compromiso. Es una forma de ganar tiempo. Ernest pone cara de haber entendido a la primera y se aleja en dirección contraria. Escalona aproxima los labios para retener una larga espiración que parece subir desde su estómago. Guerao espera ya en la puerta.

—Acaban de traerlo —le informa mientras desenvuelve un chicle. Mascar continuamente ayuda al agente a mantenerse callado durante un interrogatorio sin cerrar por ello la boca. Cada uno tiene

sus estrategias.

Al entrar, el inspector reconoce inmediatamente al joven de sonrisa retraída que aparecía en la foto que con orgullo le mostró Clara Costa. Las mismas entradas, todavía más pronunciadas que en la imagen, los mismos ojos oscuros y algo esquivos, la boca grande, los labios rojos, las manos abandonadas y lacias sobre el regazo… Ferran Gual levanta la mirada y enfrenta la del policía. No parece avergonzado, ni asustado, ni tan siquiera balancea una pierna o tamborilea sobre la mesa.

—¿Inspector? —pregunta el detenido tomando la iniciativa.

—Inspector Escalona —responde este, y asiente sorprendido mientras alcanza el otro lado de la mesa.

Suspira nuevamente el inspector al tomar asiento y se pregunta si las ratas elevan suspiros.

—¿Fue usted el que estuvo en mi casa? —inquiere.

Escalona asiente sin abrir la boca. Ha sido mucho el esfuerzo que ha precisado para permanecer impasible, para no mostrar el impacto que le producía la pregunta del detenido.

Ferran Gual continúa con los ojos clavados en el rostro del inspector.

—Entonces ya sabrá…

Pero Escalona no acierta a entender a qué se refiere. Levanta la vista y advierte que Ferran Gual parece titubear.

—¿Qué es lo que debo saber?

Pero Gual no se molesta en responder. Sus manos se han tensado; sujetas todavía por las esposas, se aprietan la una a la otra, como si encajaran.

Con un gesto el inspector le indica a Guerao que proceda a liberar sus manos.

—¿Puede usted hacer algo para que envíen ayuda a mi casa? ¿Una asistenta que ayude con mi padre, alguien que les eche una mano? —pregunta Ferran Gual a bocajarro—. Sin mí…

Escalona calla durante unos instantes. Hubiera esperado cualquier cosa, incluso encontrarlo deshecho en lágrimas, maldiciendo su suerte o condenando verbalmente a su madre por su candidez. Estaba preparado para ser insultado, para no obtener respuesta alguna, para…

Para cualquier cosa menos para lo que acaba de oír.

—Puedo intentarlo, pero va a depender de ti. Quiero hacerlo, puedo ayudarte, puedo hablar con alguien si tú… —el inspector se siente como una rata y como una rata calla, baja la vista y deja la voz en el aire. Resulta sorprendente lo que a veces consiguen las ratas abandonando las palabras en el aire.

Ferran Gual sonríe amargamente. Su gesto es una mueca, una especie de guiño desabrido, un mohín de repugnancia. A nadie le gustan las ratas. Un rictus a medio camino entre la resignación, la náusea y el sarcasmo le recorre la cara.

—Si yo…

Durante unos instantes, también Ferran Gual deja que las palabras se balanceen en el aire.

Si por la mañana le pesaba la cabeza como la piedra de un templo, avanzada la tarde, con el caso resuelto y a punto de dar por aprobado el informe final, Escalona experimenta un cansancio tan intenso que podría jurar que ha construido la catedral a pulso y completamente solo, desde la base hasta el último pináculo. Un sándwich, de contenido impreciso y bañado en mayonesa, que Guerao le ha puesto entre los dedos y que ha acompañado de un café de máquina; eso ha sido todo. Eso y una llamada a Teresa. Una llamada breve, como un latigazo. Cuatro palabras mal cruzadas entre un interrogatorio y el siguiente, un cómo estás, un apremio, un por aquí todo igual, un te quiero apenas susurrado y un ya me

contarás, Santiago, que resuena todavía en su cabeza.

Finalizado el interrogatorio de Gual y saldado con acierto el de Rius gracias a la identificación del bendito camarero, el caso ya no ha lugar. De regreso al despacho con la tarde ya muy avanzada, se ha dejado caer sobre su silla, desmadejado, vencido. Con la cabeza apoyada en el respaldo, la vista clavada en el techo y las piernas estiradas bajo la mesa, experimenta, ya no puede hacer otra cosa, el amargo sabor de la victoria. Se resiente en la nuca del golpe que le propino el Rata hace ya una eternidad. Desafortunado el Rata, que casi le desnuca de un porrazo pocos días antes de perder la vida en el servicio de urgencias del Clínico, piensa el inspector mientras se lleva la mano a la cabeza para calibrar la magnitud de la dolorosa protuberancia.

Ha resuelto el caso, pero le va a costar hallar las fuerzas necesarias para regresar a casa.

—Creo que esto es todo, inspector. Si hay alguna cosa me esperaré a que se lo mire.

Evaristo le tiende unas hojas recién salidas de la impresora. También él, a pesar de que acaba de cumplir los treinta y conserva el cuerpo a punto, parece agotado.

—Gracias, Evaristo. Será un momento.

Escalona se siente infinitamente agradecido; sobre el papel se le embrollan los sucesos, se le desordenan los hechos como por arte de brujas y el discurso no hace sino ir y venir del presente al pasado como en un perpetuo flashback. Cuando se sienta mejor, más animado, más en paz consigo mismo, buscará un momento y hablará con Evaristo.

También hay ratas que satisfacen sus deudas.

Del interrogatorio efectuado en esta comisaría de Nou de la Rambla el miércoles día 12 de octubre a David Rius Sopeña, de cuarenta y tres años con DNI n.º xxxxxxxxx, y a Ferran Gual Costa, de veintiocho años

y con DNI n.º xxxxxxxxx, se da por hecho:

—Que el mencionado Ferran Gual, que trabajaba de repartidor de una empresa de agua embotellada en la zona del centro de Barcelona, efectuando su cotidiano reparto a principios de agosto, reconoció, en la figura de una de las estatuas humanas que se sitúan en las Ramblas, a Fernando Iniesta Satrústegui, quien había actuado como juez de lo penal en esta ciudad. Habiendo perdido su condición de magistrado, Iniesta se ganaba la vida cada tarde en la calle con su presencia estática.

—Que Fernando Iniesta había sido el juez designado en el juicio por la propiedad del terreno que la familia Gual tenía en la calle Verge de Montserrat de la ciudad de Barcelona; que el fallo judicial no satisfizo la defensa de los intereses de la familia Gual, de resultas de lo cual creyeron que la sentencia se debió a que el magistrado había sido sobornado por la parte contraria

—Que según declara su hijo, el fallo judicial fue el origen de la depresión que afectó a Ferran Gual Fábregas (padre del acusado) hasta el punto que no pudo recuperarse nunca de la situación, que años después, y según su hijo Ferran, degeneró en la enfermedad de alzhéimer, sumiendo a toda la familia en un estado de desgracia y de dependencia permanente.

—Que consideró responsable directo de su situación familiar a Fernando Iniesta y que pensó en un modo de vengarse de los problemas que les había acarreado el comportamiento del juez

—Que habiendo conocido a David Rius en los juzgados por estar este afectado también por las parciales decisiones del juez, y sabiendo que incluso había sido condenado a prisión, decidió investigar su paradero hasta que no le fue difícil dar con él.

—Que habiendo informado a David Rius de su descubrimiento, este verificó la correspondencia de la estatua humana con la persona de Fernando Iniesta y que enseguida se halló dispuesto a proceder contra el mismo.

—Que decidieron matar a Fernando Iniesta entre los dos e idearon un método para que no se descubriera la autoría de los hechos: para

disimular la actuación policial, determinaron que habían de hacerlo de manera que su muerte fuera tenida como la de una víctima colateral a otro homicidio.

—Que aunque esta idea les espantó inicialmente porque suponía la muerte de un ser inocente, David Rius dijo conocer a una mujer que ejercía la prostitución en esta ciudad y que encajaría perfectamente como víctima.

—Que acordaron que uno de ellos se encargaría de matar a la prostituta y que el otro haría lo mismo con el juez. Cada uno debía asegurarse así de tener una coartada perfecta para la hora del otro asesinato: nadie podría pensar en dos asesinos si de alguna manera conseguían relacionar ambos crímenes y por tanto su coartada les alejaría de cualquier sospecha.

—Que el domingo 2 de octubre, David Rius se encontró con Margarita Román Osorio, de profesión prostituta, a quien había conocido tiempo atrás en un ambulatorio. El encuentro tuvo lugar a eso de las diez de la noche cerca del restaurante Ideal de Las Ramblas. Que a media tarde la llamó desde una cabina situada en la Vía Laietana para anunciarle que la recogería en la terraza del restaurante, a fin de no ser reconocido por los camareros del local. Y que tuvo cuidado en organizar un pequeño escándalo momentos después de recogerla y frente a la figura de Fernando Iniesta, quien ya se hallaba en su lugar habitual de las Ramblas, casi frente a la terraza del mencionado restaurante, de forma que fuera evidente que había presenciado los hechos.

—Que posteriormente llevó a Margarita Román hacia la Rambla del Raval y que una vez allí se dirigieron a la escultura del gato sita en la mencionada Rambla.

—Que convenció a Margarita para que se apoyaran en el animal, y que cuando comprobó que no había nadie en esa zona, sacó un cuchillo de cocina que portaba entre su ropa y la mató.

—Que dejó el cuerpo apoyado sobre una de las patas y que, para despistar sobre el móvil del homicidio, le cogió el bolso y se lo llevó. De forma mecánica le vació la cartera, frotó el bolso para eliminar huellas y lo arrojó con el resto de pertenencias en uno de

los contenedores de la misma Rambla, sabedor de que en pocos instantes el camión que recoge la basura, y que se hallaba ya a pocos metros, eliminaría las pruebas de lo acontecido.

—Que consumado el crimen llamó desde una cabina a Ferran Gual para comunicarle el hecho. Este, por su parte, y como hacía cada noche, había estado cuidando de su padre.

—Que al día siguiente, lunes 3, como estaba previsto, Ferran Gual, aprovechando el reparto en la zona de la Rambla, se dispuso a cometer el asesinato del antiguo juez, pero este no se presentó, por lo que decidió esperar un día más.

—Que el martes día 4 volvió de nuevo a la zona y comprobó la presencia de Fernando Iniesta en su lugar habitual. Se acercó Gual a Iniesta y le ofreció entonces una botella de agua en la que había introducido cianuro potásico. Este no había de sospechar, puesto que Gual en otras ocasiones ya le había dado más botellas para ganarse así la confianza del ex magistrado.

—Que se esperó un rato en las cercanías hasta comprobar que Fernando Iniesta bebía de la botella, tras lo cual informó a Rius, quien se había preparado para esa hora varias visitas con diferentes clientes que podían confirmarle una coartada perfecta.

—Que Gual y Rius no se volvieron a ver conforme a lo acordado.

—Que lo recogido en este informe se atiene a lo declarado tanto por Ferran Gual Costa como David Rius Sopeña.

Considerando los hechos que se les imputan, se procede a…

—Evaristo, eres un genio. No vamos a tocar ni una coma. Ya lo he firmado, aquí lo tienes. Haz que le envíen una copia por fax a Vázquez Llorca y déjale otra a Perelló encima de su mesa. A estas horas ya no debe de andar por aquí. Además, hoy hay partido.

Escalona se pone en pie mientras aplasta el cigarro en el cenicero de cristal. Recupera la americana del perchero, y con las manos en los bolsillos y el rostro marchito por la fatiga le señala el informe que

ha dejado sobre su mesa.

Evaristo sonríe. Le gusta complacer y ha nacido para sentarse junto a un teclado y devanarse los sesos durante horas a la busca y captura de las palabras pertinentes. Lo supo cuando apenas llevaba dos meses en el cuerpo y ya había visto morir a más de uno. Apasionado por la novela negra, buen lector y mejor crítico, Evaristo prefiere las cosas por escrito; y mejor todavía si no sobrepasan el ámbito de la ficción.

—Le daremos una alegría al comisario, ya sabes que los comunicados le salen mejor antes de comer.

Hay cierto pesar no disimulado en las palabras del inspector y una sonrisa cómplice en los labios sellados del agente.

—¡Ah! Y mañana no aparezcas por aquí hasta la tarde, te compras una novela y no pisas esta comisaría hasta que la acabes. Y no te preocupes por nada, Perelló no abrirá la boca.

—Hasta mañana, inspector.

Escalona abandona la comisaría con el estómago ronroneante y el pensamiento depositado a corto plazo en un trozo de tortilla de alcachofas y en una copa de vino. Quizás se atreva también con unas porciones de un manchego seco y oloroso que Paco solo ofrece a su feligresía. Si consigue pronto un taxi, en veinte minutos se planta en el bar. Algo le quedará a Paco que el inspector pueda llevarse a la boca. Además, hoy el local estará repleto, la televisión a todo volumen y quizás alguna buena jugada, un buen pase o un contraataque certero logren distraerlo. Necesita pensar en otras cosas, en asuntos menores de aquellos que apenas alteran la vida y alivian puntualmente los pesares propios y permiten distanciarse de los ajenos.

Cuando el taxi le deja frente al bar, a unos pasos de su propio portal, el inspector duda unos momentos. Acaba sopesando la posibilidad de irse a la cama de inmediato con el estómago que ruge como una bestia en celo. No recuerda lo que queda en su nevera, pero se jugaría el cuello a que no debe de ser mucho ni deseable. No le hacen falta mayores argumentos para abrir la puerta

del bar y echar un vistazo a la barra. Leo, la mujer de Paco, que le echa una mano en la cocina cuando el trabajo le sobrepasa, le sonríe, parece feliz de verle. La mujer cocina bien, sin artificios, y acompaña cada plato de un saludo de los que no pasan por caja.

—¿Una tortilla, inspector? —pregunta la mujer a modo de recibimiento mientras se sujeta los mechones que se le escapan de un moño alto, como de bailarina clásica, que corona su cabeza.

También los rasgos de Leo, acentuados por la pintura, recuerdan a los de una bailarina entrada en años y en carnes. Los labios lucen muy rojos, como las butacas de un teatro, recuerda Escalona, y las cejas han sido resaltadas a conciencia en negro boca de mina. La sombra sobre sus párpados es oscura, de un verde sombrío que guarda gran parecido con el color del musgo viejo.

—De alcachofas si puede ser. Y una copa de vino —le indica el inspector antes de tomar asiento en una de las pocas sillas libres. Desde allí la pantalla solo se ve si uno retuerce el cuello voluntariosamente hacia la izquierda, o bien la separa de la mesa y la atraviesa en mitad del estrecho pasillo que conduce al lavabo. Esto es lo que hace el inspector, convencido de que hasta que no acabe la segunda parte del partido, y quedan cuarenta minutos, ninguno de los presentes va a manifestar necesidad fisiológica alguna. La tortilla llega pocos minutos después, cuando ya tiene la copa mediada y ha conseguido centrar su atención en el ir y venir de la pelota campo a través. Incluso ha acompañado con algún grito sofocado y un agitar de brazos la exaltación colectiva de un tiro a puerta.

Uno de los habituales, que conoce su condición de policía, le ofrece un cigarrillo.

—¿Quiere, comisario? —pregunta mientras le tiende el paquete abierto sin perder detalle de lo que ocurre en el campo.

Escalona, que no va a recordar por enésima vez su condición de inspector, acepta y se lo lleva a los labios.

—¿Pero dónde va ese cabrón? —grita el hombre mientras le acerca la llama del mechero—. Anda y que te den. ¡Por gilipollas!

El jugador, que en mejores circunstancias le roba el corazón, acaba de perder la pelota en una jugada a todas luces demasiado arriesgada.

—¡Será inútil! Pero si tenía a tres delante… ¿A quién se le ocurre? ¿Es o no es? —inquiere el sujeto, que ejerce de bedel en una escuela y que no levanta la voz más que en ocasiones como la presente—. ¿Sí o no? —insiste.

Escalona no acaba de entender las preguntas y asiente sin despegar los ojos de la pantalla.

—¡Uiiiii! —clama el aforo como un solo hombre mientras Leo, que pasa un trapo sobre el mostrador, ni tan siquiera se ha dignado elevar la vista—. ¡Uiiii!

Levantando su copa vacía, el inspector le indica a Paco que puede servirle otra.

Escalona llega a casa y se quita los zapatos sin necesidad de agacharse, como tiene por costumbre, abandonándolos en mitad del pasillo tal y como hacen a menudo los hombres que viven solos. Sin despojarse de la americana, se sienta en el sofá y durante unos instantes mira la pantalla de la televisión apagada. Es el ritual del hombre solo. Cuatro gestos, no importa cuáles sean, y solo para uno mismo. El teléfono le indica que ha recibido algún mensaje. Con un cansancio difícil de imaginar y una laxitud infinita, agravada por las tres copas de vino que ha acabado vaciando antes de subir, escucha las palabras de Teresa.

—Santiago, llámame cuando llegues, aunque sea muy tarde. Tengo ganas de saber cómo acaba todo. Hazlo por mí —suplica la voz.

La voz de Teresa es el recordatorio de que la vida, como la luna, puede ofrecer otra cara. El inspector también siente ganas de hablar con ella, pero antes debe hacer otra llamada. Acaba de recordarlo mientras dejaba las llaves sobre el mueble de la entrada. Siempre queda algo por hacer, y no siempre es grato. Favor con favor se paga, diría la abuela, que en asuntos de ética cotidiana estaba muy

versada. De uno de los bolsillos de su americana Escalona saca un papel arrugado, la servilleta medio rota de una cafetería. Todavía puede leerse el teléfono garabateado por Helena Moon. Los malos tragos cuanto antes mejor, hubiera rematado la abuela para animarlo a marcar el número de la mujer y saldar así su extraña deuda.

—Gracias, inspector. Y no pierda mi teléfono, quizás vuelva a necesitarme.

—Adiós.

—Adiós suena mal, inspector. Estoy convencida de que volveremos a vernos.

El inspector cuelga y deja atrás la voz algo estridente de la periodista. Debe reconocer que la mujer de las piernas inacabables y los ojos pantanosos le aterra. Espera no volver a deberle nada en lo que le resta de vida. Nunca una mujer le ha causado un efecto parecido y se propone mantenerse alejado como lo haría del borde de un precipicio o de la hoja de un puñal.

El número de teléfono de Helena Moon sigue sobre el sofá cuando el inspector, tras hablar largamente con Teresa, se levanta para dirigirse a su habitación. Sus pasos son breves, ya nada le apremia. La cama deshecha seguirá allí por mucho que tarde en atravesar el comedor y librarse de sus ropas.

Capítulo once

Jueves, 13 de octubre

Son casi las diez de la mañana cuando Escalona emboca Nou de la Rambla. Desde lejos divisa el enjambre de periodistas que se agolpan en la puerta de la comisaría esperando a que les sea permitida la entrada. Zumban como una colmena y a Escalona le dan el mismo miedo. Uno detrás de otro exhiben sus identificaciones y Sáez les va haciendo entrar con cierto orden y una sonrisa de compromiso. Escalona le hace una señal desde la acera opuesta y el agente, casi a empujones, le abre un pasillo por el que el inspector se interna sin mirar hacia los lados, esquivando micrófonos y libretas y haciendo caso omiso de las interpelaciones. Entre los que esperan junto a la puerta distingue a la chica de los labios rojos que depositó un beso en la cara de Rius, la chica de la fotografía que vio sobre su mesa. El inspector no aparta los ojos de la puerta de la comisaría, por nada del mundo querría volver a ver junto a la entrada los ojos de Clara Costa. A su espalda escucha el clic clic de alguna cámara. Tanto peor.

—Buenos días —le saluda el agente—. Y mis felicitaciones, inspector.

—Gracias, Sáez. Cuando esto amaine, me invitas a ese café.

—Eso está hecho, inspector.

Escalona busca a Guerao. Lo encuentra en uno de los pasillos, ofreciendo elocuentes explicaciones a sus compañeros sobre la resolución de ambos casos. El inspector prefiere no saber y desde la distancia le indica que se aproxime.

—Saca a Rius. Necesito hablar con él.

—¿Alguna novedad, jefe? —pregunta Guerao.

—No, nada. Pura curiosidad. Llévalo a la sala de interrogatorios.

Siente la cabeza ligeramente pesada, como adormecida. Experimenta esa leve gravidez que a menudo deja a su paso el alcohol y a la que no se le puede llamar resaca. En su despacho, y por hacer tiempo, revuelve un par de papeles, abre sin propósito alguno un par de expedientes y lee la nota que el comisario ha dejado sobre su mesa.

Quiero hablar con usted cuanto antes

Perelló

A no ser que se lo cruce en un pasillo, Escalona no tiene ninguna intención de presentarse ante el comisario. Siempre puede decir que no ha visto la nota, que no ha pasado por su despacho, que… Tampoco sería la primera vez, piensa mientras la hace trizas y la guarda en el bolsillo de su chaqueta.

En la sala de interrogatorios, David Rius se lleva a los labios una botella de agua. Parece fresco, bien dormido. Levanta la vista cuando entra el inspector.

—Trabaja usted demasiado, inspector —comenta con sorna mientras tapa la botella y la deja a su lado sobre la mesa—. El trabajo no es bueno para nadie, hágame usted caso. Ni para un poli.

Escalona ignora los comentarios del procesado y se sienta frente a él. Mira directamente a los ojos de Rius durante unos instantes. No simpatiza con él, pero de ahí a imaginarlo asestando puñaladas a Margarita Román hay un abismo.

—¿Por qué escogió a Margarita? —le pregunta mientras enciende el que acaba de decidir que será el único cigarro del día.

Es todo lo que desea saber. Qué le hizo elegir a la mujer para darle

muerte. Escalona siempre ha pensado que antes de matar a alguien se ha de incubar el rencor durante un tiempo, se ha de gestar el resentimiento y permitir que arraigue en las entrañas algo muy parecido al odio. Por eso puede entender a Ferran Gual, al que la decisión del juez le cambió la vida. Sabe que Gual acabó por convencerse de que incluso la enfermedad de su padre tenía su origen en una sentencia injusta. Todo cuanto le había sucedido en los últimos años tenía un principio y engendraba un final.

—¿Por eso está usted aquí? ¿Es usted un poli escrupuloso? ¿O es que le gusta el morbo? —pregunta Rius a su vez, mientras aplasta entre los dedos la botella vacía—. No joda que la conocía.

En la actitud de David Rius el inspector reconoce la provocación y el aire de desafío del que lo da todo por perdido. Escalona calla sin apartar la vista del detenido. Ha cruzado las manos sobre la mesa como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

—No es ningún secreto. Ya no hay secretos que valgan. ¿Verdad, inspector?

No hay respuesta.

—No me diga que le preocupa una puta de menos. En las calles las hay a patadas. Y mejores. ¿O es que esta le gustaba especialmente? ¿Le ponen las rubias teñidas, inspector? ¿Le van las tetas grandes?

Rius ha adelantado el cuerpo y mira a Escalona con insolencia. Está claro que lo da todo por perdido. Hay quien reacciona así. Otros lloran e inventan mil disculpas a cuál más increíble.

—No hubiera dicho nunca que le gustaban viciosas. Parece usted tan… No sé, tan recatado. Seguro que le echó un vistazo en el depósito. No me dirá que no.

Rius ha unido las manos como si rezara y se ha inclinado hacia adelante. No parece afligido.

—Si no quiere no conteste, no está obligado. El interrogatorio acabó ayer —dice Escalona impasible, mientras se levanta para marcharse.

—Siéntese. No me importa que lo sepa.

La voz de Rius ha sonado grave a sus espaldas. Cuando el inspector se vuelve, el acusado ha bajado la vista y retuerce la botella como si quisiera desintegrarla entre los dedos.

Escalona se sienta de nuevo.

Rius no separa los ojos de sus manos.

—Conocí a Margarita por casualidad. En el ambulatorio. Me contó que acababa de pasar por un centro de desintoxicación, había estado allí para quitarse de la heroína. De hecho no sé ni si llegó a estar enganchada, solo se pinchaba en compañía, un caso rarísimo. Decía que la heroína la ponía triste, pero no era verdad. Ella era así, una mujer triste. Si estaba sola no se pinchaba, ni se acordaba. Me contó que tenía un hermano rico que le había pagado el tratamiento. No tenía otra familia. Y lo de su hermano lo sé porque se lo pregunté. Creo que no sentía mucho aprecio por él, de eso estoy seguro. Si la hubiera oído… Hablaba como si todo le diera lo mismo, como si estuviera en esta vida de prestado. Margarita se tiraba a todo el que se lo pedía. Por lástima, quizás. No lo sé. No le importaba nada, no tomaba precauciones. Nunca lo había hecho. Si no podían pagar, no cobraba. Era como si cumpliera con un deber. Como si no tuviera miedo de nada. Si podía jugarse la vida, se la jugaba.

Rius se interrumpe unos segundos y deja a un lado la botella retorcida. Sigue sin levantar la vista.

—¿La conoció usted?

Escalona niega con la cabeza.

—Es curioso. Creo que no la conoció nadie. También yo me la tiré. Y varias veces. Y le aseguro, inspector, que ella, disfrutar, no disfrutaba. Lo intentaba, ponía ganas, pero cuando acababa le veías en la cara que se hubiera echado a llorar, que si hubiera podido… No podías mirarla a la cara, era como mirar a una muerta. Le hubieras echado una sábana por encima y hubieras entregado el cuerpo a la ciencia. No me extraña que casi no le quedaran clientes. Yo no había visto nunca a alguien como ella. Cuando se reía parecía todavía más triste. Era, no sé… Impresionaba. Sonreía solo con los

labios, pero siempre tenía los ojos turbios, como nublados.

—¿Eso es todo? ¿La mató porque le parecía una mujer triste? —pregunta Escalona con incredulidad.

—No, no me ha entendido. Si no hubiera sido yo, hubiera sido otro. O una sobredosis, o el sida. Qué sé yo, otro mal nacido. Si hubiera visto su cara después de… Llevando la vida que llevaba, no había de faltar el que le diera el pasaporte. Hubiera sido otro, inspector, cualquiera, no lo dude. No me lo dijo, no voy a mentirle, qué ganaría, pero esa mujer quería estar muerta. Lo sé, no hacía falta que me lo dijera, lo supe desde que la conocí. No se atrevía a matarse, no podía. No sé qué se lo impedía, pero no podía. Sin embargo, créame usted, Margarita buscaba a gritos que alguien lo hiciera.

David Rius levanta el rostro y, a juzgar por el tono de su voz, parece convencido de lo que está diciendo.

—Venga, hombre. Todavía le hizo usted un favor.

—Piense usted lo que quiera, pero si hubiera visto sus ojos. Si la hubiera visto después de un polvo…

—Si usted lo dice…

—Lo digo y lo pienso, inspector. Margarita quería morir. Estoy convencido, por eso la escogí. Aquella noche ella me miró cuando saqué la navaja. Estaba recostada contra el gato, iba a encender un cigarro y supo inmediatamente qué era lo que iba a pasar. Y no se asustó, inspector. No abrió la boca, miró la navaja, me miró a mí, y no grito, no intentó apartar mi brazo. Solo me miró con aquellos ojos apagados, mates. Y ya parecía muerta.

Sobre la sala de interrogatorios se abate el silencio durante unos instantes.

—Era como acuchillar a un cadáver.

Escalona no quiere saber más y apoyando las manos en la mesa se dispone a levantarse para salir.

—Un momento, inspector. No se vaya. Yo también tengo una pregunta.

—Usted dirá.

—¿Cómo supo que era yo? Si no me equivoco, todavía no habían hablado con Gual… Él no les había dicho…

—No fue Gual. Fue Margarita.

—¿Margarita? No puede ser, nunca le dije mi apellido. Tengo novia y no quise que las cosas pudieran complicarse, por eso nunca le dije... Quise ser prudente. Nunca le dije cómo me apellidaba, estoy seguro, podría jurarlo Y no me equivocaría. Ella tampoco preguntó, como si no le interesara. Ya le expliqué que era una mujer rara, que todo le daba lo mismo.

—Ya ve que estaba usted equivocado. Debió de verlo en alguna parte. En su tarjeta de crédito, en el carné de identidad, en cualquier papel. No sé cómo lo supo, tampoco importa, el caso es que sabía que usted se llamaba David Rius y lo anotó en su móvil. Le llamó Vidri.

—¿Vidri? —pregunta Rius con gesto de incredulidad.

—Así es, Vidri. Era un nombre como de camuflaje, ella entendió que para usted sería mejor así. La última sílaba de su nombre y la primera de su apellido. Margarita lo hizo así con su propio nombre cuando quiso ocultarlo, por eso pensé en usted. En los ambientes más comprometidos se hacía llamar Rita Romanos.

Rius baja la vista y se sujeta la cabeza entre las manos. Necesita pensar, no consigue entender. No queda provocación en sus gestos ni en su repentina indiferencia. Solo confusión.

Desde la puerta, Escalona insinúa un adiós. Espera poder encerrarse en su despacho durante unos instantes, también él necesita pensar, imaginar a esa Margarita atormentada que ansía morir a cualquier precio. Necesita estar a solas, precisa entender…

—Escalona, a usted le andaba buscando. Acaba de llamar Vázquez Llorca. Está impresionado. Ha leído su informe y me pide que le

felicite. Ha estado usted superior, un crack. Eso es un contraataque y no lo que se ve por la tele.

Perelló le ha puesto la mano derecha sobre el hombro, se diría que acaban de salir de un bar de tapas y que celebran animadamente una victoria del equipo local. Con la mano libre balancea un vaso de plástico al ritmo de sus palabras. Afortunadamente, el vaso está vacío, aunque el comisario no parece darse cuenta. Está satisfecho y sonríe abiertamente, como si nada hubiera pasado y el entendimiento entre ambos fuera inmejorable. Escalona nunca sabrá si está más feliz por la resolución del doble caso o por la victoria del Barça en la competición europea la noche anterior. Sabedor de que el Zaragoza nunca llegará a jugar la Champions, y dado que un Barça vencedor tiene beneficiosos efectos sobre el carácter del comisario, incluso Escalona está empezando a valorar las genialidades del crack brasileño de los azulgranas.

Lejos, en un pasillo, el rumor de voces indica que los periodistas, acabada la intervención del comisario, abandonan ya el edificio.

—Ha estado usted muy bien, inspector, muy bien. Mejor que nunca. Puede usted tomarse unos días, los que necesite, pero no vuelva usted hasta que no haya descansado. No tiene buena cara. Tómese unos días y vaya usted donde tenga que ir.

—Yo… No sé.

Escalona no sabe qué decir, por eso acaba cerrando la boca. Mejor verlas venir.

—Ya me ha oído, inspector. Donde tenga que ir. Y no se hable más.

Escalona se resiste a dar las gracias. Todavía recuerda la desafortunada rueda de prensa en la que el Rata sirvió para tapar un roto y el Pecas ayudó con el descosido. Todavía se le retuerce el estómago de indignación cuando lo piensa.

—¡Ah, inspector! Les he dicho a sus hombres que se tomen el día libre. Que hoy no hay entreno —añade el comisario, palmeándole el hombro como si tuviera en la americana restos de polvo—. Un dream team, Escalona. No hay que traspasar a nadie, este año no —

añade el comisario guiñando un ojo mientras se aleja en dirección a su despacho.

Antes de perderlo de vista, el inspector observa que Perelló guarda el vaso vacío en uno de los bolsillos de la americana gris que acostumbra a tener en comisaría para las ruedas de prensa. Las palabras del comisario se le han quedado enredadas en el tímpano.

—Vaya usted donde tenga que ir.

No le gusta conducir, no le ha gustado nunca, por eso nunca tuvo un coche propio. Por si eso fuera poco, cuando Marga hizo la maleta y se fue llegó a la conclusión de que tampoco hubiera sabido a dónde ir. La ciudad se le hizo repentinamente demasiado grande, inhóspita. Su propio barrio creció hasta convertirse en un espacio ignoto y probablemente hostil. El barrio de Gracia, el bullicioso barrio que Marga eligió para vivir, le producía vértigo; la cabeza le bailaba sobre los hombros nada más poner el pie en la acera. En las calles, llenas de gente a todas horas del día y de la noche, creía ver tambalearse las farolas y temblar las fachadas ante sus ojos. Su propia calle, en la que llevaba años viviendo, se alargó infinitamente y recorrerla de un extremo a otro le resultaba, durante los primeros días en soledad, una misión ingrata. La misma calle en la que años atrás habían encontrado un piso de alquiler, pequeño y luminoso, justo debajo de la azotea. El mismo piso que Santiago Escalona ocupa todavía y que en verano se convierte, por obra y gracia del calor que baja del techo, en poco menos que la antesala del infierno. Por lo demás, y superados sin asomo de dignidad los primeros meses sin Marga, raramente ha necesitado más transporte que el público y sus propias piernas. Quizás algún taxi ocasional en días de extenuación, impotencia o curda en solitario.

El de Teresa es un buen vehículo, sin fantasías, sin más accesorios de los que determina la lógica. Escalona conserva unas llaves en un cajón, aunque hasta el momento no las ha utilizado.

—Por lo que pueda pasar —le dijo un día Teresa tendiéndole las llaves del coche y las de acceso al lóbrego parking en el que el

vehículo pasa los días y las noches.

Hacía ya algunos meses que ambos se veían regularmente, pero la iniciativa de Teresa no dejó se sorprenderle.

—Nunca se sabe. Igual un día lo puedes necesitar —añadió con una sonrisa mientras se alejaba en dirección a la cocina, dando por acabada la conversación—. O por si acaso pierdo mis llaves… Nunca se sabe.

Santiago Escalona permaneció plantado en mitad del comedor con las llaves en la mano durante unos instantes, dudando sobre si debía dar las gracias o limitarse a guardarlas en un bolsillo. Hombre falto de palabras, optó por esto último. Desde aquel día las llaves han esperado en un cajón junto a su cama.

En poco más de media hora el inspector, al volante, llega a Terrassa, pero dar con la carretera que lleva a Matadepera no le resulta fácil. A Escalona, buen observador a pie firme, no le sobran las facultades para orientarse con el pie en el acelerador y la mano pendiente del cambio de marchas. Es de aquellas personas a las que no les ha sido concedida la capacidad de diversificar la atención. Después de cruzar la ciudad varias veces y de pasar otras tantas junto a un letrero indicador, se apea y se acerca a una parada de taxis. Saluda al primero de los taxistas que aguardan apoyados distraídamente en el vehículo y le pide que le indique el camino hasta embocar la dichosa carretera. El hombre, que solo conserva algunos mechones de pelo en la nuca, tiene el pitillo en la boca y el diario deportivo entre los dedos. Su gesto es de disgusto.

—Le pagaré como si se tratara de una carrera —promete el inspector, aunque de buena gana le hubiera gustado sacar la placa y, ante la inutilidad de requisar el vehículo, ordenarle que pusiera proa hacia Matadepera.

El taxista no se molesta en disimular ni su extrañeza ni su desdén y le mira como miraría a un perro atropellado. Acto seguido cierra el diario, tira el cigarro, se sienta tras el volante con un resoplido y baja la bandera.

La carretera de Matadepera deja atrás la poblada ciudad de

Terrassa, que fuera motor industrial, y se encarama entre curvas a una loma. El paisaje pasa de golpe y porrazo del predominio evidente del hormigón a una naturaleza amable, domesticada, cercada por vallas y limitada por enrejados. La residencia en la que sigue viva Reyes Portals es grande y parece bien dotada. Se accede a través de un camino que se aleja de la carretera y se interna en un bosque. Amplios y bien cuidados jardines rodean un único edificio pintado en el color asalmonado de las casas toscanas. Algunos enfermos pasan las horas de sol sentados en bancos o en sillas de ruedas. Tienen la cabeza inclinada como si el cuello no pudiera resistir el peso y la boca abierta como para recibir el sol en los dientes. Uno de ellos, un hombre joven de ojos muy azules y piel rosada, parece no poder controlar su maxilar inferior que se mueve continuamente, como si quisiera hablar, o masticar. Un par de enfermeras vestidas de banco enderezan a uno de ellos, casi un anciano, que parece a punto de resbalar y caer. Una de ellas lo abraza y tira de él hacia arriba con todas sus fuerzas.

En la recepción no hay nadie, se acerca la hora de comer y todas las manos resultan pocas, entiende el inspector que olfatea en el aire el olor del caldo de pollo y quizás el del cordero al horno. El vestíbulo entero huele como los carros de comida en los hospitales.

Hace sonar una campanilla que encuentra sobre el mostrador, aunque es tanto el silencio que duda que alguien pueda oírle. No es así, no tarda en aparecer una mujer de unos sesenta años, rubia de tinte y con las gafas sosteniéndose a duras penas en la punta de la nariz. Calza tacones bajos y viste un traje sastre color gris que al inspector le recuerda el que usaba Kim Novak en Vértigo. Parece recién peinada y tan acicalada como si fuera a asistir a una comida de negocios.

—Usted dirá —le pregunta mientras empuja con un dedo las gafas nariz arriba y con la mano libre anota algo sobre un papel.

—Quisiera ver a Reyes Portals.

—¿Es usted un familiar?

—No exactamente —responde el inspector que ha ensayado repetidamente una explicación creíble—. Soy un amigo de la

familia. Un buen amigo. Su padre está indispuesto, un ataque de ciática. Y me pidió que ya que venía por aquí…Verá, acabo de comprar una casa aquí cerca —añade para ganarse la confianza de la mujer—. A un par de kilómetros. —Escalona sabe que comprarse una casa en los alrededores es, como poco, señal de liquidez y garantía de solvencia—. El señor Portals me pidió que le hiciera una visita a su hija. Él quizás tarde unos días en volver. Ya sabe, hasta que no se recupere… Y estas cosas a su edad…

—Entiendo —responde sin dejar de anotar cosas casi compulsivamente.

Cuando parece haber acabado, levanta la vista y valora el aspecto de Escalona. Ya es la segunda vez en un rato que se siente menguar bajo la observación de un desconocido. Por su cara, la mujer no sabe a qué carta quedarse. Por una parte el hombre parece digno de confianza, sus palabras son educadas y sus pretensiones nada del otro jueves. Por otra…

—Si quiere puede usted llamar al señor Portals. Si duda usted de mi palabra… —añade mientras saca la cartera del bolsillo interior de su americana, la abre sobre el mostrador y revuelve entre sus papeles durante unos instantes. Es arriesgado, nunca se sabe.

—Está bien. Puede usted verla, pero será un momento. Es casi la hora de comer y aquí damos mucha importancia a los horarios.

—Descuide, lo entiendo. Unos minutos serán suficientes.

La mujer sale de detrás del mostrador y con un taconeo contundente le conduce hasta una galería acristalada en la que aguarda una larga hilera de enfermos. Los hay de todas las edades, de ambos sexos y en diferentes estados de ausencia. Ninguno de ellos se percata de la presencia de un extraño, algunos miran el jardín a través de los cristales, o con la vista perdida en lo alto ven espesarse las nubes; otros tienen los ojos cerrados y alguno la mandíbula batiente, parece murmurar en voz baja.

—Reyes, por si no lo sabe, es la segunda junto a la puerta —le indica la mujer, haciéndole notar su condición de desconocido y situándose junto a uno de los ventanales. No tiene intención de

dejarlo solo—. No creo que note que tiene visita, raramente se da cuenta de que han venido a verla —le advierte cuando Escalona se decide a cruzar la luminosa galería.

Reyes, sentada en una silla de ruedas, la cabeza vencida sobre el hombro, tiene los ojos abiertos y sus dedos juegan a encontrarse en el aire. No siempre aciertan. La mujer, de unos treinta y tantos, aunque el tiempo no rija igual en estos casos, sonríe, parece feliz. Tiene la piel muy blanca y algunas manchas de un rosado subido le salpican el cuello. Su cuerpo es grande en proporción a su rostro y en su cabello, largo y sujeto hacía atrás con una cinta azul, apuntan ya las primeras canas. Escalona se agacha para situarse frente a la mujer con sonrisa de niña. Sus ojos le miran, pero se diría que no le ven. Reyes viste una especie de camisón también azul, pero bien podría ser un vestido pasado de moda o una bata de andar por casa. Usa unas zapatillas grises con pasamanería azul celeste, zapatillas de hospital. Una de ellas ha resbalado hasta el suelo. El inspector la coge y la encaja en el pie anormalmente hinchado de Reyes, que parece no darse cuenta. No puede evitar comprobar que toda su pierna está ligeramente deformada y es completamente blanca, como si apenas cobijase sangre en las venas.

Cuando una enfermera se acerca a Reyes y le anuncia que ha llegado la hora de comer, algo, una suerte de sonido gutural a medio camino entre la risa infantil y el gorjeo, sale de su garganta. Escalona puede equivocarse, pero cree entender que la enferma ha recibido la noticia con cierta alegría. Sus ojos no han reparado todavía en el inspector cuando, empujando la silla de ruedas, la enfermera se la lleva galería adelante hasta el salón.

Mientras se aleja del edificio en dirección al aparcamiento, al inspector no le cabe duda, el limbo existe, no es una invención ni un lugar imaginado por los que creen tener respuestas para todo. Es en el limbo donde Reyes lleva anclada toda su vida, allí donde la mayor emoción posible es que ha llegado la hora de acercarse a la mesa. Fondeada en el limbo junto a los niños no bautizados y, según ha leído el inspector recientemente, junto a los perros de las familias que tiempo atrás fueran poderosas y que no se resignaban a la total desaparición de sus animales de compañía.

Quizás, el inspector no lo sabe, no lo sabrá nunca, no haya mejor

sitio para ella.

Las llaves en el contacto rompen el silencio de la enorme finca disimulada al final de un camino. Escalona agarra el volante y suspira profundamente, le quedan muchos kilómetros hasta alcanzar las proximidades de Alicante. Una vez allí tendrá que buscar el pueblo, y la casa. Una vez allí… En el cielo las nubes han oscurecido, no tardarán en derramarse sobre las calles, los campos y las azoteas. Detesta conducir bajo la lluvia, con la atención multiplicada y el cuerpo entero en tensión, pero son tantas las ganas de verla. Necesita tan intensamente sentirla cerca que alcanzar la autopista es ya una urgencia.

Si el infierno es un estado del alma, también el cielo puede serlo. Y el cielo, ahora lo sabe, hay que buscarlo, rastrearlo, perseguirlo, hasta dar con él.

—Vaya usted donde tenga que ir.

Por eso hará lo posible por llegar pronto, por no extraviarse.

Porque el cielo, hoy, ese lugar al que tiene que ir, se llama Teresa.

Sobre los autores

Empar Fernández Gómez nació en Barcelona en 1962; alterna la docencia con la escritura, tanto de ficción como de no ficción.

Con su primera novela, Horacio en la memoria obtiene el XXV

Premio Cáceres 2000.

En 2004 comienza su colaboración literaria con Pablo Bonell Goytisolo y publican Cienfuegos, 17 agosto adentrándose en el mundo de la novela de intriga; juntos crean al inspector Santiago Escalona, protagonista de las tres novelas siguientes que escriben juntos: Las cosas de la muerte, Mala sangre y Un mal día para morir.

Resulta finalista del IX Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones con El loco de las muñecas, la historia de un mendigo que es desgranada a partir de su muerte.

En 2008 publica Hijos de la derrota, una novela que parte del fin de la guerra civil para contar cómo afecta a la vida de tres niños la manera en que sus padres se enfrentan al comienzo de la dictadura.

Consigue el Premio Rejadorada de Novela Breve por La cicatriz en 2009 y al año siguiente publica Mentiras capitales, una historia ambientada en la posguerra, en la que nos adentraremos en la vida de unos personajes que, a bordo de un barco, huyen a Veracruz de sus vidas.

En 2011 publica su última novela: Sin causa aparente.

Colabora ocasionalmente en prensa, como columnista, y como guionista en la producción de documentales históricos.

Pablo Bonell Goytisolo nació en Barcelona en 1961. Licenciado en Geografía e Historia, es profesor de secundaria en un centro de formación de adultos. También imparte clases de español en la universidad IESE. Es autor de diversos materiales para la enseñanza del español a extranjeros.

Junto con Empar Fernández ha publicado las ya mencionadas novelas Cienfuegos 17 de agosto, Las cosas de la muerte, Mala sangre y Un mal día para morir.